
UNA NOCHE, MARKOVICH
AYELET GUNDAR-GOSHEN
libros del Zorzal

UNA NOCHE, MARKOVICH

AYELET GUNDAR-GOSHEN

Traducción
Margalit Mendelson

Colección dirigida por Sergio Tisminetzky



libros del
Zorzal

Gundar-Goshen, Ayelet
Una noche, Markovich / Ayelet Gundar-Goshen. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2016.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Margalit Mendelson.
ISBN 978-987-599-484-3
1. Literatura. 2. Novela. I. Mendelson, Margalit, trad. II. Título.
CDD 892.4

Título original: Laila echad, Markovich

Published by arrangement with The Institute for The Translation of Hebrew Literature

Traducción: Margalit Mendelson
Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

Buenos Aires, Argentina
Printed in Argentina
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de este libro, escríbanos a: <info@delzorzal.com.ar>.
También puede visitar nuestra página web: <www.delzorzal.com>

para Yoav

También el puño fue alguna vez una mano abierta y dedos

Yehudá Amijai

ANTES

1

Jacob Markovich no era feo. Eso no significa que fuera apuesto. Las niñitas no estallaban en lágrimas al verlo, pero tampoco se reían de él. Se puede decir que era un digno promedio. Es más, el rostro de Jacob Markovich carecía de toda particularidad. Hasta tal punto que la mirada no lograba detenerse en él y resbalaba hacia otros objetos. Un árbol en la esquina. Un gato en un rincón. Se requería un arduo esfuerzo para seguir vagando por el yermo paraje de su rostro. La gente no está dispuesta a invertir grandes esfuerzos, de modo que raramente lo observaba. Tenía sus ventajas. El oficial de división supo apreciarlas. Recorrió el semblante de Jacob Markovich el tiempo exacto que necesitaba para luego desviar la mirada y decir: “Tú contrabandearás armas. Con esa cara, nadie notará tu presencia”. Y tuvo razón. Jacob Markovich contrabandeó armas, quizás más que cualquier otro miembro de la Organización, y jamás estuvo ni cerca de que lo atraparan. La mirada de los soldados británicos resbalaba sobre su cara como aceite sobre un revólver. Si los camaradas valoraban su valentía, no se enteró. Pocos le dirigían la palabra.

Cuando no contrabandeaba armas, trabajaba la tierra. Al atardecer se sentaba en el patio de la casa y alimentaba las palomas con restos de pan. Rápidamente empezó a reunirse allí una clientela fija que comía de su mano y descansaba en su hombro. Si lo hubieran visto los niños de la colonia habrían estallado en carcajadas, pero nadie cruzaba el cerco de piedras. Por las noches leía a Jabotinsky. Una vez al mes viajaba a Haifa y se acostaba por dinero con alguna mujer. A veces era la misma, a veces una distinta. Él no se detenía en su rostro, y ella tampoco en el de él.

Jacob Markovich tenía un amigo. Zeev Feinberg era, ante todo, un bigote. Antes que sus ojos azules, pobladas cejas y afilados dientes. El bigote de Zeev Feinberg era famoso en toda la región; algunos decían, en todo el país. Cuando uno de los miembros de la Organización volvió de una campaña al sur, contó que “una muchacha rubicunda preguntó si el sultán del bigote todavía estaba con nosotros”. Todos rieron, pero Zeev Feinberg rio más que todos. Y cuando reía, el bigote le temblaba sobre el labio haciendo olas estrepitosas, agitado y

dichoso, tal como su portador entre los muslos de alguna muchacha. Obviamente, Zeev Feinberg no era el indicado para contrabandear armas, su bigote lo delataba cual desfile de negros signos de admiración. Había que ser ciego y tonto para no notarlo. Y si bien los británicos eran tontos, habría sido muy optimista suponer que también eran ciegos. Pero, aunque no era lo suficientemente sigiloso para el contrabando de armas, sí lo era para cazar árabes y pasaba muchas noches rondando el poblado.

Contadas fueron las noches que Zeev Feinberg pasó en soledad. Cuando se enteraban de que esa noche le tocaba a él la guardia nocturna, enseguida se reunían algunos amigos. Había quienes querían escuchar las aventuras de su bigote entre muslos femeninos, quienes querían hablar sobre la situación y los malditos alemanes, y otros que sólo querían que los aconsejara sobre la cría del ganado, cómo desmalezar o cómo deshacerse de las muelas de juicio, algunas de las áreas en que se consideraba experto. También venían muchachas. Si bien Zeev Feinberg era un fiel guardián, el dedo siempre en el gatillo, no debemos olvidar que Dios nos ha dado diez dedos, y no en vano. El aroma de los campos después de la lluvia, cierta dosis de peligro -un ruido sordo por allí, un árabe o un jabalí-, a veces los gemidos y jadeos llegaban hasta los muros de las viviendas. Otras veces se le unía Jacob Markovich, llevando bajo el brazo la copia gastada del Jabotinsky ya impregnado de olor a transpiración. Zeev Feinberg lo recibía contento como recibía a todos. Estaba tan acostumbrado a estar entre gente, que no sabría ser asocial ni siquiera si quisiera. Ni a los británicos los odiaba realmente, y cuando mataba a alguna persona, lo hacía sin entusiasmo aunque con suma eficiencia.

La primera vez que conversaron fue cuando Markovich volvía de Haifa, bien avanzada la noche. “Deténgase”, tronó la voz de Feinberg en la oscuridad. “Quién eres y adónde vas”. Jacob Markovich sintió que le temblaban las piernas, pero respondió con voz decidida: “Soy Jacob Markovich. Estuve con una mujer”. La risa de Zeev Feinberg despertó a las gallinas de los gallineros. Cuando se sentaron juntos siguió preguntando, y Jacob Markovich le respondió de buena gana. Le contó lo lindos que eran los pezones de la mujer y consintió en describirle detalladamente su culo y sus piernas sin exigirle a Zeev Feinberg ni una lira a cambio de la información que le había costado la mitad de su ingreso semanal. Finalmente, Zeev Feinberg se inclinó hacia Jacob Markovich y le preguntó: “Dime, ¿cuánta humedad había allí?”. El bigote de Zeev Feinberg hizo cosquillas en la mejilla de Jacob Markovich, pero él no se atrevió a moverse. Jamás nadie lo había mirado durante tanto tiempo. Por fin entendió que no podría demorar más su respuesta y dijo: “¿A qué te refieres?”.

“¿Que a qué me refiero?”, el bigote de Zeev Feinberg le asestó un

latigazo a Jacob Markovich y lo hizo retroceder. Sus ojos azules se abrieron de estupor hasta casi tragarse a Jacob Markovich junto con Jabotinsky. “Me refiero a la vagina, compañero. Cuán lubricada estaba la vagina”. Lo explícito de la expresión mareó a Jacob Markovich, y se sentó sobre una de las rocas. Zeev Feinberg se sentó a su lado. “Supongo que no hay discusión acerca de que puede haber distintos niveles de humedad, ¿no es cierto? Hay algunas humeditas y otras mojadas y hay de las otras -ay, ay, ay- donde puedes hundirte como en el Mar Negro. Obviamente, depende de la alimentación de la muchacha y del clima, pero sobre todo del deseo que haya entre el hombre y la mujer”. Después volvió a inquirir cuánta humedad había allí, y Jacob Markovich tuvo que reconocer que no notó nada de humedad.

“¿Nada?”.

“Nada. Seca como los campos a fines de agosto”.

Entonces calló Zeev Feinberg un largo rato antes de decir: “En ese caso, amigo, te recomiendo averiguar si no se acuesta con otros. Seguramente conoces la ley de la preservación del material. El cuerpo humano produce una cantidad limitada de líquidos y me temo, amigo mío, que esa mujer que tienes en Haifa se los gasta con algún otro”. Jacob Markovich suspiró aliviado y declaró que entonces todo estaba claro: la mujer en Haifa le había dicho que era el cuarto de esa noche y, teniendo en cuenta esa regla, es lógico que no encontrara agua allí. Zeev Feinberg estalló en una sonora carcajada, y Jacob Markovich no pudo menos que unírsele. No sabía de qué se reía ni quería saber. Le resultaba tan grato reír junto a ese hombre cuyo bigote llenaba el valle y su risa retumbaba en todo el país. Si había algo de burla en la risa de Zeev Feinberg, se disolvió enseguida, pero la risa persistió un largo rato. Rio y rio hasta que apareció una pequeña mancha en su entrepierna, y cuando se dio cuenta, rio aún más. Desde esa noche, Jacob Markovich y Zeev Feinberg se hicieron amigos.

Dos veces Jacob Markovich le salvó la vida a Zeev Feinberg, las dos en una noche. En una oportunidad, volvía de Haifa apurando el paso hacia el puesto de guardia porque por primera vez había visto dos tetas de diferente tamaño. Todavía le daba vueltas a la frase que le diría a Zeev Feinberg, cuando vio a un joven árabe agachado entre los arbustos encañonando con su rifle a un bulto en movimiento, que, al parecer, no era sino Zeev Feinberg montado sobre alguna mujer. Tienta decir que no dudó. Y sin embargo, hasta esa noche sólo había contrabandeado armas y, sin contar las ratas de campo a las que había desnucado, jamás había matado a ningún ser vivo. Con todo, dominó el temblor de sus piernas, levantó una piedra blanca y lisa y de un solo golpe le partió la cabeza al joven. Un disparo silbó en medio de la oscuridad de la noche violentando el tímpano de Jacob Markovich. Se

palpó el cuerpo para cerciorarse de que no estaba herido y comprobó que esta vez había esquivado el revólver de Zeev Feinberg. "Soy yo -gritó-, ¡no dispares!".

Los balbuceos de agradecimiento de Zeev Feinberg se ahogaron en el chorro de vómito. Jacob Markovich miró al joven echado en el suelo y su estómago desbordó. La sangre del joven brillaba a la luz de la luna y su cerebro al descubierto le provocó náuseas. Los grillos, en cambio, siguieron cantando. En su desesperación, Jacob Markovich cerró los ojos, trancando las puertas de su cerebro ante la visión del joven con los sesos desparramados aferrándose con todas sus fuerzas a las tetas de la mujer de Haifa. Cuando los abrió, tenía frente a él otros pechos, maravillosamente simétricos. Rajel Mandelbaum, medio desnuda, estaba parada temblando junto a Zeev Feinberg. En medio del alboroto olvidó cubrirse y ahí estaba frente a él, con toda su majestuosa humanidad, gimiendo ante el cadáver del árabe. Al mirar los pechos de Rajel Mandelbaum, el miembro de Jacob Markovich se iba irguiendo y endureciendo. Cuanto más se endurecía su miembro, mayor era la debilidad de su cabeza, hasta abandonar por completo la imagen del árabe descerebrado. Lentamente penetró a su mente la conciencia de estar observando las tetas de Rajel Mandelbaum, a pesar de no ser, de ninguna manera, Abraham Mandelbaum. Ante esa certidumbre, Jacob Markovich dejó de mirar a Rajel Mandelbaum y dirigiéndose a Zeev Feinberg dijo: "Abraham te mata".

Los que sabían, y los que no, disentían en cuanto a la cantidad de muertos a manos de Abraham Mandelbaum. Algunos decían diez, otros, quince. Hubo quienes dijeron que no eran más que exageraciones porque fehacientemente no eran más de cuatro. Por fin acordaron un número tipo, siete. A pesar de que todos suponían que se trataba de árabes, cuando mucho algún británico, nadie estaba en condiciones de asegurarlo. Las moscas lo pensaban dos veces antes de acercarse a Abraham Mandelbaum. Los gatos no se estregaban en sus piernas. Si en el poblado hubiera habido guillotina, habría sido Abraham Mandelbaum el elegido para encargarse de ella. Dado que no había, se vio obligado a conformarse con ser el matarife. Pocos sabían que por las noches, mientras dormía, lloraba en polaco por nostalgia, musitaba frases incomprensibles acerca de un cabrito blanco, una manzana azucarada, la maldad de los niños. Rajel Mandelbaum lo oía, entendía y en silencio abandonaba la cama. También se había bajado del barco en silencio cinco años atrás. Parada en el puerto de Haifa, esperaba que algo pasara. Había usado todo su valor para sobrevivir el viaje a Palestina, y una vez que había arribado, no le restaban fuerzas más que para quedarse parada y esperar. No esperó mucho tiempo. Al cabo de media hora se le acercó Abraham Mandelbaum y se presentó. Le compró una gaseosa en el quiosco y la llevó a su casa. Rajel

Mandelbaum fue tras él como un patito recién salido del cascarón, que sigue al primero que ve.

Al cabo de cierto tiempo se preguntaría qué había ido a hacer al puerto el día que ella llegó en el barco. No lo vio cargar ni comprar nada cuando la acompañó todo aquel día. No tenía parientes, razón por la cual Rajel Mandelbaum supuso que no había ido a recibir a nadie. En eso se equivocaba. Desde hacía varias semanas iba al puerto a recibir a los barcos que llegaban. Cuando el hambre es muy grande, basta con la ansiedad de la espera para llenar el vacío del estómago. Abraham Mandelbaum observaba a los que bajaban del barco, caras verdosas, extremidades pálidas, tratando de identificar algún rasgo conocido. Luego se dispersaban, y Abraham Mandelbaum volvía a su casa. El día que vio a Rajel, lo supo de inmediato, pero esperó treinta desesperantes minutos para asegurarse. Nadie vino. Ella no dio un solo paso. Con su vestido verde, le pareció una botella echada al mar que había recalado en la orilla, y él, el náufrago solitario, la recogería y leería su contenido. La llevó a su casa y la hizo su mujer, pero jamás logró descifrar el escrito de la botella.

Rajel Mandelbaum, Cancelfold de origen, se quitó el vestido verde e hizo cortinas. Del vestido de fiesta rojo hizo dos manteles y una funda de almohadón. Cinco meses después de su desembarco casi no quedaban señales de la muchacha de la ciudad. Toda la casa estaba llena de recuerdos de su vida anterior, que se iban destiñendo, descosiendo, hasta parecer que habían estado allí, en Palestina, desde siempre. Las otras mujeres la miraban con una mezcla de admiración y asombro. Por un lado, era bueno ver lo bien que se adaptaba, no como esas mimadas que llegan y piensan que están en una aldea de vacaciones vecina a Zürich. Por otro, con qué indiferencia convertía los modelos más exclusivos en cortinas, salve Dios, la *crème de la crème* de Viena trocada en paño para limpiarse las manos en la carnicería de su marido. Incluso abandonó el idioma alemán. Desde el instante que pisó el suelo del puerto de Haifa juró hablar sólo en hebreo. Cuando le faltaba alguna palabra, prefería callar, aun si su interlocutor sabía alemán. Cuando los empleados de la Dirigencia vinieron a visitar la colonia, uno de ellos oyó decir que la bella mujer a la entrada de la carnicería también había nacido en Austria. De inmediato se dirigió a ella con un discurso emocionado que obtuvo como respuesta una mirada muda. Rajel se parapetó tras su silencio y el grupo turbado se apresuró a dejar el lugar. Las mujeres, que se habían encariñado con la joven seria, no dudaron en alabar su abnegada entrega al idioma hebreo. El relato de la audaz inmigrante que le dio su merecido al empleado que había flaqueado en el cumplimiento del principio “hebreo, ¡habla hebreo!” cobró alas, y muchos saludaban a Rajel al verla en la calle. Ella respondía con leve

acento. Sus verdaderos móviles quedaron ocultos, quizás incluso para ella misma. Con una aguda percepción interna, sabía que si dejaba la más mínima grieta, el duelo por su vida anterior desbordaría y lo inundaría todo. Los vestidos, las veladas, la luz que se quiebra sobre las pulidas baldosas de la vereda, los copos de nieve; todo ello había quedado encerrado bajo llave y cerrojo. Una sola mirada atrás y, a la manera de Eurídice, tropezaría y caería hacia el dulce, tan dulce, infierno europeo.

Durante el día, Rajel Mandelbaum ayudaba a su marido en la carnicería, la sangre la envolvía a modo de perfume. Por las noches, sentada en la cama, tejía bien tupido, que no se le colara en el presente ninguna idea acerca del pasado. Pero una vez al mes dejaba las agujas y salía silenciosamente de la cama. Abraham Mandelbaum suspiraba en polaco adormecido, y Rajel le acariciaba la cabeza con mano hábil y salía. Afuera, Palestina dormía. La tierra respiraba pesadamente, su aliento olía a heno y azahares. Allí la esperaba Zeev Feinberg. Ella cerraba los ojos y él la besaba en el cuello. El bigote lastimaba su piel suave, transparente. Pero Rajel no alejaba su cuello. Al contrario: una y otra vez buscaba el roce del pelo duro. Desde más allá de las plantaciones de cítricos, del heno, del puerto, del mar, le llegaba el recuerdo de un soldado austríaco, de nombre Johann, y el olor a vino a que sabían sus labios cuando la besaba, y la sangre en sus venas cuando la mareaba en un prolongado vals vienés. En momentos como ese, los ojos de Rajel Mandelbaum se humedecían, y así también su vagina.

2

La noche que Jacob Markovich le aplastó la cabeza al joven árabe, los ojos de Rajel Mandelbaum no alcanzaron a humedecerse. Un momento antes, Zeev Feinberg le había quitado la blusa y rápidamente se había hundido entre los pechos de la mujer. El soldado austríaco Johann jamás alcanzó a visitarla allí, de modo que el contacto del bigote de Zeev Feinberg entre sus pechos no despertó en ella ningún sentimiento fuera de, quizás, un leve escozor. Rajel Mandelbaum se preguntaba si correspondía desviar la cabeza de Zeev Feinberg a su cuello, pero antes de arribar a decisión alguna se oyó el espeluznante ruido de un cráneo aplastado. Rajel conocía muy bien ese ruido. A pesar de su infrecuencia, una vez que el oído lo capta no se confunde con nada. Una clara noche de Viena, cuando caminaba desde su casa hacia el café de la plaza, Rajel Mandelbaum vio a tres jóvenes empujando a un anciano judío. Lo arrojaban de uno a otro como una pelota, y Rajel quedó atónita al descubrir en las expresiones de sus caras esa ingenuidad y ese placer tan característicos de los juegos infantiles. Entonces uno de ellos empujó torpemente al anciano, de modo que el anciano tropezó y cayó sobre la vereda. Su cabeza dio contra la piedra del borde. El anciano ya no era un juego sino un juguete roto, una pelota desinflada. Los muchachos lo miraron azorados. Al cabo de unos segundos, uno de ellos tragó saliva y dijo: “Vengan. Vamos a buscar otro”. Ellos siguieron su camino, y ella, el suyo. Una semana después abordó el barco. De noche, cuando su vientre amenazaba estallar de náuseas y de añoranzas, se acordaba del ruido del cráneo al partirse.

Cuando Jacob Markovich le dijo a Zeev Feinberg “Abraham te mata”, Rajel Mandelbaum entendió que estaba semidesnuda frente a Jacob Markovich. Una rápida mirada le alcanzó para ver que Jacob Markovich no tenía ni sombra de bigote, de modo que no le encontró justificación alguna. Se cubrió rápidamente, preocupada porque ahora ya eran tres los hombres del poblado que conocían el lunar sobre su seno derecho. De haber comprendido el ánimo de Jacob Markovich en ese momento, quizás no se habría preocupado. Comparadas con las tetas desiguales de la mujer de Haifa, las de Rajel Mandelbaum eran una obra de arte, y Jacob Markovich decidió que eran dignas de la

ofrenda del árabe cercenado. Con todo, pensó, un muerto es suficiente y no es necesario sumarle a Zeev Feinberg, que por fin había dejado de agradecerle y ahora maldecía en ruso de marineros. “Idiota, imbécil, maldita sea la perra que te parió”. Al principio Jacob Markovich pensó que Zeev Feinberg le hablaba al árabe, pero cuando empezó a mesarse el bigote con su osuna mano, entendió que se maldecía a sí mismo. “Treinta tipos se presentarán aquí dentro de tres minutos, y con eso no bastará para salvarme de las manos de Abraham Mandelbaum. Ajjjjjjj, cerdo gozador, hoy te pasan a cuchillo”. Zeev Feinberg volvió a mesarse el bigote, y Jacob Markovich sintió que estaba presenciando el fin del milagro universal, como si estuviera viendo el incendio de la Biblioteca de Alejandría. “Déjate el bigote”, rugió asustándose de su propia voz, “lo enfrentaremos juntos”.

Por fin, Zeev Feinberg se dejó el bigote para alivio de Jacob Markovich y de Rajel Mandelbaum. El terror de su cara se transformó en un gesto que desde alguna perspectiva se asemejaba al desprecio. Era una cabeza más alto que Jacob Markovich y el doble de ancho. Los setenta y ocho kilos de Jacob Markovich no decidirían la batalla, que de hecho había terminado antes de empezar. Jacob Markovich detectó la mirada y se le contrajo el corazón. Desde lejos se oían las voces de los hombres a quienes el disparo despertó de su sueño. Seguramente encabezados por Abraham Mandelbaum.

“Corre”, rugió Jacob Markovich. Zeev Feinberg no se movió. “Diré que volvía de Haifa y vi al árabe atacar a Rajel. Tú estabas revisando las parcelas del norte, oíste gritos y disparaste al aire. Ahora vete, ¡vete!”. Bajo el bigote de Zeev Feinberg sus labios se separaron sorprendidos. No le llevó mucho tiempo saltar sobre su caballo y salir al galope. Rajel Mandelbaum miró a Jacob Markovich como si lo viera por primera vez. Se le ocurrían sólo palabras elevadas en alemán, pero como no sabía su equivalente en hebreo, calló. Y quizás fue lo mejor. No era por ella que Jacob Markovich se arriesgaba tanto. Sus pechos eran redondos y bellos, pero el bigote de Zeev Feinberg era único. Era el único bigote que se izaba a la llegada de Jacob Markovich saludándolo con una sonrisa.

Los hombres rodearon a Jacob Markovich en un semicírculo. Jamás se habían detenido en él tantas miradas a la vez. Repitió el cuento mirando de tanto en tanto a Rajel pidiendo su confirmación. Sus asentimientos le parecieron demasiado efusivos y temió que lo perjudicaran. Nadie grita en la calle que dos y dos son cuatro, basta con decirlo tranquilamente, pero la cabeza de Rajel se movía de arriba abajo con ímpetu casi religioso. También Abraham Mandelbaum lo notó. El rubor de las mejillas de su mujer le pareció demasiado subido de tono, y si bien le costaba distinguir entre el rosado de mejillas enardecidas por el engaño y el rosado de mejillas enardecidas de

placer, sus labios estaban demasiado hinchados, como durante el coito. Cuando finalmente llegó Zeev Feinberg montado a caballo, se arrugó el entrecejo de Abraham Mandelbaum como dos cabras negras que se apretujan una junto a la otra en el frío de la noche. “Demoraste”, hizo notar el secretario. “Rodeé las parcelas para cerciorarme de que no había más”. El público asintió a coro y por fin se permitió Jacob Markovich ordenar su respiración. “Y a ti, ¿cómo se te ocurrió salir a esta hora?”. Rajel Mandelbaum dijo mirando al suelo: “No me podía dormir”. La luna volvió a asomar entre las nubes iluminando a Rajel Mandelbaum como un reflector sobre el escenario. Se veía tan frágil, con sus ojos bajos y su blusa desgarrada, que no había un solo hombre que no quisiera rodearla con sus brazos y defenderla en su cama, y de no haber sido por Abraham Mandelbaum, lo habrían hecho. Sólo Abraham Mandelbaum no miraba a su mujer, los ojos clavados en la bragueta del pantalón de Zeev Feinberg, abierta como una boca clamando al cielo. Zeev Feinberg se secó una lágrima de pena por el dolor de Rajel Mandelbaum, percibió la mirada de Abraham Mandelbaum y se apresuró a cerrar el pantalón. “No me resulta agradable contarlo, pero cuando oí el disparo estaba por mear por sexta vez esta noche. Así son las cosas, cuando no hay con quién hablar uno ocupa la boca con bebida. Noches enteras las paso así, bebo y meo, bebo y meo”. Los hombres se echaron a reír, Rajel Mandelbaum sonrió discretamente. Abraham Mandelbaum guardó silencio.

Un día después, alrededor de las siete y media de la tarde, se oyeron fuertes golpes a la puerta de Jacob Markovich. Era Zeev Feinberg. “Empaca rápido. Lo descubrió”. Camino a Tel Aviv, cuando el traqueteo del tren ensordecía los ruidos del estómago de Jacob Markovich (desayunar en su casa no pareció verosímil), Zeev Feinberg le contó lo sucedido. “Esta mañana, llegó Abraham Mandelbaum a su casa decidido a acostarse con su mujer. Levantó la sábana y descubrió un horrible sarpullido en su pecho. Era una reacción alérgica al roce del bigote en su fina piel. Ay, ay, ay, qué hermosa piel. Leche pura. Salvo el lunar. ¿Viste el lunar?”. Jacob Markovich dijo que no se había percatado del lunar, pero que estaba contento de saber cómo se había salvado Zeev Feinberg del cuchillo del matarife. “Justamente de eso se trata, no decidió qué cuchillo tomar. Cinco minutos le llevó elegir la herramienta adecuada, tiempo suficiente para que Rajel corriera a lo de mi Sonia y le dijera que nos previniera. Sólo que Sonia, a diferencia de Abraham Mandelbaum, es mucho menos selectiva”. Zeev Feinberg se levantó la camisa y le mostró a Jacob Markovich cinco largos rasguños sangrantes. “Por mi vida, esa mujer tiene la fuerza de diez hombres”. Jacob Markovich asintió admirado. Zeev Feinberg empezó a comparar a Sonia con una serie de mamíferos, desde un lobo hasta

una hiena, pero Jacob Markovich no podía quitar la vista de las cinco grietas sangrantes abiertas en el pecho de Zeev Feinberg. Y dijo con evidente envidia: “Que una mujer sienta tanto por ti, no pensé que era posible”. En ese momento, Zeev Feinberg dejó de hablar de la perra salvaje que parió a Sonia y asintió. “Tiene un corazón del tamaño de una paloma, y una vagina de aguas dulces”. Entonces empezó a describir detalladamente la vagina de Sonia, su dulzura, su color rosado, la cálida y alegre humedad con que lo recibe. “Y para que lo sepas, quizás no tiene tetas como las de Rajel, pero te hará reír hasta que los huevos se te enrosquen uno con el otro”. Y se puso a reír tan fuerte que el tren aceleró su marcha, y finalmente suspiró: “Cuando volvamos me caso con ella. De verdad”.

La mirada de Zeev Feinberg estaba llena de buenas intenciones, y Jacob Markovich casi le creyó. Entonces bajó la mirada de sus ojos al bigote y recordó cómo se le encrespaba al ver con el rabillo del ojo una mujer sonriente, vibrando como el sensitivo bigote de un gato cuando se acerca un ratón. Y recordó también al gato que esperaba las dádivas de Rajel Mandelbaum a la entrada de la carnicería, cebado y regordete, que al ver un pájaro herido se ensañó con él, no para cazarlo, sino por costumbre. Zeev Feinberg era un auténtico revolucionario. Un comunista hecho y derecho. Repartía su amor en partes iguales sin preferir una a la otra. “Me casaré con ella”, repitió palmeándose el muslo como anunciando que el negocio estaba cerrado, “esta vez me caso con ella”.

Cuando el tren entraba a Tel Aviv, Zeev Feinberg describía el menú de la boda. Ya habían servido el pescado, arenque con pan trenzado dulce y fetas de carne asada. Jacob Markovich comía con las orejas, pero al parecer la comida se iba al estómago de otro. El suyo estaba vacío hacía muchas horas. Finalmente se atrevió a preguntarle a Zeev Feinberg adónde iban y si habría comida allí. “Vamos a encontrarnos con Froike -dijo Zeev Feinberg-, y hasta donde yo sé, no saldrás de allí con hambre”. Jacob Markovich quedó de una pieza.

“¿Te refieres al vicepresidente de la Organización?”.

“El mismo que viste y calza”.

“¿De dónde lo conoces?”.

El oficial de división de Jacob Markovich hablaba del vicepresidente con sagrada devoción. Jacob Markovich ni soñaba con estar en presencia de ese hombre, que hasta donde él sabía estaría dispuesto a tragarse una granada y sacarla por el ano si con eso contribuía a salvar a la patria. “Somos hermanos de barco”, espetó Zeev Feinberg y siguió caminando.

Pero obviamente había algo más. Otras cuatrocientas personas llegaron en ese barco, pero nadie estableció un vínculo como el de Zeev Feinberg y el que más tarde sería el vicepresidente de la

Organización. Compartían el amor por las mujeres, chistes y partidas de ajedrez, que si bien es algo que muchos otros comparten, nunca con tanta pasión. Dado que el barco era pequeño, unas cincuenta mujeres solteras, alrededor de una treintena de buenos chistes y un tablero de ajedrez, optaron por dejar de lado la tradición europea de propiedad y compartir todo equitativamente. Sólo en un aspecto se mantuvieron celosos como antes: la victoria. Cuando el barco ancló, estaban los dos sumidos en un tormentoso partido de ajedrez. Cuando Zeev Feinberg oyó el llamado del capitán, dejó el peón en la mesa y se levantó. El futuro vicepresidente le clavó una mirada punzante. Desde que había salido de Europa, ninguna navaja había tocado su mentón y ahora se parecía al estudioso observante de otrora, pero su mirada decía que ya había probado el pecado y no se había saciado. “Quien empieza a cumplir un precepto debe concluirlo”, retó a Zeev Feinberg. “Hemos esperado dos mil años, esperaremos quince minutos más”. Mientras a su alrededor se oía la algarabía de los botes echados al agua, los hombres seguían jugando. Ninguno miraba su reloj. Tantas bocas dulces habían probado ambos, que ninguno tenía apuro por lamer con su lengua el polvo de la Tierra Prometida. Al cabo de veinte minutos, irrumpió el capitán en el camarote. “¡Si los agarran los británicos podrán jugar ajedrez toda la travesía de regreso a Europa!”. El futuro vicepresidente de la Organización pareció evaluar la posibilidad. Finalmente cedió. “Espero que seas capaz de nadar con una mano, Feinberg, porque con la otra llevarás tus piezas”. Con mochilas llenas a reventar en sus espaldas y las piezas de juego en sus manos, apuraron el paso para llegar a cubierta. Cada uno tenía las suyas memorizando su ubicación en el tablero. Entonces se dirigió a ellos el capitán y les ordenó que ayudaran a una mujer embarazada con sus dos pequeñas hijas. Casi se niegan. Por fin se decidió: entre la mochila, las inmigrantes ilegales y el ajedrez pendiente, sacrificarían la mochila. Zeev Feinberg tomó a la mujer embarazada y las piezas negras. El futuro vicepresidente de la Organización se manejó valientemente con las niñitas sollozantes y las piezas blancas para que ninguna se le perdiera entre las olas. Cuando llegaron a la orilla, se despidieron de la agradecida mujer, soplaron un beso formal sobre la ajada mejilla de la Tierra Santa y se espantaron al reconocer que habían olvidado la posición en el tablero. Pasaron toda la noche sentados en calzoncillos mojados y a pecho descubierto discutiendo la ubicación correcta. Cuando llegaron los británicos por la mañana, les pareció que esos dos estaban ahí desde siempre. Por fin, se fueron a recorrer el país, cada uno en sus calzoncillos. Zeev Feinberg se dirigió hacia el norte; el futuro vicepresidente a Tel Aviv, donde se convirtió en el actual vicepresidente de la Organización. En uno de sus encuentros, cuando Zeev Feinberg preguntara cómo puede alguien,

que casi abandona a su suerte a una inmigrante embarazada por un alfil, coordinar el operativo de inmigración ilegal sionista, su amigo respondió que todo lo que había hecho era cambiar una obsesión por otra. “Acá también hay peones negros y blancos. Y acá tampoco me gusta perder”.

Jacob Markovich y Zeev Feinberg estaban sentados ante el escritorio del vicepresidente de la Organización. El primero, compungido y avergonzado, como si su cuerpo se hubiera reabsorbido. El segundo, despreocupado, con las piernas estiradas, los miembros laxos. A pesar de que su mirada volvía una y otra vez a estar pendiente del vicepresidente de la Organización, no pudo dejar de notar la diferencia abismal entre su postura y la de Zeev Feinberg. Jacob Markovich pensó: hay gente que anda por el mundo como si hubiera llegado a él por error, como si a cada instante pudiera alguien ponerles una mano en el hombro y gritar a sus oídos: “¿Qué es esto? ¿Quién le ha dado permiso para entrar? Por favor, rápido, afuera”. Y hay quienes ni siquiera caminan por este mundo. Al contrario, flotan en él, parten las aguas a su paso, como barco seguro de su rumbo. No era envidia lo que sentía Jacob Markovich en ese momento. Era algo más complejo. Jacob Markovich estaba sentado en la habitación del vicepresidente de la Organización, mirando las piernas extendidas de Zeev Feinberg; turbado por las suyas recogidas, se preguntaba en cuántas otras habitaciones había estado sentado así y si alguna vez lograría extenderlas libremente sin estar solo. Ese pensamiento lo llevó a erguirse de improviso, tenderle la mano al vicepresidente de la Organización, que hasta ese momento no le había dirigido la palabra, y decir: “Jacob Markovich, para servirle”.

Por el silencio que se hizo, comprendió su error. Quizás estaban ambos comprometidos en una conversación crucial: un atrevido programa de defensa de la Tierra Santa, una complicada postura de relación sexual, una movida de ajedrez digna de repetir; la declaración de Jacob Markovich nada tenía que ver. El vicepresidente de la Organización midió a Jacob Markovich con su mirada, como el médico de la colonia al observar un análisis de materia fecal, y volvió a su conversación con Zeev Feinberg. “Entonces ¿de qué tamaño es el lunar?”. El vicepresidente era famoso por su afición a los lunares. Sus rivales sostenían que los prefería antes que al cuerpo entero de la mujer. Cuando Zeev Feinberg le contó el *affaire* que empezaba con las tetas de Rajel Mandelbaum y terminaba con el cuchillo de Abraham Mandelbaum, el vicepresidente le restó importancia al cuchillo -como si de eso tuviera suficiente- y se centró en las tetas. A Zeev Feinberg no le importó. Al contrario, valoraba a su amigo por saber separar la paja del heno, y volvió alegremente a las tetas de Rajel Mandelbaum. Pero sucedió algo raro: cuanto más ensalzaba los redondos pechos de

Rajel, más se le aparecían los de Sonia en su lugar. Y a pesar de que los de Rajel eran más bellos -redondos y dulces y tan tan firmes-, los de Sonia lo llenaban de júbilo y no quería desecharlos. Así resultó que le describía al vicepresidente las tetas de Rajel mientras él se deleitaba con las de Sonia, hasta que de pronto se asustó al pensar que podía llegar a confundirse y describirle las de Sonia en vez de las de Rajel, y no quería.

Zeev Feinberg dejó de hablar. Por primera vez desde que conociera al vicepresidente de la Organización en la cubierta del barco, sintió que poseía algo que no tenía intenciones de compartir. También Jacob Markovich callaba. Todavía se maldecía por su inoportuna intervención. A pesar de lo atormentado que estaba, percibió el cambio en Zeev Feinberg: hasta entonces, reproducía conquistas como quien rumia pasto, degustando otra vez la cena del día anterior. Pero esta vez, cuando hablaba, había en su mirada verdadera nostalgia: no era un hombre satisfecho alabando su comida, sino un hombre hambriento, enloquecido por las añoranzas. Zeev Feinberg se veía más radiante rememorando supuestamente las tetas de Rajel Mandelbaum que la alegría que le producían estando con ella. Considerando la desventura de sus palabras previas, Jacob Markovich tuvo que hacer acopio de toda su valentía para abrir la boca y decir: "Todavía volverás a Sonia". Zeev Feinberg lo miró atónito. Después sonrió. Aun si se asombró primero de la claridad con que Jacob Markovich leyó sus pensamientos más recónditos, enseguida se alivió al comprobar que su amigo podía leer los misterios de su corazón, los jeroglíficos que hacía tiempo había perdido la esperanza de que alguien que no fuera él pudiera descifrar.

En un primer momento, el vicepresidente se equivocó al pensar que se trataba de un súbito malestar estomacal. Sólo más tarde entendió que el agudo pinchazo que había sentido en el estómago no era sino celos. Porque había algo allí, entre los dos hombres sentados frente a él, algo de lo que él quedaba afuera. Y a pesar de que Jacob Markovich no era más que un gusano -seguramente Zeev Feinberg lo sabía, ¿cómo es posible que no?-, ese gusano había tejido una filigrana de seda y envuelto en ella a su amigo, dejándolo a él afuera.

A pesar de que no era amante de los dolores, y menos de estómago, el vicepresidente de la Organización se alegró con el dolor que le ocasionara la envidia, como quien encuentra algo perdido. Hacía ya muchos años no lo sentía. Ciertamente, por la función que cumplía, era experto en todos los dolores que alguien puede ocasionarle a su prójimo: un certero golpe al diafragma, un puñetazo que parte la nariz, una uña arrancada y un corte decididamente desagradable al lado del miembro viril, pero casi había olvidado todos los demás dolores. Los dolores de la plenitud. Sólo quien se llena de

algo que no es él mismo puede doler su falta. Cuando abandonó la Casa de Estudios en Polonia y se fue a la gran ciudad, casi lo mataron los dolores de la plenitud. Caminaba en la calle principal y todo estaba libre de Dios. Limpio de Dios. Infestado de profano. Un pedazo de pan no era más que un pedazo de pan. En un vaso de vino no había ni una gota de Providencia Divina. El mundo se le presentaba tal cual era, desnudo de ángeles, temblando de frío sin promesa alguna de un mundo por venir con que protegerse. La primera noche en la gran ciudad, el vicepresidente de la Organización extrañó a Dios con toda su alma; en la cabeza aporreaban tambores de fiestas paganas. En su habitación del hospedaje, se afeitó la barba en la oscuridad de la noche. No veía nada. La sangre de los tajos que se hizo se le pegaba al pelo que caía al suelo en guedejas. Debía esperar a la mañana, pero sabía que si esperaba, las añoranzas empujarían a sus pies de regreso, directamente a la plegaria matinal. Por eso, una vez afeitada la barba, pasó a la cabeza con mano temblorosa, manos de Dalila, y después las cejas y el vello del cuerpo. Al alba, se vio desnudo frente al vacío.

Pasaron los años. El cabello le había vuelto a crecer, y su corazón se había fortalecido. Sentado en su habitación frente a dos hombres, inconscientemente jugaba con un mechón de pelo hirsuto. Cuando lo notó, dejó de hacerlo. Un movimiento tan suave, tan sentimental, no es lo adecuado para el vicepresidente de la Organización. Para corregir ese gesto involuntario, eligió un movimiento eminentemente varonil, característico de vicepresidentes de cualquier organización, y golpeó con fuerza sobre su escritorio. Zeev Feinberg y Jacob Markovich lo miraron, el primero con curiosidad, el segundo con sagrada devoción. Dado que había golpeado sobre su escritorio sin razón, se vio obligado a pensar rápidamente qué decir. “Ajá, parece ser que están ustedes en un verdadero problema”. Jacob Markovich y Zeev Feinberg asintieron. El vicepresidente de la Organización tenía la inusual habilidad de decir cosas obvias como si fueran recién elaboradas.

“El tal Mandelbaum, ¿llegaría hasta Tel Aviv?”.

“¿Hasta Tel Aviv?”, tronó la voz de Zeev Feinberg. “¡Nos perseguirá hasta el Mar Rojo si es necesario!”. El vicepresidente de la Organización y Zeev Feinberg echaron a reír. Jacob Markovich suspiró levemente.

“Sácame de esta, Froike, aprecio demasiado lo que tengo entre las piernas como para exponerlo al cuchillo del matarife”, dijo Zeev Feinberg.

“Claro que te saco de esta, Feinberg. Para qué están los amigos si no para salvarse los huevos uno a otro. Sin embargo, con respecto a este amigo tuyo aquí no estoy tan seguro, no me parece que los use

mucho". El vicepresidente de la Organización estalló en una carcajada. Zeev Feinberg se le unió en lo que el vicepresidente estimó como un acuerdo entusiasta y Jacob Markovich definió como un gesto de buenos modales. Cuando terminaron de tratar el uso limitado que Jacob Markovich hacía de sus testículos, el vicepresidente de la Organización se puso serio y se les acercó por sobre el escritorio:

"Feinberg, te mando a Europa".

La cara de Zeev Feinberg adoptó una expresión que, de haber aparecido en la de otro, se llamaría confusión. Pero Zeev Feinberg, ciento veinte kilos de musculatura y valor, sin incluir el bigote, no era hombre de confundirse. La confusión le resbaló de la cara rápidamente, sin encontrar de dónde asirse. Se deslizó de los ojos azules, de la boca que sonreía como antes y de las cejas espesas. Sólo en el bigote encontró una grieta donde establecerse para quedar colgada de la punta derecha, que al oír la palabra "Europa" se le erizó de forma muy particular.

"Por Dios, Froike, si es otro de tus ardides de arenque, te arranco la lengua". El vicepresidente de la Organización y Zeev Feinberg se echaron a reír de forma cómplice. Jacob Markovich intentó completar en su imaginación lo que se perdía, y es de suponer que el cuento que tejió era mucho más impresionante que el que efectivamente se daba en la realidad.

"No, Feinberg, te lo ruego, no más arenque". El vicepresidente de la Organización enjugó la lágrima de la risa en la comisura de su ojo, refutando de paso el mito según el cual los vicepresidentes no lloran. "El cuento es así: Europa ha cerrado las puertas, eso ya lo sabes, y aquí tampoco están realmente abiertas. Pero hemos detectado una grieta: el matrimonio. Una judía de Polonia o de Alemania que contrae enlace con un joven de Palestina puede salir de Europa sin problemas. Un judío de Palestina que vuelve con su novia de Europa puede ingresar al país sin discusión. Durante los últimos meses hemos reclutado jóvenes para que viajen a Europa y se casen allí. Cuando llegan aquí, se divorcian y listo. Queda otra inmigrante en Tierra Santa, otro joven sonrojado por un beso de agradecimiento; y quién sabe, quizás más que eso. Yo personalmente estoy dispuesto a apostar que dos de esas parejas seguirán casadas. La travesía en barco suele acercar corazones, ya lo sabes, y no todos superan el aburrimiento del viaje con ayuda del ajedrez. De modo que, mis bendiciones, Feinberg, estás por contraer enlace".

Mientras hablaba el vicepresidente de la Organización, la confusión inició un nuevo ataque al bigote de Zeev Feinberg. Al oír la última frase, no se limitó a la punta derecha del bigote, se extendió a lo largo de todo el monumento erizando muchas decenas de pelos en diferentes direcciones, otorgándole a Zeev Feinberg el aspecto de una

escoba fuera de control.

“¿Casarme?”. Jacob Markovich podía jurar que había oído temblar la voz de Zeev Feinberg. “¿No hay otra manera?”.

“Sólo en los papeles, Feinberg, sólo en los papeles. Aunque yo en tu lugar imprimiría también en ese papel mi firma”. Zeev Feinberg ignoró la insinuación del vicepresidente de la Organización. Finalmente había decidido entregarse sólo a Sonia -a una sola, ¡Dios!-, y de pronto el diablo se viste de vicepresidente de la Organización y viene a ponerle palos en las ruedas. Once días dura la travesía entre Europa y Palestina. Ningún hombre resiste la tentación. Y a pesar de que sabía que la vagina de las muchachas europeas es tan seca como la estepa siberiana, que aunque la llenes de agua será fría como la del Rin, era consciente de que si se hundía en esa agua de nieve, se presentaría luego ante Sonia temblando de frío y de culpa. ¡Oh! Sonia, diosa de ámbar de Palestina. Si bien antes también ella había sido un iceberg europeo, el Mediterráneo le temperó la médula e impregnó su piel con aromas de azahar (la precisión histórica obliga a consignar que la piel de Sonia distaba mucho del tono ámbar y que jamás logró tostar su piel porque saltaba directamente del blanco leche al rojo enfermizo, pero Zeev Feinberg no lo advirtió).

“Froike, búscate a otro, yo no viajo”. El vicepresidente de la Organización miró anonadado a Zeev Feinberg, que se apuró a hablar antes de arrepentirse. “Es una propuesta tentadora, y también salvadora, sin duda. Pero prefiero quedarme aquí. Seguramente tienes algún arsenal bien escondido, un camello para ocultarse en su panza y contrabandear pólvora, una aldea de campesinos en las montañas de Jerusalén, de la que hay que alejar a sus habitantes y hacer guardia sobre sus ruinas. A eso voy. Mandelbaum no me encontrará”.

“Nos encontrará”, dijo Jacob Markovich con los ojos bajos. Una noche, cuando no podía conciliar el sueño, su salario no alcanzaba para una mujer en Haifa y los escritos de Jabotinsky no saciaban su soledad, salió a caminar alrededor de la colonia. En el camino de regreso, sus piernas lo llevaron a pasar por la casa del matarife. Por la ventana vio a Rajel Mandelbaum en el salón, remendando una blusa, sacando el polvo de un almohadón bordado, bebiendo té con la mirada perdida en el vacío. Rajel Mandelbaum deambulaba por la casa, pero su sombra bailoteaba en el patio. Cuando andaba en el salón, su sombra se movía en los canteros de la entrada. Cuando sacudía el almohadón para sacarle el polvo, la sombra golpeaba sobre las paredes de la casa. Cuando bebía el té, la sombra quedaba detenida estirada hasta la mitad del sendero. Después de un rato, Jacob Markovich notó que no estaba solo. En la valla de piedra de la entrada al patio estaba sentado Abraham Mandelbaum mirando hacia su casa, cuidando la sombra de su mujer. Como si el matarife temiera

que la sombra hiciese lo que su dueña no se atrevió: levantarse y huir corriendo en dirección al puerto de Haifa para subir a un barco que zarpe a Europa. Cuando Jacob Markovich rememoró la cara del matarife mirando cómo el viento hacía bailar la sombra de Rajel sobre los canteros de flores, supo que los encontraría. “Ni un arsenal oculto, ni un escondite en el vientre de un camello, ni ascender a las montañas de Jerusalén. Nos iremos a Europa, juntos. Y en cuanto a mujeres, no te preocupes: yo te cuidaré de ti mismo”.

3

Cuatro días después, abordaron el barco. El mar estaba sereno y la puesta de sol fue banal. Jacob Markovich se desilusionó un tanto. Era un hombre práctico, no un tonto sentimental, y sin embargo abrigaba la esperanza de que el día que iniciaran la travesía los colosos de la naturaleza compusieran una obertura digna. Un enjambre de cigüeñas sobrevolando por arriba, un huidizo delfín acercándose a la orilla, el sol agonizando en un tono especial. Después de todo, no se trataba de un viaje cualquiera a Europa, ahí empezaba la travesía de su vida. Desde el día en que nació, tenía Jacob Markovich la sensación de no ser sino un personaje secundario en la vida de otros, un argumento paralelo, una luna lejana que refleja la luz de algún sol. Era el hijo de sus padres, el subalterno de sus superiores jerárquicos en el ejército y el amigo de Zeev Feinberg. Por primera vez en su vida, él, Jacob Markovich, vivía una vida digna de ser narrada. Hasta ahora todo había sido un borrador, los bosquejos involuntarios de un artista en el momento previo a sentarse decididamente frente al caballete. Por eso no pensaba ya en su casa en la colonia ni extrañaba a sus habitantes, sólo se lamentaba de haber dejado a Jabotinsky y también sentía pena por las palomas.

Cuando vomitó hasta el apellido tras media hora de travesía, Jacob Markovich se miró en el agua. Entre los pedazos de vómito que flotaban, divisó los ojos promedio, la nariz común, la línea de la mandíbula insulsa. Pero en la frente vio algo nuevo, una línea firme que no estaba allí previamente. Cuándo había aparecido, no sabía. ¿Habrá sido cuando le partió la cabeza al árabe, o cuando le mintió descaradamente a Abraham Mandelbaum, o quizás cuando insistió y hasta discutió con el vicepresidente de la Organización, que en un principio se negó a inscribirlo en el operativo? Sea como fuere, era una señal evidente. Jacob Markovich revisó la nueva línea sobre su frente, la grieta de la que irrumpiría en cualquier momento el digno varón que estaba destinado a ser. Se limpió los restos de vómito de la comisura de los labios y se dirigió a cubierta.

Rápidamente comprobó que estaba equivocado. La vida en el barco era distinta a la de la colonia en casi todo, pero en cuanto a Jacob

Markovich, nada cambió. Las miradas de los pasajeros se deslizaban sobre su rostro y seguían su rumbo como las gotas de orina que los hombres echaban al mar noche a noche desde el borde de la cubierta. Nadie lo odiaba, nadie se burlaba de él, pero tampoco hubo quien buscara cobijarse bajo el ala del salvador de Zeev Feinberg, el mata-árabes, engañador de matarifes, Jacob Markovich. Si pensó que rompería el cascarón de su adolescencia, ahora descubría que no se trataba del cascarón, sino de su propia piel. Cuando quiso asesorarse al respecto con su amigo, comprobó que la cuestión estaba cerrada: Zeev Feinberg fue coronado indiscutible rey de la travesía antes de que el barco levara anclas. Andaba por el muelle rodeado de sedienta muchachada, perritos babosos deseosos de mamar más y más cuentos de quien se sabía era buen amigo del vicepresidente de la Organización. Y Zeev Feinberg consentía. Contó cuentos hasta quedar afónico y entonó canciones procaces hasta que se le secó la lengua, hizo reír a sus oyentes y su risa los superó a todos espantando bandadas de aves migratorias. A pesar de que no lo habían nombrado comandante del operativo -el vicepresidente de la Organización se lo encomendó a un joven llamado Katz varios meses antes-, no había dudas sobre la identidad del comandante en ejercicio. Si Zeev Feinberg hubiera ordenado desviarse tres días hacia las costas griegas para ver a las muchachas locales bañarse desnudas, el capitán habría obedecido, y es de suponer que Zeev Feinberg lo habría hecho de no tener el corazón quemado de añoranzas hacia Sonia. En vez de eso, seguía hablando, cantando y riendo, y sólo de tanto en tanto sentía que su voz se separaba del cuerpo, avanzaba y tomaba distancia sin él, mientras Zeev Feinberg en persona se hallaba muy lejos de allí. En momentos como ese, Zeev Feinberg se sentía cansado de ser Zeev Feinberg. Jacob Markovich jamás se dio cuenta de ello, ¿cómo alguien podría cansarse de ser Zeev Feinberg?

Al amanecer, siempre se encontraban en la cubierta. Jacob Markovich subía a ver si realmente salía el sol, Zeev Feinberg iba camino a su cama después de trasnochar bebiendo y contando historias. Se sentaban uno junto al otro en silencio, Jacob Markovich reunía fuerzas para el nuevo día, Zeev Feinberg reunía valor para medirse con las pesadillas de la noche. En esos momentos, se establecía entre ellos una especie de beatitud de la que jamás se atrevieron a hablar.

Los días parecían idénticos, y sin embargo pasaban. Cuanto más se acercaban a Europa, se percibía una cierta intranquilidad en los pasajeros, que se intensificaba más y más hasta que esa vibración interna por el ardor expectante parecía hacer bailar el barco sobre las aguas. Hablaban de ello en el desayuno y en la cena, parados en la cubierta o acostados en sus camastros. Tanto hablaron de Europa, que

cuando por fin la vieron quedaron todos paralizados, como si no creyeran que detrás de las palabras hubiera un continente real. Jacob Markovich estaba parado en la cubierta mirando a tierra firme. Le parecía que el barco avanzaba más rápido que nunca, atraído por una fuerza magnética hacia la orilla. El tercer polo, el polo europeo alrededor del cual bailoteaban todos los pasajeros, se iba materializando frente a él. Zeev Feinberg estaba parado a su lado con los ojos cerrados, resistiéndose a mirar siquiera esa cuna de placer que de sólo pensarlo le ablandaba el corazón y le erguía el miembro viril. Pronunciaba una y otra vez el nombre de Sonia, aferrándose a él para conjurar brujas y tentaciones. Pero era como si su lengua presintiera la manteca y el cacao, la carne de ciervo derritiéndose y los pezones de las mujeres endureciendo, y Zeev Feinberg suspiró por última vez "Sonia".

A esa hora, Sonia estaba parada en la costa palestina mirando el mar. Zeev Feinberg abrió finalmente sus ojos y vio la costa europea acercarse cada vez más. Sonia de pie con los ojos abiertos no veía nada más que mar. Once días antes, exactamente la mañana en que el barco dejara el puerto de Haifa, tuvo un presentimiento que la llevó a mirar el mar. Pudo haber sido una casualidad del destino, el testimonio de un vínculo mágico entre dos enamorados, si no hubiera sido porque esa sensación la había empujado a la orilla también los tres días previos. La conducta de Sonia no respondía a nada de lo que se suele llamar intuición femenina, esa que despierta a madres en la mitad de la noche sabiendo que su hijo ha sido herido en batalla, o se apresura a hornear una torta con la certeza de que hoy habrá de volver. No fue intuición sino entrega. Cuando Zeev Feinberg se rascaba la nariz, a ella no le daba escozor en la suya propia. Cuando él sufría de diarrea por indigestión masiva en el barco, Sonia dormía como los dioses. Ella no sintió que el barco estaba llegando a Europa ni profetizó el instante en que levaría anclas en el puerto de Haifa, sólo sabía que debía esperar que regresara, y sabía que cuando lo hiciera sería por mar.

Las amigas de Sonia se burlaban de ella por esperar. Zeev Feinberg es una persona valiosa, nadie le gana para pasarlo bien, pero ningún bigote merece que alguien esté todo el día en la orilla con cara de Ana Karenina. Sonia se encogía de hombros y seguía allí, maldiciendo a Zeev Feinberg en lenguaje soez. Porque por más que estaba condenada a esperar, por más que tenía la maldita y bochornosa tendencia femenina a encontrar un cuadradito de arena desde donde mirar al mar esperando el regreso de su hombre, por lo menos tenía la valentía de rebelarse contra ello. Por eso maldecía a Zeev Feinberg con toda su alma y todo su ser, a voces y con todas las ganas. Su emblemático

bigote era para ella “una colección de gusanos negros”, y su miembro -famoso en todo el valle-, humillado hasta lo más bajo. A veces lo llamaba “cebolla de verdeo”, y otras, “zapallo que no prosperó”, o “criadero de piojos”, y un día anunció que esa carne podrida no era apta para alimentación humana. Muy pronto empezó a reunirse público alrededor de Sonia para oírla maldecir a Zeev Feinberg. Lo hacía con la misma unción con la que nutría su esperanza de que volviera.

Los muchachos que estudiaban en la Yeshivá la adoraban. Y no por su hermosura. Sus ojos estaban alejados uno de otro un milímetro más de lo considerado bello. El sol había distribuido en su rostro muchas pecas, y su nariz aguileña hubiera servido para corroborar la descripción de cualquier propagandista germano. De estatura mediana, pechos dignos, un culo sin particularidad alguna más allá de su existencia. Y sin embargo venían día a día a verla. Los vergonzosos, con mirada anhelante; los valientes, con avezadas frases alentándola a renunciar a Feinberg y entregarse a alguno de ellos. Si bien no tenían bigote y sus risas no provocaban la caída de las hojas de los árboles frutales, por lo menos estaban ahí, hecho que no era cuestión de desmerecer. Sonia les agradecía de todo corazón y seguía maldiciendo a Feinberg. Las mujeres, por su parte, empezaron a maldecir a Sonia. Preguntas como “pero qué tiene esa” atiborraban el espacio a modo de panal de avispas. Hubo quien dijo que su abnegación embrujaba. En la profundidad de su corazón, todo hombre, aun el que no zarpa hacia alta mar, quiere una mujer que lo espere en la orilla. Nada más que romanticismo barato. No es que la abnegación en sí resulte un embrujo, su encanto depende de la identidad del abnegado. Un zapallo insulso parado en la orilla terminará cubierto de moho o convertido en faro. Otros mentaban el aroma a azahares. Ciertamente, la piel de Sonia olía a naranjas, un dulce, pesado e inconfundible aroma. Cuando alguien se paraba al lado de Sonia en las horas de trabajo y aspiraba profundamente, de inmediato sentía como si estuviera en el puerto de Jaffa y, a su alrededor, cajones y cajones de naranjas. Si bien el perfume de las naranjas es embriagador, también lo son los del jazmín y la higuera. A lo largo y a lo ancho del país hay muchas mujeres cuya piel tiene un perfume particular: todos conocían a aquella de Degania que se vio obligada a ponerse guantes para que los insectos no se sintieran atraídos a la miel de sus manos; y había una muchacha en Rishon Letzion que, dicen, olía de tal modo a mirto, que todos los alérgicos estornudaban a su paso. El aroma a azahares es bello y grato, pero de ahí al frenesí del amor hay un largo camino.

Lo que no justifican ni la abnegación ni las naranjas lo explicará quizás el ardor. El fuego que ardía en Sonia derritió pies congelados, abrigó entrañas, cosquilleó puntas de dedos. En los lluviosos días de

invierno, cuando el agua te corre por la cara y te llena los zapatos de barro y de desesperanza, la gente miraba a Sonia y se sentía calentita. Y en verano, cuando toda la colonia se cubría con un velo de polvo y las casas quedaban espolvoreadas con azúcar de arena y asfixia, Sonia era la única que no se desteñía. No era hermosa, lo sabían, y sin embargo elevaban hacia ella sus miradas como girasoles al sol.

Cierto día, estando ella parada en la playa, vino a visitarla Abraham Mandelbaum. Al principio no se dio cuenta. Tan concentrada estaba en la detallada descripción de cómo le arrancaría todas las uñas a Zeev Feinberg en cuanto volviera. Cuando identificó al matarife, se asustó pensando que hubiera escuchado sus palabras y decidido adoptar para sí alguna de sus ocurrencias. De inmediato se apaciguó diciéndose que un matarife hábil como Abraham Mandelbaum no necesitaba sus consejos en todo lo concerniente al tratamiento de carnes y uñas, y le preguntó por qué había venido. Desde el día de la huida de Jacob Markovich y Zeev Feinberg, ambos se evitaban en la vía pública. Abraham Mandelbaum, turbado, hizo sonar sus gruesos dedos, y Sonia consideró que con sus dos metros de altura y más de ciento sesenta kilos de peso parecía un niño. Bajando los ojos y con voz dubitativa le dijo que había venido a contagiarse de su ira.

“No se trata de una gripe, supongo que lo sabes”. “Sí, pero igual”. Y entonces dijo que hacía ya varios días no se sentía enojado con Zeev Feinberg, ni siquiera un poco. A pesar de que trataba de avivar el fuego de su ira recurriendo a los detalles de Zeev Feinberg respirando pesadamente sobre su mujer, no despertaba en su corazón siquiera una pizca de furia.

“Entonces ¿qué es lo que hay allí?”.

“A veces, en la carnicería, cuando termino de faenar algún animal, me siento entre los trozos de carne y trato de reconstruirlo en mi cabeza. A veces lo logro, y entonces veo cómo todo vuelve a unirse, como en la profecía apocalíptica, la carne sobre la mesa, las partes internas en el tacho de basura y la piel desparramada sobre el piso que siempre envuelvo en un trapo para que Rajel no lo vea porque le provoca náuseas. Y a veces no lo logro, y quedo sentado en el taburete rodeado de partes descuartizadas y me pregunto dónde está el ternero”.

Sonia registró para sí que esa había sido sin duda la conversación más larga que mantuviera alguna vez con Abraham Mandelbaum. Quizás adivinó además que esa había sido la conversación más larga que Abraham Mandelbaum mantuviera alguna vez.

“Quizá no lo entiendo, Abraham. ¿Qué tiene que ver el ternero con Zevik…?”.

“No la encuentro, Sonia. No encuentro la furia. Cuando fui esa mañana a la casa de Feinberg, estaba dispuesto a deshollejarlo. Pero

cuando volví a casa ya no quería matar a nadie. Estaba cansado".

Por primera vez desde que se paraba en la orilla, Sonia quitó la mirada del mar. Se dirigió a Abraham Mandelbaum y le tomó las manos, manos de matarife. Sus ojos estaban suficientemente distanciados entre sí para compartir lo que sintió: el ojo derecho era toda tristeza. El izquierdo, toda compasión.

"No necesitas mi ira, Abraham. Consíguete la tuya. Hazte de algo propio".

Por las noches solía visitarla el vicepresidente de la Organización. Antes de irse a Europa, Zeev Feinberg le hizo jurar que iría a verla y le diría que viajó, "y lo más importante", subrayó Feinberg, "dile que volveré". El vicepresidente de la Organización le comunicó a Sonia el objetivo del viaje, y sólo mencionó brevemente que había sido la única forma de "salvar su culo, que si bien entiendo, tienes en un alto precio". Luego miró hacia adelante, observando por la ventana la oscuridad de la noche a la que volvería en un instante, mientras su oído quedaba atento a las palabras de agradecimiento de Sonia. Cuando le pareció que pasaba demasiado tiempo sin oír lo que esperaba: "¿Qué hubiéramos hecho sin ti?" o "te debe la vida y yo también"…, la miró de reojo. Mucho entrenamiento y una bizquera infantil lo habían hecho especialista en espiar con medio ojo. Alguien que los observara sin conocerlos podría haber pensado que eran un hombre y una mujer sentados en una sala, la mujer mirando a la pared y el hombre mirando por la ventana. En cuanto a la mujer, estaría en lo cierto, pero en cuanto al hombre, nada más lejos de la verdad. El vicepresidente de la Organización miraba a Sonia con la misma concentración con que estudiaría el mapa topográfico de la próxima incursión nocturna. Memorizó puntillosamente los rasgos de su cara: ojos separados, tantas y tantas pecas a distancia medianamente pareja, mentón ancho. Incluso prestó atención al pliegue entre la nariz y el labio superior, y descubrió que cuando sonreía levantaba de forma leve la comisura izquierda de la boca, un mohín que no dejaba de ser gracioso. En general, carecía de belleza singular, decididamente no justificaba todo el trayecto desde Tel Aviv. El vicepresidente de la Organización compadeció íntimamente a Zeev Feinberg, un toro de reproducción derrochado por haber elegido fijar su residencia en una zona tan marginal, donde no sólo la tierra mezquinaba sus frutos, sino también sus mujeres eran tan mediocres.

Volvió a mirar por la ventana. Dentro de un instante se despediría de ella. Dentro de un instante saldría por la puerta. El camino a Tel Aviv estaría oscuro y frío, en el sendero lo atribularían visiones varias, del tipo que se presenta ante la gente sólo cuando camina solitaria en medio de la noche. Empezaba a incorporarse cuando oyó la voz de Sonia: "Tú lo conociste en el barco, ¿no es cierto?".

El vicepresidente de la Organización respondió afirmativamente, a Zeev Feinberg lo conocía del barco, y ahora, si lo perdonaba, estaba apurado. Sonia lo miró divertida y con severidad, una copia fiel de la mirada que él dirigía a sus subalternos, y dijo: “Si lo pusiste en ese barco, lo menos que puedes hacer es contarme cómo era en el anterior”.

“¿Por qué?”.

“Si no puedo verlo ahora, por lo menos quiero oír acerca de su pasado”.

El vicepresidente de la Organización volvió a sentarse con expresión claramente ofuscada. Jamás le gustó volver sobre las aventuras del pasado. ¿Qué sentido tiene regurgitar cuando se puede morder carne? Hablar sobre recuerdos los desgasta, como una camisa lavada una y otra vez hasta desteñirla. Sólo que muy pronto descubriría que, al relatárselos a Sonia, los sucesos del barco con Zeev Feinberg cobrarían vida propia y volvería a palpitarlos con colores más fuertes que nunca. Al principio lo adjudicó a sus dones nada comunes en tanto narrador de cuentos, pero rápidamente tuvo que reconocer que no era él el factor decisivo. Era Sonia. Parecía que todos sus poros se abrieran para escucharlo. Cuando contó cómo dejó a su familia y fue a la ciudad y de allí al puerto, los ojos de Sonia se llenaron de compasión. Cuando describió cómo casi se hundían en una tormenta, sus fosas nasales temblaron en una leve vibración de miedo. Al recordar los chistes que le enseñó a Feinberg, ella se sacudía de risa y algo en el vicepresidente de la Organización también se sacudía. El pasado dejaba de ser pasado cuando se lo relataba a Sonia. Su atención era tan plena y su empatía tan sincera, que lo que antes le parecían resabios de recuerdos insípidos y fríos volvió a cobrar calor, color y sabor y le llenó las entrañas de alegría. Siguieron sentados allí hasta la madrugada. Él le contó los chistes de cubierta, aun los más soeces, y se sorprendió al comprobar que, lejos de ruborizarse, ella sonreía disfrutándolos. Le detalló las brillantes movidas de ajedrez de Feinberg y sus propios contraataques de estilo, y a pesar de que no entendía nada, aplaudía encantada en los momentos de viraje de las circunstancias. Para no ofenderla, evitó contar sus flirteos con mujeres, pero después de que ella lo mirara como sabiendo, se explayó en detalles. Estaba aquella a la que habían engañado para que pensara que eran hermanos y, como no les creía, le dijeron que tenían la misma mancha de nacimiento en el miembro viril y la convencieron de comprobarlo. También estaba la que se acolchonaba el sostén con calcetines que el frío la obligaba a usar por las noches y sus tetas olían a pata. Y la que declaró que no se entregaría a Feinberg a menos que se quitara el bigote, y el vicepresidente de la Organización le retrucó que él no estaría con ella hasta que a ella no le creciera el bigote.

Finalmente, le contó a Sonia lo de la noche que llegaron a Israel. Sus ojos distanciados se acercaron más y más por el asombro, casi no podía completar una frase sin que ella lo interrumpiera: "¿Qué? ¿Con las inmigrantes ilegales en una mano y las piezas de ajedrez en la otra? ¿Y qué les dijeron los británicos cuando los vieron?". Y por fin, la frase que más deleitó al vicepresidente de la Organización: "Pero ¿y cuál era la verdadera posición en el tablero?".

Se fue de la casa cuando amanecía. Después de haber hablado tantas horas sobre Zeev Feinberg, lo embargaba una fuerte nostalgia de su amigo. Durante todo el camino de regreso a Tel Aviv, rememoró aventuras compartidas con él en el barco. Y estaba tan sumido en sus añoranzas, que recién después de dos días enteros se dio cuenta de que también añoraba a Sonia.

Durante los días subsiguientes, el vicepresidente de la Organización olía azahares en todas partes. Una y otra vez lo llevaban sus pies al puerto de Jaffa, donde los comerciantes se asustaron al verlo husmear los cajones de naranjas con mirada anhelante. A veces pensaba que era un error, ya que es imposible que el cuerpo de una mujer exhale un aroma así, quizás había en su habitación una canasta de mandarinas. Pero íntimamente sabía: ni mandarinas ni clementinas. Por fin su deseo pudo más: compró un cajón de naranjas, lo puso en su oficina de la Comandancia y no le permitió a nadie comerlas.

Mientras las naranjas se iban pudriendo en la habitación del vicepresidente de la Organización, Sonia se ponía cada vez más linda en la playa. El aire marino le hacía bien. El sol brillaba entre sus senos. Las jugosas maldiciones que vertía contra Zeev Feinberg le conferían un sempiterno rubor en las mejillas. Y sobre todo, la total falta de esperanzas de su accionar, la arbitrariedad de la espera y la increíble falta de lógica eran lo que estimulaba la circulación de su sangre y otorgaba vitalidad a su cuerpo.

Al cabo de una semana, cuando el vicepresidente de la Organización volvió a golpear a su puerta, se sentía como perdido en una plantación de cítricos. Invertía todos sus esfuerzos en distraerse y convencerse de que de ninguna manera estaba pecando contra su buen amigo Feinberg. Desde siempre compartían todo lo que les tocaba en suerte, mujeres, cuentos, bebidas… ¿Por qué sería esta vez diferente de las demás? Pero a pesar de ello, sabía, contra su voluntad, que era diferente. Por fin, cuando el aroma a naranjas amenazaba su cordura, decidió que todo se le había ido de las manos y no guardaba proporción alguna. Sonia no era sino una amiga más de Zeev Feinberg, que viajaba en ese momento a Palestina entre las sábanas de las mujeres del barco y se alegraría al saber que el vicepresidente de la Organización la entretuvo un poco en su ausencia. Porque está claro

que Zeev Feinberg sabría valorar la abnegación de su amigo, que hacía el esfuerzo de viajar hasta el norte para compartir algo de tiempo con la mujer de los ojos alejados casi un milímetro más de lo que se considera bello.

Al llegar a la puerta de su casa, casi se arrepiente. Pasó largo rato entre las sombras, mirando la lámpara de la sala. Entonces decidió pasar de la oscuridad a la luz y golpeó. La voz de Sonia preguntó quién era. El vicepresidente de la Organización dudó un instante pensando cómo responder a la pregunta, y entonces dijo: "Efraim".

Cuando abrió la puerta, Sonia no lo reconoció. No había nada en él del hombre al que había visto la semana anterior. La seguridad y la soberbia habían desaparecido por completo, y en cambio demostraba una torpeza indecisa que le recordaba los primeros pasos de un ternero recién nacido. Lo recibió abiertamente, aunque su gratitud le ocasionó cierta turbación. Era demasiado apuesto para rogar los favores de cualquier mujer, y el hecho de que lo hiciera precisamente con ella le provocó más incomodidad que placer. Sea como fuere, su conciencia no la atormentaba. No sentía ni la dicha de la venganza ni la culpa de la traición. Sólo la calma del cuerpo satisfecho. Hacía más de tres semanas que Zeev Feinberg había huido por temor a las represalias de Abraham Mandelbaum, y si bien el cuerpo de Sonia no dejaba un sello indeleble en todos los que la veían, para ella misma era una fuente nada desdeñable de placer. No había ninguna razón para dejar que se cubriera de polvo. Desde la partida de Feinberg, se pasaba las tardes sentada en el sillón, bebiendo té con la garganta exhausta de las maldiciones del día, mojando un dedo rosado en el frasco de miel. Con el mismo dedo solía pasear por el bajo vientre de Feinberg y de ahí a sus propios muslos. Ahora, en su ausencia, su cuerpo había quedado huérfano y aburrido. Si bien en más de una ocasión Feinberg la visitaba en sueños, y ella a su turno solía buscarlo acostada en su cama al amanecer, la imaginación no se asemeja a las caricias reales. Por más salvaje que fueran las preliminares en su mente, no dejaban señal alguna en su cuerpo. Y Sonia amaba las huellas del amor casi tanto como al acto en sí. Al mediodía, parada en el campo, deslizaba una mirada por el rasguño que Feinberg había dejado en su pecho, o la marca del mordisco que orlaba su vientre. Así, cuando el sol le calcinaba la cabeza, se consolaba con el recuerdo impreso por la noche, un saludo de la luna. Pero ahora sus noches eran yermas y su cuerpo lucía libre de marcas. Por eso, la presencia del buen amigo de Zeev Feinberg en su cama le pareció justo: uno viajó y el otro viene a cumplir sus obligaciones. Incluso el estante que Zevik había prometido instalar fue amurado por el vicepresidente de la Organización antes de irse a dormir.

Así como Zeev Feinberg, también el vicepresidente de la

Organización descubrió que el cuerpo de Sonia era un pozo de aguas dulces. Bebía de él y no se saciaba. Pero cuando despertó a la mañana siguiente, la cama estaba vacía. En vano la buscó entre las paredes de la casa y en los senderos de la colonia. Ella ya había tomado su lugar en la playa, insultando y maldiciendo a Zeev Feinberg con fuerzas renovadas y en voz bien alta, con todo el corazón y con todas las ganas.

4

Cuando Jacob Markovich y Zeev Feinberg bajaron del barco, caminaban tambaleantes por la plataforma. Es un fenómeno conocido entre los navegantes, de modo que no le adjudicaron ninguna importancia. Pero un día después seguían mareados. Y el día después también. Finalmente, Zeev Feinberg dijo que no era cuestión del barco, sino de la tierra sobre la que estaban parados. Bebieron café junto a una mesita que chirriaba bajo el peso de Zeev Feinberg, recostado su torso sobre ella hasta cubrirla casi por completo, su cabeza enrulada a modo de centro de mesa como una planta de adorno que alguien olvidara podar. Considerando dicha invasión, Jacob Markovich se vio obligado a tener en la mano su café y el de Zeev Feinberg, dos tenedores de postre y una porción de torta con crema. Esa admirable demostración de equilibrio seguramente le hubiera valido varias monedas de haberlo hecho en la plaza contigua, donde Zeev Feinberg había vaciado una docena de monedas en la gorra de un artista congelado que había estado parado allí un cuarto de hora. Jacob Markovich había mirado entonces al artista con creciente incomodidad; casi lo toma de los hombros para sacudirlo y gritarle: "¡Muévase, hombre! No se quede parado ahí como una efigie cuando todo cambia incesantemente, ¡sea otro, otro!". Zeev Feinberg, en cambio, se llenó de esperanzas frente a ese modelo de estabilidad, esa capacidad de mantenerse indiferente al bullicio callejero, a los transeúntes que intentan hacerte cómplice de sus risas, sus historias, te desafían diciendo algo inteligente. Seguramente le quemaba la lengua dentro de esa boca sellada.

Cuando dejaron al artista para seguir su camino, volvió Zeev Feinberg a sentirse mareado. "Sentémonos", le dijo a Jacob Markovich, de modo que Jacob Markovich tuvo que cargar con una montaña de platitos y café con torta mientras Feinberg se desparramaba sobre la mesa sin ninguna intención evidente de levantarse. Desde el fondo de sus rulos se oyó un balbuceo sordo, y Jacob Markovich se inclinó hacia él para oír lo que decía. Al hacerlo, perdió la montaña su equilibrio y se estrelló contra el brillante piso del café. El ruido le pareció a Jacob Markovich poco menos estentóreo que La Noche de los Cristales Rotos. Una moza airada se le acercó,

escoba en mano. Cuando se agachó a juntar los añicos, atisbó entre sus pechos y se sintió como un bebé. Siempre se sentía como un bebé en presencia de mujeres como esa, la eficiencia hecha persona, cuyo delantal habla de orden y limpieza y huelen a acritud de leche y de torta. Jacob Markovich se sentía atraído y repelido por las mozas de los cafés, pero ellas jamás lo distinguieron con una mirada, salvo en los casos en que rompía algo, porque entonces sus miradas lo partían por el medio con rencor antes de agacharse a juntar los pedazos mientras sus senos asomaban debajo de la boca que murmuraba ofuscada. Aún se debatía entre la dulzura de los senos y el escozor del bochorno cuando Jacob Markovich vio que Zeev Feinberg volvía a balbucear con la cabeza contra la mesa; de hecho, no había cesado de hacerlo.

"¿Qué has dicho?".

Zeev Feinberg levantó finalmente la cabeza, obvió por completo los restos de torta de crema y el destrozo sobre el piso, echó una mirada de consentimiento a las tetas de la moza y le dijo a Jacob Markovich: "Dije que no la estoy pasando nada bien aquí, Markovich. Nada bien".

Jacob Markovich se permitió dudar de las palabras de su amigo. En los cinco días transcurridos desde que bajaran del barco, Zeev Feinberg había aumentado cinco kilos, se había acostado con cinco mujeres y había bebido cincuenta litros de bebidas espirituosas. Tal como los demás muchachos del barco, también él acusaba un ataque de bulimia, atosigaba sus sentidos con todos los placeres del continente antes de verse obligado a vomitarlos y volver a Palestina.

"Te suena raro, ¿no?". Le hablaba a él sin dejar de observar las tetas de la moza. Bajo la blanca piel divisaba un fino entretejido de venas al dirigirse a su amigo: "¿Entiendes, Markovich? Volver a Europa es como volver a acostarse con la mujer que amaste en tu juventud. Estás lleno de entusiasmo y de añoranzas, y no eres capaz de darte cuenta de que aquella mujer ya no existe. En vano hurgarás en sus carnes, en vano mirarás a sus ojos, quizás encuentres un débil eco de la mujer que amaste, pero no más que eso. También yo y los muchachos, desde que bajamos del barco, vamos a los sitios a los que solíamos ir, bebemos las bebidas de entonces. Susurramos las mismas frases a oídos de las jovencitas. En vano. Por eso el mareo, amigo mío, por eso andamos como ebrios desde que bajamos. ¡Las diferencias de presión entre entonces y ahora nos pesan en los tímpanos y descalabran la estabilidad!".

Jacob Markovich asintió levemente, con la mirada perdida en la red de venitas celestes del escote de la moza. Dado que jamás había logrado acostarse con la mujer que amaba siendo jovencito, le costaba entender en qué consistía la falla de volver a hacerlo según Zeev

Feinberg. Pero repentinamente la red celeste se le apareció como la copa del árbol del patio de su casa paterna, y entendió. La mayor parte de su niñez peleó contra ese árbol que se le antojaba el más alto de todos los árboles habidos y por haber. Las cicatrices en sus rodillas daban clara cuenta de su vínculo con aquel árbol: aquí fue cuando quiso trepar por la derecha y aterrizó, aquí cuando trató de someterlo por la izquierda, y aquí cuando descargó en el tronco toda la furia del niño pequeño que quiere conquistar un árbol y fracasa una y otra vez. Las pesadillas nocturnas del niño Jacob Markovich no se diferenciaban de las de los demás niños, pero sus sueños se colgaban de las ramas de aquel árbol.

Noche a noche soñaba con la verde copa, miles de hojitas que ninguna mano humana había tocado jamás se sacudían de pronto cuando Jacob Markovich se asomaba entre las ramas. El árbol le hablaba en decenas de matices de verde, y Jacob Markovich le respondía con cariñosas palabras. Desde lo alto, el horizonte se abría a los cuatro vientos y Jacob Markovich divisaba los osos polares del sur, el océano y las montañas, castillos cuyas torres besaban el firmamento. Abajo, más allá de los nidos de pájaros y de los escondites de duendes, a través de hojas y ramas, junto al grueso tronco, estaban sus padres. En el sueño sus rostros se veían borrosos, pero sus palabras sonaban claras y punzantes. Su madre gritaba: "¡Agárrate fuerte!", y su padre gritaba: "¡Cuidado!", pero de hecho ambos decían: "Jacob, pequeñito, ¡qué bueno que llegaste hasta allí!".

Se mudaron cuando tenía diez años, y a los veinte volvió a ver la casa. Jacob Markovich adulto salteó con rapidez el edificio de las paredes descoloridas, hizo caso omiso de las rosas del patio y los calzones ajenos colgados en la soga para ir directamente al árbol. Al principio creyó que lo habían cambiado, que los nuevos habitantes habían traído un árbol nuevo en vez del viejo, así como habían cambiado los cuadros que colgaban de las paredes y la ropa en la soga. Pero cuando observó despavorido el tejido del tronco, cuando deshizo entre sus dedos una de las hojas, no pudo negar que se trataba del mismo árbol. Esta vez no tuvo que luchar contra él. En menos de un minuto ya estaba observando a su alrededor desde la copa, las ramas del árbol rechinaban bajo su peso. Abajo se extendían los patios vecinos como un cúmulo de coloridas alfombras y techos humeantes. No había rastros de osos polares ni duendes, pero en el patio vecino vio un gato flaco y hambriento tratando inútilmente de cazar una paloma. Jacob Markovich bajó del árbol y nunca más volvió a aquel patio.

Siete años después, en un melindroso café cuya calma había quebrado, observaba Jacob Markovich la copa del árbol entre los senos de la moza. "Tienes razón, Feinberg, no se debe volver al lugar

que amamos". Y ya estaba por proponer que regresaran a la habitación del hospedaje y no salieran hasta el momento del encuentro con las mujeres que debían desposar, que dieran la espalda al presente que destruye el pasado, cuando de pronto sonrió Zeev Feinberg bajo el bigote como quien ha tomado una decisión, se levantó y le propuso ayuda a la moza.

Se llamaba Ingrid y tenía una vida mental muy complicada en la que Zeev Feinberg no se interesaba en absoluto. Iban a pasar juntos toda una tarde con su noche sin que ella mencionara siquiera las poesías que escribía en secreto y cuánto añoraba al padre que la había abandonado cuando tenía sólo seis años. Al mes de conocerla, ella no recordaba su nombre y él no habría reconocido su rostro en caso de encontrarse en la calle (aunque las posibilidades eran mayores si se agachaba en el ángulo desde el que la vio en el café). Su encuentro había sido tan insignificante, que bien pudo no producirse. De hecho, quizás no se produjo.

Sin embargo, alguien fue hondamente sacudido por el encuentro entre Zeev Feinberg e Ingrid, cuyo apellido no se supo. Ese alguien fue Jacob Markovich. Cuando apareció otra porción de torta de crema sobre la mesita, Jacob Markovich salió solo hacia el hospedaje. Ciertamente, también las noches anteriores había vuelto solo al hospedaje, pero esta vez su paso era más pesado. De haber observado alguno de los huéspedes la entrada de Jacob Markovich, seguramente habría pensado "este tipo se comió una buena cena". Su andar cansino y la mano sobre su vientre lo delataban. Pero el vientre de Jacob Markovich estallaba de soledad y no de comida, y eso le pesaba y lo llevaba a su cuarto. Si hubiera estado en su casa en la colonia, habría salido al patio a alimentar a las palomas. Cuando un ser viviente come de tu mano, no te sientes solo. Pero no quería alimentar a las palomas europeas. Demasiado emperifolladas para su gusto, soberbias, y desde alguna perspectiva evocaban al águila de hierro. De modo que Jacob Markovich se metió en la cama. Hacía frío y se abrigó con el edredón de plumas y con la autocompasión, que descongelan los pies mejor que nada. Una y otra vez rememoraba los senos de la moza agachada, la red de venitas celestes que hubiera recorrido como tocando el arpa. Interpretó varias melodías sobre los senos de la moza hasta que se volvieron en su imaginación un enorme cuaderno pentagramado, como el que tenía su padre y sólo muy de vez en cuando le permitieron ver.

Una vez que se aprendió de memoria los senos de la moza, decidió procurarse otros en los cuales pensar. Primero fueron los de Rajel Mandelbaum y la dueña del hospedaje, pero rápidamente se fastidió de los senos carnales y pasó al maravilloso reino de lo posible. Al día siguiente, sin más dilación, debería enfrentar a veinte jovencitas judías

a las que estaban llamados a redimir. Diecinueve mujeres agradecidas en general, y una -a la que desposaría- en particular. Respetando el orden establecido, Jacob Markovich dispuso a las primeras diecinueve en fila y las observó una a una sin dedicarles demasiado tiempo a los rasgos faciales. Pero cuando llegó a la vigésima, no se atrevió a mirarle los senos. Sería sólo en los papeles, en el marco del operativo de salvataje, y sólo mientras durara la travesía, pero, con todo, sería su esposa. Y no corresponde que un hombre ausculte los senos de su mujer sin su permiso, como si fuera una moza agachada en un café. En cambio, estudió largamente su rostro. Era a la vez el artista pintor y el observador entusiasta, dibujando sus rasgos en su imaginación y admirando su belleza.

Todo lo rutinario del rostro de Jacob Markovich, todo lo que impedía que una mirada se posara en él aunque fuera brevemente, se invertía en cuanto al rostro de la muchacha. Y dado que no podemos imaginar aquello que jamás hemos visto, el rostro de su esposa-por-tres-meses era copia fiel de facciones conocidas. Le otorgó la boca de Guila Shatzman, labios carnosos cual higo maduro; la nariz de su madre, pequeña y precisa; las mejillas sonrojadas de Yona, que enloquecían a los toros; y los cabellos de Fania, que le exigían esconder sus manos en el fondo de los bolsillos para evitar acariciarlos. Finalmente quedaban sólo los ojos, que lo mantuvieron intranquilo durante dos horas. Los azules le parecían fríos, los verdes, malignos, y los castaños, muy comunes. Los de Ahuva eran demasiado grandes, los de Fania demasiado pequeños, y los de su madre, imposible quitarles la frustración de su expresión. Cerca del atardecer, entusiasmado con la brillante solución a la que arribó, le dio los ojos de Sonia acercados un milímetro. Cuando por fin se detuvo a observar el rostro completo, sintió que lo recorría de la cabeza a los pies una corriente de calor que nada tenía que ver con las plumas de ganso ni con la autocompasión. Era la esperanza.

5

Al día siguiente, a las siete de la tarde, salieron Jacob Markovich y Zeev Feinberg hacia un domicilio al este de la ciudad, donde debían encontrarse con las jovencitas. A cierta distancia iban también los otros muchachos, de a dos, de a tres o en pequeños grupos. A pesar de que todos se esforzaban por aparentar calma, hablaban lentamente, pero un fuerte olor a perfume y loción de afeitar los delataba. Cuando llegaron a la calle contigua al edificio indicado, ya se habían aglomerado los grupos en un solo bloque de emoción contenida. El comandante oficial del operativo, Mijael Katz, los miró decepcionado. En su imaginación se había visto conduciendo a la vivienda un grupo de valientes guerreros, la élite de la Organización en Palestina. Esperaba presentar ante las pálidas doncellas veinte hombres de carácter, bronceados por el sol del Mediterráneo y fortalecidos por el trabajo. Pero el bronceado de sus cuerpos se había desteñido en la travesía y los muchachos se veían ruborizados por la timidez. La angustiosa espera les había relajado los músculos de las manos. Es decir, eran veinte hombres jóvenes un momento antes de encontrarse con veinte mujeres jóvenes. Al entrar al departamento, Mijael Katz descubrió que también a él le transpiraban las manos y, cuando empezó a hablar, se horrorizó al comprobar que parecía un locutor anunciando el inicio de una velada danzante.

“Señoras, yo, Mijael Katz, soy el responsable del operativo en nombre de la Organización en Eretz Israel”. Del grupo de mujeres se oyó una anuencia general de reconocimiento, y Mijael Katz se permitió levantar la vista y mirar rápidamente el harén reunido en la habitación. La mayoría estaba amontonada en cuatro desteñidos sillones, y las que no cupieron allí, en sillas que colocaron junto a los sillones como si quisieran integrarse al bloque de las mujeres sentadas juntas. Una mujer estaba de pie dándole la espalda, mirando por la ventana. Cinco sillas estaban ubicadas junto a la pared, pero ninguno de los hombres se animó a ocuparlas por temor a que fuera la silla destinada a la mujer de pie, de modo que se quedaron parados. El delegado local de la Organización estrechó la mano de Katz y empezó a explicar los detalles del operativo.

En los seis días transcurridos desde que arribara el barco, había sobornado a casi la totalidad de los empleados de la ciudad. Mañana por la mañana, con un poco de suerte, los guerreros desposarán a las jovencitas, y pasado mañana, con mucha más suerte, saldrán hacia Palestina. Cuando lleguen a Palestina se apresurarán a dejar sin efecto los matrimonios, pero, obviamente, siempre quedarán "agradecidas a los soldados de la Organización, ¡que salvaron a veinte mujeres judías de las garras del enemigo!". Las últimas palabras fueron pronunciadas con tanta enjundia, que todos los presentes, hombres y mujeres por igual, aplaudieron a rabiar. También Mijael Katz aplaudió con sus manos transpiradas, pero íntimamente maldijo al delegado por haberse desempeñado mejor que él. Zeev Feinberg aprovechó la algarabía general para pasar revista a las mujeres en el sofá, y su bigote se regodeaba con lo que veían sus ojos. También Jacob Markovich se dejó atraer por los sillones, pero rápidamente su mirada dio con la mujer de pie, de espaldas a la habitación. Mijael Katz carraspeó, y ya tenía en la lengua un florido discurso que empalidecería al del delegado, pero este volvió a adelantársele. "Dado que no queda mucho tiempo hasta pactar los matrimonios, me permití liberar el resto de la velada de modo que puedan conocerse brevemente las parejas adjudicadas al azar. Quién sabe, quizás alcancen a pelearse, que es el símbolo de todas las parejas casadas". Los presentes rieron, y el discurso de Mijael Katz murió antes de nacer. Con su lengua viperina, el delegado había diluido la sobriedad ceremonial y destruido la elevación espiritual del momento sin dejarle al Comandante en ejercicio del operativo más que desenvainar pomposamente la lista de su bolsillo y leerla con la voz que, esperaba, sonara majestuosa.

"Gedeón Gotblieb-Rivka Rozenberg".

"Yehudá Grinberg-Fruma Shulman…".

Con la lectura de los nombres se desvaneció el enojo de Mijael Katz y se instaló el espíritu elevado. Cada una de las parejas ficticias que declaraba se convertía para él en escudo y espada, munición y rifle, granada y espoleta, es decir, el complemento correspondiente al guerrero para el futuro de Israel. En aquellos momentos su mente no se atribulaba con ideas románticas. Casi olvidó que se trataba de hombres y mujeres, sólo pensaba en la oposición armada y los operativos de la inmigración ilegal, ave fénix que, aun si le cortan la cabeza, volverá a levantarse.

Los guerreros de la Organización, en cambio, olvidaron por un momento el futuro del pueblo judío y pasaron a revisar lo que les deparaba el destino. Cuando se oía pronunciar el nombre de uno de los hombres, este daba un paso al frente, y cuando se oía el de una de las mujeres, aquella se incorporaba del sofá o de la silla. Se

estrechaban formalmente las manos y se alejaban a un rincón de la habitación que se iba llenando de parejas iniciando una conversación. A pesar de que los muchachos controlaban muy bien sus expresiones, fue inevitable la sonrisa victoriosa en el rostro de Yehudá Grinberg al estrechar la mano de Fruma Shulman, que se continuaba en un hombro albo y en dulces senos. Tampoco se pudo ignorar la decepción en el de Janán Moskowicz, que había invertido sus ahorros en agua de colonia y ahora estaba parado junto a la puerta, oculto tras la obesa Java Bluwstein. La sonrisa de Zeev Feinberg no se opacó un ápice cuando advirtió que desposaría a una muchacha baja y bigotuda de nombre Yafa. Sabía que de todos modos visitaría a todas. Besó su mano noblemente y la condujo hacia la ventana, dejando a Jacob Markovich solo. Cuando Jacob Markovich miró en derredor, descubrió que todo el espacio estaba cubierto de parejas dialogando y sólo quedaba la mujer de pie, de espaldas a la habitación. El hecho no escapó a la mirada de Mijael Katz, que elevó la voz especialmente para declarar con solemnidad los nombres de la última pareja:

"Jacob Markovich-Bella Zeigerman".

Con el correr del tiempo, Jacob Markovich se arrepentiría de la expresión que asumió involuntariamente en el momento en que la mujer junto a la ventana giró hacia él. La boca abierta, los ojos desorbitados, todo eso lo perseguiría donde fuera. En vano se maldeciría porque el maxilar se le cayó como si tuviera vida propia, las cejas se le treparon más allá de la frente. Nadie hubiera reaccionado de otra manera de haberse encontrado en una vivienda al este de la ciudad frente al rostro que poco antes del atardecer había logrado componer en su imaginación.

Finalmente, Mijael Katz se vio obligado a intervenir. Esperó unos instantes que Jacob Markovich cerrara la boca y avanzara hacia Bella Zeigerman, pero no hubo señales de tal cosa. Y Bella Zeigerman, tras haber tenido la gentileza de darse vuelta, no parecía tener intención alguna de hacer más. Era necesario intervenir, un operativo puntual y certero que cortara el extraño embrujo instalado en medio de la habitación. Mijael Katz así lo entendió y se dirigió a Jacob Markovich con una voz amistosa que encerraba un dejo amenazador: "¿Y? Markovich, ¿no estrechas la mano de la dama?". Jacob Markovich lo miró estremecido, como si la sola idea fuera a profanar lo sagrado. Bella Zeigerman sonrió con cortesía, y Mijael Katz se preguntó cómo fue que justo ella se casaría con Jacob Markovich mientras que a él lo esperaba la esmirriada Miryam Hochman al fondo de la habitación. Con gran esfuerzo, Jacob Markovich logró controlarse y extender la mano a Bella Zeigerman, tomando sus dedos como quien levanta un pichón caído del nido. La mirada de Bella Zeigerman se posó en él un instante. Era la mujer más bella que había visto en su vida. La mirada

de Bella Zeigerman siguió su curso.

Ahora estaban ambos de pie y en silencio. Mijael Katz comprendió que se había equivocado. Sin decir una palabra más, se dirigió a Miryam Hochman, maldiciendo para sí a todos los hombres miserables y a todas las mujeres bellas. Mientras Mijael Katz se disponía a iniciar el diálogo obligado con su futura esposa, Zeev Feinberg se alejó de su deber dejando a Yafa en el sofá, ruborizada de algo que le había susurrado al oído. Ahora Feinberg quería ver qué le había deparado la diosa Fortuna a su amigo, y se dijo que una vez más la maldita insistía en dar nueces a quien no tiene dientes. Porque Bella Zeigerman era, sin lugar a dudas, la mujer más bella de la casa. Y a pesar de que, a diferencia de Jacob Markovich, no pensaba que fuera la más bella que había visto en su vida, a todas luces pertenecía a ese olimpo de semidiosas al que Jacob Markovich no entraría ni como lacayo.

Zeev Feinberg se entristeció por su amigo al detectar que Jacob Markovich estaba pendiente de todo lo que se le ocurriera a Bella, y Bella buscaba todo lo que no fuera Jacob Markovich. Casi sin que se lo propusiera acontecieron en esa habitación todas las cosas que acontecen entre cuatro paredes donde se encuentra una mujer hermosa. Los hombres, que por fin veían el rostro de aquella espalda, empezaron a levantar la voz de su conversación con sus respectivas parejas para que ella oyera sus felices ocurrencias. Los que acertaron a encontrar una buena excusa: “Te traigo un vaso de agua”…; “Quizás quieras tomar un poco de aire”, volvieron de su exilio en los confines de la habitación y se aglomeraron alrededor de Bella Zeigerman. Las mujeres se situaron junto a ellos mirando a Bella Zeigerman con la consabida frialdad, tal como ella se había acostumbrado al rigor del frío europeo.

Contra su voluntad, también Zeev Feinberg se ubicó entre quienes intentaban atraer a Bella Zeigerman. La fuerza de la costumbre. Eligió contar su intrépida huida del cuchillo del matarife, que ya había tenido éxito entre los muchachos, y en esta oportunidad, contada por trigésima vez, volvió a cosechar las esperadas interjecciones de admiración. Los hombres aplaudieron en los momentos adecuados, y las mujeres, que oían la historia por primera vez, se inclinaron interesadas hacia él, de modo que Zeev Feinberg supo quién de ellas se afeitaba el bigote y quién no necesitaba hacerlo. Durante los largos días en el barco, Zeev Feinberg llegó a perfeccionar el relato abreviando detalles intrascendentes y alargando la cuchilla de Abraham Mandelbaum. Se detenía cuando despertaba risas cómplices y asentía a las exclamaciones de sorpresa tratando de alejar la visión del mimo silencioso en la plaza de la ciudad. Finalmente, fue la misma Bella Zeigerman la que borró la imagen intrusa al tocarle el brazo diciendo: “Pero, dime, ¿de verdad sucedió?”. Zeev Feinberg la miró,

buscando en su mente una frase que la conquistara de manera definitiva. Pero de pronto vio que los ojos de Bella no eran sino los de Sonia, y comprendió que jamás se acostaría con ella. Entonces decidió ayudar a su amigo. “Absolutamente cierto, señorita. Tengo testigos. Aquí mi amigo Jacob Markovich no me dejará mentir, fue él quien me salvó del afilado cuchillo del matarife”. Al hacerlo, giró en busca de Jacob Markovich, pero este, presintiendo que lo haría, había desaparecido de su vista. El rostro de Bella Zeigerman se contrajo tratando de recordar:

“Jacob Markovich, me suena conocido”.

“Cómo no le va a sonar conocido, señorita, si se trata de su marido”.

Desde niña, Bella Zeigerman tenía una especie de rechazo a aceptar el mundo tal cual es. Algo así como una sorda desconfianza que, de ponerla en palabras, sería algo así como “¿qué? ¿Eso es todo?”. Bella Zeigerman miraba las palomas en la plaza y las luces de la calle, observaba cómo se iban apagando los colores del cielo y decidió que era imposible que terminara de ese modo. Una carpetita de algodón almidonada. Una botella de leche agria. Eso no es todo. No puede ser todo. De haber sido otra, quizás se habría dejado seducir por alguna secta religiosa. Bella Zeigerman eligió la poesía. El buen Dios no podía ofrecer sino lo que había creado: palomas y faroles en la plaza, carpetitas y botellas de leche. Pero, a diferencia del buen Dios, el poeta no se limitaba a los seis días de la Creación, sino que despertaba todas las mañanas dispuesto a destruir mundos y volver a crearlos.

Por eso Bella Zeigerman amaba la poesía y a los poetas. Cuando perdió su virginidad en la cama de un poeta, lo oyó asociar la sangre en la sábana con el florecer de una rosa y el dolor en su entrepierna se le suavizó por arte de magia. Así como los hacedores de milagros convierten un palo en serpiente, agua en vino, helo ahí a ese mortal convirtiendo la secreción de su cuerpo en una flor. Después estalló la guerra. El poeta trató de crear con sus palabras un mundo justo y desapareció de su casa en medio de la noche. Los otros poetas también fueron apresados o huyeron, o se sometieron a las exigencias del gobierno y crearon con sus palabras mundos que Bella Zeigerman no quería visitar. Después de haber leído en un periódico sionista la traducción de la poesía de un poeta hebreo, decidió emigrar a Palestina. Sus padres respiraron aliviados. Una jovencita tan hermosa en tiempos tan difíciles es fuente de desgracias.

Cuando Bella Zeigerman se convirtió en Bella Markovich y zarpó en el barco, sus padres dejaron de preocuparse. Las preocupaciones de Mijael Katz, en cambio, recién empezaban. Cuando se imaginó a sí mismo comandante del operativo en el cuarto mohoso de la calle Bar

Koiba en Tel Aviv, planificó cómo evitar el acoso de los alemanes o cómo superar a los soldados británicos. Jamás pensó que la peor amenaza que encerraba el éxito del plan vestiría la forma de una jovencita judía de unos cincuenta kilogramos de peso. Mientras estaban en la ciudad, la belleza de Bella Zeigerman no tuvo influencia catastrófica porque la ciudad era lo suficientemente grande para que el veneno se dispersara por sus calles y evaneciera sin ocasionar daños. Pero ahora ejercía el efecto de una herida en el corazón del barco, que atraía a los muchachos como moscas y donde las mujeres anidaban como gusanos. Casi dos días navegó el barco en la dirección opuesta porque el capitán pensaba en Bella en vez de controlar las máquinas. A diario se suscitaban por lo menos dos trifulcas en que los rivales pronunciaban su nombre. Los sollozos de Java Bluwstein, después de que Janán le aclarara que ella era su mujer en los papeles pero su corazón era de Bella, no dejaron dormir a nadie en el barco. Pero aun cuando por fin Java Bluwstein se durmió, y con ella el resto de los pasajeros, los ojos de Jacob Markovich seguían abiertos. De hecho, casi no los había cerrado desde que Bella Zeigerman giró hacia él en la vivienda al este de la ciudad dos semanas antes, como si temiera que mientras dormía ella desapareciera y él no pudiera volver a encontrarla. Estaba acostado de espaldas meditando en el barco que seguía su curso a Israel, donde Bella Zeigerman seguiría su camino, y él el suyo. Ella al Olimpo y él a la colonia. Casi saltó a la sala de máquinas a dar orden de que el barco se detuviera. En pocos días más la aventura de su vida llegaría a su fin, y él volvería tal como se fue, ya que, si bien su corazón estaba exultante, sus manos seguirían vacías.

Jacob Markovich habría buscado el consejo de Zeev Feinberg, pero sin levantar la cabeza sabía que no estaba en su camastro. Desde que zarparon de Europa, Zeev Feinberg pasaba todas las noches en cubierta, y Jacob Markovich suponía que su amigo, sistemático como siempre, cambiaba de cama siguiendo el orden alfabético de los nombres de las mujeres. Estaba equivocado. Desde que vio los ojos de Bella Zeigerman, que eran como los de Sonia pero con la distancia óptima para considerarla bella, sólo buscaba su cercanía. Pasó noches enteras junto a Bella Zeigerman contándole las virtudes de Sonia y flagelándose por sus deslices del pasado. Bella, que no estaba acostumbrada a estar con un hombre que le hablara de otra, lo vivía como una novedad refrescante. No tenía nada de poesía, no cabía duda al respecto, pero él era, sin dudas, de aquellos personajes sobre los que se escribe poesía. Con sus ojos azules y su espeso bigote, le parecía una especie de Odiseo rebajado que vuelve a su Penélope, y aunque se había prostituido en sus viajes, helo aquí sobreponiéndose a su instinto a pesar de los ruegos de las sirenas. Y ellas rogaban, sin

duda alguna. Yafa, la del bigote, que bien sabía que no lo retendría una vez que hubieran descendido del barco, tenía la esperanza de que le hiciera el favor mientras duraba la travesía. Así también Fruma Shulman, ahora Grinberg, cuyos cremosos senos temblaban frente a él fuera donde fuera. Y Miriam Katz, que al principio andaba henchida de orgullo porque la mano del destino le había deparado ni más ni menos que al comandante del operativo en persona, muy pronto empezó a buscar la cercanía del comandante efectivo. Todas las noches subía Zeev Feinberg a la cubierta, hacía oídos sordos a las sugerencias, respondía con un leve movimiento de cabeza a las insinuaciones más o menos discretas y miraba a los ojos a Bella Zeigerman hasta que su mente quedaba transparente como el agua. Entonces bajaba a su camarote y dormía plácidamente.

Jacob Markovich no lo sabía. Estaba tan sumido en su amor por Bella, que cada minuto que tenía con su amigo le hablaba de ella. No le preguntó a Zeev Feinberg qué hacía por las noches, y su amigo no le comentó nada. Sea como fuere, finalmente no tenía nada que comentar, porque desde que miró de frente a Bella Zeigerman estaba puro como un bebé.

Esa noche Jacob Markovich daba vueltas en su camastro, para un lado y para el otro, pero sabía que diera las vueltas que diera no podría torcer el camino del barco, que se dirigía directo al Tribunal Rabínico. Por fin, cuando ya no pudo resistir más las voces en su cabeza, salió a buscar otras voces. Quizás oiría diálogos de otras parejas, quizás tendría suerte y encontrara a Zeev Feinberg en sus paseos nocturnos, quizás -se le encogía el corazón de sólo pensarlo- se topara con Bella. Desde que subieron al barco, había estado con ella sólo contados momentos y las palabras que intercambiaron se contaban con los dedos de una mano. La conversación más larga que tuvieron se dio en una sala de espera atiborrada de gente, un día después de verla por primera vez, minutos antes de la boda. Los guerreros de la Organización y sus mujeres ficticias acordaron no vestir ropa festiva para subrayar la diferencia entre lo sacro y lo profano, entre las bodas celebradas y las consentidas. Sin embargo, Jacob Markovich brillaba con luz divina que emergía entre las miradas de reprobación de Mijael Katz y las risitas de los muchachos, y Bella Zeigerman, aunque no sentía ninguna emoción particular, irradiaba esa luz propia de las mujeres hermosas, que quema a las demás mujeres y cuyo calor atrae a los hombres. Mientras esperaban al rabino oficiante, Jacob Markovich juntó todo su valor y se plantó frente a Bella Zeigerman. Era casi media cabeza más alta que él, y por eso él se consoló pensando que su mirada se perdía en el horizonte y no en él.

“¿La dama está ansiosa ante la perspectiva del viaje a Palestina?”.

No se ilusionaba con que se emocionara ante la boda, pero esperaba que la emoción de la cercanía de la Tierra Santa irradiara algo al medio que la conduciría hacia allí, es decir, a él.

“Definitivamente. He leído mucho acerca de las naranjas”. Y no dijo más, por lo cual Jacob Markovich coligió con alegría que su mujer, tanto como él, era amante de la literatura agrícola. Sobre el estante de su casa en la colonia, junto a los escritos de Jabotinsky, había todo tipo de manuales; el origen del trigo y sus distintos tipos, cómo sembrar y cómo injertar y cómo segar sin dolor. Si bien Bella Zeigerman podía recitar a Goethe, era poco probable que pudiera memorizar del mismo modo la lista de predadores que amenazaban la vid. Cuando mencionó las naranjas, fue porque recordó la rima de un poeta hebreo publicada en el periódico:

“Y el sol, sonrojado cual naranja con su mejor color,
te henchirá el corazón de fuerza y de valor”.

El recorte del diario, cuidadosamente doblado, estaba guardado en el medallón que colgaba entre sus senos. Antes había atesorado allí la foto de su poeta amado, pero su corazón se estremecía al pensar que la foto sobrevivía a su dueño. De modo que decidió cambiarlo por las palabras del poeta hebreo, que eran, gracias a Dios, promesa de futuro y no un monumento al pasado. Las palabras que yacen junto a la piel suelen revolotear hacia adentro y, efectivamente, las palabras del poeta hebreo -metafóricas, elevadas, que rezumaban jugos cítricos- se impregnaron en la piel de Bella Zeigerman y le produjeron un sarpullido. Bella Zeigerman se rascó un poco, miró desencantada su piel enrojecida, pero no se quitó el medallón.

“Entiendo que a la dama le gustan las naranjas”, Bella Zeigerman asintió con tal vehemencia que dejó traslucir alguna duda. ¿Acaso le gustan las naranjas? El verano pasado las había comido por primera vez. Le habían parecido mucho menos sabrosas que las manzanas, y su precio, exagerado. Pero desde que sus ojos se posaran en la poesía del periódico, añoraba las naranjas con toda su alma. Insistió ante sus padres y obtuvo la gracia de comer una naranja por día, sabiendo que para ello tuvieron que privarse de muchas otras cosas. Pero ahora trataba de evocar el gusto de la naranja y no lo lograba, porque nunca había sentido el gusto de los gajos, siempre ocultos por el gusto de la expectativa. Bella Zeigerman mordía diariamente una naranja con los ojos velados, divisando viñedos y verdes campiñas, colinas cubiertas con plantaciones de cítricos. Y entre los árboles deambulaban los hacedores de milagros convirtiendo un palo en serpiente, agua en vino, sangre en rosa, y un poeta hebreo extendía su mano para cortar una naranja, y de hecho tomaba en sus manos al mismísimo sol y se lo

ofrecía a Bella Zeigerman.

“Sí -dijo Bella Zeigerman a Jacob Markovich-, me gustan mucho las naranjas”. Y Jacob Markovich le prometió comprárselas apenas pisaran el suelo de Palestina. Bella Zeigerman sintió el medallón sobre su pecho y sonrió, y Jacob Markovich se llenó de alegría.

Desde entonces habían pasado cuatro días. Jacob Markovich intentó reanudar el diálogo en un sinfín de oportunidades, describiendo a los oídos de Bella Zeigerman todo tipo de naranjas y gusanos, así como nuevos métodos de cultivo para incrementar la producción. Pero la mirada de Bella se elevó sobre él para fijarse en el mar. “¿Qué es lo que ve allí?”, le preguntó Jacob Markovich a Zeev Feinberg cuando se encontró con él en cierta oportunidad. “¡A juzgar por su mirada, se podría pensar que hay una manada de ballenas!”. Pero Bella Zeigerman no estaba interesada en ballenas, así como no le interesaban las pestes que asolaban a los cítricos ni métodos para incrementar la producción, sino sólo las naranjas. Bella Zeigerman miraba el mar porque sus aguas eran impermeables como un espejo, precisamente el material adecuado para echar a navegar sobre ellas naranjas de ansiedad, una estela anaranjada que se desprendía de la pequeña nave, en la lejanía, hasta Palestina.

Ahora, habiendo completado ciento treinta volteretas en su camastro, comprendió que no podría esperar más. Quedaban muy pocos días hasta el fin de la travesía, y si quería conquistar su corazón, lo primero que debía hacer era salir de la cama y buscarla. Mientras vagaba por la cubierta pensando cuál sería el segundo paso, entrevió Jacob Markovich el perfil de Bella Zeigerman. Estaba sentada sobre un cajón conversando con un hombre al que le veía sólo las espaldas. La luz de la luna iluminaba su cabello y pintaba en él rayos plateados. En ese momento, el hombre dijo algo y Bella Zeigerman estalló en una carcajada. A Jacob Markovich se le encogió el corazón, pero no se quebró. En su interior, sabía que sólo un milagro del cielo pudo depararle el encuentro con Bella Zeigerman, ¿cómo podía pedir que además se le entregara? Pero entonces el hombre giró la cabeza y le rompió el corazón, porque a pesar de que estaba completamente sumido en la oscuridad, aun así se reconocían perfectamente los rasgos y el espeso bigote, rizado y majestuoso.

6

Cuando por las noches Jacob Markovich trataba de detener el barco con la fuerza de su pensamiento, no se le ocurrió que tenía un socio. Durante el día, el vicepresidente de la Organización cumplía con sus deberes como corresponde. Dispuso envíos de armas, resolvió cuestiones en la cúpula de la comandancia y fue objeto de admiración para todo combatiente. Pero por las noches, acostado en su cama, rezaba a las corrientes marinas para que detuvieran un poco el regreso de Zeev Feinberg. Dado que era un hombre racional, sabía que la salvación no vendría de parte de las corrientes marinas, motivo por el cual sus esperanzas estaban puestas en el factor humano. Veinte mujeres europeas en un barco; imposible que no hubiera una que conquistara el corazón de Zeev Feinberg. Entonces, cuando volviera con otra en los brazos, quizás por fin Sonia dejaría de maldecir a Zeev Feinberg, dado que lo opuesto al amor no es el odio y las maldiciones sino la serena indiferencia. Pero en verdad el vicepresidente de la Organización sabía íntimamente que no era así: Feinberg no encontraría otra mujer. ¿Cómo es posible? Tampoco él, a pesar de que había buscado mucho, día tras día, alguien que suplantara un enamoramiento tan tozudo, volvía a golpear a la puerta de Sonia.

Tres días antes de la fecha programada para el regreso del barco, mientras el cabello de Sonia estaba extendido sobre su vientre a modo de abanico, le preguntó qué haría cuando Feinberg regresara.

“Creo que lo abofetearé como se merece”.

“Quizás no lo amerite, Sonia. Quizás no hay, como quien dice, no hay mal que por bien no venga. Estamos juntos”.

Sonia levantó la cabeza. El sitio calentado por el terciopelo de su cabello recibió un golpe de aire frío. Ella miró asombrada al vicepresidente de la Organización. Un hombre apuesto, de buen corazón y valiente, exactamente como Zeev Feinberg. Llegará el día en que ambos se conviertan en calles que desemboquen a un mismo bullicioso y transitado cruce. ¿Por qué quedarse con uno y no con el otro? Pero precisamente por eso debía perseverar en su decisión. De lo contrario, pasaría toda su vida yendo de un hombre apuesto de buen corazón y valiente a otro hombre apuesto de buen corazón y valiente,

como quien visita muchos paisajes sin quedarse en ninguno el tiempo suficiente como para dar flor. Sonia volvió a recostarse sobre el colchón. Su cuerpo tan común despertaba en el vicepresidente sentimientos muy poco comunes. Quiso engarzar rimas a su vientre y orlar palabras a sus mejillas, pero debido a que era más soldado que poeta, se encontró declarando que mataría a quien osara levantar la mano contra ella. Se revolcó en su carne hasta que salió el sol y Sonia, después de darle comida para el camino, abrió la puerta y dijo: “Ahora vete. No vuelvas. Y no le digas una sola palabra”. Entonces lo besó por última vez y susurró “Efraim”, y el vicepresidente de la Organización cesó por un instante de ser el vicepresidente de la Organización para volver a ser Efraim, por última vez en su vida.

Tres días después, el barco hacía su ingreso al puerto de Jaffa. La gente aplaudía y las mujeres en la cubierta enjugaban el sudor de su frente. Hacía calor ahí. Mucho calor. Los cremosos senos de Fruma Grinberg caían bajo su propio peso en grandes gotas de sudor. El bigote de Yafa Feinberg brillaba a la luz del sol. El único consuelo de las mujeres fue descubrir que una diosa del Olimpo como Zeigerman también tenía glándulas sudoríparas en sus axilas. Su alegría fue prematura: las dos manchas redondas bajo las mangas de su vestido sólo dejaron en claro a los hombres que efectivamente era humana, no un espejismo, de modo que ahora se esforzaban por trabar relaciones con ella que se prolongaran después de finalizado el viaje. Así fue que Bella Zeigerman bajó del barco con unos diez hombres peleando por cargar sus maletas, mientras sus esposas legales se doblaban bajo el peso de las propias. El vicepresidente de la Organización, pálido y encorvado, estaba parado en la plataforma saludando a cada uno. Su mano se sentía fuerte como siempre pero el aspecto de su cara asustó a los guerreros y se corrió la voz de que había sido herido en una misteriosa acción varias noches antes. El cuento de la bala, por menos lógico que pareciera, lo era mucho más que toda duda que pretendiera relacionarlo con penas de amor. De modo que el rumor de la valentía del comandante herido que fue a recibir a su gente se convirtió en hecho indiscutible, prestigiando consecuentemente su posición de vicepresidente de la Organización y clavando el último clavo en el ataúd de quien alguna vez fuera Efraim Hendel.

El último en bajar del barco fue Jacob Markovich. Los últimos días de la travesía no había abandonado su camarote y todos decían que sufría una versión aguda del mal de mar. Pero cuando el vicepresidente de la Organización estrechó su mano, supo que no se trataba de mal de mar, así como Jacob Markovich supo que no hubo tal bala ni refriega en que interviniera el vicepresidente de la Organización. Se miraron recíprocamente y fue como si cada uno de ellos viera su reflejo en el espejo, y sin haber intercambiado una sola

palabra, cada uno supo lo que debía saber.

Cuando Mijael Katz empezó su discurso florido, el vicepresidente de la Organización se dio cuenta de que no había visto a Feinberg. Lo buscó con la mirada entre los muchachos. Ahí estaban Grinberg y Moskowicz, Gotlieb intercambiaba guiños cargados de significado con Braverman, y Markovich estaba parado al borde de la plataforma con cara acongojada. Pero de Feinberg, ni la sombra. A pesar de que no quería interrumpir el discurso de Katz, que se notaba había sido pulido y mejorado cada día de la travesía, no pudo aguantar. Katz hablaba de la patria que tiende sus manos abiertas a los recién llegados, cuando el vicepresidente de la Organización lo interrumpió y preguntó: "¿Y dónde está Feinberg?".

Katz se vio realmente contrariado por la interrupción, pero logró recomponerse cuando comprendió quién hablaba. "Saltó del barco cuando estábamos llegando. Nos obligó a dirigirnos al sitio que le quedaba cómodo y se tiró al agua para llegar nadando a la orilla".

En realidad no había sido tan sencillo. Si bien Zeev Feinberg era un hombre robusto, los días de la travesía habían minado sus fuerzas y ya hacía mucho que había nadado entre las olas, con una inmigrante en una mano y piezas de ajedrez en la otra. Cuando saltó al agua, hubo hurras por parte de los hombres y asombro en las mujeres inclinadas sobre la baranda de cubierta que insuflaron aliento a su cuerpo. Pero una vez que el barco desapareció de su vista, quedó solo frente al mar a una distancia de cinco kilómetros antes de llegar a Sonia. Él no sabía que ella lo esperaba en la orilla, y sin embargo una fuerza ignota lo obligó a abandonar el barco antes de llegar al puerto, en el punto justo -abrigaba la esperanza- frente al sendero que llevaba a la colonia. La idea se le había ocurrido varios días antes, cuando estaba sentado con Bella Zeigerman en la cubierta muy entrada la noche. Precisamente acababa de mentar las virtudes de Jacob Markovich, en un frustrado intento por encender en su corazón algo de interés por él. Bella escuchaba con cortesía, pero muy pronto se aburrió de hablar de su primer marido, ese hombre querible pero tan poco recordable, y le preguntó a Feinberg qué haría cuando se encontrara con Sonia. Al cabo de largos días en el mar, Bella Zeigerman sentía la cercanía que siente un niño hacia los personajes de las leyendas que les leían antes de dormir. Porque efectivamente noche a noche escuchaba las hazañas de Sonia entonadas por Zeev Feinberg y ya sabía cómo había ayudado al nacimiento de un bebé con sus propias manos, y cómo había ahuyentado solita a ladrones de caballos escondida entre los arbustos y aullando como un lobo.

Zeev Feinberg se vio obligado a renunciar a ayudar a Jacob Markovich y trepó a otras ramas. Contó cómo mordisquearía los lóbulos de las orejas de Sonia, y cómo aspiraría el aroma a naranjas de

su cuello, y cómo huiría cuando insistiera en castigarlo por sus deslices, lo cual seguramente haría. Cuanto más hablaba, más lamentaba las sosas horas que pasaría en el viaje desde Tel Aviv hasta la colonia, y finalmente tomó la decisión. “Cuando nos acerquemos a Palestina, le diré al capitán que bordee la costa hasta la línea de la colonia. Entonces saltaré al agua y nadaré hacia ella”. Bella Zeigerman estalló en una carcajada. La luna en su cabello le pintaba rayos plateados, que Zeev Feinberg ni notó, tan sumido estaba en programar su regreso a Sonia. De pronto sintió un fuerte deseo de compartir con Jacob Markovich su plan. Él lo entendería. Lo ilógico ya no sonaba ilógico cuando se lo contó a Jacob Markovich, porque a pesar de que la mayoría de los pasajeros del barco no se habían fijado en él, era el mejor amigo de Zeev Feinberg. Zeev Feinberg se despidió de Bella Zeigerman y apuró el paso hacia el camarote compartido donde encontró la puerta cerrada y un cartel que arduamente logró descifrar: “Muy enfermo. Se ruega no molestar”. Durante los días subsiguientes, golpeó y llamó a la puerta del camarote, al principio para interesarse por la salud de su amigo y después para exigir el recambio de sus calzoncillos, pero la puerta permaneció cerrada con llave. Por fin, Zeev Feinberg se avino a la puerta cerrada y supuso que lo encontraría cuando correspondiera firmar el divorcio. Cuando se despidió de Bella, un momento antes de saltar al agua, le hizo jurar que le transmitiría sus saludos.

Zeev Feinberg nadó hacia la costa con brazos agotados. Cuando se cansaba, flotaba sobre su espalda unos instantes, pero pronto le parecía oler el perfume de las naranjas y se apresuraba a volver a bregar vigorosamente. Nadó y nadó y nadó y nadó y nadó y nadó, y después nadó y nadó y nadó, y luego nadó otro poco, y finalmente llegó.

En ese momento, Sonia estaba de pie en la orilla mirando el agua. En su última visita, el vicepresidente de la Organización le había dicho que el barco iba camino al puerto de Jaffa, y sólo la costumbre la llevó a seguir con la vista fija en el mar y no mirando hacia el sur, por el camino por el que debía llegar Zeev Feinberg. La espera en el camino no es como la espera a la orilla del mar. En el camino andan muchos, y el corazón da un vuelco cada vez que se divisa alguien a lo lejos, y luego vuelve a caer, sacudido entre la esperanza y la desilusión como barco en la tormenta. Pero nadie llega por el agua, sólo un cangrejito o una gaviota grasienta, enviados sordos cuyo lenguaje se desconoce y, por ende, cada uno entiende lo que entiende.

Aquella mañana observaba Sonia el baile de los escorpiones, insultando a Zeev Feinberg con mayor inspiración aún. “Ojalá uno de estos te agarre los huevos con sus tenazas… Cuando yo te agarre vas a andar de costado como ese, toda tu vida”. Pero su voz se oía más débil

que de costumbre y sus insultos se avinagraban como leche agria. Al cabo de tanto tiempo, la ira de Sonia se iba apagando. Por cierto, todos hablaban de él y era famoso en todo el valle, pero precisamente por eso se había alejado de lo concreto hasta tal punto, que se hacía difícil reconocerlo.

También a Zeev Feinberg le costó reconocer. Cuando ascendió desde el agua -desnudo, mojado, con los músculos temblorosos del esfuerzo y los ojos teñidos de profundidades-, creyó que deliraba con un Neptuno. Una vez que él dio el primer paso sobre la arena, huyeron los escorpiones y la dejaron sola. Cuando cayó de rodillas frente a ella, agotado, avergonzado y agradecido, se elevaron las gaviotas en un solo graznido. Entonces observó Sonia al hombre salido del agua y sus ojos se llenaron de furia, su boca se llenó de reproches como si no hubieran pasado tantos días desde que se paró por primera vez en la orilla. Sonia empezó a maldecir a Zeev Feinberg a voces. Los escorpiones se ocultaron en sus cuevas y las gaviotas volaron a las alturas, pero aun así no lograron escapar a las maldiciones. Pero Zeev Feinberg no intentó huir, quedó arrodillado en la arena con la cabeza en alto para captar sus palabras, lluvia bendita de maldiciones y de insultos. Finalmente se incorporó y la besó. Sus labios estaban salados por el mar, y los de ella, dulces por la espera. Apenas Zeev Feinberg sacó su lengua de la boca de Sonia, ella volvió a maldecir y a insultar, como una botella a la que se le saltó el tapón. Él rio y la levantó en sus brazos, y ella incrementó los improperios. Y así fueron todo el camino hasta la colonia, él llevándola en brazos y ella maldiciendo a cada paso.

7

Abraham Mandelbaum terminaba de faenar un becerro dorado cuando vio por la ventana a Zeev Feinberg caminando por el sendero principal con Sonia en brazos. Feinberg no vestía sino un pedazo de tela arrancada al vestido de Sonia. Las maldiciones de Sonia hacían temblar las paredes. Abraham Mandelbaum tomó su cuchilla y la limpió concienzudamente. Siempre la limpiaba al terminar la faena para no mezclar sangre con sangre, la sangre del animal muerto con la del que habría de matar. Desde el otro lado de la carnicería lo miraba la cabeza del becerro. Hacía unos años, cuando recién empezaba el oficio de matarife, le parecía ver el enojo en los ojos de los animales muertos y no le gustaba quedarse entre ellos después de que oscurecía. Más tarde pensó que no era enojo sino aceptación, incluso conmiseración. Hoy sabía que no había nada en la mirada del becerro que él no pusiera allí. Puso conmiseración y bajó la persiana. Cuando se dio vuelta, vio a Rajel Mandelbaum, con la mano en su vientre. Había poca luz, le costaba ver su rostro, pero le pareció que sonreía.

A la mañana siguiente, cuando despertó, Zeev Feinberg se asustó al descubrir que Sonia ya estaba vestida.

"¿Adónde?".

"A trabajar. Es difícil alimentarse de estar parada en la playa".

Él la tomó en sus brazos y le dijo: "Hoy no. Hoy vienes conmigo a Tel Aviv. Me tengo que divorciar. Y casarme".

Cuando Zeev Feinberg y Sonia llegaron a la comandancia de la Organización, la encontraron llena de gente y bulliciosa. Además de las veinte parejas ficticias, se aglomeraban en el edificio de la calle Bar Kojba guerreros que no habían sido parte del operativo pero venían a acechar a las flamantes divorciadas, así como a empleados y dirigentes, personalidades y excéntricos. El vicepresidente de la Organización arbitraba entre todos con discreto aire de celebración. Ese día estrechó más manos que a lo largo de toda su vida, y de todos modos persistió en mantener la mano apretada un momento más, para que el saludado creyera que detrás del apretón de manos había un aprecio real. Antes de verla, la sintió entrar, dado que durante las últimas seis semanas había aprendido a reconocer el olor a naranjas

incluso en una calle muy transitada. Por eso tuvo algunos segundos para componerse antes de quedar frente a ella, enfundada en un vestido azul que era todo dulce rutina, ya no compartida. Pero de nada valió. Con sólo mirarla, empalideció el vicepresidente de la Organización. Sin embargo, Zeev Feinberg no prestó atención al cambio y fue hacia él con todos sus bríos.

“¡Mi querido y buen Froike! Nada que decir, te debo una muy grande”. El vicepresidente de la Organización balbuceó algunas palabras de rigor que guardaba en su mente para momentos desgraciados como ese, cuando el alma está confundida pero la boca cumple con su deber.

“¿Qué dijiste? ¡No se te oye, amigo! Tienes que aprender de mi Sonia, cómo se la oía ayer gritándome por toda la colonia”. El vicepresidente de la Organización hizo un esfuerzo por sonreír y, dado que era un hombre con muchas habilidades, consiguió producir un remedo decididamente creíble. Zeev Feinberg le palmeó la espalda y besó la mejilla de Sonia, y el vicepresidente de la Organización palpó el revólver en sus pantalones y obtuvo consuelo. Obviamente no tenía ninguna intención de causarle daño a Zeev Feinberg ni hacérselo a sí mismo, pero el frío metal heló la sangre en sus venas y le recordó que aún quedaban muchos árabes por matar y cabía la posibilidad de que la victoria patriótica endulzara el fracaso en el amor. Zeev Feinberg avanzó entre la gente, y Sonia, detrás de él, deteniéndose junto al vicepresidente de la Organización un instante más en que él aspiró hondo el aroma a azahares y vio sus labios, perfectos en su sencillez, susurrar: “Gracias”.

Los hombres se alegraron de ver a Feinberg, y las mujeres observaron a Sonia atónitas. “¿Por una así vivir como un monje franciscano?”. Yafa Feinberg fue más allá y estalló en llanto, y Sonia se las compró a todas cuando se apresuró a ofrecerle un pañuelo a la esposa ficticia de su amado. Todavía estaba consolando a la sollozante Yafa cuando vino Zeev Feinberg y la tomó de la mano: “Ven. Hay alguien que quiero que conozcas”.

Zeev Feinberg tuvo que abrirse paso entre el círculo de muchachos que rodeaban a Bella Zeigerman. Cuando por fin estuvieron frente a frente, él y Sonia por un lado y Bella enfrente, se le iluminaron los ojos.

“Entonces finalmente los tiburones no te tragaron”.

Sonia inspiró aire con desprecio: “Qué tiburón querría morder a un cerdo calloso como este”. Mientras los tres reían, Bella y Sonia se midieron recíprocamente. Fuera de los ojos idénticos, no tenían nada en común y, sin embargo, simpatizaron de inmediato. Zeev Feinberg hizo las presentaciones del caso:

“Bella Markovich; mi prometida, Sonia”.

“¿Markovich? -preguntó Sonia con interés-. ¿Tú eres la que se ha casado con nuestro Jacob?”.

“No por mucho tiempo -respondió Bella-, los rabinos llegarán en cualquier momento. Dentro de poco habrá aquí veinte parejas divorciadas”. Evidentemente, las cosas se dijeron en voz demasiado alta, porque Yafa Feinberg volvió a estallar en llanto y contagió también a Java Bluwstein. Mijael Katz lo notó y suspiró, anhelando que llegara el momento en que se viera liberado del tormento de bellezas como Bella Zeigerman y pudiera volver a asuntos más sencillos, como el contrabando de armas. Entonces se corrió a un costado para averiguar dónde diablos estaban los rabinos y, de paso, revisar el borrador de su discurso.

Después de consolar a las lloronas, Sonia le preguntó a Bella Zeigerman dónde estaba Jacob Markovich, y ella le respondió que no tenía la más remota idea. “Me parece que estuvo enfermo los últimos días del viaje. Ayer lo vi en el puerto y le di saludos de nuestro nadador. Enseguida después nos llevaron a la hostería”.

El rostro de Zeev Feinberg se contrajo preocupado. “Pobre. Lo atacó fuerte el mal de mar. ¿Cómo lo viste ayer?”. Bella Zeigerman respondió que se lo veía perfectamente bien, pero habría respondido con más sinceridad de haber dicho que no recordaba. Desde que lo conoció, nunca se detuvo a observarlo, y por supuesto no hizo lo contrario justo en un día tan lleno de acontecimientos cambiantes como el anterior. Una vez que bajó del barco, se vio rodeada de decenas de jóvenes hebreos, cada uno de los cuales se le antojaba un poeta.

La llevaron a la hostería junto con las demás mujeres. El sol la encandilaba y difícilmente consiguió ver los paisajes callejeros. Le corría el sudor por todo el cuerpo. A diferencia de las demás mujeres que se quejaban fastidiadas por el calor, Bella Zeigerman disfrutaba transpirar como si de ese modo se quitara de encima todas las lágrimas de Europa, capas y capas de escarcha y putrefacción que fluían de ella hacia las veredas y desagotaban en el mar. Cuando llegó a la hostería, se durmió enseguida, acunada por voces de mujeres que la miraban y murmuraban: “Princesa”. Durmió toda la tarde y toda la noche y se despertó sólo con la llegada de Fruma Grinberg, que la sacudió para decirle: “Ven, Bella, a divorciarse”.

Cuando llegaron los rabinos, todos los recibieron con aplausos. Mijael Katz esperó que se apagara el fragor de los aplausos para empezar su discurso. “Hoy es un día de gran emoción para nosotros, un día de fiesta…”, pero ya en ese punto lo interrumpió airado un rabino de rostro severo y barba larga. “Por favor, día de fiesta no es. Veinte parejas que se divorcian no es motivo de festejo alguno. Entendemos que se han salvado vidas, y por eso no sumaremos

dificultades, pero por favor, nada de celebraciones". Mijael Katz no salía de su asombro y calculaba cómo protestar cuando el rabino sacó una lista de su bolsillo y llamó a Fruma y Yehudá Grinberg. El cremoso pecho de Fruma tembló expectante, Yehudá miró sus senos con añoranzas y ambos se dirigieron a una habitación contigua acompañados por rabinos.

Durante los siguientes treinta minutos todo se desarrolló sin inconvenientes. Las parejas casadas entraban a la pequeña habitación y salían de allí con un papel. Otros salían de la mano. Avishai Gotlieb y Tamar Aizenman, por ejemplo, habían acordado festejar su divorcio con un almuerzo. Cada vez iban quedando menos. Cuando entraron Zeev Feinberg y Yafa, quedaban afuera sólo Bella y Sonia. "¿Dónde está Markovich?", preguntó Bella con una arruga en su frente impecable. "Quizás todavía duerme -intentó Sonia-. ¿Estás segura de que se veía bien ayer?". Bella Zeigerman conservaba aún el semblante de preocupación cuando entró Jacob Markovich. Estaba pálido, incluso había perdido algunos kilos, pero caminaba erguido como un soldado. Sonia corrió a abrazarlo, pero en ese momento se abrió la puerta lateral y salió como eyectada la sollozante Yafa, mientras se oía la voz de Zeev Feinberg atronando desde adentro: "¡Sonia, ven! ¡Nos casamos!". Sonia besó a Markovich en la mejilla y corrió radiante a la habitación de la que la llamaban. Jacob Markovich y Bella Zeigerman quedaron solos. La luz del mediodía entraba por la ventana y se quebraba sobre los azulejos pintados. Bella Zeigerman estaba dolorosamente hermosa todos aquellos minutos hasta que volvió a abrirse la puerta de la habitación contigua. Zeev Feinberg salió llevando a Sonia en brazos, que ahora no insultaba ni maldecía, sino que reía a voz en cuello. La risa de Sonia retumbaba entre las paredes de la vivienda y los rabinos se movían incómodos en sus asientos.

Cuando Zeev Feinberg vio a Jacob Markovich, se le amplió la sonrisa. "¡Estás sano! Te abrazaría, amigo, pero tal como ves, tengo las manos llenas", dijo, y levantó a Sonia ostensiblemente. "Vamos a buscar vino para festejar el acontecimiento, ¡sólo prométeme que no desaparecerás antes de que volvamos!". Zeev Feinberg no esperó la respuesta. ¿Por qué lo haría? Llevaba en sus brazos la única respuesta, la más básica, a todo interrogante y a todo evento por acontecer. Y la respuesta fue afirmativa.

Jacob Markovich y Bella Zeigerman volvieron a quedar solos en la habitación. Él no la miraba y ella no lo miraba. Jacob Markovich hizo acopio de todas sus fuerzas para alzar la vista y mirarla. Bella Zeigerman no necesitaba fuerza ninguna para mirar a Jacob Markovich. Habían cometido un grave error al evitar mirarse. Se equivocaba Jacob Markovich al no aprovechar esa última oportunidad de mirar a Bella Zeigerman ahora que estaba calma y de buen talante.

Se equivocaba mucho Bella Zeigerman al no mirar a Jacob Markovich para apreciar el cambio operado en él. Porque a pesar de que también ese día, como siempre, seguía llamándose Jacob Markovich, era otro. El error de Bella Zeigerman fue más grave que el de Jacob Markovich. Ella se comportaba como quien se dispone a cruzar un río conocido, se dice "conozco su corriente suave" y no se cuida, se mete al agua y se ahoga porque es invierno y el río ha aumentado su cauce. Bella Zeigerman no prestó atención a Jacob Markovich, cuyas turbias aguas amenazaban con desbordar.

"Jacob Markovich", tronó la voz del rabino desde la habitación contigua. Bella Zeigerman se dirigió a la puerta. Jacob Markovich no se movió. Bella Zeigerman se dio vuelta y lo miró sorprendida. Jacob Markovich miró a Bella Zeigerman y dijo: "No".

"¿Qué quiere decir no?".

"No nos divorciaremos".

Por primera vez desde que se habían presentado, Bella Zeigerman observó largamente el rostro de Jacob Markovich. Muy largamente. Estudió su cara, deteniéndose en la decidida línea de su frente, en su mirada dura, en su espalda erguida. ¿Acaso habían estado ahí todo el tiempo sin que ella lo notara, sin que se molestara en identificar esas señales de advertencia mirando a su marido? ¿Y quizás -se sobrecogió- … quizás todo era consecuencia de la travesía en el barco, fruto maduro de largos días de vacua espera? En ese momento, Bella Zeigerman trató de recuperar la primera impresión que tuvo de él, en el departamento de las afueras de la ciudad. A pesar de que no lo logró por completo, recordó que quedó ridículamente boquiabierto al verla, pero sin embargo estaba segura de que entonces su mirada no era una roca empedernida. El hombre había cambiado. Ella no supo en qué momento había sucedido ni por qué, pero interrogantes de ese tipo de todos modos no preocupan a una bestia acorralada. Bella Zeigerman miró a Jacob Markovich con ojos de gacela y dijo: "Si eres hombre de honor, me dejarás ir".

Jacob Markovich se dijo: no me quiere a su lado. Y lo sorprendió constatar cómo una información tan trivial podía causarle tanto dolor. Jacob Markovich pensó: esto no puede ser, no debe suceder. Y por un instante sintió cómo su corazón se ablandaba, así como también ese calor entre sus rodillas tras la decisión; ahora vuelve a tu casa en silencio, vete a tu tierra y a tu soledad. Volvería a su casa y a la mujer en Haifa, que si bien era muchas mujeres, siempre era una mujer abierta de piernas y, aun si sabía diferente, el gusto a bochorno que le dejaba en la boca era el mismo amargo sabor. Volvería a su casa y viviría su vida: de mañana desmalezaría el campo, al mediodía alimentaría a las palomas, de noche hojearía los escritos de Jabotinsky. La imagen de Bella Zeigerman se desteñiría por partes:

primero las cejas, después el pecho y por último los ojos y el lóbulo de la oreja. La olvidaría progresivamente, pero su derrota sería inolvidable: habiendo estado tan cerca de vivir junto a una mujer como Bella Zeigerman, no se atrevió. Frente a esa idea, el corazón de Jacob Markovich volvió a endurecer; de nuevo latía con tal reproche, que por un instante asustó a su dueño. "No", anunció el corazón de Jacob Markovich. "No, no y otra vez no". Y ese hombre que hasta ayer había sido todo tartamudez, una sola línea prolongada de "quizás", sintió que el "no" redondeaba en su interior y lo llenaba. Supo que no la dejaría ir. Él viviría junto a ella y su vida sería un infierno. Pero prefería la certeza del infierno a la eternidad de la duda.

Cuando Zeev Feinberg y Sonia subieron las escaleras con una botella de vino en mano, encontraron en la habitación sólo a Bella Markovich, pálida, y tres rabinos envueltos en togas negras girando en derredor suyo. Debido a la palidez de Bella, les pareció que se trataba de un cadáver que los rabinos estaban purificando antes de enterrar. Inconscientemente, tanto Zeev Feinberg como Sonia dieron un paso atrás, tal como una persona sana ante un enfermo, tal como retrocede el que está contento de quien está triste. Fue un pequeño paso, y sin embargo Bella lo notó, porque toda la vida la gente había querido acercarse a ella y esta vez intentaban alejarse. Ante ese paso atrás, hizo lo que no había hecho antes -no lo hizo al irse Markovich desoyendo sus ruegos ni cuando los rabinos la asaltaron a preguntas incómodas-: al ver el rechazo en los rostros de Zeev Feinberg y de Sonia, Bella Markovich estalló en llanto.

Cuando Sonia vio su quebranto, se apresuró a abrazarla. Viendo lágrimas en sus ojos, empezó a llorar junto a ella. Porque tenían ojos idénticos, de allí en más no podría llorar una de ellas sin que la otra también lo hiciera. Ellas seguían abrazadas llorando cuando la voz de Zeev Feinberg hizo temblar la habitación, dado que, con la botella de vino que de pronto le sobraba en una mano, con la otra se aferró a las barbas del rabino: "¡Por todos los diablos! ¿Qué está pasando aquí?". Al oírlo, los sollozos de Bella se hicieron más fuertes y el rabino enmudeció. No todos los días te agarra de la barba un gigante iracundo como Zeev Feinberg, con los ojos echando chispas y el bigote encendido. Los otros dos rabinos la emprendieron a chillidos contra Feinberg para que soltara a su colega, y sus chillidos se unieron a los sollozos de Bella en un dúo de arpa y violín. Entonces habló Sonia con voz clara y serena que acalló los chillidos y obtuvo la liberación de las barbas del rabino. "Es Markovich, Zevik, no está dispuesto a darle el divorcio". Bella dejó de llorar y miró a Sonia... ¿Cómo supo el significado de sus lágrimas? Pero Sonia no había descifrado el llanto de Bella, sino la expresión del rostro de Markovich. A diferencia de Bella, Sonia se había tomado la molestia de mirar a Jacob Markovich

cuando hizo su entrada a la habitación y, a pesar de que a ella la embargaban la ansiedad y la alegría a rabiar, notó que la cara de Jacob Markovich se había endurecido. Quizás porque ella misma era toda "sí", pudo sentir el "no" que se iba fijando en él. Pero justo en aquel momento la llamó Zeev Feinberg para casarse, de modo que Sonia abandonó sus funciones de sismógrafo de sentimientos ajenos para entregarse por completo a los propios. Ahora se culpaba por las audaces demostraciones de cariño hacia Zeev Feinberg en la cara de Jacob Markovich. En su arrogancia, creían que su amor a todas luces era como una lluvia de bendiciones, pero de hecho era un ácido que corroía el corazón del solitario.

A Zeev Feinberg, en cambio, otras ideas le pasaron por la cabeza. No se culpaba a sí mismo, y seguramente tampoco culpaba a Sonia, sino al mal de mar que había atacado a su amigo y lo había confundido. A pesar de que conocía todos los placeres de la carne y todas las artes de la seducción, Zeev Feinberg era una persona ingenua. Todavía no había entendido que ese no había sido el motivo por el cual se había encerrado en el camarote, sino por el dolor que le había producido ver a su esposa conversando con su buen amigo. Aunque Jacob Markovich le hubiera dicho "los vi esa noche", Zeev Feinberg no se habría turbado para nada, porque sabía que no había pasado nada entre él y Bella Zeigerman ni esa ni ninguna otra noche. Efectivamente, Zeev Feinberg era ingenuo y no sabía que lo que sucede en la mente de las personas es mucho más importante que lo que sucede ante sus ojos.

Los rabinos se movían incómodos en su lugar. Había otras bodas que celebrar en el día, y entierros, y seguramente algún jovencito celebraría sus trece años con una ceremonia de Bar Mitzvá. Cuánto tiempo más habrán de pasar con esos tres: una hermosa para seducir justos, otra hábil para adivinar lo que siente la gente, y el tercero, Dios nos proteja. Empezaron a caminar hacia la puerta. Zeev Feinberg los vio y saltó de inmediato. "El marido está enfermo, señores, se le dio vuelta la cabeza. Pero seguramente pueden darle el divorcio a la mujer de todos modos, no quedará casada sólo porque el mar lo mareó". Los rabinos tuvieron que recurrir a toda su valentía para responder que la gente permanece casada por mucho menos que náuseas, y que el divorcio no se da si no con el consentimiento del marido. Si Zeev Feinberg quiere arrancarles la barba, que lo disfrute. Pero divorcio no obtendrá.

Los rabinos salieron de la habitación, y el llanto de Bella se renovó con más vigor. Parecía increíble que un cuerpo tan pequeño pudiera derramar tantas lágrimas. Zeev Feinberg ya era hombre casado, pero aún no podía mantenerse incólume ante la visión de una mujer llorando. Le sirvió vino y le acarició el cabello, como si fuera una

niña, y volvió a prometerle que, apenas se despejaran las secuelas del mareo, Jacob Markovich se apresuraría a deshacer el matrimonio. Bella Markovich escuchó y le creyó, no tanto por la fuerza de los argumentos de Zeev Feinberg como por la fuerza de sus esperanzas.

Esa noche, Mijael Katz fue a la casa del vicepresidente de la Organización con el corazón acongojado. Un rato antes se habían presentado en su casa Zeev Feinberg y la muchacha sosa con que se había casado, y con ellos una débil criatura que se parecía en todo a Bella Zeigerman, pero el color había desaparecido de su cara como si se lo hubieran borrado con un trapo. Zeev Feinberg, serio, le había dicho que Jacob Markovich había abandonado Tel Aviv sin darle el divorcio a Bella Zeigerman, su esposa totalmente ficticia, pero absolutamente legal. “Supongo que el mareo lo obnubiló -le dijo Feinberg-, seguramente vendrá mañana o pasado para completar el trámite. Con todo, conviene que le informes a Froike”. Mijael Katz miró a Zeev Feinberg con rencor. No sólo le había robado el liderazgo durante el operativo, sino que ahora también se vanagloriaba frente a él de la cercanía que tenía con el vicepresidente de la Organización, llamándolo por su apodo, mientras Mijael Katz ni se atrevía a nombrarlo.

“Por qué no se lo cuentas tú, Feinberg, ya que Markovich nos llegó como peludo de regalo junto contigo”.

Feinberg dijo las últimas palabras de espaldas a Katz, encaminándose hacia la puerta: “Estuvimos tres horas en la entrada de la Comandancia esperando que volviera. Ha llegado la hora de viajar a la colonia. Esta noche ve a su casa, quizás entonces haya regresado del operativo al que seguramente salió. Sonia, Bella y yo esperaremos en mi casa que nos llamen”. Cuando bajaba el picaporte, se dio vuelta: “Y recuerda: Jacob Markovich es mi amigo. Si llegas a hablar mal de él, yo me ocupo de que no vuelvas a hablar”. Y salió. Sonia salió tras él. Y Bella Zeigerman también.

Cuando se cerró la puerta, Mijael Katz hundió su cabeza entre las manos. Aunque Markovich era el apéndice de Feinberg, de todos modos era su responsabilidad. Sus primeros pasos como Comandante quedarían truncos si no era capaz de hacer que un tipo como Markovich cumpliera sus instrucciones.

Compungido, salió hacia la casa del vicepresidente de la Organización. Veinte metros antes de llegar, Mijael Katz olió aroma a naranjas. ¿Era acaso un ardid de los británicos? ¿Un truco camuflado de los legionarios? Avanzó con prudencia. Cuando golpeó discretamente a la puerta, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo seguía. De las ventanas vecinas lo miraban con expresión de asombro, fosas nasales abiertas y narices aspirando el olor a cítrico. Toda la calle elevaba la mirada siguiendo el aroma que conducía

directamente a la casa del vicepresidente de la Organización. Cuando se abrió la puerta, la visión se le apareció con toda crudeza: cientos, quizás miles de naranjas rodaban por el piso. Las había grandes y chicas, anaranjadas y verdes, algunas con una hoja verde en el tallo y otras sin rastro alguno del árbol del que habían sido cortadas. El vicepresidente de la Organización entró a la casa y Mijael Katz tras él, intentando mantener el equilibrio entre los redondos obstáculos. En vano. Justo cuando el vicepresidente de la Organización terminaba de quitar las naranjas de un sillón para ofrecérselo, Mijael Katz tropezó con una de esas malditas frutas y quedó sentado en el piso. Cuando levantó la cabeza, cohibido, el vicepresidente lo miró con rostro anaranjado y dijo: "Supongo que te debo una explicación".

"¡No! -gritó Mijael Katz tratando de levantarse de un montículo de naranjas-, ¡para nada! Entiendo perfectamente, mi comandante, una estratagema genial, camuflar el olor a pólvora con olor a naranjas, ¡una idea brillante! ¡Por fin lograremos engañar a los perros británicos!".

El vicepresidente de la Organización fijó su mirada en Mijael Katz con cara de póquer. Después sonrió amargamente. Incluso la locura de amor de Efraim Hendel, una locura que no pasaba desapercibida, al relacionarla con el vicepresidente de la Organización se trocaba en un capítulo heroico de sus andanzas. Por un momento pensó que, aun si se suicidaba por añoranzas a Sonia, seguramente dirían que los británicos fraguaron todo.

Mijael Katz logró finalmente incorporarse y buscó un lugar libre para sentarse. El vicepresidente de la Organización le hizo lugar a su lado en el sofá, y el corazón de Mijael Katz se agitó de admiración y temor. Admiración por estar sentado junto a un personaje tan prestigioso, y temor por lo que venía a decirle. Entonces le contó acerca de la visita de Zeev Feinberg y lo que le dijo, sin respetar la advertencia de Zeev Feinberg y ensuciando generosamente a Markovich. Era de suponer que cuanto más culpable se viera Markovich, menos culpable se consideraría a Mijael Katz, que si bien dirigía el operativo, indudablemente no podía estimarse responsable por una conducta tan atípica. "Y lo peor es que yo creo que Feinberg está equivocado. No fue por las náuseas. Simplemente no tiene intenciones de dejarla ir".

El vicepresidente de la Organización prestó suma atención al relato. Los temores de Mijael Katz empezaron a evaporarse. Lo que tanto temía ya no había sucedido. El comandante no golpeó con su puño el respaldo del sofá, no levantó la voz para reprenderlo, no lo investigó acusadoramente. Más que nada lo miraba con expresión divertida y con algo de admiración.

"De modo que piensas que persistirá en su negativa".

“¡Exactamente! Si uno lo piensa, un gusano como Markovich, al que milagrosamente le cae en las manos un fruto maduro como Bella Zeigerman… Sin ningún compromiso con la causa nacional, la grandeza del momento, la mancha con que tiñe la gloria de nuestro operativo ante el juicio de la historia…”.

Mijael Katz hablaba del juicio de la historia, y el vicepresidente de la Organización pensaba en aquellos a quienes la historia no afecta. Los que se cuelan entre sus páginas no para inscribirse con tinta indeleble de alguna hazaña heroica, sino para rasgar subrepticiamente la punta de una hoja. El vicepresidente de la Organización, a quien la eternidad había quitado el brillo de sus acciones para someterlas al único objetivo de redención de la tierra, no podía sino envidiar un poco a Jacob Markovich, que si bien era un gusano, los gusanos tienen la virtud de liberarse del peso de la historia.

Finalmente Mijael Katz se dio cuenta de que su comandante no lo escuchaba. El vicepresidente de la Organización miraba las naranjas diseminadas por la habitación con nostalgia y, por un momento, se le pasó por la cabeza que la locura, y no la picardía, había traído allí los centenares de naranjas. Pero de inmediato dejó el hilo de esos pensamientos herejes, saludó a su comandante y se dispuso a irse.

“Dale una semana -dijo el vicepresidente de la Organi-zación-. Si no le da el divorcio en el curso de la semana, iré yo mismo a la colonia”.

8

Lo encontraron en el patio de su casa, alimentando a las palomas. Cuánto se alegró cuando vio que las aves lo habían esperado, no se habían volado a otras colonias ni se habían dejado seducir por otras migas de pan. Ahora les repartió muchos puñados y nunca le pareció bastante, ya que sólo ellas habían esperado su regreso. Jabotinsky lo aguardaba sobre la mesa, pero no tenía ganas de leer. Para qué le servirían ahora las frases floridas y las palabras elevadas. La acción más grande de su vida ya estaba hecha. Ahora sólo quedaban las migas de pan y las palomas. Y estaban también las visitas. Primero sólo Feinberg. Después Sonia. Entonces se hizo presente también el vicepresidente de la Organización, que lo reprendió con las palabras envidiándolo con la mirada. Le hablaron y le pidieron y le gritaron y patalearon. Lo sermonearon y lo insultaron y lo amenazaron con castigos del cielo y de los hombres. Jacob Markovich los convidaba con té y almendras, y cuando se iban, cerraba el portón aferrado a su "no" como un náufrago se aferra a una tabla de salvación.

Después llegaron otros, con palos de verdad. Mijael Katz fue el de la idea, y el vicepresidente de la Organización no se opuso. Con toda la simpatía hacia Markovich, una mácula vergonzosa de ese tenor no puede prolongarse mucho tiempo. Mijael Katz reunió a los muchachos más violentos, los que no discriminan razones que controlen el hervidero de sus instintos y siempre es mejor orientarlos hacia objetos que justifiquen sus exabruptos. Una semana antes le habían roto las piernas a un carretero árabe que les había obstruido el camino descargando mercancía en el puerto. Eso los había calmado por cierto tiempo, pero ahora advirtió Katz esa misma sed de acción que los sacaba de sus casillas. Esta vez les dio a Markovich. A eso de las ocho golpearon a la puerta y Jacob Markovich les abrió adivinando su propósito. Todo duró unos cinco minutos al cabo de los cuales Markovich quedó con dos dientes menos, una costilla rota, un lamparón en el ojo y la promesa de que volverían si no firmaba el divorcio. Cuanto más lo golpeaban, más evocaba el motivo de esos golpes, el recuerdo de la imagen de Bella, y Jacob Markovich recibía la golpiza con una sonrisa de agradecimiento en los labios.

Un buen rato estuvo Jacob Markovich acostado de espaldas en el lugar donde lo dejaron los muchachos. A través de su ojo hinchado veía las estrellas más grandes de lo común. Cualquiera que se encuentre de noche, a cielo abierto, se deleita con las estrellas, pero siempre hay algo que lo urge a volver a entrar a su casa. Un niño que alimentar, un calcetín que remendar, algo terrenal que no admite postergación. Pero esa noche sabía Jacob Markovich que postergaría todo. Seguiría acostado de espaldas y observaría las estrellas más pequeñas a través de su ojo sano y las grandes a través de su ojo doliente. Le insuflaba una poderosa calma el hecho de que a pesar de que el mundo se le había dado vuelta por completo, ahí estaba el Gran Carro, justo a la hora determinada, donde siempre aparecía. Finalmente se durmió en medio de su sufrimiento físico. Cuando despertó, con el cuerpo congelado y la cabeza dándole vueltas, descubrió hilos de sangre que habían corrido de su boca al mentón. Dado que estaba confundido aún, pensó que era saliva, como cuando era niño y de nochecita se dormía sobre las rodillas de su madre. Pero cuando tomó conciencia, comprendió que no estaba en las rodillas de su madre, sino sobre la tierra dura y la sangre sabía nauseabunda y sosa. Jacob Markovich miró ofuscado el Gran Carro. Lo mismo le da brillar sobre un niño en las rodillas de una mujer que sobre un hombre que sangra mientras duerme. Ya no quiso mirar las estrellas.

A la una de la madrugada Jacob Markovich golpeó a la puerta de Zeev Feinberg. Dijo que venía a buscar desinfectante y vendas. De hecho, venía a pedir que le desinfectaran la ofensa y le vendaran la humillación. Zeev Feinberg le dio sólo lo primero. No preguntó "quién te lo hizo" ni exclamó "vamos a buscarlos" y ni siquiera maldijo a la perra que los parió después de acostarse con un cerdo. Zeev Feinberg vendó las heridas de Jacob Markovich con mano diestra, limpió del ojo los líquidos que se habían juntado y le arrancó un tercer diente que había quedado moviéndose. Cuando terminó, abrió la puerta de la casa y le dijo que se fuera.

Los muchachos cumplieron su promesa. Cada tres o cuatro noches, volvía Jacob Markovich a golpear a la puerta de Zeev Feinberg. Una vez con la nariz quebrada, otra saltando en una pierna, y en una oportunidad se quedó en el umbral porque temía desmayarse si daba un paso más. Feinberg siempre lo curaba con abnegación y en silencio y después lo mandaba de vuelta a su casa sin una palabra más. A veces, Jacob Markovich se descubría deseando que los muchachos lo visitaran para poder volver a entrar a la casa de su amigo, que ahora le abría la puerta sólo a cambio de una sanguinolenta ofrenda. Sonia y Bella ni se enteraban de aquellas visitas nocturnas. Cuando Jacob Markovich golpeaba a la puerta, ellas dormían profundamente, cada una en su sueño (a pesar de que a veces los sueños de una fluían a los

de la otra, tal como suele suceder a la gente que habita la misma casa). Pero en una oportunidad, Sonia quiso desinfectarse un corte que se había hecho cocinando y notó que el frasco de yodo estaba casi vacío.

"¿Viene seguido?".

"Cada tres noches".

Sonia le dio la espalda. Zeev Feinberg comprendió. Las lágrimas que Bella había derramado en su regazo bastaban para regar tres plantaciones de cítricos. Cómo podría compadecerse del hombre que ocasionaba ese sufrimiento. Zeev Feinberg miró la esbelta figura de su esposa, la mano que dejaba el frasco de yodo sobre la mesa. Se levantó y se le acercó, pero tropezó con la mesa y tiró el frasco. Algunas gotas de yodo mancharon el mantel dejando rápidamente amplios y crecientes círculos violáceos hasta formar una monstruosa mariposa. Zeev Feinberg miraba a la mariposa como hipnotizado. De pronto notó un leve temblor en los hombros de su mujer.

"Basta, querida, no te enojes". Pero cuando tocó sus hombros, comprendió que no era enojo, sino el llanto lo que la sacudía.

"Ese desgraciado. Ese tipo tan desgraciado".

Los muchachos de Mijael Katz empezaron a cansarse. Medio día les llevaba llegar a la colonia, otro medio para volver, y entre ello quizás cinco minutos de satisfacción profesional. Y para colmo, el Markovich ese había resultado un objetivo bastante problemático. No se defendía, no intentaba devolver los golpes, era como pegarle a una muñeca de trapo y no a una persona (no a una muñeca, intentaron explicarle a Mijael Katz, sino un junco; un junco que se inclina al viento y por eso nunca se quiebra, invencible de tan miserable). Jacob Markovich no se consideraba una caña de junco ni una muñeca de trapo. Ese tipo de comparaciones no caben en la mente de nadie que se golpea la cabeza contra el suelo. Una sola imagen guardaba Jacob Markovich de las golpizas a manos de los muchachos: la imagen de Bella. Cada puñetazo que le entraba llevaba, junto al dolor, la conciencia de por qué se lo propinaban. Le bastaba con recordar el rostro de Bella, y ya su dolor quedaba anestesiado.

Finalmente los muchachos de Katz decidieron salir por última vez al operativo convencimiento, durante el cual, quizás por exceso de motivación, le quebraron la mano derecha a Jacob Markovich. Cuando Feinberg vio la mano rota, ya no pudo callar.

"Pero por qué diablos, dime por qué".

Jacob Markovich lo miró sorprendido. A lo largo del último mes había empezado a acostumbrarse al silencio de su amigo, un silencio que al principio le lastimaba los oídos, pero finalmente lo envolvía

como un útero. Ahora, cuando por fin Feinberg lo encaraba con palabras, comprendió hasta qué punto extrañaba el timbre de su voz.

"Porque la amo".

"Pero ella no te ama, amigo. Ella no te ama. ¿Cómo podrás retenerla toda la vida sólo por el poder de la ley judía? Te odiará tanto que se te secará la sangre, te cortará la garganta a mitad de la noche".

"La sangre ya está seca, Feinberg. Es lo que no entiendes.
Es lo que ni tú, ni Sonia, ni el vicepresidente de la Organi-zación y todos los muchachos que me visitan logran entender. Que mi sangre ya está seca. Nada ha fluido por mis venas más que esperar que algo suceda. ¿Alguna vez esperaste que algo te suceda? No. La gente como tú no necesita esperar. A la gente como tú las cosas le llegan. Cómo caminar. Cómo hablar. Cómo reír. Pero la gente como yo tiene que esperar que algo le suceda. Y cuando por fin sucedió, enseguida se terminó. ¡Hop! He aquí la mujer más hermosa que has visto. ¡Hop! Está casada contigo. ¡Hop! Ya no. Necesito esa belleza a mi lado, Feinberg. Necesito esa belleza a mi lado porque el cielo no te envía dos veces algo así. Si no lo retienes con todas tus fuerzas, si lo dejas ir porque te rompieron un diente o una mano, entonces posiblemente no lo merezcas. Ella me amará, te lo digo yo, al final me amará. Esperaré en silencio y con paciencia, trabajaré duro, le demostraré que la merezco. Finalmente me amará".

Zeev Feinberg suspiró. Terminó de vendarle el brazo, que se había empezado a poner de un tono grisáceo. Después fue hasta la puerta de la casa y la abrió. "Eres mi mejor amigo, Markovich. Pero a esta casa volverás sólo cuando le hayas dado el divorcio".

Dos meses estuvo Bella en lo de Sonia y Zeev Feinberg. Noche a noche se despedían de ella e iban a tratar de convencer a su marido. Noche a noche volvían con los ojos bajos. Ella se pasaba los días penando su suerte, nada mejor que la autoconmiseración para pasar el tiempo, pero es muy dañina para la piel. Bella no comprendió hasta qué punto sino cuando llegó el vicepresidente de la Organización de visita a la casa y comprobó que sólo tenía ojos para Sonia, mientras que a ella no le dedicó una sola mirada. Bella se asustó mucho y dejó de tenerse lástima. En el tiempo libre que le quedó, empezó a ayudar en las tareas del hogar.

Una semana después, volvió el vicepresidente de la Organización. Aparentemente, sólo buscaba volver a intentar convencer a Markovich. Si de nada había servido el ascendente jerárquico, quizás valiera la pena recurrir a la amistad. Cuando llegó a la casa, confesó que también esa vez había fracasado, pero prometió intentarlo de nuevo. Fue extraño: al decirlo no miró a Bella Zeigerman, sino a Sonia. Bella, acostumbrada como estaba a que todas las miradas se centraran en ella, advirtió la falta de esa mirada como quien de pronto

descubre que ha perdido la billetera.

Por fin, Bella comprendió que debía dejar la casa. Ni Feinberg ni Sonia la habían presionado para que se fuera, pero cuando la miraban se les obnubilaba la vista y no tenían que esforzarse para contener risitas al caer la noche. De todas maneras, cuando les comunicó su intención de dejar la casa, se estremecieron. “Pero ¿adónde irás?”, preguntó Sonia. “¿Cómo que adónde irá?”, se asombró Feinberg. “¡A lo de Markovich! No le ha dado el divorcio, de modo que es su mujer. La casa de Markovich es su casa. El dinero de Markovich, su dinero. Por lo menos a este respecto será su obligación comportarse dignamente”.

La mañana de cierto domingo despertó Jacob Markovich al oír fuertes golpes a su puerta. Primero temió que fueran otra vez los muchachos, justo ahora que la mayoría de sus heridas había cicatrizado. Aún en pijama, salió de la cama y se apresuró a llegar a la sala. Abrió la puerta y vio a su mujer. Aquel domingo estaba más hermosa que el resto de las mañanas de la semana. Afuera estaba fresco y Jacob Markovich se apresuró a cerrar la puerta tras ella. Enseguida notó que el frío había penetrado a la sala. Encendió la estufa y pensó que eso los abrigaría. Se equivocaba. Desde el momento en que Bella Markovich entró a la casa de Jacob Markovich, la casa no volvió a su calidez.

9

Ardua y prolongada fue la lucha de Bella Markovich contra Jacob Markovich. Si aquella guerra no se ha registrado con su nombre, no es por falta de combates de vida o muerte, estratagemas sofisticadas ni amargas víctimas. Para fortuna de Bella Markovich, su guerra aconteció cuando todos luchaban contra todos. Los judíos en Europa luchaban por su vida. Los franceses, por los restos de su dignidad. Los rusos, por sus estepas congeladas. Los británicos, por su imperio. Y cuando ellos luchaban, lo hacían también todos los demás: los chinos y los japoneses, los indios y los africanos. Paralelamente, se desarrollaban también las guerras de costumbre; los lobos luchaban para conseguir su presa; los conejos, para no ser apresados. Los peces más grandes se tragaban a los más chicos. Las aves de rapiña les hacían sombra a las ratas de campo. A lo largo de todo ese período, Bella Markovich luchaba por su libertad. Y a pesar de que esa guerra no se registró, ni señal en las fuentes oficiales, ni una palabra en los periódicos, ni en los libros de Ciencias Naturales, los pobladores de la colonia siguieron sus alternativas con el corazón expectante. "¿Te enteraste? Anoche volvió a dormir fuera de su casa"; "La luz de Jacob Markovich estuvo encendida hasta las dos y cuarenta y cinco"; "Ella lo va a matar con sus salidas nocturnas"; "¡Pero lo que él le hizo a ella es mucho peor!".

La gente de la colonia nunca pudo digerir lo que Jacob Markovich le hizo a Bella Markovich. Los horrorizó hasta tal punto, que jamás dejaron de acosarlo. Cuando pasaba a su lado, movían la cabeza en señal de reprobación, y si lo veían en el campo, chasqueaban la lengua. Cuando la conversación alrededor de una mesa decaía, bastaba con mencionarlo, y ya todos se prendían entusiastas como el fuego que queda después del banquete. Si dos campesinos discutían y ya casi se iban a las manos, cada uno intentaba hilvanar en la disputa el nombre de Jacob Markovich, y ya los dos quedaban del mismo lado reprobando y chasqueando la lengua. Jacob Markovich le había hecho un gran favor a la colonia al negarse a darle el divorcio a Bella Markovich: ese hecho era tan abyecto, que con sólo mirar a Jacob Markovich se sentían puros.

También les gustaba mirar a Bella Markovich, aunque por otras razones. A pesar de no haberla conocido antes de que le negaran el divorcio, podían imaginar cómo les habría impactado una belleza como la suya de no estar comprometida en matrimonio. El deseo de los hombres y la envidia de las mujeres seguramente no eran menores que los del barco, ya que a pesar de que lo que rodeaba la colonia eran plantaciones y no aguas marinas, de todos modos desde varios aspectos era una especie de isla. Feliz de Europa, que era lo suficientemente grande como para contener una belleza como la de Bella Markovich. Pero Palestina era pequeña, y la colonia más aún. Si Bella hubiera llegado a ella como mujer libre, los hombres la habrían amado y las mujeres la habrían odiado. Pero dado que había llegado como había llegado, como un animal de pura estirpe detrás de rejas, los hombres la estimaban y las mujeres la compadecían. Estima y compasión son sentimientos acordes con las dimensiones de una pequeña colonia. Los dioses habían castigado a Bella Markovich por su belleza, y ahora los hombres podían soportarla.

Por primera vez en su vida, tenía amigas. Sonia la visitaba diariamente y le traía regalos. Conchas marinas (con sólo tocar una de ellas ya se te llena la boca de gusto a sal y los oídos de olas), un ternerito del establo (Bella acercó su mejilla al hocico húmedo del animalito y lloró al recordar la suavidad del terciopelo negro en la tienda) y una hogaza de pan caliente algo quemada que las dos comieron enseguida, burlándose de su apetito con una risa cálida y colorida. Al cabo de un mes llegó Rajel Mandelbaum; su vientre crecía día a día y ella lo llevaba oronda como un niño al que le compraron un globo en la feria. “Pensé que quizás querrías aprender hebreo”. Bella respondió que quería, mucho, y desde entonces Rajel no estaba sola en la carnicería. Abraham Mandelbaum las observaba atónito sin entender por qué querría su esposa hundirse en la tristeza de la hermosa prisionera. Ni por un instante se le ocurrió pensar que no era una sola la hermosa prisionera en la carnicería, sino dos, y no veía que, cuando Rajel Mandelbaum encontraba la tristeza de Bella, su propia tristeza fluía un tanto y se lavaba.

El encanto de la compasión estimulaba el ánimo de Rajel Mandelbaum, pero más lo estimulaba el embarazo. Día a día las añoranzas de Rajel por la vida que había perdido se trocaban en ansias por la vida que estaba por venir. Ya no pensaba en Johann, el soldado austríaco, ni se desvivía por el brillo de la nieve. En su vientre crecía una beba, diez tiernos dedos y ojos cerrados en plena seguridad. No bien sentía la amenaza de la tristeza, Rajel Mandelbaum recurría rápidamente al azul de los ojos de la criatura en su vientre, y una vez sumergida allí, se desvanecían todas las nubes. Días enteros observaba Rajel los ojos de su beba, aspiraba su dulce aroma, escuchaba sus

risas. La risa de la chiquitina hacía olas en su vientre, que subían e inundaban su rostro, estelas de sonrisas que abrigaban el corazón de Abraham Mandelbaum e incluso a Bella le daban algún sosiego. Sosiego que desaparecía en cuanto regresaba a casa de Jacob Markovich. Nunca denominó a eso "hogar", siempre, "la casa de Markovich", lo cual dejaba bien en claro que, a pesar de que allí dormía, comía y se bañaba, no era su hogar. Ella no barría la sala a la que había quedado confinado Markovich ni limpiaba el dormitorio donde dormía ella misma. Si cortaba flores en su camino, las arrojaba antes de entrar a la casa. Sus vestidos quedaron arrugados en la valija, a pesar de que el armario blanco que le instalara Markovich le abría sus puertas expectante. De vez en cuando pernoctaba en otra cama, no por deseo pasional, sino por fríos cálculos dignos de un sofisticado comandante militar. Bella Markovich había jurado mortificar a Jacob Markovich aun si para cumplirlo se mortificara a sí misma, y así, a pesar de que extrañaba mucho a Rajel y a Sonia, solía abandonar la colonia por varias semanas, sin decir palabra, sólo para infligirle dolor.

Jacob Markovich no salía a buscarla. Trabajaba en el campo, alimentaba a las palomas y servía té a Zeev Feinberg y a Sonia, que de vez en cuando venían a tratar de ablandarlo, y al vicepresidente de la Organización, que lo visitaba una vez por semana con el consabido discurso de convencimiento. Visitas a Markovich que progresivamente fueron acortándose, con posteriores informes de actuación ante Sonia, que progresivamente fueron alargándose. Durante dichas ausencias, si bien no se movía del lugar, el espíritu de Markovich flotaba sobre la faz de la tierra. Veía a Bella en brazos de los obreros del puerto de Jaffa bañándose junto a los pescadores en las aguas del lago Tiberíades, apoyada sobre los muros de Jerusalén con algún oficial británico inclinado sobre ella. La veía ejerciendo el socialismo en algún kibutz, montada a caballo entre las plantaciones de cítricos, enloqueciendo a devotos observantes en la Galilea, aprendiendo de un beduino el arte de tocar la flauta. La oía suspirar, la veía ponerse tensa, y arrancaba trozos de pan con tal furia, que las palomas se negaban a comer de su mano. Pero aun así no salía tras ella, sólo dejaba encendido el farol a bencina, por temor a que volviera en la oscuridad y no hallara la casa. Jacob Markovich no sabía cuánta frustración le deparaba a su mujer: al volver y ver la luz desde lejos, abrigaba la esperanza de que la casa ardiera en llamas con su esposo adentro, pero al acercarse, la encontraba sana y salva, y su esposo adentro, vivo y terco.

Cuando Bella volvía de sus andanzas, desaparecía el ardor de los celos que quemaba las vigas de la casa y se restablecía la frialdad. Jacob Markovich tuvo que encender el hogar a fines de abril

preguntándose si alguna vez volvería la casa a templarse lo suficiente para favorecer la vida humana. Cada vez que Bella desaparecía, Markovich destilaba ríos de sudor y visiones. Cada vez que volvía, temblaba por el frío intenso que soplaba en las habitaciones. Las paredes de piedra que lo enorgullecían, porque aislaban la casa del frío en invierno y del calor en verano, parecían endiabladas por una magia demoníaca que tenía un solo objetivo: entorpecer en todo momento la vida de Jacob Markovich. Si traía frutas de la plantación a la cocina, el frío las dañaba y se hacía imposible comerlas. Si por la noche se le deslizaba la frazada debido a su sueño intranquilo, despertaba resfriado y con tos como si hubiera dormido a la intemperie. En cambio Bella se adaptó a las condiciones de la casa sin proponérselo, casi como si ella misma las hubiera dispuesto. Ciertamente, el frío le calaba los huesos también a ella y a veces se preguntaba cómo podía ser que afuera estuviera agradable y la sala semejara una tormenta de nieve, pero le gustó la idea de que la casa no fuera sino el reflejo de sus habitantes. Que las paredes no fueran indiferentes a quienes deambulaban entre ellas. Cuanto más odiaba al dueño de casa, más crecía su aprecio por la casa en sí. Seguía llamándola “la casa de Markovich”, pero en más de una ocasión acariciaba la gélida pared, y en cierta oportunidad hasta apoyó una mejilla suave en la jamba.

Por las tardes, cuando Markovich alimentaba a las palomas con migas de pan, Bella probaba sus propias migajas: se quitaba el medallón del cuello, sacaba de su interior el recorte de diario y leía las palabras del poeta hebreo, las palabras que la habían tentado a venir a Palestina:

“Y el sol, sonrojado cual naranja con su mejor color,
te henchirá el corazón de fuerza y de valor”.

¿Acaso el sol tenía el color de la naranja? A veces, cuando salía a pasear con Rajel y con Sonia al atardecer, veían la bola ígnea en su camino hacia el mar. Sonia solía decir: “Mírenlos, como dos enamorados que están por encontrarse”, y Rajel: “Como un suicida que se sumerge hacia la muerte”, y Bella: “Como una ilusión óptica, nada más. Siempre se olvida que los separan millones de kilómetros”. En esos momentos, el sol lucía anaranjado, pero en otros momentos no. A veces se lo veía rojo como el ojo ensangrentado de un toro agonizante, y a veces, cuando todo se cubría de esa nube espesa cargada de polvo que tanto le desagradaba, el sol se veía blanco y gelatinoso como la clara del huevo. Jamás supo adivinar, a partir de observar el sol de un día, cuál sería su color al día siguiente. No sucedía lo mismo con las palabras del poeta hebreo, que iban

perdiendo decididamente su color, aunque casi imperceptiblemente. Primero el negro denso se volvió negro. Después, azul oscuro. Después se infiltró un matiz grisáceo. El día que la *r* de *valor* se destiñó, Bella decidió ir en busca del poeta hebreo. No le dijo una sola palabra a Jacob Markovich, pero cuando la vio llevarse todos sus vestidos comprendió que no volvería.

En su ausencia se permitió hacer lo que no había hecho en su presencia: tomaba un camisón sencillo que ella había dejado y se dormía abrazado a él. A veces temía que volviera en la mitad de la noche y lo encontrara abrazado a su ropa sin su permiso, pero ya no podía conciliar el sueño sin las mangas del camisón alrededor de su brazo. Si alguien hubiera espiado a Jacob Markovich por la ventana, seguramente habría pensado que había perdido la razón. Jacob Markovich mismo se lo preguntó en más de una ocasión.

10

Aquella mañana Rajel Mandelbaum despertó con antojo de uvas. Hacía calor y el contacto de la lengua con el paladar le daba la sensación de papel de lija. Abraham Mandelbaum había partido muy temprano hacia Haifa. Volvería por la noche trayendo cuchillos nuevos. Cuando salió de la casa, el gallo cantó de alegría y todos los animales de la colonia respiraron aliviados. El matarife se había ido, no volvería hasta la noche. Las ovejas balaban a viva voz. Las gallinas se volvían osadas. Y Rajel Mandelbaum, acostada en su cama, se deleitaba fantaseando con dulces uvas. La beba en su vientre pataleaba asintiendo. Ella también quería uvas. Y quizás, desde el principio, las ansias de la madre no eran sino las de la beba. De una u otra manera, el deseo era tan fuerte, que arrojó a Rajel de la cama.

Sus pechos estaban repletos y pesados y, de vez en cuando, hasta goteaban leche en su camisón. Cuando Abraham Mandelbaum lo advertía, se apresuraba a desviar la mirada, pero la luz que irradiaba su rostro iluminaba la habitación. Ahora él iba camino a Haifa y ella quería uvas. Estaba dispuesta a matar por uvas. Rajel Mandelbaum vistió una amplia túnica y salió al campo a buscar algún racimo olvidado.

Desde que había quedado embarazada, salía muy poco de su casa. Antes, Abraham Mandelbaum le seguía los pasos por celos. Ahora, por preocupación. Al salir al campo, se dio cuenta de que hacía mucho tiempo no salía sola. La beba en su vientre pataleó para recordarle que tampoco ahora estaba sola. Rajel Mandelbaum se acarició el vientre susurrando “sha, sha”, un poco a la beba y otro poco a sí misma. Qué hermoso se veía el campo esa mañana, a pesar de que era sólo tierra y espinas. Pero a partir de las espinas podía adivinar las flores que habrían de brotar, tal como podía adivinar a su beba por las pataditas en las paredes de su vientre. De aquellas flores trenzaría una guirnalda para su hija, la pondría sobre su cabello dorado, sedoso. Si bien el cabello de Rajel era negro y espeso, y el de Abraham Mandelbaum castaño y rizado, sabía que el de la beba sería dorado como el trigo y que mirarlo la saciaría como el pan. Tendría una niña, pequeña y hermosa, le haría vestidos y le tejería una bufanda para su cuello. Aun

si Abraham Mandelbaum no le diera más que eso, le bastaba.

Caminó más de una hora por los senderos del campo. El calor le jugaba una mala pasada: donde creía ver vides no había más que tierra seca. Finalmente se sentó, fatigada, bajo un algarrobo. Ahora ya no quería uvas, sólo agua. Agua fresca y límpida que aliviara el papel de lija de su garganta. Rajel Mandelbaum intentó incorporarse y no pudo. El algarrobo giró a su alrededor, sus frutos de lenguas marrones la reprendían: ¿Por qué has salido sola al campo? En el noveno mes, qué irresponsabilidad. Querías uvas, no podías contenerte. Rajel Mandelbaum cerró los ojos para no ver las algarrobas ni oír sus diatribas. Muy pronto se acallaron los sermones. Ahora podía oír sólo a su propio corazón latiendo entre las sienes. Te estás deshidratando, murmuró para sí, y los latidos de su corazón entre las sienes repetían: des-hi-dra-tan-do, des-hi-dra-tan-do, des-hi-dra-tan-do. El ritmo, que al principio sonaba amenazador, se fue convirtiendo en una canción de cuna, y Rajel se dejó acunar hasta que se le cerraron los ojos. Despertó en un charco de agua. Enseguida miró hacia arriba para bendecir a las nubes que se habían apiadado de ella, pero el cielo estaba dolorosamente azul. Las aguas no venían de arriba, sino de abajo, de su propio cuerpo. Rajel acercó dos temblorosos dedos a su entrepierna. No puede ser, es demasiado pronto, no puede ser. Entonces sobrevino un dolor punzante como ninguno, que la envolvió e hizo temblar su voz aclarándole que sí, podía ser.

Una mujer estaba por parir junto a un algarrobo, y el sol se ponía. Su marido se había ido, no volvería hasta entrada la noche. Sus padres, muy lejos allende los mares. El camino estaba vacío. Rajel Mandelbaum oía las voces. Una rama se rompía en las cercanías, una rata de campo movía pastos y espinas en su huida. La algarabía de los pájaros al declinar el sol. Pero el sonido de pies humanos, el dulce sonido de pies humanos, se oía sólo en su cabeza. ¿O no? Porque ahora se oía claramente el sonido de yuyos aplastados por las suelas, la respiración de un hombre. Imposible que fuera un delirio. Efectivamente, más allá de la curva del camino apareció Jacob Markovich, con expresión preocupada. Hacía ya dos meses no veía a Bella. Él seguía durmiendo aferrado a su camisón, pero la tela iba perdiendo el olor a su dueña y quedaba sólo el algodón, desprovisto de su aroma. Cuando comprendió que no dependía de cuánto esforzara sus fosas nasales ni cuánto acercara la tela a la punta de su nariz porque ya no le quedaba ni un ápice del cuerpo que le faltaba, se levantó de la cama y fue a golpear a la puerta de Zeev Feinberg. "Desde ahora yo haré las guardias nocturnas en el campo. No hace falta establecer turnos. De todos modos no duermo".

Zeev Feinberg abrió la boca para responder, pero entonces lo pensó mejor y asintió. A la mañana siguiente, los miembros de la colonia

descubrieron que se habían liberado de las guardias nocturnas gracias a Jacob Markovich, y a pesar de que no querían estarle agradecidos, volvieron a mover la cabeza en su dirección cuando pasaba por el camino principal. Muchas veces el movimiento se prolongaba sólo hasta que él pasaba, para luego volver a trocarse en chasquidos de lengua, y así podían los miembros de la colonia estar agradecidos y a la vez denostarlo. Jacob Markovich hacía las rondas nocturnas en la colonia, rifle en mano, la mirada alerta. Si Bella volvía de improviso, él la protegería de atentados árabes y de amores judíos, la acompañaría a su casa en la pegajosa oscuridad y le contaría lo hermosa que era la noche. Cada día salía más temprano. No bien empezaba a declinar el sol, se apuraba a salir de la casa antes de que las paredes lo acosaran con visiones fatuas. Porque al atardecer, cuando las sombras se alargaban, la casa se disponía a atacar: le hacía oír a Markovich pasos de mujer en el umbral de la entrada, corría una rama de la buganvilla que aparentaba un perfil frente a la ventana. Jacob Markovich veía y añoraba, y como las añoranzas se le volvían intolerables, salía de ronda.

Cuando Rajel Mandelbaum vio a Jacob Markovich, dejó escapar un fuerte quejido que conjugaba la desesperación, la esperanza y el dolor de las contracciones. Por un dichoso instante, Jacob Markovich pensó que la mujer bajo el árbol no era otra que Bella, pero cuando advirtió el charco que manaba de su vientre comprendió que estaba en un error. No alcanzó a sentir desazón, porque enseguida lo alcanzaron las palabras de Rajel: “Markovich, estoy pariendo”.

Markovich había asistido muchas veces a vacas que daban a luz y, cuando le tocó contrabandear armas al sur, hasta había presenciado el nacimiento de un camello. Pero Rajel Mandelbaum distaba mucho de ser un camello o una vaca, y él era agricultor, no médico. Esas tribulaciones lo llevaron a decirle a Rajel Mandelbaum: “Voy a pedir ayuda”, y a salir corriendo, pero al cabo de menos de diez metros volvió a oír sus gemidos. La voz de Rajel Mandelbaum era diferente de la de las vacas parturientas, pero de todos modos retrocedió porque reconoció el sonido del tiempo urgido. Jacob Markovich se arrodilló a su lado y secó el sudor de su frente. Le dio agua para beber, le tomó la mano y le susurró palabras tranquilizadoras, que ni él mismo sabía si creer. Las contracciones se fueron haciendo más seguidas, y ella se aferró a los dedos de Jacob Markovich con tal fuerza, que temió se le fueran a quebrar. Sin embargo, no quitó su mano de la de ella y le dijo “puja, puja”, porque recordó la voz de la partera que le ordenaba a su madre “puja, puja” desde la otra habitación, y la tensión en la cara de su padre que estaba con él en la sala, y el pavoroso silencio que inundó la casa cuando su madre terminó de pujar y la criatura ya había salido, pero no se oyó ningún llanto. Quizás se hubiera detenido

algo más en aquel recuerdo, el silencio que permaneció en la casa al caer la noche y luego el padre empezó a escabullirse de la madre y la madre de la vida, pero los gritos de Rajel Mandelbaum lo clavaron en el presente y no se lo permitieron. Ahora gritaba a voz en cuello y Jacob Markovich tuvo la esperanza de que en las casas de la colonia ya la hubieran oído y alguien dijera: "¡Pronto, al campo!", pero las casas de la colonia estaban saturadas de chasquidos y rencores, insinuaciones y abrazos, y nadie prestó atención al hecho de que no era el viento ululando afuera, sino Rajel Mandelbaum.

Con el correr de las horas, el clamor de Rajel Mandelbaum adoptó una nueva forma, una forma germana. El doble candado que le había impuesto a su boca el día que bajó del barco se fue agrietando con cada punzante dolor en su vientre. Ese dolor que la partía, ese terror, no podía expresarlo sino en alemán. Desde el momento en que sintió el sabor del idioma en su boca, ya no pudo abandonarlo. Entre las contracciones se lamentaba en su lengua madre de todo lo que había dejado allí y no volvería. Los salones de baile y los pulidos adoquines de las calles, el soldado austríaco Johann con su hermosa chaqueta de terciopelo, el judío del cráneo reventado que la había arrojado de Viena al barco, y Abraham Mandelbaum, que se la había llevado del puerto para hacerla esposa de un matarife. Jacob Markovich quiso taparse los oídos porque sabía que estaba siendo testigo de un monólogo interno, un río subterráneo que irrumpe repentinamente de la tierra ante miradas inadvertidas. Se sintió más turbado frente a Rajel Mandelbaum llorando en alemán por su pasado que cuando le vio los senos desnudos. Ahora se le presentaba despojada de todo.

La luna empezó a brillar cuando Rajel Mandelbaum dejó de llorar y exclamó en alemán "¡ya sale!". Jacob Markovich espió indeciso entre las piernas de Rajel Mandelbaum. Su turbación se trocó en dicha cuando vio una cabecita roja asomando al mundo. Se apuró a tomar la cabeza de la criatura mientras instaba a Rajel: "¡Puja!, ¡puja!", y Rajel pujó y pujó y finalmente salió la criatura, y por un leve instante se produjo un silencio.

Fue sólo un instante, ya que inmediatamente después los pequeños pulmones se llenaron de amargo clamor. Jacob Markovich sacó un cortaplumas de su bolsillo y cortó el cordón, envolvió a la criatura en su camisa cuando todavía lloraba a mares y la puso sobre la madre pensando cuánta razón tenía el bebé, porque se acordó de Bella y de la crueldad del mundo, y después pensó cuán equivocado estaba el bebé, porque volvió a sentir el contacto de su cabecita entre las manos en el momento de nacer y se llenó de ternura.

Rajel Mandelbaum sostenía la camisa de Jacob Markovich desde la que chillaba un cachorro humano enrojecido en llanto. Cerca de nueve meses había esperado ese momento, el momento de sostener en sus

manos a una beba de cabello dorado y ojos celestes, blanca y fragante. En la camisa de Markovich yacía un bebé de género masculino con cabello negro y la cara de Abraham Mandelbaum. Tan vívida fue la beba en su mente al cabo de todos los meses que compartió con ella, que casi se lo extiende a Markovich diciendo que era un error. En cambio, le devolvió a Markovich su camisa con su hijo adentro y le susurró “cuídalo hasta que me recupere”. De hecho, le musitó: “¿Quién es este niño que creció en mi vientre cuando mi corazón esperaba a otro?”. Jacob Markovich y Rajel Mandelbaum estaban tan agotados -ella por el esfuerzo del parto y él por el esfuerzo de la asistencia-, que minutos más tarde se durmieron ahí mismo. Cuando llegaron los miembros de la colonia, con Abraham Mandelbaum a la cabeza, el niño dormía en el regazo de Jacob Markovich.

Abraham Mandelbaum corría adelante; los miembros de la colonia, varios metros detrás de él. La diferencia puede atribuirse a la ansiedad de Abraham Mandelbaum, aunque también al temor de los miembros de la colonia. Si bien querían ayudar al matarife a encontrar a su mujer embarazada que había desaparecido, nadie quería estar a su lado en caso de que la búsqueda se convirtiera en una tragedia. Durante los meses del embarazo de Rajel, los colonos habían aprendido a apreciar a Abraham Mandelbaum, que había empezado a canturrear mientras trabajaba en la carnicería y a cortar violetas para alegrar a Rajel. Al principio, el cambio despertó burlas y los miembros de la colonia imitaban socarronamente el canturreo del burdo matarife y cortaban violetas para ofrecérselas a sus mujeres con ademanes exagerados. Pero la virtud del canturreo reside en que, aun si te burlas de él, no te abandona, y muy pronto se empezó a oír a los colonos canturreando de todo corazón la alegre melodía de Abraham Mandelbaum. Y la virtud de las violetas es que, aun si se las ofrece con un guiño, perfuman la casa, y los colonos le estaban agradecidos a Abraham Mandelbaum por recordárselo. Pero cuando aquella noche Abraham Mandelbaum salió despedido de su casa rugiendo “¡Rajel!”, desapareció el canturreo… y de las violetas, ni el recuerdo. La expresión del matarife era salvaje, primitiva, y los colonos dudaban en el umbral de sus casas. Recién cuando se oyó el llamado de Zeev Feinberg desaparecieron los titubeos. No por lo que dijo, que había sido muy lacónico, sino por quien lo dijo. Si Feinberg se había atrevido a salir de su casa para secundar a Abraham Mandelbaum, ¿cómo no lo harían todos los demás hombres?

En grupos reducidos rodearon la colonia y no hallaron rastros de Rajel Mandelbaum. Al buscarla, fueron por Jacob Markovich, por si el encargado de la guardia nocturna había visto algo, pero también él había desaparecido. Hubo quienes suplantaron su temor por Rajel por su rencor contra Jacob Markovich y mascullaban “qué guardia

ejemplar", pero al alinearse junto a Zeev Feinberg se silenciaron enseguida. Finalmente llegaron al algarrobo. Dormidos como estaban, Rajel Mandelbaum y Jacob Markovich casi pasan desapercibidos, pero la pequeña cabecita pelada apoyada junto a la cabeza de Markovich brillaba lo suficiente a la luz de la luna como para que Zeev Feinberg exclamara: "¡Allí!".

Abraham Mandelbaum saltó a la carrera, los otros lo siguieron. Cuando descubrieron al bebé durmiendo en brazos de Jacob Markovich y a Rajel Mandelbaum durmiendo con los brazos vacíos, no supieron qué pensar. Abraham Mandelbaum se arrodilló junto a Rajel y sollozó desconsolado. Rajel Mandelbaum despertó y miró la cara enrojecida por el esfuerzo y por las lágrimas, y se preguntó si tan rápido había crecido el bebé que ya tenía exactamente la misma apariencia que Abraham Mandelbaum. Pero los colonos dieron un paso atrás, turbados. Aun habiendo retrocedido, y habiendo girado para emprender el regreso a sus hogares, sin proponérselo oyeron los sollozos del matarife: "Pensé que te habías ido. Que te habías ido al puerto. A Europa. Que te habías ido". Rajel Mandelbaum volvió a cerrar los ojos y balbuceó: "Sha, sha". *Sha* silenciando a Abraham Mandelbaum y sus temores, *sha* al bebé que tanto se le parecía y ahora había despertado y empezaba a llorar, *sha* a los colonos que murmuraban a la distancia. Quizás si callaban todos, podría volver a oír la risa de la beba del cabello dorado y los ojos celestes que había llevado en el vientre de su imaginación a lo largo de nueve meses y ya no existía.

Jacob Markovich supo que ya no lo necesitaban. Le dolían las rodillas de tanto estar hincado junto a Rajel Mandelbaum, y sus dedos aún no se habían aflojado después de que ella se los apretara como lo había hecho. Sin embargo, estaba contento porque en la camisa que tenía en sus manos lloraba la criatura que él mismo había liberado del vientre materno. Nunca en su vida se había sentido tan pleno. Zeev Feinberg se arrodilló a su lado y puso su mano sobre el hombro desnudo. "Hoy has hecho una gran cosa". Jacob Markovich miró a su amigo, y los ojos se le llenaron de lágrimas. "Bueno, Markovich, ya hay bastantes llantos por aquí. Ven, deja ese paquete a Rajel, a menos que también planees quedarte con él, y vamos. Tengo hambre".

Se encaminaron hacia la colonia, y los grillos les cantaban canciones de boda. Zeev Feinberg no cesaba de alabar el heroísmo de Markovich. "Pocos hombres pueden hacerlo, debes saberlo. Yo, por ejemplo, puedo matar a un hombre con las manos si no me queda otra, pero ver una vagina en ese estado me haría desmayar". Jacob Markovich se grabó las palabras en su memoria, como quien sigue mascando un trozo de panal de miel horas después de haberle sacado todo su dulzor. Al llegar a casa de Zeev Feinberg, se detuvieron.

Feinberg se hamacaba incómodo. y Jacob Markovich pensó que por primera vez desde que se conocieron veía a su amigo indeciso. “No puedo invitarte a pasar, Markovich. Te dije que no lo haría hasta que liberaras a Bella, y lo dije en serio”.

Jacob Markovich metió las manos en los bolsillos y se dio vuelta para irse. No había dado tres pasos cuando oyó que Feinberg lo llamaba: “¿A dónde vas tan apurado, amigo? Si no podemos entrar a comer, comeremos afuera”.

El pan estaba duro, y el queso conoció días mejores. “No puedes esperar de una mujer como Sonia que amase pan”, declaró Feinberg, “en el mejor de los casos saldrá quemado; en el peor, te quema a ti”. Pero en la casa había una granada que maduró más temprano que las demás y ahora era partida con todos los honores en el patio. Zeev Feinberg se llevó otro puñado de granos en la mano enrojecida de jugo. “Chiquitas y dulces”, dijo, y engulló todo el puñado: “Pequeños y dulces pecados. Así tiene que ser, Markovich, chiquito, dulce e inofensivo. No como tú, que en toda tu vida no le hiciste daño ni a una mosca y de pronto te mandaste uno colosal que se te queda atragantado, ni tragarlo ni vomitarlo, sólo asfixiarse. ¿Oíste alguna vez hablar de alguien que se asfixie con una granada? No. Ni oirás”.

Jacob Markovich también se sirvió de la granada. El fruto estaba dulce, dulce era también la conversación de Feinberg, pero el camisón de Bella era más dulce aún. Cuando se lo dijo a Feinberg, este lo miró con desprecio. “¿Acostarse a dormir con un camisón y esperar que cuando despiertes haya adentro una mujer? Estás chiflado. Eso no sucederá. Ni ahora, ni dentro de un año, ni dentro de veinte”.

“Entonces será dentro de treinta o cuarenta. Sabes qué, Feinberg, quizás nunca. Pero tengo la esperanza, y eso ya es algo. Y quizás si tengo suficiente esperanza, si lo anhelo fuerte fuerte, la esperanza se concrete. Míranos, mira esta tierra. Dos mil años la anhelamos, la esperamos, dormimos de noche abrazados a la manga de su camisón, porque ¿qué es la historia si no la manga de un camisón desprovisto de olor? ¿Y tú crees que ella nos quiere a nosotros? ¿Piensas que esta tierra nos corresponde amor? ¡Tonterías! Ella nos arroja de sí una y otra vez, nos manda al diablo, nos azota sin contemplaciones. Mediante los romanos, los griegos, los árabes y los mosquitos. Entonces qué, ¿alguien acá dice: ‘Si ella no me quiere, debo irme’? ¿Alguien dice: ‘No es cuestión de retenerla por la fuerza ya que desde que llegaste ella trata de deshacerse de ti’? No. Nos aferramos con toda la fuerza y abrigamos la esperanza. Esperamos que quizás finalmente ella mire a su alrededor, nos vea y diga: ‘A este. Quiero a este’”.

11

Buscando al poeta, Bella llegó a Tel Aviv. Y tal vez debamos decir que la ciudad la convocó. Su encuentro anterior había sido breve y amargo. Esta vez se prolongó y se endulzó. Empezó la visita en casa del vicepresidente de la Organización, que hizo caso omiso del escote de su vestido y de los mohines de sus labios, pero la miró hondamente a los ojos. Bella sabía que no la estaba mirando a ella. Las noches que compartió en la cubierta del barco con Zeev Feinberg le enseñaron a identificar cuándo era ella el objeto del deseo y cuando no era más que un sucedáneo. Cuando el vicepresidente de la Organización la miró a los ojos, comprendió a quién hubiera querido ver en su lugar, de modo que lo dejó observarla sin interferir. Cuando su mirada se había saciado, él le propuso pernoctar en su casa. De todos modos estaba por salir a un operativo, del que no le dio detalles, por una cierta cantidad de noches, que no sabía exactamente cuántas serían. ¿Por qué no se quedaba ahí entretanto? Bella Markovich pasó revista a la casa con detenimiento. A pesar de que no parecía faltar nada, algo faltaba, y no podía llegar a precisar qué era. Recién al cabo de tres días comprendió que la vivienda carecía de toda particularidad: un cuadro en la pared, una alfombra desteñida que alguien se resistía a tirar, algún objeto con pasado. La vivienda del vicepresidente de la Organización no era el hogar de una persona con vida privada, en donde los objetos y los sentimientos se integran. En vano puso flores que cortara por ahí, o una carpetita bordada que logró terminar. La casa rechazaba el tinte personal como si no reconociera ninguno: las flores se marchitaron y la carpeta bordada se veía tan ridícula, que volvió a meterla en su cartera. Pero a veces, cuando el aire soplaba decidido desde el mar y hacía temblar las paredes, le pareció sentir un leve aroma a naranjas que emergía de los sillones y de las baldosas y se desvanecía en el instante en que lo percibía.

Halló al poeta donde todos le dijeron que lo hallaría. En la mesa del extremo derecho del café junto al mar. Todo el lugar hablaba de lo importante que se consideraba. Las sillas, las mesas de madera y los ceniceros se unieron para declarar, ante quien los observara, que estaban ahí, en la arena, y no en las calles de Berlín, sólo por equivocación. Los habitués del café no eran parte de dicha

declaración, aunque tampoco podían desconocerla, razón por la cual estaban sentados en sus sillas, airados, respetaban las mesas de madera y utilizaban los ceniceros con religiosa devoción. Sabían a quién querían parecerse y que no se le parecían por más que se esforzaran. Podían vestirse con ropa confeccionada en Europa, comer tortas preparadas según recetas europeas, sonarse la nariz con pañuelos bordados en Europa y declamar rimas de poetas europeos. Y sin embargo jamás podrían hacerlo con esa displicencia, con esa nobleza natural de los que eran auténticos hijos del Viejo Mundo. De los no judíos. La levedad anhelada, intolerable, de los polacos, los alemanes o los austríacos era inimitable. Aun en Palestina, era imposible equivocarse. Si llegaba al café algún huésped foráneo, todos lo reconocían de inmediato. No bebía el café de un modo especial ni se limpiaba la nariz con pañuelo haciendo alarde de una gracia sin par, pero la levedad que sentía dentro del cuerpo flameaba sobre él como una bandera. Y sus hombros soportaban sólo su propio peso, sus propios recuerdos, y no dos-mil-años-de-diáspora-y-vaya-uno-a-saber-qué-se-viene. Los habitués del café observaban a ese foráneo cuyas preocupaciones eran las suyas y sus recuerdos los suyos y sus miedos los suyos, y pensaban qué agradable es ser sólo una persona. Entonces corrían la mirada hacia otros huéspedes sentados a otras mesas, que aun si estaban solos siempre había a su alrededor asesinados en pogromos y víctimas de la Santa Inquisición y exiliados por el gobierno, insurrectos a Roma y treinta y seis Justos, por qué no. Todo el pueblo judío se concentraba junto a las mesas del café, aun estando vacías.

La mesa del poeta era la más cargada de todas, por más que siempre estaba solo. Todavía no había desistido de su esperanza de que algún día, si tan sólo le pasara algo a Bialik, sería él quien se erigiera en Poeta Nacional, y por eso invertía todos sus días en hacerse merecedor de la función. Había escrito sobre los tres patriarcas y las cuatro matriarcas, sobre la salida de Egipto y sobre la profecía de los huesos secos. Y para no perder la relevancia del aquí y ahora, seguía escribiendo, describiendo cada pogromo, cada asesinato, cada crimen, loas y rimas para los indefensos. Concitaba a su mesa, en larga procesión, a judíos degollados, colgados y golpeados, los miraba a la cara sólo el tiempo suficiente para encontrar la figura literaria en la página. Y si sentía que la mano que sostenía la lapicera se fatigaba, que el fuego de la memoria se opacaba un tanto, recurría a los suplementos literarios que habían rechazado sus poemas, y enseguida le brotaban las lágrimas. En momentos como ese, cuando en su mente se fundían las vicisitudes del pueblo judío con la ofensa del rechazo como poeta, producía su mejor poesía.

Una persona que dedica su vida a los milagros de la poesía no

siempre encuentra tiempo para las nimiedades de la higiene. El cabello del poeta descansaba sobre su frente en mechones grasientos, caracoles sin carcaza que hacían su camino hacia el cráneo. Cuando Bella se le acercó, su cara se apoyaba en la hoja de papel de modo que durante algunos minutos observó sólo su cabello, una visión que no le hacía gran favor al poeta. Cuando elevó hacia ella una mirada torturada, Bella recordó una mirada idéntica en la cara de su amado poeta muerto y supo: está buscando una rima. Los ojos corriendo de un lado a otro, la boca lo suficientemente abierta para sostener el extremo de un lápiz mordido, el cuerpo tenso por la expectativa, como si a uno le picara horrores la espalda y estuviera a la espera de la mano que por fin dé con el punto indicado y rasque con fuerza. Bella le sonrió al poeta sumido en su búsqueda, y aquel dejó de buscar. A pesar de que estaba por encontrar el camino, casi daba con la rima adecuada para la palabra *patria* (las candidatas con más chance eran *vicaria* y *calandria*), pero rimas hay varias y una hermosa mujer junto a tu mesa es única. Ciertamente, muchas veces confluían en su mesa bellas mujeres: Rajel, llorando por sus hijos; Ester, redentora de su pueblo; Yael, con su pecho erguido y la cabeza de Sisrá en mano. Pero una mujer de verdad, de carne y hueso y ni una gota de tinta, una mujer así, hacía mucho tiempo no se detenía junto a su mesa.

"¿La señorita desea tomar asiento?". Su voz la defraudó. Cuando leía sus palabras en el recorte del periódico, las oía siempre fuertes y potentes como si las recitara algún actor shakespeariano, con la voz sonora y la mirada penetrante. Pero cuando habló, tenía un tono dubitativo y una voz algo gangosa como si se hubiera tragado un cachorro de gato y fuera él quien emitiera la voz desde su garganta. Aun así, se sentó. A pesar de su cabello acaracolado y su garganta gangosa, pertenecía al clan de los hacedores de milagros que convierten la sangre en una rosa, el agua en vino y el sol en una naranja.

"Leí una poesía suya".

Quizás debió sospechar cuando supo de inmediato de qué poesía se trataba, entender que sólo esa le habían publicado hasta el momento, pero Bella estaba cansada de sospechar. Dejó que el poeta declamara otras poesías de su cuaderno y que improvisara rimas describiendo sus facciones. Había pasado mucho tiempo desde que alguien adulara su rostro, ya casi había olvidado lo bien que le hace a la piel que le formulen rimas de amor. La sequedad de los labios desapareció como si los hubiera untado con aceite de oliva, y las bolsas negras debajo de los ojos se volvieron casi invisibles. Después de haber hablado tanto sobre su cara, era previsible que se la tomara entre sus manos y la besara. Olía a ensalada de hígado, pero Bella, aún agradecida por la sequedad que había desaparecido de sus labios, no lo rechazó.

Dejaron el café y pasearon por las calles de la ciudad. El poeta no había experimentado jamás una explosión de creatividad como la que lo acometió al pasear con Bella. Todo parecía invitar a ser loado: un papelito en la acera, un cerco vivo a la entrada de una casa, un anciano apoyado en su bastón. Y a pesar de que le urgía escribirlo todo (por primera vez le surgía poesía que no tenía que ver con las vicisitudes del pueblo judío), a pesar de que le quemaban los dedos buscando la lapicera, los hundió en los bolsillos y siguió andando por el mundo en vez de escribir sobre él.

Bella Markovich estaba acostada de espaldas en la cama del poeta, algo aburrida. Habían pasado largos minutos desde que lo mirara por última vez, mamando de su pezón casi con unción devota. Ahora él hundía la cabeza entre sus piernas y Bella sintió un leve rechazo al recordar el olor a ensalada de hígado picado del primer día. A pesar de todo, no se levantó. Para abandonar un lugar, uno necesita creer que se sentirá mejor en otro. Estando en la cama del poeta, a Bella no se le ocurría tal lugar. Durante tanto tiempo ansió el encuentro con el hombre tras las palabras, tanto tiempo creyó que si no fuera por Markovich todo sería como debe ser. He aquí que Markovich no estaba, y sí el poeta hebreo, y las lágrimas que se le agolpaban en la garganta se negaban a desaparecer.

Finalmente, el poeta terminó de hacer lo que tenía que hacer y se recostó a su lado. Dado que ya no toleraba el olor de su respiración, le pidió que le trajera algo para comer. Fue a la cocina y volvió con un plato con gajos de naranja. Bella miró la fruta con interés. Desde que subió al barco, no había probado una naranja, a pesar de que Jacob Markovich ponía naranjas noche a noche en el umbral de su puerta, porque recordaba que le había dicho que le gustaban. Bella Markovich arrojaba las naranjas de Jacob Markovich por la ventana, las arrojaba al campo, así como Perséfone arrojaba las granadas de Hades. Ella se había negado a recibir la primera naranja en Israel de manos de Jacob Markovich, jurando privarse del fruto hasta que el momento fuera acorde con su dulzura. Ahora, cuando era el poeta el que se lo ofrecía, no pudo contenerse. Cuando Bella extendió la mano para tomar el fruto, el poeta se acordó de un verso de su única poesía publicada y dijo con voz festiva:

“¡Y el sol, sonrojado cual naranja con su mejor color,
te henchirá el corazón de fuerza y de valor!”.

Bella sonrió y mordió la fruta. Inmediatamente empezó a llorar. En vano intentó el poeta sonsacarle cuál era el motivo del llanto; ella balbuceaba: “A mí no me gustan las naranjas”.

Cuanto más se extendía el viaje de Bella, más se acortaba el sueño

de Jacob Markovich. Últimamente se levantaba antes del amanecer. Tomaba una hogaza de pan y salía a alimentar a las palomas, pero hasta ellas dormían. De modo que esperó que alumbrara el sol y se dirigió al negocio del matarife. Abraham Mandelbaum lo recibió con un cálido apretón de manos, que Mandelbaum consideró amistoso y Markovich sintió que le quebraba los huesos. Un día después del parto de Rajel Mandelbaum, se inició dicho apretón. Al día siguiente, muy temprano, Markovich oyó fuertes golpes en su puerta y se apresuró a levantarse. Cuando todavía se preguntaba si serían los muchachos de Tel Aviv para pegarle, descubrió en la puerta a Abraham Mandelbaum con algo que alguna vez había sido una oveja.

Estuvieron parados uno frente al otro sin saber qué hacer, porque ambos recordaban la última vez que Abraham Mandelbaum había golpeado a la puerta de Jacob Markovich. Aquella vez no tenía una oveja en la mano, sino un cuchillo, y Markovich no le abrió porque huyó con Zeev Feinberg en el tren donde hablaron distendidos sobre el lunar en el seno izquierdo de Rajel Mandelbaum. Después de un momento, la alegría superó la turbación de Abraham Mandelbaum y le tendió la mano libre a Jacob Markovich. “Albricias para nosotros”, dijo Abraham Mandelbaum, y Jacob Markovich, cuya mano estaba aplastada por la del matarife, pensó en lo auspicioso que resultaba que el encuentro con Abraham Mandelbaum se produjera en época de paz.

“Traje un obsequio de agradecimiento”, dijo Abraham Mandelbaum, “lo comeremos juntos”. Jacob Markovich le agradeció de todo corazón y le propuso que comieran en casa de Mandelbaum junto a la joven madre y a la criatura, a la que quería ver. Abraham Mandelbaum bajó la vista y balbuceó algo referido a la debilidad de Rajel, y Jacob Markovich fue lo suficientemente generoso como para asentir con convicción. Jacob Markovich y Abraham Mandelbaum compartieron la carne de oveja que estaba suculenta y suave como terciopelo, y un silencio también aterciopelado, liso, denso y tierno. Jacob Markovich no se preguntó a cuántas personas había matado Abraham Mandelbaum, y Abraham Mandelbaum no inquirió, cuándo dejaría libre Jacob Markovich a la pobre desgraciada que había contraído matrimonio con él. Si pensaron en algo más allá de la carne de oveja, fue en el sonrojado bebé que ambos habían conocido el día anterior, con sus deditos extendidos, la pelusa de su cabecita, su llanto exigente, “Aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy”. Y dado que el bebé no habría estado ahí sin Abraham Mandelbaum ni Jacob Markovich, pues uno lo engendró con su simiente y el otro lo trajo a la vida con sus dos manos, su sola existencia era fiel testimonio de la existencia de ellos dos.

Cuando terminaron de comer, Abraham Mandelbaum se incorporó y se dispuso a volver a su casa. Habiendo dado algunos pasos, se

detuvo y se dio vuelta. “Quizás de todos modos me acompañes a casa. Rajel está cansada y por eso la visita será corta, pero debes ver al niño”. Satisfechos y sonrientes, fueron los dos hombres a la casa de Abraham Mandelbaum. Pero cuando llegaban al cerco de piedra que rodeaba la casa, ambos rostros se ensombrecieron. Desde los muros, los alcanzó el fuerte llanto de la criatura, un llanto desesperado e irremediable, un llanto absolutamente desahuciado de lograr cambiar algo y que sólo seguía la inercia del hábito. A los oídos que lo escuchaban no les cabía la menor duda: hacía mucho tiempo que el bebé lloraba en la casa, quizás incluso desde el momento en que Abraham Mandelbaum traspusiera el umbral, porque su fatiga y su tristeza eran insoportables. Jacob Markovich siguió a Abraham Mandelbaum por el patio hacia la puerta de entrada, directamente a la habitación donde Rajel Mandelbaum estaba sentada mirando con ojos vidriosos al bebé que se desgañitaba.

Rajel Mandelbaum no dio señales de ver que su esposo había vuelto a casa. Si bien no es fácil dejar de notar la presencia de alguien como Abraham Mandelbaum, tan corpulento que ocupaba media habitación, también es cierto que desde el momento que entraba a su casa perdía peso y tamaño hasta el punto de no quedar sino la sombra de un gigante. Abraham Mandelbaum miró a su mujer con ojos de ruego, un ruego de los que no están destinados a ser vistos por extraños. Jacob Markovich se sentía extraño en la mayor parte de los sitios en que le tocaba estar, incluida esa sala donde un hombre, una mujer y una criatura se debatían en su pena. Por eso dio un paso atrás dispuesto a irse, pero el llanto del bebé lo detuvo. Ayer mismo lo había ayudado a salir del útero materno, cómo dejarlo ahora en su dolor. Jacob Markovich cruzó la habitación y se detuvo frente a Rajel Mandelbaum, la cuna del bebé entre ambos.

“Tómalo en tus brazos”.

“No puedo”.

“Siendo así, lo tomo yo”.

Jacob Markovich se inclinó hacia la cuna y levantó al bebé. Rajel Mandelbaum cerró los ojos aliviada. Todo el día había estado sentada mirando al niño, jurando no quitarle los ojos de encima hasta sentir todo aquello que le habían dicho que habría de sentir cuando fuera madre. Ternura, compasión, una cercanía desconocida hasta entonces. Observó la carita hasta que le dolieron las pupilas, buscando ver una mujer en la cara de su bebé, una belleza etérea, una dulzura irresistible, una expresión que la enamorara incondicionalmente. Pero la cara que veía se asemejaba más que nada a la de un monito, y al pensar que hay monas que profesan amor maternal incluso a humanos abandonados, la embargó un fuerte sentimiento de culpa que la paralizó.

Cuando Jacob Markovich levantó al bebé, su llanto se volvió aún más fuerte. Abraham Mandelbaum se hacía sonar los dedos preocupado, pero Jacob Markovich sonreía satisfecho. Si lloraba más fuerte con el contacto humano, era señal de que no había perdido la esperanza de que hubieran manos que le dieran lo que necesitaba, ya que nadie exige nada de quien no cree ha de poder satisfacerlo. El bebé exigía consuelo, y Jacob Markovich quería dárselo. Al ver que no se calmaba dentro de la casa, le hizo señas a Abraham Mandelbaum de que lo siguiera y salió al patio. No bien salieron al patio, el niño se fue calmando, y cuando atravesaron el patio y salieron a la calle, el llanto se detuvo por completo.

Jacob Markovich y Abraham Mandelbaum caminaron uno junto al otro. Al hacerlo un rato antes, estaban unidos por un pacto de silencio. Ahora el pacto los cobijaba a los tres: Jacob Markovich, Abraham Mandelbaum y un bebé aplacado que pasó de brazos del primero a los del segundo. Jacob Markovich rio. “Lo sostienes como los rabinos sostienen el Rollo Sagrado en Simjat Torá”. Abraham Mandelbaum no respondió, sólo mejoró la posición del niño y aminoró la marcha, porque notó que Jacob Markovich se veía obligado a dar tres pasos por cada uno de los suyos. Anduvieron largo rato, sus pies los llevaron fuera de la colonia hacia los campos, y por último llegaron al algarrobo. Al verlo, la frente de Abraham Mandelbaum se llenó de arrugas, y sus ojos, de profunda pena.

“Dios sabe cuántas horas habrá estado aquí hasta que llegaste. Sola, completamente sola. No me sorprende que esté fuera de sí”. Jacob Markovich, experto en soledades, sabía perfectamente que no hay ninguna diferencia entre un algarrobo y una cama tendida. Uno puede estar solo en cualquier parte, incluso en medio de mucha gente. Sin embargo, no pronunció palabra. Si Abraham Mandelbaum había elegido depositar su angustia en el árbol, no lo detendría.

“Sostenlo un momento”. Jacob Markovich se encontró de nuevo sosteniendo al cachorro humano mientras Abraham Mandelbaum se acercaba al algarrobo. El matarife observó con detenimiento el suelo junto al tronco, en el lugar donde el pasto y las espinas se habían aplastado por el peso de su mujer dando a luz. Con su enorme manaza palpó la áspera corteza del árbol. “Sola”, repitió, “completamente sola”. Entonces empezó a pegarle al algarrobo con los puños crispados. Lo golpeó sin piedad. Las ramas del algarrobo temblaban, y así también Jacob Markovich. En el décimo embate cayeron todos los frutos del árbol, una lluvia de algarrobas cayó sobre la cabeza de Abraham Mandelbaum. El matarife siguió azotando al árbol hasta que sus puños enrojecieron ensangrentados, pegaba, pateaba y azotaba su cuerpo contra el tronco. Recién cuando el árbol cayó y su tronco se partió dejando al descubierto la desnudez de sus raíces, Abraham

Mandelbaum dejó de vengar la humillación de la soledad de su mujer. Limpió sus manos en los pantalones y se acercó a tomar a su hijo, pero lo pensó mejor y lo dejó en manos de Markovich. Volvieron por el mismo camino por el que habían llegado.

12

Dos años enteros estuvo Bella Markovich en casa del poeta. Algunos días después de su primer encuentro, se adaptó al olor a ensalada de hígado picado y ahora lo percibía sólo cuando se peleaban. Por las mañanas, cuando el poeta salía a trabajar, Bella empacaba toda su ropa y estaba lista para abandonar la casa. A veces abría la puerta y daba varios pasos en las escaleras, y otras llegaba hasta el final de la calle. Y a veces ni siquiera eso, sólo se detenía unos minutos junto a la puerta cerrada antes de volver a desarmar el bolso.

El poeta ni se enteraba de esas ceremonias matinales. Cuando volvía de su trabajo en la redacción del diario, tras pasarse el día formulando necrológicas y alguna que otra salutación festiva, encontraba a Bella bañada y fragante. La llevaba a un café y al cine, paseaba con ella por las avenidas sombreadas y hasta consentía en bailar con ella a pesar de que detestaba el baile, pero no le eran indiferentes las miradas de la gente al apreciar que un hombre como él bailaba con una mujer como ella. Sin embargo, un día se percató de la diferencia entre su alegría nocturna y su tristeza diurna. Fue una mañana de febrero, cuando los edificios se aprietan unos contra otros por el frío. El poeta había salido con una chaqueta liviana y el ardor de la noche de amor sobre su cuerpo, pero rápidamente se dio cuenta de que el ardor cedía y sus hombros temblaban. En la esquina se detuvo. Volvía a su casa para abrigarse con una chaqueta gruesa y otro abrazo de su amada, cuando la vio parada en la puerta, la mirada obnubilada, sus petates en mano. El poeta quedó paralizado ante la visión. El hombre quiso correr, arrodillarse frente a ella y rogarle que se quedara. El artista le dictó que se quedara observando, que grabara en su corazón sus rasgos el día que se fue, un rostro sin ninguna conciencia de ser observado, un rostro sobre el que podría escribir hasta el día de su muerte. Mientras el artista y el hombre se debatían, Bella giró sobre sí misma y volvió a entrar, el poeta se encaminó de nuevo hacia su lugar de trabajo, confundido, dolido y calado de frío hasta los huesos.

Desde aquel día, volvió a escribir poesía. Ya no se ocupaba del renacimiento de los judíos, ni cantaba loas a la producción agrícola ni

a los paisajes del país. Sus poesías: simples, íntimas, conmovedoras, versaban todas sobre la posibilidad de que cierta mujer de cierta casa se fuera. No era gran poesía ni mucho menos, pero tampoco era mala, y eso ya era una novedad. Antes era un poeta mediocre. Desde el día que vio a Bella parada en el umbral de su casa, pasó a ser un poeta aceptable. Entonces había en el país varios grandes poetas, aunque tampoco faltaban los malos. A los grandes se los veneraba, a los malos se les tenía lástima. Pero con el aceptable realmente se alegraban. Le publicaban las poesías en los periódicos aunque las editoriales le rechazaban los libros, lo invitaban a saludar en los congresos sin importancia y sabían que jamás deberían ponerle su nombre a una plaza, a lo sumo a un banco.

Bella no leyó las poesías del poeta. Desde el día que probó los gajos de naranja, había perdido la fe en las palabras. En el pasado amaba a los poetas porque creía que tenían el poder de crearse el mundo que desearan. Hoy sabía que esos mundos no eran sino pompas de jabón, como las burbujas que bullían en el agua cuando ella refregaba la ropa del poeta. Fantásticas burbujas de colores donde el cuerpo querría hamacarse, pero que enseguida revientan salpicando agua y todo lo que queda son calcetines sucios y remeras percudidas.

Las mujeres empezaron a buscar la cercanía del poeta. Bellas mujeres. Sus poesías de antes las dejaban indiferentes, las sionistas y las de redención de la tierra, pero ahora su poesía lírica les llenaba los ojos de lágrimas. Las poesías conmovían sus fibras más sensibles, despertando el deseo de que también ellas se convirtieran algún día en objeto de amor poético. Bella lo percibía cuando al atardecer caminaba de la mano con el poeta. Él ya no acechaba su sonrisa sino desparramaba las propias, no dependía de su mirada sino que encontraba las que lo buscaban a su alrededor, e iban de la pelirroja a la morena, de la morena a la de busto imponente. Cuando volvieron a la casa del poeta, Bella se sintió descompuesta y la náusea le duró hasta la mañana siguiente. Ese día no se alistó para partir. Se demoró junto al inodoro entre un vómito y el siguiente. Vomitó la torta que habían comido la noche anterior en el café y las miradas de las mujeres que la miraban comer. Vomitó al poeta hebreo que ahora prefería escribir su partida en vez de estar con ella. Vomitó todos los gajos de naranja que había comido en Europa sin saborearlos porque su lengua sólo registraba el sabor de la tierra de la que provenían las naranjas. Y vomitó a la misma tierra, bocados que no habían sido digeridos debidamente, siroco, arena, miseria y esperanzas sin chance.

Una vez que terminó de vomitar, se acostó en la cama y se sintió liviana como un pájaro. Hasta el ardor en el esófago le resultó agradable. Ahora se sabía libre, podría hacer lo que quisiera. Que se pudra Jacob Markovich en su casa de la colonia, ella se quedaría en

Tel Aviv. Ese mismo día, abandonaría al poeta traicionero y se buscaría un amor de verdad. Un hombre simple y bueno, alejado de la poesía, con los pies bien en la tierra. Un médico. O quizás un empleado. Un hombre progresista que le restara toda importancia al matrimonio. Decidió también inscribirse en el Seminario para Maestras, educar niños en Israel, no someterse a la humillación y a la traición que aparentemente estaban arraigadas en los hombres de esa tierra. La llamarían "maestra" con voz tímida y admirativa, y ella les enseñaría todo lo que tuvieran que saber. Matemáticas. Historia. Geografía. Las alturas del Himalaya y el devenir de los judíos en el reino de España. La cantidad de ángulos de un triángulo y la composición de una flor. Poesía no. Aunque se lo pidieran. El engaño de las palabras es muy peligroso para los jóvenes. Ellos la respetarían y ella no les levantaría la mano. Cuando caminara por la calle con un médico, o con un empleado, se acercarían sus madres a estrecharle la mano y expresarle su agradecimiento.

Liviana como un pájaro, salvo el leve ardor en el esófago, se mantuvo Bella acostada de espaldas tejiendo sus planes sin saber que también a la mañana siguiente se encontraría inclinada sobre el inodoro, y también la subsiguiente. Casi dos semanas de náuseas y vómitos le llevó darse cuenta de que esa no era la manera de limpiar su alma del pasado, sino el modo del cuerpo de vaticinar el futuro.

Bella no le contó nada al poeta acerca de su embarazo. Una mañana lio sus bártulos y se fue de la casa sin detenerse en el umbral ni en la esquina. Recién a cuatro cuadras de distancia de la casa del poeta, se detuvo, porque no sabía adónde ir. No quería quedarse en Tel Aviv. Había demasiados poetas en las calles de Tel Aviv. Jerusalén se le antojaba demasiado santa. Haifa le gustaba, pero tampoco allí se vería su hijo libre de la mancha de desconocer a su padre. Quizás se atrevería a pedir refugio en algún kibutz. Había oído decir que allí no se llevaban mucho por la religión ni por el matrimonio, compartían el amor como compartían la comida. Pero ¿quién querría adoptar a una muchacha embarazada que no distingue entre el arroz y el trigo? Un largo rato estuvo parada allí. La gente cruzaba la calle de un lado a otro, y los pensamientos de Bella también. De Tel Aviv a Haifa. De Haifa a Jerusalén. De Jerusalén al kibutz. Y dado que ninguno la convencía del todo, seguía buscando otros horizontes. Petaj Tikva, Tiberíades, Rishon Letzion. Los pensamientos de Bella iban de aquí para allá. Para allá no. Pero cuanto más pretendía alejarse de la colonia, más volvía a pensar en ella. Pensó en el manantial al que la había llevado Sonia con la higuera guardando la entrada, detrás de la que nadaron desnudas y se peinaron el cabello una a la otra. Pensó en la terraza de la casa de Rajel Mandelbaum, donde ahora seguramente jugaba su niño y allí podría jugar también el suyo. Por fin, pensó en

Jacob Markovich, ese hombre bajo y malvado, con buenos ingresos y amplia vivienda.

Una noche fría de marzo, volvió Bella a casa de Jacob Markovich. Volvió tal como se había ido, sin pronunciar palabra. Cuando entró a la casa, Jacob Markovich estaba trabajando en el campo. Cada tanto levantaba la cabeza del azadón con la esperanza de ver su esbelta figura en el camino. Dos años enteros levantando la cabeza por sobre el azadón, movimiento que le ocasionó un dolor constante en el cuello y lo volvió más encorvado de lo que era. Sin embargo, no dejó de levantar la cabeza por sobre el azadón y entonces vio la figura de una mujer caminando en lontananza. Su corazón empezó a agitarse como las alas de un pájaro, pero su cabeza lo llamó al orden severamente. Los primeros meses después de la partida de Bella corría desde el campo cada vez que veía una mujer en el camino. Baja o alta, flaca o gorda. Bien sabía que ninguna de ellas era Bella, pero sus piernas lo llevaban, corrían, recorrían rápidamente la distancia, se detenían avergonzadas frente a la caminante, que cara a cara no se parecía en nada a Bella Markovich. Cada tanto, cuando el aburrimiento era mayor que la compasión, alguno de los muchachos de la colonia se envolvía en un trapo y salía a ondear las caderas en el camino. Jacob Markovich levantaba la cabeza por sobre el azadón y veía desde lejos una imagen robusta que caminaba como una mujer y vestía pollera, y a pesar de que sabía que algo desentonaba -incluso oía las risas de los muchachos escondidos entre las plantas-, iba hacia la silueta con mirada expectante.

“Estás haciendo el ridículo”, le dijo Zeev Feinberg en una oportunidad cuando lo vio volver al campo seguido por silbidos burlones, “ella no volverá”. Jacob Markovich contestó: “Veremos”, pero dejó de correr cada vez que veía una silueta femenina. Ahora sólo levantaba la vista para ver desde lejos. Si se parecía a Bella, salía corriendo, y si no, se quedaba en el lugar. Y dado que eran pocas las mujeres con la silueta de Bella, incluida la Bella de sus recuerdos, Jacob Markovich ya casi no abandonaba el campo. El día que Bella volvió, la vio en el sendero. Su corazón, como siempre, quiso pegar el salto, pero sus piernas se quedaron en el lugar. El andar de la mujer era pesado, y sus pasos, muy lentos. Sus muslos se habían rellenado, y sus hombros, algo caídos. Bella tenía un andar elegante y pasos ágiles, sus muslos eran delgados y sus hombros lucían erguidos. Jacob Markovich siguió trabajando en el campo.

Cuando volvió a su casa, la encontró adentro. Más rellena, más doblada, y aun así, la mujer más bella que vio en su vida. Su belleza lo impresionó como el primer día, cuando se dio vuelta desde su lugar junto a la ventana en el departamento europeo. Nuevamente quedó petrificado, nuevamente sintió como si alguien hubiera recolectado

trozos de sus sueños y los hubiera compuesto en un todo perfecto, que ahí estaba frente a él. Labios carnosos de higo maduro, nariz pequeña y enérgica, cejas arqueadas como ventanales de mezquita. Y esos ojos, que si bien ahora lo miraban con desprecio, sin embargo lo llenaban de vitalidad.

"Has vuelto".

Las cejas arqueadas de Bella se elevaron un tanto como para declarar que el hecho de haber regresado no era novedad para ella y no era necesario anunciarlo. Jacob Markovich seguía parado en el umbral de la puerta de entrada, y Bella, sentada en el sofá, bordando. Muy a su pesar, Markovich se sintió un extraño en su casa, como si fuera un huésped al que nadie invitó, que venía a quebrar la calma de los dueños de casa. Por eso dio otro paso y volvió a hablar, con una voz que esperaba sonar con autoridad: "Has atravesado un largo camino. Te prepararé algo de comer". Bella Markovich no respondió, y Jacob Markovich pasó rápidamente a la cocina. Calentó té y cortó pan y, tras dudarlo un poco, agregó una naranja pelada. Por un momento, estando en la cocina, con el vaso de té en una mano, el plato con pan, queso y naranja en la otra, por un instante, creyó que todo se resolvería para bien.

Cuando volvió a la sala, comprobó que estaba vacía. Bella Markovich había tomado su bordado y se había ido. Primero se aterró pensando que había vuelto a marcharse, pero enseguida vio sus cosas en el dormitorio y una esquela: "Desde ahora vuelves a dormir en el sofá. Puedes llevarte el camisón".

Jacob Markovich no tuvo que esperar mucho tiempo para enterarse adónde había ido Bella. El grito de sorpresa de Zeev Feinberg se oyó perfectamente en todo el poblado: "¡Has vuelto!". No había sólo alegría en ese grito, sino también el interrogante que nadie se había atrevido a hacer, ni Feinberg ni Markovich; uno, solo en la sala de su casa, y el otro, en el umbral de la suya, abrazando a Bella y diciendo: "Sonia, mira quién vino". Sonia echó una mirada y de inmediato supo el porqué de su regreso. No por el cuerpo, que todavía guardaba el secreto; la mirada se lo reveló. Los ojos de Bella, que eran iguales a los de Sonia salvo por la distancia entre ambos, que era la que se considera ideal, tenían ahora algo más. No era ternura ni dulzura ni nada de lo que la gente quiere hallar en los ojos de las mujeres embarazadas. Al contrario: la mirada de Bella tenía ahora algo duro y decidido, la conciencia de que alguien más dependía de su existencia. Esa conciencia había madurado cuando recorría el camino hacia la colonia, y una vez allí, ya era parte de ella. Había una persona que dependía de ella para existir, una persona que nadie conocía más que ella, una criatura. La palabra le sonaba tan agradable, que la repetía una y otra vez, degustándola todo el viaje

hacia la colonia sin hartarse, con la esperanza de que bastara con la dulzura de la palabra para perdonar el sabor de todo lo demás. Sonia abrazó a Bella con dos manos fuertes y le susurró: “Albricias”. En un primer momento, Bella se asustó creyendo que su secreto no era todo lo secreto que ella suponía, pero enseguida se tranquilizó al recordar que los ojos de Sonia no eran como los de los demás.

Esa noche Bella quedó en casa de Sonia y de Zeev Feinberg hasta muy tarde. La alegría del reencuentro con sus amigos se mezclaba con el temor al momento en que debía volver a casa de Markovich. Por eso seguía sentada en el sofá, escuchando de buena gana los relatos de Feinberg (un cocodrilo en el río Alexander que casi se traga a un niño de tres años de no haber sido porque él lo redujo a manos limpias), sonriendo al oír las correcciones de Sonia (no a manos limpias, sino con un rifle; no un niño de tres, sino un muchacho de treinta, y no un cocodrilo, sino una hiena). Finalmente supo que no podría demorar más y se despidió de ellos. Cuanto más se acercaba a la casa, más indecisos se volvían sus pasos. Cuando abrió la puerta le dieron náuseas, y fue rápidamente al baño. Esperó veinte minutos junto al inodoro. Si se levantó, no fue porque se le había pasado el malestar, sino porque decidió actuar a pesar de él.

Jacob Markovich dormía en el sofá. Haber sido exilado de su cama no le había molestado. Desde que Bella se había ido, la cama se había convertido en una celda de tortura y no en un refugio para el descanso. Pasaba las noches con los ojos abiertos, expectante, por si oía el ruido de los pies de Bella entrando a la casa. Finalmente, prefirió el aire frío de las noches al calor de las sábanas, y pernoctaba custodiando la colonia. La noche que Bella volvió fue la primera en dos años que dormía plácidamente. Bella se acercó al sofá. No lo miró cuando se quitó la blusa ni cuando se quitó la pollera. Se quitó rápidamente el corpiño y las bombachas como quien decide meterse al agua helada y sabe que si titubea retrocederá. Bella Markovich respiró hondo y se metió debajo de las sábanas de su marido.

Jacob Markovich no despertó de inmediato. Había dormido solo toda su vida y su cuerpo se apresuró a deshacerse del contacto de la piel tersa como una ilusión onírica más. Pero dado que al cabo de algunos segundos el contacto persistía, y se le sumó el aliento de la mujer, Jacob Markovich abrió los ojos. Bella Markovich estaba acostada a su lado, los ojos cerrados, el cuerpo expuesto. Jacob Markovich no se atrevió a moverse. El milagro era tan grande que estaba convencido de que, al más mínimo paso en falso, todo se desvanecería. Ni siquiera se atrevía a mirarla, sólo seguía acostado con los ojos cerrados aspirando su aroma, a rocío y a miel. Después de unos instantes, volvió a abrir los ojos. Ella seguía allí. Desnuda. Majestuosa. Abandonada a sus miradas. Hasta desnuda era soberbia.

Una estatua de mármol perfecta que las masas acuden a ver, extienden una mano insolente para acariciar cuando el guardia no los mira, pero su belleza queda incólume, indiferente a la cantidad que la ve. Él no atinaba a decidir qué mirar primero: los hombros de marfil que acechaba desde que ella andaba por la casa, cuando se agachaba a levantar algo, ahora descansaban a su lado. Luego, los pechos perfectos, dos granadas redondas con la corona de sus pezones mirando al cielo. Su vientre redondeado, meloso, y su ombligo moneda de oro. Y más abajo. Más abajo. Jacob Markovich miró el triángulo de Bella Markovich y se mareó. Volvió a cerrar los ojos. Cuando los abrió, salteó rápidamente la entrepierna de Bella Markovich (¿cuánta felicidad puede tolerar una persona?) y miró sus muslos. Últimamente, esa parte de su cuerpo la había entristecido sobremanera al descubrir que se había cubierto de venitas azules y principio de celulitis. Pero en la oscuridad de la noche Jacob Markovich no se percató de esos defectos, y es probable tampoco lo hubiera hecho a la luz del día. No por problemas de vista. La vista de Jacob Markovich no era peor que la de la mayoría de las personas en cuanto a cumplir la función de mostrar a su dueño lo que quiere ver y ocultarle lo demás. Y los pies de Bella eran del tipo de estímulo que pretende alegrar a su portador: pequeños, redondeados, una obra de arte de planificación y ejecución.

Una vez que hubo completado el recorrido de su cuerpo de la cabeza a los pies, se dispuso a observarlo de pies a cabeza. Observar su rostro le deparaba un placer muy especial. A pesar de haberlo visto tantas veces, con los ojos del cuerpo y con los de la imaginación, parecía diferente al conectarlo con el cuerpo desnudo. El rostro aparecía como emergente del cuerpo, así como el cuerpo era la promesa que se desprendía del rostro. El color de los labios se plasmaba en el rubor de los pezones. La curva del mentón se repetía en las de las plantas de los pies. El arco de las cejas insinuaba el del triángulo del bajo vientre.

Tras los párpados cerrados, Bella aguardaba el contacto de las manos de Jacob Markovich, tensa como quien espera la extracción de una muela. Se tragaba las lágrimas antes de que llegaran a brotar de sus ojos y descubrieran su secreto. Tanta sal. Que no perjudicara al bebé. En el momento en que pensó en el bebé, volvieron a presentársele las imágenes: una criatura llorando de hambre, y ella imposibilitada de alimentarlo. Un escolar al que no puede comprarle los libros. Un jovencito al que de todas partes se lo define como "de padre desconocido, guacho, entenado". Si fuera capaz, seduciría a Markovich con sus propias manos, pero no podía, durante largos minutos no pudo e hizo lo único que logró hacer: "Me acostaré contigo, si quieres".

Pasó una fracción de segundo hasta que Jacob Markovich comprendió el significado de las palabras. La disonancia entre el tono de su voz y las palabras pronunciadas lo había confundido. Tratando de salvar esa distancia, se dijo que estaba turbada, avergonzada de su conducta anterior. Los muchachos que venían a golpearlo, las miradas burlonas de los colonos, la venganza de la casa que había construido con sus propias manos, todo eso seguramente carcomía su conciencia y rigidizaba el tono de su voz. Ahora seguramente comprendía cuánto la amaba Jacob Markovich, y que aun en el caso de que su sentimiento hacia él no estuviera dispuesto, quizás se fuera creando con abnegación, y por eso estaba acostada a su lado esperando su perdón. Jacob Markovich, una persona inteligente, casi logra convencerse de que así eran las cosas, hasta que tocó con mano temblorosa el hombro de su mujer.

El rechazo de Bella Markovich no daba lugar a equívocos. El cuerpo era más asertivo que su dueña. Los labios de higo se retrajeron, los párpados se apretaron, el arco de las cejas se aplastó por completo. Jacob Markovich retiró la mano y se sentó. Un largo rato pensó con los ojos cerrados. Rememoró los meses que Bella había estado lejos, pensó que seguramente había dejado algún hombre tras de sí al volver, pensó en su modo derrotado de caminar por el sendero de la colonia, en su cuerpo algo más relleno. Cuando volvió a abrir los ojos, vio a Bella mirándolo, su cuerpo cubierto con la sábana.

“No tienes nada que temer”, le dijo. “La criatura por la que volviste… yo me ocuparé de ella. Ahora sal de esta cama y no vuelvas hasta que lo quieras realmente”.

Desde ese día, se restableció la calidez normal en la casa. Hasta la buganvilla volvió a la normalidad, para alegría de Jacob Markovich, que ya planeaba arrancarla. La sala seguía lúgubre, porque la alegría del mobiliario no existe en una casa sin amor, pero por lo menos dejó de congelar a sus residentes. Jacob Markovich no se hacía ilusiones en cuanto a que los acontecimientos sucedían para él. En el vientre de su mujer había prendido una criatura, y la casa cesó de combatir a Markovich para facilitar el crecimiento del niño. No sólo la casa se dispuso a contribuir a mejorar las condiciones para el embarazo de Bella, también Jacob Markovich quería cuidarla y facilitarle la vida cotidiana. Al niño en su vientre lo consideraba el empeño de un bien muy preciado, una garantía de que se quedaría. Estaba dispuesto a mantener al niño toda la vida si eso le aseguraba que su madre se quedaría con él.

13

Jacob Markovich y Abraham Mandelbaum jamás volvieron a mencionar la noche en que el matarife segó con sus propias manos la vida del algarrobo. Desde el regreso de Bella, Markovich iba diariamente a la carnicería y elegía una pequeña ración para su mujer embarazada. El matarife se lo dejaba a mitad de precio y le estrechaba la mano de modo que le dejaba insensible la mitad de los dedos. Cuando Markovich salía de la carnicería, los colonos se detenían a mirarlo sin comprender. Ahora sentía sus miradas acompañándolo donde fuera. Los mismos ojos que en el pasado no le dedicaban a Jacob Markovich más que una ojeada superficial, ahora lo observaban con detenimiento, seguían con la mirada sus pasos hasta que llegaba a su casa, hasta que cerraba la puerta y entraba a cerciorarse del buen estado de Bella. Aun entonces, después de haber cerrado la puerta, las miradas seguían ahí, intentando penetrar la puerta cerrada, queriendo traspasar las capas de madera pintada de blanco y aclarar de una vez por todas por qué había vuelto la mujer de Jacob Markovich.

Los rumores no empezaron de inmediato. Ese año había otras cosas que preocupaban a la gente. El avance de las fuerzas aliadas, el nivel armamentista de los alemanes, su nombre sea borrado de la faz de la tierra, los planes de la hostilidad árabe. Asuntos realmente importantes. Pero aquí, en la vida cotidiana, el vientre de una hermosa mujer crecía, y al cabo de un mes y medio nadie que caminara por la colonia podía desconocer el dato. Así fue que los grandes problemas dieron paso a las nimiedades y, por último, a las especulaciones malintencionadas, de las que sólo promueven conflictos y sin embargo son casi irresistibles.

"El chico no es de él".

"¿Cómo lo sabes?".

"¿Ya olvidaste cuando desaparecía por las noches?".

"Pero desde que volvió no desapareció más".

"A lo mejor ya venía con la sorpresa".

Al principio, los rumores eran murmullos, susurros, cuando se apagaban las luces y las parejas trataban de agradarse mutuamente con la complicidad de algún chisme. Del dormitorio pasaron a la

mesa, para condimentar la sopa. Y de la mesa de la comida se fueron deslizando afuera, a las plantaciones y a los campos, para divertir oídos fatigados. Finalmente los rumores tomaron un tinte financiero cuando Mijael Nudelman prometió veinte liras a quien confirmara los detalles con Jacob Markovich. Entonces Mijael Nudelman era un jovencito y Jacob Markovich ya era un hombre, pero Mijael Nudelman compensaba la diferencia de edad con veinte centímetros más de altura y de ancho. El hermano menor de Mijael, Jaim, aceptó el reto. Esperó a Markovich a la salida de la carnicería, las manos en los bolsillos, con cara de afectada ingenuidad.

“Hola, Markovich…”. Jacob Markovich respondió el saludo con la cabeza sin detenerse. Recordaba bien a Mijael y a Jaim Nudelman de aquellas tardes cuando le gastaban bromas imitando el andar femenino en el camino para que corriera hacia allí desde el campo, anhelante e ilusionado.

“¿Llevas carne para la señora?”, le preguntó caminando a su lado. Los granos del acné juvenil brillaban en su cara como grupúsculos de estrellas. “La carne es buena para el bebé. Sobre todo si nace anémico. ¿Tú eres anémico, Markovich? No, claro que no, estoy viendo cómo enrojece tu cara. ¿Pero quizás la señora sea anémica? Aunque no parece, con ese rubor en las mejillas. Entonces quizás algún otro sea anémico, ah, Markovich, quizás el padre”. En ese punto se detuvo el monólogo de Jaim Nudelman por el sorpresivo puñetazo que le propinó Jacob Markovich. El puño debía llegarle por sorpresa, de lo contrario no había chance alguna de que alguien con la altura y el tamaño de Jacob Markovich lograra bajar de un golpe a alguien como Jaim Nudelman. Luego se arrodilló junto a él agitando el trozo de carne: “Si vuelves a poner en duda, tú o cualquier otro, la identidad del padre de la criatura, yo me ocuparé de que tu cara se vea como este bife antes de cocinarlo”.

Esa noche fue la primera vez que Jacob Markovich participó en una gresca. Ya lo habían golpeado antes, obviamente, pero esta vez devolvió el golpe como un hombre, asestó golpes certeros a Jaim y a Mijael hasta oír el maravilloso sonido de una costilla partida al tomar contacto con su puño cerrado. Obviamente ellos lo derrotaron, pero cuando los hermanos lo dejaron en el camino apaleado y machucado, no pudieron dejar de ver la sonrisa en su rostro. Al llegar tambaleante a su casa, Bella salió a recibirlo. “Degenerados…”, dijo Bella, y el corazón de Jacob Markovich aleteó de felicidad porque jamás le había visto una expresión de tanto asco que no estuviera dirigida a él. Al día siguiente, volvió más temprano del campo. La encontró bordando en la sala, envuelta en una bata. “Vístete, saldremos a pasear”. Bella levantó la vista del bordado: “Las cosas han cambiado mucho entre nosotros, Markovich. Con todo, el único paseo al que estoy dispuesta a

salir contigo es al Rabinato".

"Como quieras. Pero los rumores sobre el padre desconocido del niño no cesarán a menos que demuestres que has regresado por mí, buscando mi compañía". Bella Markovich lo pensó unos instantes y se incorporó con un suspiro. "Paseemos entonces".

Desde ese día, Jacob y Bella Markovich salían diariamente a su paseo vespertino por los senderos de la colonia. Bella caminaba junto a Jacob Markovich, pero nunca se tomó de su mano, y de hecho trataba de mirarlo lo menos posible, salvo cuando pasaban frente a otros. Jacob Markovich hablaba poco y Bella le estaba agradecida por ello. A veces se encontraban con Sonia y Zeev Feinberg. Los reconocían desde lejos porque Sonia y Zeev venían casi fundidos en uno que andaba con cuatro piernas y reía a dos voces. Jacob Markovich se concentraba en la forma de caminar de sus amigos y en sus voces, y ni prestaba atención a sus miradas, de lo contrario habría notado un velo de tristeza que corroía el azul de los ojos de Feinberg. Hacía ya un año entero que no se cuidaba con Sonia y la amaba con toda intención, una intención que no se detenía en el placer carnal e iba más allá en el futuro. Pero el vientre de Sonia seguía dolorosamente plano y terso, y en vano buscaba en él esa hermosa curva promisora de vida. Las últimas semanas no podía tocar a su mujer sin que le surgieran palabras como óvulo, espermatozoide y útero, palabras que corresponden a libros de biología y no a la mente de un hombre que lame la vagina amada.

Zeev Feinberg no se animaba a formular sus temores, y dado que no los hablaban, los temores iban creciendo fieles a su naturaleza. El primero en verse afectado por la situación fue el bigote, el sismógrafo que toma nota de cada cambio en el alma de su dueño. Cada vez que Feinberg advertía las toallitas higiénicas de Sonia en uso, se opacaba un tanto el arco del rulo del bigote y la fuerza de gravedad pesaba sobre su pelo. Empezó a enojarse por pequeñeces. Una ventana que quedó abierta, una comida que se pasó de punto. Y Sonia, que en otros tiempos le hubiera tirado del bigote por comentarios como ese, había notado el cambio en el bigote y decidió contenerse. Zeev Feinberg entendió que su mujer estaba dispuesta a soportar lo que antes no hubiera soportado, y eso le pesaba aún más. No por maldad, seguramente no por crueldad. La mayoría de la gente, si tuviera una silla disponible, preferiría depositar ahí el propio peso y no cargarlo sobre sus piernas.

Cuanto más se acercaba el momento del parto, mayor era la armonía reinante entre Jacob y Bella Markovich. Si bien Bella evitaba la compañía de Jacob Markovich fuera del horario de paseo y seguía cerrando con llave la puerta de su habitación noche a noche, ya no dormía con un cuchillo clavado en su corazón. Mientras el sueño de

Bella mejoraba, el de Jacob Markovich volvió a perturbarse. Desde que Bella había vuelto, él daba vueltas y vueltas en la cama atormentado por los celos y por la incógnita. Ahora estaba acostado en el sofá y su cuerpo carcomido por el deseo. Se había negado a la propuesta de Bella a su regreso porque no concebía acostarse con ella contra su voluntad. Ella era su esposa, no una prostituta de la ciudad, y por eso se acostaría con ella cuando ella lo deseara, sin otros considerandos de por medio. Pero el contacto con su cuerpo desnudo se había grabado a fuego en el suyo, y su mente volvía una y otra vez al triángulo dorado. Durante el día combatía esos pensamientos, pero desde que se acostaba no podía sino entregarse a ellos. Desde el regreso de Bella, Jacob Markovich pasaba las noches desvelado y con erección constante. Prontamente su miembro no se conformó con las horas de descanso y empezó a traicionarlo en pleno día. Bastaba que Jacob Markovich viera algún fruto rojizo -una ciruela, frutilla o manzana-, y ya se le hinchaba el pantalón y se ruborizaba. Todo fruto le recordaba los pezones de Bella; cada tallo de trigo entonaba una oda a su triángulo dorado. Cuando el matarife cortaba la carne para él, Jacob Markovich tragaba saliva con tanta fruición, que Abraham Mandelbaum lo miraba preocupado. Cuando Feinberg se topó con Jacob Markovich, su mirada fue atraída de inmediato a los pantalones de su amigo, ya que a pesar de que las facciones de su rostro no mostraban alteración alguna, su erección constante no pasaba desapercibida.

"¿Por qué no viajas a Haifa? Si uno bebe lo suficiente y desea lo suficiente, logra creer que una mujer es realmente otra". Jacob Markovich adoptó el consejo de su amigo. Una vez cada tantas semanas viajaba a Haifa a descargar su deseo, pero cuando volvía, no bien ponía un pie en su casa, su miembro se erguía expectante y dichoso.

En cambio, el miembro de Zeev Feinberg iba cediendo. Si en el pasado su bigote se rizaba al ver cualquier curva de un seno o un suculento trasero, ahora los veía y se mantenía indiferente. Sólo al ver una mujer embarazada se le encendían los ojos y recorría la curva de su vientre con mirada anhelante. Si en el pasado se enorgullecía de no haber complicado jamás a ninguna muchacha, se había acostado con todas sin desgraciar a ninguna, de pronto se ponía a pensar que quizás no había sido su prudencia la que lo había defendido contra la paternidad no deseada, sino otra cosa. Sólo pensarlo le resultaba tan amenazador, que le sacaba una maldad que no sabía que tenía adentro, dirigida totalmente a Sonia. La acosaba de palabra en toda ocasión y prefería pasar las noches de guardia y no en su cama. Cuando ella hablaba, su mirada no se fijaba en ella, y cuando reía, le dirigía tal mirada que su voz se aplacaba como pájaro herido caído a

la tierra. Bella veía el dolor de Sonia y hervía de furia. Por último, salió en busca de Feinberg cuando trabajaba en el campo. “Tomaste por esposa a una leona y la estás convirtiendo en una gallina desplumada. ¿A qué se debe?”.

Zeev Feinberg la miró atónito. La Bella sollozante que había conocido había desaparecido, y en su lugar tenía delante de sí a una mujer rubicunda de vientre voluminoso, los ojos echando chispas y sus manos crispadas. “Hay cosas, Bella, que quedan entre el hombre y la mujer”.

“No en esta colonia, Feinberg. Quizás cada uno trabaje su parcela solo, pero todo lo demás lo hacen juntos. Quién como yo para saberlo”. Zeev Feinberg puso su mano sobre el puño cerrado de Bella. “Vete a tu casa, Bella, todo este esfuerzo tuyo puede ser malo para el bebé”. Pronunció la última palabra con tal tristeza, que a Bella le dio escalofrío.

La erección constante de Jacob Markovich llegó a oídos del vicepresidente de la Organización. “Muy inoportuno”, tronó la voz del admirado comandante. “El país en pie de guerra y nuestro contrabandista de armas en el norte, el hombre elegido puntillosamente nada menos que por pasar inadvertido ¡¿se anda paseando por las calles con un mástil en sus pantalones?!”. Mijael Katz le dijo que hacía ya tiempo había pedido alejar definitivamente a Jacob Markovich de las filas de la Organización a causa del escándalo del matrimonio insoluble. Pero el vicepresidente decidió que lo del matrimonio por un lado y las armas por el otro. “Deshacerse de Jacob Markovich estaría bien en épocas de paz, no cuando está por estallar la guerra. Ocúpate de ese problema ahora y encárgale el próximo objetivo”. Mijael Katz salió de la Comandancia maldiciendo y mascullando. Sabía hablar cuatro idiomas y aparentar que hablaba ocho. Sabía desarmar un revólver con los ojos cerrados y armarlo de nuevo con una mano atada atrás. Pero definitivamente no sabía, ni quería saber, cómo se trata un problema como el de Markovich.

Finalmente compró un carretel de hilo y se fue a la colonia. Cuando Jacob Markovich abrió la puerta, de inmediato pudo constatar las dimensiones del problema. Jacob Markovich ya no pasaba inadvertido. Ni siquiera parado detrás de un mostrador, porque en su cara brillaba el fuerte rubor de quien se sabe pecador.

“No me importa nada, Markovich”, dijo Mijael Katz señalando con disgusto los pantalones del agricultor. “Hay un envío que trasladar a Metula, y tú eres el encargado de hacerlo. De modo que aquí tienes”, dijo, y le tiró el carretel de hilo, “átate lo que tengas que atar. Esta noche sales en misión”.

“Mi mujer está por dar a luz”, dijo Markovich, “de aquí no me muevo”.

“Esperemos que el chico sepa rimar como el padre”, respondió Mijael Katz, y le contó a Jacob Markovich acerca del poeta de Tel Aviv con quien su esposa había compartido el lecho un año entero. “Hacían una linda pareja, ella con sus piernas largas y él con sus largas frases”. Jacob Markovich tuvo ganas de azotarle la puerta en la cara, pero quedó paralizado. De la lengua de Mijael Katz saltaban bestias salvajes en manadas, y todas penetraron a la casa. Katz contó acerca de los cafés donde Bella le tomaba la mano al poeta y los paseos vespertinos que hacían por la avenida arbolada. Describió la gracia de sus movimientos cuando bailaba y la sonrisa de quienes tenían el placer de oírla reír. Lentamente la casa de Jacob Markovich se llenó con el pasado de Bella hasta que no le quedó lugar para sí. Cuando Bella volvió de visitar a Sonia, encontró la casa vacía y a Mijael Katz en la puerta, con un hilo atado a su dedo.

“¿Dónde está Markovich?”.

“Salió a una misión urgente”.

“¿Adónde?”.

“Me temo, señora, que no puedo satisfacer su curiosidad”.

Muchos kilos había aumentado Bella Markovich desde que Mijael Katz la viera por última vez. Se veía despeinada y con la frente transpirada, y sin embargo no pudo evitar temblar cuando ella lo miró fríamente y volvió a preguntar: “Adónde”.

“Al norte. Una semana por lo menos”.

Mijael Katz observó el enigmático rostro de Bella Markovich y lo encontró asombrosamente bello. “La misma nobleza de siempre”, pensó. “Aunque ahora no reconocerá la alegría que le provoca el hecho de que la liberé por una semana de ese gusano”. Una mirada más al rostro de Bella Markovich, y Mijael Katz ya estaría revelando que se trataba de una misión muy riesgosa; de hecho, no se podía saber si Jacob Markovich volvería de ella o no, y era una suerte que Bella hubiera vuelto ahí, a la casa, que seguramente tenía cierto valor, y que no se hubiera quedado en Tel Aviv, carente de todo…

“Qué pena no haberte invitado a entrar a la casa”. Mijael Katz la miró sin entender. “De haberlo hecho, podría echarte ya mismo”.

Bella entro a la casa y le cerró la puerta en la cara. El silencio de la sala le resultó grato. Quedó unos minutos de pie, recorriendo la habitación con la vista como si la viera por primera vez, desnudada de la presencia de su dueño. Por último, se sentó en el sofá. La ropa de cama cuidadosamente doblada bajo uno de los almohadones. Dos sábanas y una frazada, entre las cuales descubrió su viejo camisón. Bella llevó la prenda a su nariz y aspiró el olor a jabón de lavar ropa que no conocía mezclado con el olor a un cuerpo que no era el suyo. Muchas noches había pasado Jacob Markovich abrazado a la manga

del camisón que ahora olía a él. Y él se había ido. Bella Markovich arrojó el camisón contra la pared. Después tiró al piso la funda y las sábanas. Se acostó de espaldas en el sofá, su vientre enhiesto y sus ojos cerrados. Así había estado siete meses antes, dispuesta a sufrir el contacto de ese terrible hombre para comprar la seguridad necesaria a la criatura en su vientre. Él le dio la seguridad y le ahorró el contacto, y ella le estaba agradecida por eso, pero lo detestaba por todo lo demás. Si se muere ahora. Si se muere ahora. Ella no se lo deseaba. Esperaba que no sucediera.

Tres días después de la partida de Jacob Markovich, llegó el vicepresidente de la Organización a la colonia. Los niños que oyeron el ruido del motor y corrieron a recibirlo volvieron llorando porque el vicepresidente de la Organización les ordenó ir a ayudar a sus padres y los interrogó acerca de las tareas escolares pendientes con una mirada tan inquisidora, que casi se hacen en los pantalones. Y los que no oyeron el ruido del motor también lloraban, porque se habían perdido la visita de aquel de quien todos hablaban, que les había repartido granadas a todos los chicos que salieron a recibirlo, o por lo menos eso fue lo que contaron quienes lo vieron. Las madres secaron las lágrimas de sus hijos con el borde de sus blusas, palmearon las cabezas sollozantes y desearon, desde el fondo de su corazón, que las visitas de los próceres se produjeran después de la hora de acostar a los niños.

El vicepresidente de la Organización dejó su auto en medio de la colonia, donde sería bien aceitado por las miradas de la gente, y se dirigió a la casa de Jacob Markovich. Habría querido titubear antes de golpear a la puerta. No había visto a Bella desde la noche que saliera de su departamento en Tel Aviv para ir en busca del poeta. No sabía a ciencia cierta por qué había vuelto a Markovich ni cómo había reaccionado a su partida. Uno o dos minutos de evaluación de la situación habrían sido suficientes, pero los niños corrieron tras él a cierta distancia y ahora lo miraban con admiración. El vicepresidente de la Organización sabía que la educación de la joven generación se vería seriamente afectada si percibían que la generación adulta dudaba, y por eso golpeó a la puerta con mano segura y el corazón indeciso.

Bella Markovich no abrió enseguida. Sus pasos se oían pesados y su cuerpo desbordaba. Pero cuando por fin abrió la puerta, su rostro estaba maravillosamente bello y el parecido de sus ojos a los de Sonia le dio un escalofrío que nada tenía que ver con la frescura de la mañana.

“Vine a ver cómo está la señora”.

“La señora está bien”, respondió Bella, y casi le azotó la puerta en la cara de no ser por el recuerdo del albergue que le había dado en Tel

Aviv. Por eso lo invitó a entrar y le preparó una taza de café. Mientras lo bebía, Bella Markovich lo encaró y le preguntó qué le había dicho Mijael Katz a Markovich para que saliera tan apurado. El vicepresidente de la Organización demoró su respuesta. “Seguramente le habló de las delicadas circunstancias actuales. La extrema importancia de su misión. La guerra puede irrumpir en cualquier momento”.

“¿Y esto?”, dijo Bella señalando su vientre, “¿esto no puede irrumpir en cualquier momento?”.

“Por eso estoy aquí”, dijo el vicepresidente de la Organi-zación, “para estar a tu lado en caso de que pase algo cuando tu marido está cumpliendo con su misión”. Bella Markovich echó hacia atrás la cabeza y estalló en una carcajada. Venitas azules se adivinaban bajo la delicada piel blanca. “¿Estar a mi lado? Para eso podías haber mandado a cualquier imberbe. Pero para estar a su lado, tenías que venir en persona”.

El vicepresidente de la Organización bajó la vista. Mientras buscaba en su mente vías de evacuación posibles, Bella le puso la mano en el brazo. “Perdón. Sé que no tuviste la intención de perjudicarme al sacar a Markovich en misión. Quizás hasta se te ocurrió que podía serme útil. Yo también lo creía hasta hace muy poco”.

El vicepresidente siguió con la mirada clavada al piso, dividiéndolo en su cabeza en tantos y tantos cuadrados, duplicando y restando su superficie, preguntándose si serviría para disimular un depósito de armas, tratando de no hacer la pregunta que quería hacer: ¿Cómo supiste que vine por ella? Si ni él mismo lo sabía hasta que ella lo dijo. Se había convencido de que salió a visitar a la esposa-contra-su-voluntad de Jacob Markovich por estar su marido arriesgándose en el cumplimiento del deber. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que no quería sino ver a Sonia. Hacía más de un año que no la veía, e incluso a Feinberg lo evitaba todo lo que podía. Cada vez que el vicepresidente de la Organización estrechaba la mano de Zeev Feinberg, no lograba dejar de pensar en el cuerpo que esa mano había tocado, y cuando evocaba aquel cuerpo, no resistía la tentación de salir corriendo al mercado para desquitarse con las naranjas. Pero las naranjas estaban caras, había mucho trabajo para dejarse tentar por el elixir de amor, de modo que evitaba a su buen amigo y hacía lo posible por no mirar hacia el norte.

Durante meses lo perseguían las visiones de la silueta de Sonia, pero finalmente cesaron, como gatos callejeros que recibieron su caricia al pasar y después siguen a la mano que los acarició un buen trecho antes de resignarse. Ahora, el vicepresidente de la Organización estaba a pocas casas de distancia de la mujer que amaba y sentía los

latidos de su vida en el cuerpo: está caminando en la cocina, está regando las plantas en el jardín, se pone detrás de la oreja un mechón rebelde. Podría haberse pasado así todo el día si no hubiera sido porque repentinamente Bella profirió un grito y se aferró a su mano: “Llama a Feinberg y a Sonia. ¡Esto empieza!”.

Zeev Feinberg llegó primero. Irrumpió en la habitación con el bigote erizado y la mirada dispuesta al combate. Poco después llegó Sonia, agitada por el esfuerzo de la carrera. Tras ellos entró como una tromba el grupo de chiquilines al que el vicepresidente de la Organización había encomendado la misión de ir a buscarlos. Rápidamente fueron alejados de la casa y volvieron a sus puestos junto al cerco, esperando el momento en que el vicepresidente de la Organización los convocara para una nueva misión.

El vicepresidente de la Organización se había preparado para tolerar el puntazo del amor de Sonia y Feinberg. Las veces anteriores que los había visto juntos, la cara de Sonia estaba radiante y la sonrisa de Feinberg se extendía hasta sus ojos. Pero ahora Sonia parecía una vela soplada, y las facciones del rostro de Feinberg se notaban duras y entristecidas. El vicepresidente de la Organización los observó cuando se inclinaron sobre Bella, uno a su derecha y la otra a su izquierda. Siguió a Sonia con la mirada cuando salió de la habitación para hervir agua y a Zeev Feinberg cuando ella volvía con el agua caliente. Más allá de la eficiencia de sus movimientos, de sus palabras tranquilizadoras, de los “¡ay!” de Bella, fue reuniendo datos de una situación inesperada, incluso revolucionaria. Zeev Feinberg no miró a su mujer ni una sola vez, y la voz de Sonia, esa voz gutural, profunda y cálida, se oía débil como la voz de alguien perdido en el camino que clama por ayuda y nadie acude.

“Respira hondo, Bella, enseguida llegará el médico con los chicos”.

“¡No viene, no viene!”, gritó uno de los chicos desde la puerta. “Su esposa dijo que fue a atender a uno con malaria en la aldea”.

El vicepresidente de la Organización y Zeev Feinberg se miraron recíprocamente por sobre el vientre de Bella. “La trasladaré en el auto”, anunció el vicepresidente de la Organización, “quédense aquí por si vuelve Markovich”.

“En serio, Froike, ¿con tu forma de manejar? ¡Con tantos saltos y giros la criatura nacerá en medio del camino! Yo la llevo”. El vicepresidente de la Organización quiso protestar, pero vio con qué unción secaba el sudor de la frente de Bella, y notó cómo se pellizcaba el bigote con la mano derecha, gesto que reservaba para casos especialmente serios.

“¿Por qué no vamos todos, eh?”, preguntó el vicepresidente de la Organización.

“No”. La voz era tan débil, que por un momento el vicepresidente

de la Organización creyó que era Bella la que hablaba y no Sonia. “Zevik irá con Bella. Nosotros nos quedaremos aquí”. Si la decisión en la voz de su esposa lo sorprendió, Zeev Feinberg no dijo nada. Siguió secando el sudor de la frente de Bella y de tanto en tanto desviaba la vista hacia su vientre. Y el vicepresidente de la Organización fijó la mirada largamente en Sonia, para después sacar las llaves de su bolsillo y decir: “Adelante”.

Cinco minutos más tarde ya estaban los dos solos; Sonia vaciaba en el patio la jofaina con el agua caliente, y el vicepresidente de la Organización trataba de encontrar dónde poner las manos. Cuando ella se sentó a su lado en el sofá, empezó a aspirar aire sólo por la boca por temor a descontrolarse si llegaba a oler su perfume. “Mira cómo son las cosas, Efraim, ahora todo está tan tranquilo aquí, y mañana, o cuando mucho pasado mañana, todo estará lleno de risas y del llanto de una criatura”. Sonia no esperaba respuesta, y la respuesta no llegó, porque cuando el vicepresidente de la Organización oyó su nombre de boca de ella, ya no oyó más nada. Cuando lo besó, él dio vuelta la cara.

“Aguarda. Primero te la quitaré de encima”.

“¿A quién?”.

“A la tristeza”. Entonces le besó la cara, desde el mentón hasta la frente, cientos de pequeños besos que cubrieron su piel. La hendidura sobre los labios, las mejillas, las fosas nasales, los ojos. En cada beso el vicepresidente de la Organización aspiraba el aire sobre la piel, contaminado de dudas, y cuando percibió que los besos no derribaban la máscara de arcilla endurecida en su cara, empezó a lamerla, movimientos de lengua largos y húmedos, sobre la mejilla, sobre los ojos, sobre la nariz y sobre los ojos. Recién cuando empezó a reírse con voz gutural, cuando volvió a sonar como una leona ronroneante, y recién cuando ella lo abofeteó con todas sus fuerzas gritando: “¡Basta, criminal!”, dejó de lamerle la cara, le tomó la cabeza con sus dos temblorosas manos y la besó.

El chirriante sofá de Jacob Markovich casi se destartaló por completo bajo el peso de ambos. El vicepresidente de la Organización era un hombre robusto, y Sonia tampoco era de las menuditas. Si bien el sofá estaba acostumbrado a las vueltas a uno y otro lado de Markovich y su miembro erecto, la pareja que lo vapuleaba ahora lo doblaba en peso, y eso sin calcular el de la ansiedad: más de treinta meses, decenas de cajones de naranjas compradas en el puerto de Tel Aviv, y una sola esperanza. A pesar de todo el deseo del vicepresidente de la Organización de sumirse absolutamente en el objeto de su amor, no pudo dejar de notar el cambio producido en Sonia desde la última vez que se había acostado con ella. Entonces su cuerpo le recordaba un gigantesco parque de diversiones, y ellos, dos

niños que venían a recorrer sus maravillas. Y ahora Sonia lo amó con terquedad, con desesperación, no movida por los placeres de la carne, sino por las dolencias del alma.

Más tarde, cuando una agradable fatiga relajaba su cuerpo, el vicepresidente de la Organización yacía de espaldas y formaba círculos con su dedo alrededor de los pezones de Sonia. En los labios de Sonia descansaba una débil sonrisa, tan dulce, que el vicepresidente de la Organización reunió fuerzas para incorporarse y besar la comisura de sus labios.

“Sé lo que me responderás, pero de todos modos preguntaré”.

“Si sabes la respuesta, ¿para qué preguntar?”.

“A lo mejor me sorprendes. Y si no, por lo menos podré decirme a mí mismo que intenté llevarte conmigo. ¿Vendrías conmigo, Sonia? ¿Por qué no? No eres feliz aquí. No puedes mentirme. Lo veo. No eres feliz”.

“¿Felicidad?”. Los grises ojos de Sonia se abrieron asombrados. “¿Desde cuándo la felicidad y el amor tienen que ver una con el otro?”.

Siguieron hablando de muchas cosas. Sonia prestó suma atención cuando el vicepresidente de la Organización contó acerca de una única carta que recibiera de su familia en Europa, y de las vicisitudes del último operativo. Rio cuando él reía y se entristeció cuando él se entristecía, y durante todo aquel tiempo su mano derecha acariciaba su vientre desnudo. El vientre del que al cabo de nueve meses nacería el primogénito de Zeev Feinberg.

DURANTE

1

Jamás se vio en toda la historia de la colonia dos niños tan unidos como el hijo de Jacob Markovich y el hijo de Zeev Feinberg. Si bien Zvi Markovich tuvo que esperar nueve meses completos para que Yair Feinberg llegara al mundo, desde el momento en que lo hizo no volvieron a separarse. A lo largo de aquellos nueve meses Zvi Markovich esperó al hijo de Feinberg negándose a crecer. Sus padres, que ignoraban la causa de la demora en el crecimiento del niño, temían que hubiera sufrido algún daño en el parto. Lloraba poco, gateaba poco, se daba vuelta perezosamente, y todo eso lo hacía mirando al espacio en tensa expectación. Por más que Bella le ofrecía el pecho, no quería mamar, y si su padre le armaba algún juguete -palitos unidos formando una estrella-, desviaba la mirada, como si dijera "todavía no, todavía no ha llegado el momento". Hasta que oyó el llanto de Yair Feinberg, un coro de pájaros sollozantes que partieron el aire de la colonia y la corteza de su anhelante espera. Entonces Zvi Markovich abrió los ojos, dos piscinas celestes de un azul insondable, y también abrió la boca, y cuando la madre oyó el sonido que prorrumpió, tomó la mano del padre y dijo: "¡Se rio! Se rio!", y desde entonces no cesó más que para comer. La casa de Jacob Markovich se llenó de risas de bebés. Así también el patio. Cuando trabajaba en el campo, a varios minutos de distancia, a veces le parecía oír entre los yuyos ecos de la risa que el viento le traía desde su casa.

Hasta que un día estaba Jacob Markovich azada en mano en el campo y llegaron a sus oídos sones de guerra. No es que tronaban en el cielo obuses ni cañonazos. No se oyeron disparos y la tierra no tembló bajo las botas de las huestes uniformadas. Sin embargo, Jacob Markovich dejó el azadón y corrió a su casa. La soledad de los campos en el camino de regreso a su casa le confirmó que estaba en lo cierto. Todos lo habían oído. Todos volvían apresuradamente a sus casas. Tal como los caballos se mueven intranquilos antes de una tormenta, como los pájaros se silencian media hora antes de un desastre natural, así presentía la gente en virtud de una sensación interna, que fue madurando con el correr de las generaciones, la cercanía de un acontecimiento histórico.

En la colonia, todo era caótico. Algunos se apuraban a comprar comida; otros, a colgar ropa, no fuera que la guerra los sorprendiera con los calcetines sucios. Había quienes exigían el pago de deudas pendientes; en tiempos como ese toda moneda sirve. Lo que hicieran, lo hacían urgidos. Viajaban apurados y hablaban apurados, estrechaban las manos apurados, discutían apurados y se reconciliaban apurados. Hasta las palizas en los traseros de los niños se propinaban rápidamente, intentando concentrar una buena ración de respeto antes de que llegara la guerra a enseñarles otras formas. En medio de ese bullicioso nido de hormigas, se destacaba Rajel Mandelbaum con su andar lento, sumida en sus pensamientos. Caminaba por la calle con pasos medidos, casi ajena al zumbido de hombres y mujeres. Cuando alguien se topaba con ella por error, balbuceaba "perdón" y seguía caminando, mientras el otro arqueaba las cejas y seguía su camino. Pero cuando se encontró con Jacob Markovich, Rajel Mandelbaum detuvo su marcha y extrajo de las profundidades una verdadera sonrisa. "Markovich. Si tú también andas apurado, al parecer es cierto, la guerra está cerca".

Jacob Markovich calibró con la mirada la frágil silueta parada frente a él. Desde el parto bajo el algarrobo, Rajel Mandelbaum salía poco de su casa. Su piel había ido palideciendo y ahora se veía tan transparente, que fácilmente se notaban las lágrimas acumuladas bajo los párpados. Cuando la miró a los ojos -castaños y hundidos- se le ocurrió que no era el cuchillo del matarife sino sus ojos los que hacían llorar a los animales en la carnicería.

"Es cierto", le respondió, "la guerra estallará. Quizás ya haya estallado. Sea como fuere, es inevitable". La sonrisa de Rajel quedó trunca y Jacob Markovich se preguntó si había dicho lo que tenía que decir. No porque no fuera verdad, de eso no cabía duda alguna, sino por la fragilidad del espíritu de quien oía sus palabras. Con el "inevitable", palideció más aún la piel de Rajel Mandelbaum y se podían ver sus pensamientos flotando en su sangre en canales venosos. Había venido hasta aquí para huir de una guerra, ¿cómo era que ahora la acechaba otra? Más allá del zumbido de la gente de la colonia, elevándose por sobre los campos, los viñedos y el mar Mediterráneo, le llegó el ruido del cráneo reventado que la había eyectado de Europa. Volvió a dirigir la mirada al rostro del anciano judío vapuleado a patadas de un muchacho al otro en la esquina de Viena, tosiendo y rezando. Ahora constató espantada que la melancólica mirada de los ojos del anciano era idéntica a la angustiosa mirada de las vacas mirando a Abraham Mandelbaum afilar su cuchillo. Es la misma mirada, exactamente la misma del momento en que la certeza del fin se abre como una flor negra tapando con sus pétalos aterciopelados todo rastro de raciocinio. Rajel Mandelbaum

siguió pensando en la flor negra, y Jacob Markovich se vio obligado a carraspear para volver a captar su atención. Pero aun cuando volvió y lo miró, ella no veía sino la expresión de atontamiento bestial que había visto en cabras y ovejas, gansos y becerros, y ahora también en la gente de la colonia. Huelen su muerte, pensó Rajel Mandelbaum, toda esta gente, que corre a comprar alimentos, a zurcir calcetines y a abofetear a niños insolentes, toda esa gente no se diferencia en nada de las bestias a la entrada de la carnicería. Con esa idea Rajel Mandelbaum apuró el paso, de hecho empezó a correr y dejó atrás a un Jacob Markovich confundido. Pero no por mucho tiempo. No bien desapareció Rajel Mandelbaum, apareció Zeev Feinberg, a paso enérgico y bigote enardecido. Jacob Markovich vio a su amigo y se apresuró a unírsele, calculando que una persona como Zeev Feinberg seguramente sabe cómo conducirse cuando los sones de guerra saturan el oído. Se equivocaba. Los oídos de Feinberg estaban sumergidos en balbuceos infantiles, ningún ruido externo los penetraba. Ciertamente, sus pasos acelerados y su bigote enhiesto causaban la impresión de un militar de alto grado; de hecho, el bigote andaba erizado por el entusiasmo con que tarareaba una canción infantil, y su apuro se debía a que sabía a su hijo esperándolo en la otra punta del camino. "¡Markovich! ¡Qué bueno verte! Escucha, el niño ya casi camina solo. Increíble a su edad, no es lo usual". Y siguió hablando loas de su hijo, y Jacob Markovich asentía y asentía hasta que sintió un leve dolor en el cuello. Finalmente, se atrevió a interrumpir la verborragia admirativa de Feinberg ("¡y su caca, casi no hiede, increíble!") para preguntarle si había oído algo acerca de la guerra.

Al oír la pregunta, Zeev Feinberg dejó de hablar y miró a Jacob Markovich sorprendido. Guerra. Casi había olvidado esa palabra por estar rodeado de pañales de tela, ollas de agua hirviendo, canciones de cuna. Desde el nacimiento de Yair, el aroma a azahares de Sonia se había mezclado con el olor dulzón de la leche materna. Zeev Feinberg andaba como embriagado entre las habitaciones de su casa, aspirando la mezcla hondamente a sus pulmones, y sentía endulzar todo su interior. La ceguera de la gente le hace ver en los demás el reflejo de sí misma. Así es como una mujer buscapleitos verá sorna aun en las miradas de quienes la aman. Y un hombre cuyo corazón se ablandó como una manteca por la influencia benéfica del aroma de las naranjas y de la leche materna creerá equivocadamente que la manteca está también en los corazones de los demás. Pues no es así. Cuando Zeev Feinberg contaba una y otra vez los dedos de las manos de Yair, otros contaban los proyectiles en sus depósitos. Cuando él exprimía el rojo néctar de granadas maduras, otros se entrenaban para disparar granadas a otros y desgranarlos por completo. Zeev Feinberg no lo concebía porque estaba enceguecido de amor, y aun ahora,

cuando Jacob Markovich lo enfrentaba a la realidad, no atinó a decir sino “qué desperdicio”. Obviamente, después se sacudió, tomó las armas y mató muchos árabes, pero cuando la pólvora y los cadáveres calcinados pujaban por acceder a sus fosas nasales, Zeev Feinberg volvía a aspirar el aroma de naranjas y leche, y el dulzor inundaba todo su ser.

2

¿Acaso puede una persona superar toda una guerra con su espíritu intacto e indemne y su sueño inalterado? ¿Con algún rasguño en su cuerpo pero sin ningún daño en su corazón? Obviamente, en la literatura hay antecedentes de eso. Los Hijos de Israel dejaron Egipto con los oídos sacudidos por el llanto desgarrador de un millón de madres egipcias, pero sus pies no se salpicaron con ninguna gota de agua salada, ni del mar ni de las lágrimas maternales. El mar se partió en dos y ellos atravesaron su lecho tan secos como la tierra, y nadie se detuvo a levantar a un pez violáceo que agonizaba en el suelo para devolverlo al agua firme. Zeev Feinberg avanzó por los campos sembrados de muerte con pie firme y con ojos que permanecían cerrados aun cuando miraban por la mirilla del arma. Quizás por eso nunca falló un disparo.

En una densa noche de mayo, varios meses después de su encuentro en la calle con Jacob Markovich, Zeev Feinberg estaba en su puesto de guardia en el norte mirando a la oscuridad. Si debiéramos precisar, diríamos en realidad que dedicaba la mitad de su potencia visual a la guardia, porque la otra mitad la dedicaba a observar detenidamente la cara de Yair, a quien Sonia acunaba para dormir. La visión dividida no contribuye a la capacidad de identificación del guardia, de modo que no debiera sorprender que recién al cabo de un buen rato distinguiera la silueta que se acercaba desde el poblado árabe que tenía en la mira.

Cuando acomodó el catalejo sobre sus ojos, comprobó, a pesar de la niebla, que el joven a la distancia iba escabulléndose de árbol en árbol, mirando alternadamente a ambos lados. Cada tanto llevaba su mano a la mochila en su espalda, asegurándose de que estaba firme. Al ver la mochila inflada, Zeev Feinberg se alertó: seguramente lleva una carga explosiva, quizás la quiere colocar en el puente. Es que cuando las personas están enfrentadas en un conflicto, todo el país carece de calma: cortaron árboles, explotaron puentes que volvieron a la tierra en forma de lluvia de piedritas que resultó extremadamente peligrosa para varios tipos de reptiles. Hienas y puercoespines se sospecharon personas y recibieron disparos que sin lugar a dudas no

fueron pensados contra ellos. En otros lugares, la sangre ennegreció el pasto, y las flores sucumbieron al peso de los cadáveres. Ciertamente, la guerra no es nada agradable, y el joven árabe que se acercaba con una carga explosiva sobre sus espaldas estaba por descubrirlo, porque Zeev Feinberg le apuntó con su arma. Cuando le apuntó al enemigo en la oscuridad, no sintió nada más que la expectativa de volver a entrecerrar los ojos al mínimo necesario para poder seguir deleitándose con la carita de su hijo. Entonces descerrajó el disparo, y tras él sobrevino el llanto de una criatura que partió la noche, y Zeev Feinberg dejó caer el arma.

Ella tenía dieciséis, o menos. El pecho liso y el cuerpo aniñado lo habían llevado a pensar que se trataba de un muchacho. En su espalda, en una frazada, llevaba atado al niño que lo había hecho pensar en una carga explosiva. Zeev Feinberg se inclinó sobre ellos con la respiración agitada por la carrera. Desde que el llanto del bebé lo hiciera saltar de su puesto y correr hacia la silueta a la que había disparado, no volvió a oír su voz. A la distancia le llegaron las apagadas voces de los soldados y el oficial, que avanzaban orientados por el ruido del disparo. Avanzaban lentamente, sin apuro. No querían apurarse a constatar lo que estaban por descubrir. Zeev Feinberg se arrodilló junto al cadáver de la jovencita, desplomada de cara a la tierra con los brazos abiertos. Por debajo de la frazada en su espalda, asomaban las manos del bebé. Por un instante, un instante piadoso, le pareció a Zeev Feinberg que veía movimiento en sus deditos. Entonces se elevó la luna y ya no fue posible engañarse con el círculo oscuro en medio de la frazada, el blanco del disparo de Zeev Feinberg que atravesara a la criatura y después también a su madre. La tierra cargaba con la jovencita muerta, y la jovencita muerta cargaba con el niño muerto y los brazos de ambos extendidos a los lados, diez dedos y diez deditos. La tierra arcillosa, empapada y enrojecida; la sangre de la madre y del hijo era húmeda y roja y aún estaba caliente, y las lágrimas de Zeev Feinberg, grandes y ardientes.

Al cabo de algunas semanas, Zeev Feinberg fue enviado de regreso a su casa. Esta vez no le ganó a la guerra. Donde fuera, olía leche materna agriada y naranja putrefacta, tan fuertes, que tuvo que prender fuego toda su ropa para alejar el hedor. Sus subalternos apagaron el fuego, pero él volvió a avivarlo, y así cinco veces más. Finalmente, el de mayor rango pidió que lo dejaran quemar lo que quisiera. Quizás pensó que una vez desaparecida la ropa se calmaría. Pero el viento es viento y se aferra a su dolor aun cuando la materia se ha convertido en ceniza. El olor a leche agria y a naranja podrida se volvía cada vez más fuerte, cada vez más hondo. Se introdujo también al sueño de Zeev Feinberg. Una y otra vez despertaba gritando desaforadamente porque se veía a sí mismo ahogado en leche materna

caliente y purulenta. Muy pronto, Zeev Feinberg dejó de dormir por miedo a sus pesadillas. Para mantenerse despierto, pero sobre todo para quitarse de la piel el horrible hedor, se lavaba constantemente la cara. La refregaba con agua fría y con agua caliente, la raspaba con hojas y después la pulía con piedras. La piel se le fue cayendo, pero él no cesó. Cada vez que se arrancaba otra capa de piel de la nariz, a modo de envoltura de regalo, creía que por fin, si despellejaba otro poco, desaparecería la leche agriada y la carita del niño que no la había probado.

Cuando Sonia vio a Zeev Feinberg a su regreso, su grito de desesperación resonó en toda la colonia. Ella no se horrorizó de su aspecto, a pesar de que su cara era una herida abierta en carne viva de tanto rasparse y arrancarse piel. Tampoco de su olor, a pesar de que en el camino de regreso se había revolcado en todo lo que encontró con tal de quitarse la podredumbre de la naranja y la acritud de la leche. Gritó al ver sus ojos. Los ojos azules, dominantes y seguros, se veían ahora como si les hubieran echado ácido. Zeev Feinberg miró a Sonia sin verla y se negó a mirar a su hijo. Quizás temió mancillar con su mirada la inocencia del niño.

Zeev Feinberg no le contó a Sonia de la bala que atravesó al bebé y a su madre. Y Sonia no preguntó. Al principio, se dijo que no preguntaba por él, por su bien. Quizás de ese modo cicatrizara su herida. Pero cuando el sueño liberó su lengua y empezó a balbucear desde las pesadillas, Sonia se tapó los oídos con manos temblorosas. Ella no quería oír. Zeev Feinberg gritaba dormido y Sonia se apresuraba a salir silenciosamente de la casa. El cielo estaba tachonado de decenas de miles de estrellas y todas fueron testigos de su huida. Aun así, no logró volver a entrar. En su cama había una bestia herida disfrazada de su marido. Por más fuerte que haya sido su deseo de volver a la cama y besar al hombre agitado por las pesadillas, sus piernas se negaron a moverse. En su infancia, en la orilla de un lago azul, había visto a un hombre que se ahogaba y hacía señas desesperadas con las manos. Las mujeres en la orilla chillaban, y un hombre se metió al agua con ropa y todo. Pero al llegar junto al náufrago, en vez de tirarlo hacia afuera y arrastrarlo a tierra firme, resultó arrastrado a las profundidades. El náufrago se aferró con más fuerza que la que tenía el salvavidas, y el terror en su corazón era muy grande. Al tratar de treparse al cuerpo del otro hacia el ansiado aire, lo hundió. Sus cuerpos fueron encontrados varios días más tarde. Hasta la viudas no acertaban a diferenciar cuál de los bultos de carne en franco proceso de putrefacción era el náufrago y cuál el salvavidas. Desde entonces, había pasado mucho tiempo. Sonia no estaba en la orilla de un lago azul, sino frente a níveas sábanas de algodón. Y sin embargo no se atrevía a tenderle la mano al hombre sobre las sábanas

por temor a verse arrastrada hacia las profundidades.

Sonia se avergonzaba de su cobardía, y cuanto más se avergonzaba, más crecía su temor. Dado que tenía miedo de hablar con Zeev Feinberg sobre su secreto, trataba de entablar conversación sobre otras cosas. Todavía había sol, y la pata rota de la silla, y los periódicos. Pero muy pronto se dio cuenta de que tampoco podía hablar de eso. Día a día crecía el secreto de Feinberg. Finalmente creció tanto, que cubrió los rayos del sol. Su sombra cubrió la casa de Zeev Feinberg y de Sonia. No se veía nada. No se hablaba de nada. El secreto acechaba detrás de cada frase, de cada palabra. Y si, por ejemplo, Zeev Feinberg quería decir: “Ya lo sabes, dentro de poco será primavera”, siempre cabía la posibilidad de que, en vez de eso, dijera: “Maté a una mujer y a un niño; la mujer quedó abrazada a la tierra y el niño a la mujer”. Por eso callaba. Sonia también callaba. Y Yair -los niños de su edad ya lamían con sus lenguas las primeras palabras- miraba a sus padres y también él callaba.

3

Jacob Markovich no supo más nada acerca de lo acontecido a Zeev Feinberg desde el día en que se habían encontrado en la calle. Después de eso, a él mismo le encomendaron una misión de varias semanas en el norte. No le fue fácil irse. Sus superiores se vieron obligados a venir a buscarlo a su casa, despertar con fuertes golpes a la puerta de aquel hombre raro y de su hermosa mujer y exigirle que se vistiera y se les uniera para cumplir sus obligaciones. A pesar de que tenían toda la intención de concentrarse en la cara adormilada de Jacob Markovich, sus miradas no podían dejar de desviarse hacia la adorable criatura que era Bella Markovich. Aun con un bebé asido a su cuello, sus ojos brillaban en la oscuridad y su cabello de oro recogido sobre su cabeza semejaba mieses de trigo. Contra su voluntad, volvieron sus miradas a Jacob Markovich y lo reprendieron: "¿Qué sucede? ¿Por qué no te mueves?", aunque la respuesta se iba aclarando ante sus ojos. A causa de esa mujer de pie a su lado es que no se mueve. Esa mujer, que le lleva una cabeza de altura, que no le dedica siquiera una mirada mientras él se resiste, su mirada perdida lejos hacia la oscuridad de la noche, como si no se tratara de una discusión entre la vida y la muerte, sino del canto de las ranas.

Finalmente, lo amenazaron con embargarle la casa. Esa tierra que Jacob Markovich había recibido hacía muchos años no estaba destinada a desertores. Las autoridades la habían entregado en consignación a manos hebreas que cultivaran frutos hebreos. Pero de manos hebreas se requiere de tanto en tanto que dejen el azadón y empuñen el fusil. Jacob Markovich escuchó y dijo: "Todos estos años cultivé vides, aceitunas y, circunstancialmente, damascos. A veces el fruto salía del árbol dulce, y a veces, amargo. En todos estos años, nunca salió un fruto hebreo. El olivo fue olivo. La vid no pudo sino ser vid. Y el damasco, damasco". Los oficiales empezaron a preguntarse si Jacob Markovich estaba en condiciones de participar en una guerra. Sus miradas volvieron a fijarse en la mujer. El hombre había pronunciado un lindo discurso de tontos pero una mirada a Bella Markovich bastó para saber que era un impostor. No por los olivos, las vides y los damascos se aferra el hombre a su tierra y niega su hebreidad. ¿Acaso es lícito que mientras los combatientes se internan

en las trincheras él se interne en la carne de su mujer? De ninguna manera, se viene inmediatamente o se busca otra casa para él y su familia.

En ese momento, Zvi Markovich dejó de jugar con el cabello de su madre y estalló en llanto. Jacob Markovich echó una mirada al niño lloroso y dijo: “Voy”. Entró a la casa a empacar. Los oficiales quedaron en la entrada con la mujer y el niño. Cuando se atrevieron a volver a mirar a Bella Markovich, no entendieron qué había sucedido. El cabello dorado se convirtió en un rubio absolutamente común. Las mieses de trigo no eran sino mechones ondulados, no precisamente peinados. Los ojos aún brillaban en la oscuridad, pero su brillo no se diferenciaba del de los ojos de algún gato, o una vaca, cuando te los encuentras en medio de la noche. En síntesis, desde el momento en que Jacob Markovich desvió la vista de Bella Markovich, ella no fue más la admirada efigie y se convirtió en una mujer de carne y hueso. Jacob Markovich volvió y salió de la casa con su mochila al hombro. Besó al niño en la cabeza, y aquel dejó de llorar y lo miró sorprendido. Jamás antes lo había besado. Los labios secos, agrietados, se habían apretado contra su cabeza algo más arriba de la frente y le dejaron una impronta de calidez y añoranzas.

Entonces, Jacob Markovich miró a su esposa. Los oficiales detuvieron su respiración: fue como si alguien acercara un fósforo encendido a una hoguera apagada y la reencendiera. Bella volvió a ser la mujer más bella que habían visto en su vida. Cómo podía ser que antes se viera su cabello completamente común y de pronto se reconociera que eran hilos de oro puro, según uno de los oficiales, o un panal del que manaba miel, según el otro. Mientras ellos se debatían a ese respecto, Jacob Markovich dio un único paso en dirección a Bella Markovich. Los oficiales desviaron la mirada. Todo hombre merece despedirse de su mujer en la intimidad, aunque sea un desertor. Por eso fijaron las miradas en el suelo, para dejar que se abrazaran o quizás unieran sus bocas, labios secos y agrietados con labios rojos e inflamados. Pero nada de eso sucedió. Un largo minuto se miraron, y quizás hubieran seguido mirándose muchos minutos más, de no haber decidido los oficiales que toda despedida debe tener un fin, y empezaran a carraspear. Jacob Markovich se dio vuelta y empezó a alejarse de la casa. Cada paso que daba lo volvía más liviano, menos concreto. El centro de gravedad de su ser, la obsesión que era la médula de sus huesos, había quedado en la casa de piedra, rodeada de olivos, de vides y de algunos árboles de damasco.

Así llegó Jacob Markovich a la Galilea, evanesciéndose. Durante el día, combatía en batallas perdidas y de noche escribía cartas perdidas. Bella jamás respondió, aunque leía las cartas y en sus ojos se leía el asombro, como quien escucha el canto de un pájaro sin entender.

Jacob Markovich no escribía ni una palabra sobre la guerra, y no por proteger a Bella. Él mismo jamás se topó con la guerra, a pesar de que pasó todo el tiempo fuera de su casa, en medio de la guerra. Pero la guerra no tuvo nada que ver con él, ya que le estaba reservada a Bella. La gente como él se mueve como un escarabajo sobre la tierra, y le da lo mismo qué bandera flamea sobre sus cabezas. Obviamente, Jacob Markovich no era un escarabajo, sino un campesino hebreo, y además tenía en su haber contrabando de armas y muchas hazañas heroicas. Sin embargo, era como quien despierta de un sueño con los oídos atiborrados de clamores de personajes de ficción y no sabe si prestarles atención o no. Desde la distancia le llegaban los gritos de sus superiores, los de sus compañeros de división, las atronadoras explosiones. Los ruidos y las voces iban menguando mientras él dudaba de su veracidad, porque todo sonido que no fuera la voz de Bella le parecía inverosímil. Por eso andaba Markovich escabulléndose del mundo, y aun cuando le gritaran y lo sacudieran de aquí para allá, él estaba escribiendo en su mente la carta que le escribiría a Bella cuando el día llegara a su fin.

Todos los días que Jacob Markovich anduvo en los campos de batalla de la Galilea, Bella Markovich anduvo en los campos de batalla de la colonia. Si bien los pies enemigos no traspusieron los umbrales de las casa, ni siquiera llegaron a las plantaciones, las peleas de los vecinos bastaron para amargar el espíritu. Las mujeres estaban cansadas, preocupadas y enojadizas, y los niños eran copia fiel de sus madres. Toda nimiedad los hacía llorar, y el llanto de uno rápidamente se contagiaba a todos los demás, pasando de niño en niño como la peste bubónica. Los primeros días de la guerra, las mujeres todavía se sentían aunadas por el destino que dejaba sin efecto toda sombra de roce personal. Pero con el correr de las semanas, cada una se parapetó tras su desventura, amontonando ladrillo sobre ladrillo preocupaciones, temores y disgustos.

“No se puede creer que justo ahora se le dé por hacer mermelada de damascos”.

“El olor llega hasta el cielo”.

“Y ni se le ocurre convidar”.

Pero aun cuando Bella pasó casa por casa a convidar con su mermelada, las mujeres rechazaron su ofrecimiento. Aunque ese año escaseaban los damascos y el aroma de la confitura hacía agua la boca, de la mermelada de Bella Markovich no comerían. Porque desde que Jacob Markovich abandonara la casa, no hubo dudas acerca del cambio ocurrido en ella. Su alegría era demasiado notoria, saltaba a la vista. Su dorado cabello encandilaba los ojos de los niños; sus ojos brillaban con tanto entusiasmo, que a veces descolocaban a las huestes en la distancia, convencidas de que se trataba de señales de fuego a

decodificar. Y para peor, cantaba. Mientras su boca permanecía cerrada, las mujeres podían perdonarle el pecado de su belleza, que al fin y al cabo no dependía de su decisión. Pero si cantaba, nadie podía dejar de ver que Bella Markovich florecía, ni más ni menos. Por primera vez en su vida, su belleza no era el producto de una mirada externa, sino fruto de su propio sentir. Y eso era imperdonable. Una cosa es brillar a causa de las miradas de los hombres, y otra muy distinta es brillar por propia voluntad. La belleza de Bella Markovich mancillaba a toda la colonia.

Un hombre se va a la guerra ¿qué es lo que quiere? Que el mundo se detenga. Para quien ha enterrado a sus compañeros con sus propias manos, el crecimiento indiferente de las espigas es como una escupida en la cara. Por no mencionar las alfombras de anémonas. Qué vergüenza. Correspondería que la tierra de la colonia detuviera sus entrañas y aguardara a su amo. Pero los árboles siguieron dando fruto, las anémonas enrojecieron y los cereales crecían ininterrumpidamente. Bella Markovich miraba a su alrededor y en sus labios rimaba una canción. Muy de vez en cuando, pensaba en Jacob Markovich. La casa iba perdiendo su sello. Incluso sus pertenencias más personales -el Jabotinsky, por ejemplo- se fueron liberando de la angustia de su dueño. A veces, cuando Zvi construía sus castillos de arena, los pensamientos de Bella erraban más allá del tiempo. Entonces se preguntaba si todos los días podrían ser como esos, si acaso se había ido el carcelero para no volver. Y ella quedaría entre esas paredes de piedra, en la cárcel convertida en su casa, y criaría a su hijo en una espléndida y beatífica soledad.

Pero las cartas de Jacob Markovich seguían llegando. A veces eran tan sensibleras, que Bella tenía que lavarse las manos apenas terminaba de leer por temor a que le quedaran pegajosas. Una o dos veces estalló en carcajadas al leer alguna comparación especialmente trillada. Bella se sentía culpable por eso, pero de haber sabido cómo reaccionaban los compañeros de división de su marido, se habría perdonado considerándose muy piadosa. Desde el primer día, se dieron cuenta de la particularidad de Jacob Markovich. A pesar de que todos vestían el mismo uniforme, los otros distinguían, incluso olían, la ajenidad de ese hombre silencioso. En las largas noches, cuando la fogata ya estaba apagada y los cuentos se habían masticado hasta más no poder, había quien se atrevía a arrebatarle el cuaderno. Entonces estrechaban filas para escuchar qué le diría esta vez a su amada, y agregaban a sus palabras suspiros y chillidos que ruborizaban las orejas que los oían. Jacob Markovich pedía y rogaba, pataleaba y gritaba hasta desgañitarse, pero todo ello sólo avivaba la burla de los muchachos, así como el aceite aviva el fuego.

Una noche buscó Jacob Markovich su cuaderno y no lo encontró.

No se oía ningún ruido proveniente de las tiendas, y eso lo puso en guardia: los muchachos habían hurgado en sus cosas. Ese silencio, que envolvía todo el campamento, como el silencio de los regimientos antes de disparar. Desde el lugar de acecho lo miraban ojos expectantes. ¿Qué hará? ¿Correrá de rincón en rincón en búsqueda desesperada? ¿O se quedará en su sitio e irrumpirá en ruegos, material incandescente ideal para encender a un grupo aburrido? Pero Jacob Markovich no hizo ni lo uno ni lo otro. Los minutos pasaban, y él, inmóvil, sin pronunciar palabra. La tensión expectante de los muchachos se convirtió en tedio. Deberían buscar otro entretenimiento para esa noche. Pero cuando estaban calculando cómo encadenarían al novato de la división contigua mientras dormía, llegó a sus oídos el ruido de un arma al cargarse. Jacob Markovich estaba ahí de pie con su arma en mano y la apuntaba a los arbustos donde se escondían los muchachos. "El cuaderno. Ahora".

La mayoría de la gente distingue fácilmente diversas voces. Menos saben distinguir tipos de silencio. El comandante de Jacob Markovich era uno de ellos. No sólo diferenciaba con facilidad las voces del arrendajo de los sonidos de cortejo de una lechuza, sino que percibía también la enorme diferencia entre un silencio hilarante y otro pavoroso. Mientras los muchachos se ensañaban con Jacob Markovich, el comandante estaba acostado en su tienda y no había oído nada. Pero cuando Jacob Markovich cargó su arma, el comandante percibió la densidad del aire fuera de la tienda. Se apresuró a salir empuñando su arma y se encontró con ese soldadito que hasta entonces no había logrado recordar su nombre.

"¿Qué hace, soldado?".

"Mi cuaderno ha desaparecido, comandante. Quiero que me lo devuelvan".

"¿Y para eso les apuntas a los arbustos?".

"No a los arbustos, comandante. A los que están detrás de los arbustos".

El comandante esforzó la vista más allá de los arbustos, pero no vio nada. Los muchachos, que se habían quedado petrificados por temor a Markovich, ahora no se atrevían ni a respirar por temor al comandante. "¿Y de dónde sacas que allí hay alguien, soldado?".

"Los siento, comandante. Siento su desprecio y su burla a través de las hojas".

El comandante observó a Jacob Markovich, diciéndose que a veces hay poderes nada comunes ocultos en el cuerpo de gente muy común. "Salgan y devuélvanle el cuaderno, manga de hipócritas. Y usted, después de escribir lo que quería escribir, venga a hablar conmigo".

Jacob Markovich escribió apurado y después salió de la tienda

para presentarse ante el comandante. Dejó el cuaderno sobre su lecho, como desafiando a los soldados a atreverse a tocarlo. Luego de una larga entrevista, el comandante quedó visiblemente defraudado. Cuando había visto a Jacob Markovich apuntando a los arbustos, había sentido el calor que irradiaba bajo el uniforme, que amenazaba con incendiarlo. Jacob Markovich casi irradiaba luz en su ira. Pero ahora, desde que se le había dado la oportunidad de descargar sus sentimientos en las hojas del cuaderno, se había opacado su ira y no dejó para quien lo observara más que lo ceniciento de su rostro. Volvió a ser quien era en tiempos de paz. Un hombre simple, que no dejaba su sello, de aspecto turbado y ojos acuosos.

"Seguramente te queda claro que pude haberte castigado. El arma no se te ha entregado para que amenaces a nuestros combatientes". Jacob Markovich demoró su respuesta, y el comandante empezó a preocuparse de que sus sentidos lo hubieran engañado. Pero entonces Jacob Markovich miró a su comandante a los ojos y respondió: "Lo volvería a hacer".

Para su sorpresa, el comandante sonrió y lo invitó a sentarse con un amplio gesto. "Ardor, soldado. Esto es lo que tienes. Si bien hasta ahora no lo había notado, esta noche es imposible equivocarse contigo. Y con un ardor como el tuyo, venceremos en la lucha por esta tierra".

Al comandante de Jacob Markovich no le preocupó que la causa del ardor que tanto había apreciado en él hubiera sido una mujer y no un jirón de patria. Le resultó indiferente el origen del fuego, siempre y cuando creyera que podría encauzarlo hacia sus metas. A lo largo de su carrera había reunido soñadores y delirantes de todas partes. Sus colegas desconfiaban, pero él sabía perfectamente que a pesar de su aspecto estrafalario de obsesivos, bien aprovechados, serían la mejor división de todo el ejército. Además de Markovich, había adoptado a un apostador crónico que había huido a Palestina de sus acreedores norteamericanos. El judaísmo del apostador era muy dudoso, pero el fuego que había en sus ojos cuando veía un dado llevó al comandante a atraerlo a su círculo. Antes de toparse con el apostador, se había empecinado en incluir en su división a un joven rengo del que todos decían que no serviría para combatir. Descendía de una familia ortodoxa de Safed, y su orgullo era que sus antepasados jamás habían abandonado la tierra de Israel. Después de que se le apareciera el ángel Uriel en sueños y le ordenara unirse a los sionistas, abandonó su hogar y su ciudad, y vino rengueando todo el camino hasta la Comandancia en el valle. El encargado de reclutar a los nuevos se le rio en la cara, pero el comandante lo miró a los ojos y ordenó entregarle el uniforme. Por último, había incorporado a un comerciante de Jaffa, un tunecino corpulento que había perdido todo

su patrimonio y su familia por entregarse a la bebida. El comandante lo vio cuando le pegaba, hasta desmayarlo, al barman que se había negado a servirle una copa más. El comandante pagó por esa copa y se comprometió a pagar muchas más si el tendero aceptaba unírsele.

Markovich conoció a los tres poco tiempo después de su conversación con el comandante. Desde ese momento, pasaba los días en una tienda separada, junto al apostador crónico, al rengo soñador y al ebrio con brazo de hierro. Ya no tenía que preocuparse por su cuaderno. Los tres sólo echaron un vistazo al cuaderno y enseguida entendieron que ese era el objeto del deseo de Jacob Markovich. Y lo respetaron profundamente, así como se respetaban los suyos. Jacob Markovich no estaba acostumbrado a ese respeto. Los sermones por su comportamiento con Bella lo acompañaban hacía ya tanto tiempo, que casi se habían integrado a los sonidos cotidianos, como los grillos en la noche o el flujo constante de las aguas en el afluente cercano. Y ahí, en esa tienda del comandante, le habían dado tregua y no era objeto de ningún tipo de reprimendas ni de una pizca de desprecio. Sus compañeros de tienda lo trataban con familiaridad, hasta amigablemente. Por primera vez en la vida Jacob Markovich conoció el dulce sabor de la pertenencia a un grupo.

Por las noches, cuando las risas y las canciones se elevaban de las otras tiendas y llegaban hasta sus oíos, los cuatro se encogían de hombros con desdén. Entonces uno de ellos empezaba a hablar de su pasión, y el resto escuchaba con atención y con enorme respeto. Jacob Markovich narraba los ojos de Bella, y el comerciante de Jaffa alababa el terciopelo del licor, el apostador rimaba loas a los lados del dado, y el rengo adulaba al ángel Uriel. Toda vez que uno de ellos ponía fin a su discurso -no por cansancio, dado que podía agregar y ensalzar su pasión hasta la eternidad, sino por respeto a los demás-, otro ocupaba su lugar. Muchas veces se quedaban despiertos hasta el amanecer. Entonces el rengo sonreía satisfecho, se arreglaba el solideo en la cabeza y decía: “Los días de tu vida, los días. Todos los días de tu vida, las noches”. A veces venía el comandante a visitarlos en la tienda y se llenaba de complacencia al ver cómo el delirio de uno alimentaba el del otro. Los cuatro conversaban amablemente con él, pero esperaban ansiosos el momento en que se fuera. Desde que se encontraron, no le veían sentido a desperdiciar el tiempo con quienes no estaban dominados por la pasión. Ni por un momento sospecharon que, debajo del uniforme y de los rangos, el comandante era uno de ellos. Era un volcán cubierto por una alfombra verde, pero debajo de las plantas y las rocas la lava bullía.

Hasta que un día estalló la montaña. Justo cuando el apostador contaba cómo había dejado su casa en manos de un cruel acreedor, irrumpió el comandante y sus ojos eran dos llamaradas: “¡Esta

noche!”, rugió.

“¿Esta noche?”, inquirió Jacob Markovich.

“Esta noche. Esta noche conquistaremos el fuerte”.

Entonces el comandante empezó a desplegar su pasión: una fortaleza rodeada por murallas dominaba el valle por el oeste. Hacía diez años golpeaba las murallas con los ojos del alma sin obtener respuesta. Casi se había acostumbrado a desearla a la distancia. Pero ahora los británicos se la habían entregado a los árabes, y eso sí que no estaba dispuesto a permitirlo. Hacía siete días que no dormía, el clamor de la piedra violada por las suelas enemigas lo aturdía. No les quería ocultar que las posibilidades de victoria eran débiles. Pero prefería el fracaso a la vergüenza de la inacción. Cuando el comandante terminó su discurso, el rengo corrió a abrazarlo. El ebrio de Jaffa se secó discretamente una lágrima, el apostador sollozaba desvergonzadamente.

“Iremos contigo”, dijo Jacob Markovich, y los demás se le unieron. Es un gran honor combatir al servicio de la pasión, aunque no sea la tuya.

Avanzaron sobre el fuerte muy entrada la noche, protegidos por la oscuridad. Jacob Markovich y el apostador eran la vanguardia, sus caras transpiradas, el calor que emanaba del comandante les quemaba la cara. Detrás de ellos iba el ebrio, cargando en sus espaldas al rengo agradecido. Y quizás también al ángel Uriel, que según el rengo iba sobre su hombro. Los demás soldados iban detrás de los cuatro, sosteniendo sus armas con mano temblorosa. Ya durante la instrucción, lejos, seguros en el valle, habían empezado a temer: la altura ventajosa para los árabes y la falta de armas no prometían nada bueno.

Cuando ascendió la luna, plateada y traicionera, los rostros de Jacob Markovich y sus tres amigos resplandecieron. La miraron con cariño. También ella, como ellos, debe su existencia a otro que le otorga su luz. La luna siguió alumbrando a las fuerzas que avanzaban, y el silbido de las balas no se hizo esperar. Jacob Markovich supo que no estaba sorprendido. Desde el primer momento, le quedó claro que los descubrirían. Sin embargo, hubiera repetido las palabras que había dicho entonces en la tienda, hubiera vuelto a unirse de buena gana a ese operativo, que no tenía ninguna esperanza de éxito, y era a la vez la esperanza de todo.

El ardor que irradiaba el comandante que llevaba la delantera iluminaba la cara de Jacob Markovich, pero el terror de los combatientes detrás de él le congelaba la sangre. Más que las pisadas de quienes ascendían en marcha, oía el sonido de una carrera desordenada en sentido opuesto. Muchos retrocedían. Unos instantes antes, cuando la luz de la luna iluminó las facciones posesionadas del

comandante, entre los soldados corrió el rumor de que no estaba en sus cabales. Algunos quedaron junto a él, queriendo creer que lo que bullía en él era la fogosidad y no la locura de la pasión. Otros huyeron y pasaron el resto de su vida justificándose. Pero Jacob Markovich y sus camaradas se impulsaron hacia adelante con una sonrisa, cada uno de ellos imaginando el fuerte que era la concreción de su pasión. El ebrio vio en las murallas una descomunal taza que contenía licor. El apostador sabía que el fortín cuadrado no era sino un enorme dado de juego que se le arrojaba desde el cielo. El rengo distinguió al ángel Uriel mirándolo desde la torre de control, y cayó envuelto en sangre cuando el ángel Uriel le disparó sin ninguna dificultad. Jacob Markovich entendió muy bien que la negativa de la fortaleza a ser conquistada no era sino la negativa de Bella, y por eso le besó la frente al rengo y avanzó, raudo, a la batalla. Ya junto a las murallas, tropezó con el cadáver del apostador, que equivocó el cálculo de probabilidades al suponer que si el apostado en la torre le había acertado al rengo, no le acertaría también a él. Jacob Markovich cerró los ojos de su amigo, que a pesar de haberse vaciado estaban pletóricos de sublime satisfacción, y siguió su camino. Ya estaba dentro del fuerte, luchando para pasar entre los árabes. Entonces advirtió que el ebrio estaba tirado en el suelo con una lanza clavada en el corazón, manando sangre como dulce vino.

Jacob Markovich sacó la lanza del cadáver de su amigo y la utilizó como la utilizó, y otros personajes llegaron a su fin. Cuando dio por terminada la carnicería, oyó la voz de su comandante y pensó que seguramente se había vuelto sordo por el silbido de una bala perdida. Pero entonces volvió a oír el rugido del comandante: “¡Retroceder!”, y Jacob Markovich se deprimió.

No se deprimió por sus camaradas muertos, sino porque su comandante había claudicado en la batalla entre la voz de la cordura y la de la pasión. En ese momento pensó en Bella durmiendo en la casa de piedra de la colonia. En vez de que esa imagen lo instara a abandonar rápidamente el campo de batalla, lo llevó a mejorar la forma de tomar su rifle, como si se tratara de la propia Bella. Los demás combatientes iniciaron la retirada, pero Jacob Markovich volvió a cargar su arma y siguió disparando a la oscuridad como fuera de sí. La loca exaltación de Jacob Markovich volvió a incentivar la del comandante. Largos minutos estuvieron espalda con espalda, el robusto comandante y el promedio totalmente desapercibido, disparando al enemigo con una sonrisa en los labios. Estaban tan calmos, tan hermosos y seguros, que si algún pintor o fotógrafo los hubiera eternizado, seguramente los habrían editado en estampillas. Pero por desgracia en ese momento no había ningún pintor ni fotógrafo en el fuerte, y si hubiera habido alguno, seguramente habría

estado herido o muerto, dado que ese era el estado de la mayoría de los que estaban allí cuando clareó el día.

Los primeros rayos del sol dejaron atónito al comandante de Jacob Markovich. Ni por un momento pensó que vería el día. Cuando apareció la luna y los delató, cinco horas antes, supo que la batalla estaba perdida. Siguió avanzando sin hesitar, pero cuando vio que ya eran demasiados los tirados en el suelo sin opción de obedecer sus órdenes, llamó a retirada. Aun entonces, cuando ordenó retroceder, sabía que él mismo no bajaría del fuerte. No esperaba luchar, sino encontrar alguna lanza sobre la que caer, como Saúl en su momento. Pero entonces vio a Jacob Markovich haciéndole el amor a su delirio, y volvió a llenarse de ardiente deseo. Cuando disparaba a la oscuridad, su cuerpo contra el cuerpo de Jacob Markovich y de cara a las montañas, fueron los instantes más hermosos de su vida.

El comandante de Jacob Markovich no quería que el sol mancillara esos instantes mostrando la bandera enemiga flameando aún en lo alto del fuerte. Una vez que había subido a la montaña, ya no podía bajar al valle. Un momento más sintió Jacob Markovich el cuerpo del comandante apretado contra su espalda y, entonces, el comandante salió corriendo directo hacia la línea de fuego frente a él. Jacob Markovich sintió cuando el cuerpo del comandante se despegó del suyo, pero no miró hacia atrás. Sabía muy bien adónde iba. Disparó cuatro balas más, una por cada uno de sus camaradas que quedaron en la montaña, y entonces bajó el arma y se dispuso a descender. Pasó junto al cadáver del comandante, de cara a la tierra. Los silbidos de las balas que lo buscaban no le permitieron darlo vuelta, pero bien sabía que de haberlo hecho habría visto la sonrisa en el rostro muerto.

4

Cuando Jacob Markovich regresó al campamento, sus piernas estaban cansadas, y su corazón, agitado. Sin embargo, no se podía dormir. Largas horas estuvo acostado en su colchoneta en la tienda vacía, en vano. El clamor desde las otras colchonetas no le daba tregua. La del comerciante de Jaffa despedía aún un penetrante olor a licor, y junto a la colchoneta del apostador quedaron unos dados y dos mazos de naipes. Sobre la colchoneta del rengo había un libro de rezos abierto en el mismo lugar de siempre: "A mi derecha, Mijael; a mi izquierda, Gabriel; adelante, Uriel; atrás, Rafael; y sobre mi cabeza, la Providencia Divina". Ahora había quedado huérfano el libro de rezos. Huérfanos también la botella de licor y el dado. Jacob Markovich pensaba en sus camaradas que habían quedado en la montaña con la certeza de que le cabía ahora una gran responsabilidad. Tomó la botella de licor y bebió. Después echó el dado y apostó al resultado. Después de ganar, levantó el libro de rezos y nombró a los ángeles, deteniéndose especialmente en el ángel Uriel, elevando la voz como lo hacía el rengo al llegar a ese punto. Generalmente, ese clamor era respondido con carcajadas desde la tienda de al lado, pero Jacob Markovich no oyó nada, sea porque los de la tienda de al lado estaban demasiado maltrechos para reír, o porque sus lágrimas le tapaban los oídos. Así bebió, apostó y rezó Jacob Markovich *in memoriam* durante todo ese día y los dos subsiguientes, hasta que vinieron a avisarle que el nuevo comandante quería conversar con él.

Durante los tres días que pasaron desde que dejó a sus camaradas en la montaña, Jacob Markovich perfeccionó sus nuevas habilidades hasta el grado de un arte. Era capaz de rezar, beber y apostar a la vez. Primero bebía un trago largo de licor. Mientras la bebida se deslizaba por su garganta, echaba el dado e inmediatamente empezaba a rezar, deseando con todas sus fuerzas que la Diosa de la Suerte hiciera caer el dado con la cara descubierta en el seis, la cantidad de letras de Uriel en hebreo. De vez en cuando, su rezo era interrumpido por un hipo producido por la bebida. Entonces Jacob Markovich se disculpaba sinceramente con el rengo y sonreía débilmente al ebrio. Cuando los soldados vinieron a buscarlo, se le escapó uno de esos hipos. Los soldados no entendieron que el hipo no era sino un

majestuoso monumento a la memoria del comerciante de Jaffa, o quizás entendieron, pero no les gustaban los monumentos. Sea como fuere, de inmediato hubo quien extendió la mano para tomar la botella y confiscarla. Esta vez Jacob Markovich no tuvo que cargar su arma. Su mirada bastó para detener la mano del soldado. Por su derecha, el ebrio; por su izquierda, el apostador; delante de él, el rengo; detrás, el comandante, y por sobre él una pasión tendida en el firmamento. Así marchó Jacob Markovich a la tienda del nuevo comandante.

"Entiendo que eres el único sobreviviente"... El nuevo comandante se parecía casi en todo al anterior, salvo que el primero estaba vivo, y el último, muerto. De gran estatura y anchos hombros. Cabello rizado y mirada potente. Pero ¿acaso alguna pasión perturbaba su sueño? Eso no lo podía afirmar Jacob Markovich.

"Muchos sobrevivieron. El campamento está lleno".

"El campamento está lleno de los que retrocedieron. Pero de los que arremetieron hacia arriba, de los suicidas en la montaña, quedaste solamente tú".

"Efectivamente".

Jacob Markovich sentía que el hipo le subía por la garganta y empezó a rezarle a Uriel para que le bloqueara la boca, y a apostar a la chance de que el ángel cumpliera su pedido. Pero entonces suspiró el comandante, un hondo y sonoro suspiro, que tapó el hipo de Jacob Markovich sin dejar rastros.

"Qué desperdicio. Qué desperdicio. Estaba claro que no tenían ninguna chance".

Jacob Markovich no sabía si el comandante esperaba respuesta y decidió callar. No tenía explicación lógica alguna para ofrecer, y la que tenía, o la persona la entiende por sí sola, o no tiene caso decírsela.

"Y ahora nos veremos en la obligación de volver a atacar".

Jacob Markovich lo miró confundido. Estaba claro que el fuerte no le desvelaba el sueño, ¿por qué volver a atacarlo?

"Comandante, si no hay chance alguna, ¿por qué intentarlo?".

"Porque hemos fracasado. Cada uno de los soldados que bajó de la montaña sabe que casi llegamos a las puertas del fuerte. Si claudicamos ahora, si nos dirigimos a otras montañas y a otros fuertes, la derrota se les pegará a la suela de los zapatos y paralizará los dedos sobre el gatillo".

Jacob Markovich pensó en su comandante anterior, con la cara hundida en el montículo de arena allá en la montaña. ¿Acaso su sonrisa se había agrandado? Y sus ojos vidriosos, bien abiertos, ¿se

cerrarían ahora en el dulce sueño de la eternidad? Pensamientos de ese tipo flotaban entre los vapores del licor en su mente y sonaban bastante lógicos considerados a través de la nebulosa de la bebida. De hecho, los ojos del comandante se habían cerrado cuando cayó a tierra y la conquista del fuerte no cambiaría nada, más allá de que los gusanos que lo corroían pasarían a otros cadáveres. Pero ese pensamiento ni se le pasó por la cabeza a Jacob Markovich, y de haber pasado, seguramente lo habría desechado. En vez de eso, miró a los ojos a su nuevo comandante y dijo: "Si así lo quieres, iré contigo nuevamente al fuerte".

"En general, cuando una persona se salva del infierno, no se apresura a volver a él".

Jacob Markovich dudó antes de responder. Al mirar a su nuevo comandante quiso decir que la defensa de las poblaciones norteñas era lo que lo movía. Cuando miró a los ojos de su antiguo comandante y de sus tres camaradas, casi creyó que era en honor a ellos que volvería a la montaña. Pero cuando se revisó a sí mismo con los ojos bien abiertos, vio que ni lo uno ni lo otro. En aras de sí mismo era que Jacob Markovich quería conquistar la fortaleza, sólo para sí. Estando allí parado, espalda contra espalda con su comandante muerto disparándole a la noche, Jacob Markovich había sentido una maravillosa e inusitada paz. Cada miembro de su cuerpo latía en armonía total. Por primera vez en su vida, sentado en la tienda del comandante, mareado, deseó volver a sentir aquella seguridad febril, la estabilidad de sus pies sobre la tierra mientras las balas silbaban a su alrededor. Jacob Markovich se incorporó con lentitud e hizo la venia al comandante con mano temblorosa.

"Cuando volvamos a hablar, mi comandante, todo el valle estará tendido a nuestros pies".

No volvieron a hablar. El nuevo comandante de Jacob Markovich cayó no lejos de donde había caído su antiguo comandante, sólo que el nuevo cayó de espaldas, con la cara hacia arriba, y siguió ahogándose en su propia sangre por largo rato. Jacob Markovich quedó a su lado tratando de descifrar segmentos de oraciones que pudiera repetir luego a oídos de la familia del comandante: Patos. Examen de Biblia. Tamara. Ruth. Quema. Quema. Jacob Markovich memorizó sus palabras porque pensó que quizás sirvieran de consuelo a alguien en el futuro. Jamás conoció a la familia del comandante ni los rostros de Ruth o de Tamara. Pero nunca olvidó el del nuevo comandante, por más que trató. El comandante seguía atragantándose con su sangre y suspiraba: Tamara y Ruth, Ruth y Tamara, y Jacob Markovich sentía que sus oídos iban a explotar en cualquier momento. Por eso repetía una y otra vez el nombre de Bella, lo acariciaba una y otra vez así como los árabes acarician los rosarios de plegaria: Bella,

Bella, Bella, Bella, Bella, dejando que el nombre llenara sus oídos y su mente, subiendo el volumen y bajándolo de acuerdo a los gritos del comandante.

Además del comandante, esa noche murieron otros veintiún soldados. Se puede suponer que también ellos tenían alguna Tamara, Ruth o Bella, pero Jacob Markovich no tenía la mínima intención de ocuparse de ello, porque sabía que, si lo hacía, enloquecería. Por eso hizo lo mejor que pudo haber hecho: dejó de pensar en eso. Por completo. El nuevo y el antiguo comandantes se amontonaron uno sobre otro en la fosa común de las profundidades de su memoria, junto al rengo, al ebrio, al apostador y a los veintiún jóvenes más que ni nombre les dio. Jacob Markovich apisonó la tierra sobre ellos y siguió su camino sin mirar atrás. Al cabo de un mes, cuando pasó por el camino sinuoso a los pies del fuerte, mirando flamear la bandera hebrea, lo inundó una rara tristeza que le irritó los ojos y le apuró el paso.

5

Jacob Markovich arrinconó su pasado. Zeev Feinberg vivía su pasado como si fuera un presente continuo y eterno. Y Rajel Mandelbaum sentía que el pasado la perseguía con sus garras y en cualquier momento la atraparía y se convertiría en futuro. Una y otra vez despertaba en su cama oyendo el ruido del cráneo reventado del anciano judío en Viena. Habían pasado muchos años desde que viera la cabeza del hombre golpear en el canto de la vereda, largos años, pero desde que había empezado la guerra, el enervante sonido era vívido y concreto. Lo oía tan cerca, que no creía que fuera del pasado. Rajel Mandelbaum sabía: la guerra se acercaba a la colonia. Lo sabía a pesar de que los títulos de los periódicos decían lo contrario. Ella oía: reventaban cráneos en todas partes, y el eco de su estallido la perseguía adonde fuera. Ahora sabía que el ruido provenía de los campos de batalla en el norte, de las emboscadas en el sur, de las divisiones de ataque del este, y segaba a quien se pusiera delante. Los muchachos austríacos que empujaron al anciano de mano en mano habían salido a buscarla, y lo mismo daba si llevaban la cruz gamada en la manga o si su piel y su cabello se habían oscurecido y se habían convertido en árabes.

Rajel Mandelbaum siguió regando las rosas y alimentando a la criatura que creció y se convirtió en un niño, pero todo el tiempo tenía el oído atento a los ruidos que se acercaban. A veces interrumpía en medio de una canción de cuna para escuchar mejor, y a veces hacía todo lo contrario y cantaba más fuerte, el niño sorprendido la miraba y reía, y su voz se elevaba tanto, que el ruido del cráneo reventado casi desaparecía. Casi. Ella no le contó a nadie lo de las voces en su cabeza. No tenía a quién. Abraham Mandelbaum había sido enviado al sur hacía ya muchos días, aunque cuando compartían la misma casa las palabras que se dirigían cruzaban insondables océanos antes de llegar a destino. Jacob Markovich estaba en el norte, y salvo cinco cartas dirigidas a Bella, no había oído nada de él. Y Bella… su rostro irradiaba luz, su piel brillaba y toda ella era alegría. Rajel Mandelbaum no se atrevió a mellar su felicidad con sus angustias. Un día, tomó al niño de la mano y fueron a la casa de Sonia y Zeev Feinberg. Llegaron a la entrada y ella levantó la mano para golpear a

la puerta. Entonces miró por la ventana y su mano cayó. Estaban los dos sentados en la sala en silencio, los ojos de él mirando al vacío, los de ella al piso, y entre ellos estaba sentado el niño Yair sin pronunciar palabra.

Por las noches, cuando los aullidos del chacal subían y bajaban por sus oídos como una alarma, esperaba las bombas que llegarían desde el aire. El silencio de la noche no la distraía ni por un momento. Al amanecer, con el cuerpo dolorido de las horas de tensa espera, llevaba una mano a su entrepierna en busca de consuelo. Ya no pensaba en Johann, el soldado austríaco. Sus pensamientos al alba no se diferenciaban en nada de sus temores diurnos ni de sus angustias nocturnas. Pero, al cabo de cierto tiempo, tras persistir en ese consuelo con desesperación, le deparaba los pocos momentos de felicidad. Un suave escalofrío sacudía todo su cuerpo y silenciaba -por un efímero instante- las voces.

Incurriríamos en un craso error si pensáramos que Abraham Mandelbaum no le escribió cartas a su mujer. Ciertamente, ninguna fue jamás despachada por correo, ni siquiera escrita sobre papel, y con todo, Abraham Mandelbaum fue el más abnegado escritor de cartas. En sus bolsillos llevaba postales para Rajel, objetos raros que daban cuenta de sus andanzas y contenían su amor. Una piedra oval de color rojo. Las pinzas de un escorpión que habían quedado enterradas en la arena. Una rama florida de acacia. Por las noches, cuando sus compañeros de tienda estaban concentrados en sus cartas, Abraham Mandelbaum sacaba alguno de esos objetos y lo observaba largamente. La piedra oval, por ejemplo, era a la vez una sonrojada puesta de sol en la colonia, un rojo corazón latente y un misterioso punto en la frente de una mujer hindú. Abraham Mandelbaum miraba la piedra y se emocionaba mucho ante todas las posibilidades que tenía en la palma de la mano. Entonces cerraba los dedos sobre la piedra e imaginaba los dedos de la mano de Rajel abriendo un sobre y descubriendo adentro la piedra. ¿Acaso entendería, se detendría a mirar la sonrojada puesta de sol, o la arrojaría al patio? En realidad, aun si la arrojara al patio, la piedra hallaría su lugar. Qué agradable ese pensamiento: una piedra que había hecho todo el camino desde las arenas de Egipto estaba ahora en el umbral de la puerta de su casa. Pero, cada vez que recogían el correo (los sobres se amontonaban en el asiento trasero de la camioneta, fresco aroma de palabras recién cortadas), Abraham Mandelbaum se arrepentía y dejaba la piedra en su bolsillo. Qué pena, pensaba, que la gente se haya acostumbrado a recibir cartas donde se dice todo. Qué lindo sería si se recibieran cartas que no dijeran nada, y por eso el lector podría adivinarlo todo.

Es de suponer que esas ideas no se le hubieran ocurrido a Abraham

Mandelbaum de haber sido dotado con alguna medida de virtuosismo escrito. Pero así como no era un virtuoso de la palabra hablada, tampoco lo era de la palabra escrita. Palabras, las que fueran, despertaban en él cierta incomodidad. Demasiado drásticas, demasiado punzantes, como una jauría de perros babosos o un grupo de mujeres burlonas. Amaba a Rajel por sus abundantes silencios, y amaba el desierto, porque allí las palabras parecían inútiles. ¿Qué sentido tiene declarar "hoy hace calor", cuando el calor derrite la frase que trata de describirlo antes de terminar de pronunciarla? El desierto y su plenitud vaciaron las palabras de contenido. Por más que los otros soldados trataban de llenar la enormidad del espacio con palabras y chistes, gritándose mutuamente bromas groseras y cuentos de tono subido, muy pronto decaían los tonos sin que supieran por qué. Abraham Mandelbaum miraba los lechos de riachos secos y las montañas, veía los pedregosos riscos y los valles, y sentía que las palabras pronunciadas allí se desgranaban rápidamente sobre el suelo como fruta podrida. Independizado de las palabras, libre de disparar, mientras tuviera una piedra oval, las pinzas de un escorpión y la rama florida de una acacia, Abraham Mandelbaum era feliz en el desierto, feliz como nunca en toda su vida.

A veces, por las noches, pensaba en el niño. En un mes más, cumpliría cinco años. ¿Reconocería a su padre cuando volviera? Ni por un momento se preguntó si él reconocería a su hijo. Había cambiado mucho.

Era otoño. El cielo advirtió la expectativa de la gente y se pobló de nubes. La gente vio las nubes en el cielo y se llenó de expectativas. Las expectativas pesaron a las nubes y las agrietaron. El agua se colaba por las grietas gota a gota. La gente miró al cielo y dijo: "Lluvia". Y bastó que dijeran "lluvia" para que cesaran las gotas y las nubes siguieran avanzando. Tras una lluvia mentirosa como esa, el calor pesaba más que antes. Finalmente la gente dejó de mirar al cielo, porque ya no toleró más la espera. Era otoño, y la expectativa estaba detenida en el aire como siroco en agosto, como el frío en enero. Y donde estaba la expectativa, no estaban el siroco ni el frío, sólo las esperanzas, que siempre están a temperatura ambiente. Y cuando la expectativa y las esperanzas empezaron a marchitarse como zapallos olvidados demasiado tiempo en el campo, cuando la gente empezó a decir "este año ya no habrá lluvias" y ni siquiera miraba hacia arriba pensando a ver si se atreven, cuando el cielo se volvió supernumerario, simplemente estaba de más, entonces, llegó la lluvia y empapó la tierra. Y después de la lluvia llegaron las flores, lentamente, dudando; ya las habían pisoteado bastante los cadáveres de la primavera pasada. También esta vez les cayeron cadáveres

encima, primero más y después menos, hasta que una mañana terminó la guerra justo como había empezado, los cadáveres se enterraron en la tierra y las flores se cortaron y se pusieron sobre los cadáveres. Entonces volvió Abraham Mandelbaum a su casa y encontró a su mujer colgada en la carnicería.

Cuando su marido la encontró, el cadáver de Rajel Mandelbaum ya empezaba a rigidizarse y ponerse azul. Abraham Mandelbaum estaba parado a la entrada de la carnicería y miraba el cuerpecito, seco, que todavía denotaba lo hermoso que había sido. Los pechos redondos, que la ley de gravedad no pudo vencer, la trenza castaña, casi tan gruesa como la soga alrededor de su cuello. Y obviamente las orejas, suaves cuencos que no pudieron soportar más el ruido del cráneo reventado y, en su dolor, ordenaron a las manos rodear su cuello con la soga, a los pies trepar al banquillo y al cuerpo inclinarse hacia adelante. Porque justo cuando se silenciaron los ruidos de la guerra, cuando los periódicos se vistieron de fiesta y la gente bailaba en las calles, justo entonces entendió Rajel Mandelbaum que jamás cesarían los ruidos en su cabeza.

Mientras se sucedían las batallas, tenía la esperanza de que, si los judíos vencían, no volvería a oír el enervante ruido del cráneo reventado y volvería a oír otras voces: la risa de los niños, el susurro del trigo al viento, el mugido de una vaca. Pero desde que se declaró la victoria, no oyó más que el consabido estruendo, y supo que la acompañaría siempre. Cuando descubrió que la guerra podía perseguirla desde la lejana Europa, entendió también que jamás sabría si las batallas terminaban, si alguna vez ella estaría verdaderamente segura.

Quien no ha sabido vivir, rara vez sabe morir. Rajel Mandel-baum no podía haber elegido peor momento para suicidarse. Todo el país subido a la ola de la alegría y la felicidad, flotando en el aire de tanto alivio. Los colonos se saludaban radiantes, sonriendo hasta a los vecinos más odiados. Horneaban pasteles, hacían flamear banderas, hombres caían en brazos de sus mujeres, y niños abrazaban las piernas de sus padres. La alegría no sólo surgía de las entrañas, sino que estaba a la orden del día. Una verdadera obligación moral. Y Rajel Mandelbaum traicionó esa obligación. En el pequeño museo que erigieron más tarde junto a la carretera de entrada a la colonia, entre el puesto de falafel y el negocio de cerámicas, quitaron el recorte del periódico que declaraba el fin de la guerra. Y no sin razón: los periódicos alababan los festejos en los poblados vecinos, pero al referirse a la colonia se limitaron a mencionar el suicidio de Rajel Mandelbaum, un suceso realmente desconsiderado.

Al cabo de varias semanas, cuando la alegría amainó y el corazón necesitó otras cosas de qué ocuparse, la gente empezó a preguntar

“qué le pasó a Rajel Mandelbaum”. Mientras la exaltación del espíritu extendió sus alas, la gente se protegió en su sombra y fue un solo bloque de paz interior y unión. Pero ahora, la exaltación se había evanescido, la gente se miraba y se acordaba de que eran muy distintos. Alguien volvió a descubrir cuánto odiaba la cara de su marido. Otra persona se acordó de cuánto odiaba su trabajo. Deudas pendientes, conflictos no resueltos, esperanzas y envidias, todo ello volvió a emerger en cuanto pasó la ola de alegría que había inundado todo al finalizar la guerra. La dulce plenitud desapareció, y ahora la gente sentía el soso sabor de cotidianeidad, de la vida que vuelve a sus carriles. Tanto que anhelaron esa vida en tiempos de guerra, tanto que rezaron, añoraron y esperaron, y ahora, recordando aquellos días, se les colaba un dejo de nostalgia en la voz. “Entonces…”, suspiraban una vez finalizada la comida, “entonces estábamos ‘juntos’”. Miraban alrededor y no veían el “juntos”, pero cuando divisaron la carnicería de Abraham Mandelbaum supieron que, si había alguna posibilidad de encontrarlo, era allí. Así fue como, después de haber pasado los primeros días del duelo en absoluta soledad, de pronto Abraham Mandelbaum se encontró rodeado de mucha gente que venía a preguntar, a ayudar, a aconsejar, a consolar, porque “es la tragedia de todos” y “toda la colonia está contigo”.

Abraham Mandelbaum no los echó de su casa. En vez de eso, se echó a sí mismo. Las habitaciones estaban tan repletas, que nadie notaba su ausencia. Largas horas permanecía sentado en las escalinatas de piedra mirando el sol poniéndose en el mar, sus manos se dejaban atraer hacia las cartas de amor que habían quedado en su bolsillo cuando volvió de la guerra. Pasaba la mano de la piedra roja a las pinzas del escorpión y nuevamente a la piedra roja, las acariciaba con los dedos como quien acaricia una mezuzá. Las pinzas del escorpión brillaban como el mármol, y la piedra oval, pulida por el mar que ya no estaba y por vientos que ya pasaron, iba y venía entre los dedos del matarife, que sabían de mar y de vientos, porque conocían una honda tristeza y una imbatible nostalgia.

Mientras las manos de Abraham Mandelbaum palpaban ansiosamente la piedra, su mente se sumía en una especie de sueño. Desde el momento en que encontró a Rajel en la carnicería, su mente estaba obnubilada por una fina y blanca neblina que le enceguecía la vista y le entorpecía sus oídos. Él no sabía por qué ella había subido al banquillo justo el día que terminaron las batallas. Jamás le había contado lo del cráneo reventado que la había expulsado de Viena a la colonia, y por eso no podía adivinar que ese mismo cráneo la había expulsado de la colonia hacia el banquillo y la soga. A él se le ocurrían otras razones, oscuras y malas. Todavía no las percibía claramente, ya que la bendita neblina en su mente le ocultaba toda comprensión

cabal. Con todo, a través de las nubes blancas, algodonadas, podía entrever un pensamiento que se acercaba despacio, un gran oso negro acechando a la presa. A veces la neblina se esfumaba un poco y el oso se le acercaba, y entonces Abraham Mandelbaum se encogía y se decía: “Por mí. Por mí. Se colgó por mí. Porque yo volvía”.

Entonces extendía la blanca neblina sobre su cabeza, como un niño que se cubre con la frazada por temor a la noche, y sacaba su piedra y la apretaba entre el pulgar y el índice con mayor fuerza. De qué índole era el consuelo que obtenía de la piedra, no sabría decir Abraham Mandelbaum. Pero cuando el gran oso negro descubría sus dientes, cuando quedaba atrapado entre las garras de alguna vecina curiosa, cuando sin querer se dejaba arrastrar por la conversación de alguno de los campesinos, inmediatamente recurría con sus dedos al bolsillo y se aliviaba.

Pero un día despertó y no encontró la piedra. El sol recién asomaba y nadie entre los colonos había despertado aún, nadie había venido a llenar el vacío existencial con visitas de condolencia. Abraham Mandelbaum despertó en su pijama, se puso los pantalones e introdujo la mano en el bolsillo, pero esta vez sus dedos no encontraron lo que buscaban. Por un momento, se paralizó, pero enseguida reaccionó y buscó en el otro bolsillo… Quizás allí, quizás ayer la había pasado al otro bolsillo en un momento de distracción. Pero el segundo bolsillo estaba tan vacío como el primero, y su mano no halló más que aire para aferrarse. De pronto se oyó una voz desde el patio. Abraham Mandelbaum se apresuró a salir, ni alcanzó a ponerse la camisa. Al salir de la casa con las ventanas cerradas, la luz del sol lo encandiló y recién al cabo de un momento logró detectar al niño balbuceándole algo a los rosales. Los rosales le llevaban a Yotam media cabeza, su cabello llegaba a los pétalos más bajos. A pesar de los días que había pasado sobre la tierra, todavía miraba las rosas maravillado, con la misma admiración con que miraba a los saltamontes, a las personas y a las teteras. Yotam andaba como un pato entre las ramas, con paso dubitativo, como si sus piernas no hubieran decidido aún si querían caminar o flotar. Llevaba las manos extendidas lejos de su cuerpo, avanzando por la tierra húmeda como un equilibrista en la soga. Los ojos de Abraham Mandelbaum se posaron en la pequeña mano, cerrada en un puño. ¿Qué escondía el niño? Entre sus dedos vio de pronto un color rojo conocido. La piedra. De un solo paso recorrió la distancia que a Yotam le exigieron por lo menos diez. Extendió la mano y levantó al sorprendido niño. Yotam sacudió sus brazos en protesta y el rosal le devolvió un rasguño punzante en la mano. La piedra oval de Abraham Mandelbaum, sol del desierto egipcio que llevaba en su bolsillo y pulía con sus dedos, cayó entre las rosas.

En ese momento el niño estalló en llanto, no por la pérdida de la piedra que tanto lo había maravillado al despertar al alba, dado que el mundo está lleno de esos encantos, sino por la traición de las rosas. Pero Abraham Mandelbaum no se fijó en el llanto del niño, no lamió las gotas de sangre que se juntaron en la pequeña palma. Depositó a su hijo lloroso en el suelo y empezó a arrastrarse entre los rosales buscando la carta de amor de Rajel Mandelbaum sin encontrarla, levantando esperanzado una u otra piedra, y arrojándola con disgusto. El llanto del niño iba *in crescendo*, pero Abraham Mandelbaum seguía en cuatro patas sobre la tierra húmeda, con la vista clavada en el suelo. No está. La piedra no está. Y con la piedra desapareció también la neblina benefactora, se descorrió de la vista de Abraham Mandelbaum como el telón de un teatro, descubriendo lo que hasta ese momento no se había atrevido a mirar: Rajel Mandelbaum jamás lo deseó. Jamás lo amó. Si hubo una causa para su suicidio, la causa no fue sino él mismo.

Entonces miró los rosales con ojos que despedían fuego. La gloriosa belleza del jardín de Rajel Mandelbaum. La única gloria que se permitió. Las vecinas murmuraban que también aquella mañana, cuando se hizo la gruesa trenza, tomó la gruesa soga y salió hacia la carnicería, también aquella mañana se levantó muy temprano para regar las plantas, acariciar las hojas. ¿Acaso se preocupó además de acariciar también la mejilla del niño? ¿Acaso acarició así alguna vez su mejilla?

Muchos meses habían pasado desde que Abraham Mandel-baum arrancó con sus propias manos el algarrobo en el campo. Ahora arrancaba con sus manos los rosales de su jardín. Entonces vengó en el árbol la ofensa a su mujer, la soledad de Rajel hincada sola para parir. Ahora vengaba la ofensa de Rajel Mandelbaum a él, vengó la soledad que iba difundiéndose en él, que infectaba su sangre y cerraba sus oídos al llanto del niño. Las espinas protestaron, y las manos de Abraham Mandelbaum se tiñeron de rojo, y el rojo se extendió también por sus mejillas. El olor de la sangre que brotaba de las palmas de sus manos se mezclaba con el de las rosas, dulce y pesado bajo el ardiente sol. Durante todo ese tiempo, Yotam seguía llorando: primero por la sorpresa, después con ira y finalmente con largos y persistentes sollozos. Abraham Mandelbaum no le prestó atención, así como no le prestó atención a la sangre ni a las rosas, sólo revisaba constantemente la tierra. Quizás encontrara la piedra. Cuando llegaron los colonos a visitar a la familia de duelo, hallaron a Abraham Mandelbaum parado en el jardín, sus manos ensangrentadas y los rosales segados desparramados sobre la tierra como cadáveres.

6

Al niño se lo llevaron a Sonia. Salvo Rajel Mandelbaum, nadie sabía que la tristeza de Zeev Feinberg crecía y crecía hasta inundar también a su mujer, llena de vida. Para los colonos, Sonia seguía siendo la de siempre: una mujer capaz de hacer volver a un hombre del mar a fuerza de insultos y maldiciones, cuya piel emana fragancias de cítricos y cuya insolencia basta para provocar la huida de ladrones de caballos a fuerza de aullidos de lobo. Una mujer así, pensaban los colonos al llevarle al niño lloroso, una mujer así sabría qué hacer con un niño cuya madre se colgó en la carnicería y cuyo padre decapitó los rosales.

El ruido de manos golpeando a la puerta sacudió el silencio de muerte que desde hacía tiempo se había posado sobre la casa de Sonia y Zeev Feinberg. La casa estaba sumida en un silencio tal, que las moscas dejaron de visitarla, avergonzadas del murmullo de sus propias alas inundando las habitaciones. Sonia no abrió de inmediato. Un largo rato siguió sentada en el sillón, la mirada perdida, intentando descifrar el significado de los sonidos. Pero entonces creció la voz de Yotam por sobre el ruido de los golpes en la puerta. Un niño llora. Un niño llora en el patio de su casa. Pero a su propio hijo, a Yair, no lo oía llorar hacía ya mucho tiempo. El silencio de sus padres lo había alcanzado también a él, hasta el punto de que casi no se lo oía. Enseguida apareció Zeev Feinberg desde el dormitorio. Durante las últimas semanas le costaba tanto conciliar el sueño, que no diferenciaba el día de la noche y se acostaba cada vez que sentía la más mínima señal del bendito cansancio. Se dormía por unos instantes y enseguida volvía a despertar, a veces gritando, a veces temblando con los ojos abiertos de pavor. Se bamboleaba entre el sueño y la vigilia, cuando de pronto oyó la voz de Yotam. Un niño llora. Un niño llora en el patio de su casa. Inmediatamente se levantó y salió a la sala, y allí se encontró con Sonia corriendo hacia la puerta. Un niño llora. Un niño llora en el patio de la casa y ellos van a su encuentro, imposible saber si para salvarlo o para que los salve.

Ellos eran cuatro. Mijael Nudelman sostenía con los brazos extendidos al niño difícil de contener, como quien sostiene a un zorro

atrapado. Jaia Nudelman estaba parada detrás de su esposo, satisfecha de sentir que actuaba con justicia y desinterés. Yeshayahu Ron, detrás de Jaia Nudelman, aparentaba mirar al niño lloroso cuando de hecho recorría su traste con la mirada. Su mujer, Lea Ron, detrás de su marido, apoyada sobre el portón de entrada al patio, aparentaba no ver lo que él hacía. Cuando Sonia y Zeev Feinberg abrieron la puerta, se metieron los cuatro adentro hablando todos a una vez: "¡Se volvió loco!". "¡Sin duda alguna!". "¡Arrancó todas las rosas!". "¡Con sus propias manos!". "Es una pena, el niño, crecer sin madre". "Y con un padre loco". "Y él también tiene algo". "Definitivamente, llora y llora sin parar". "No paró en todo el camino hasta aquí". "Y patalea y rasguña, un verdadero salvaje". "Suerte que Mijael es tan fuerte". "Y su esposa tan caritativa". "Gracias Yeshayahu, me halagas demasiado"…

Mientras hablaban, miraban hacia adentro de la casa, dado que la bocas no hablaban sino para camuflar las miradas incisivas. Zeev Feinberg y Sonia eran conocidos por muchas virtudes, y la limpieza nunca había sido una de ellas. Con todo, lo que veían en la sala no recordaba para nada la pintoresca mezcolanza que caracterizó alguna vez esa casa. Entonces se acumulaban en el piso montones de cosas, y por más que toda relación entre ellas era totalmente casual, desde que la suerte las había puesto juntas creaban un mosaico atractivo. Una muñeca de trapo, un pantalón remendado, tres lápices -Sonia tenía la rara virtud de engarzar un objeto con otro creando uno nuevo, más elevado; jamás había cortado flores para poner sobre la mesa-; cada vez volvía del campo con otra cosa rara. Un caparazón de tortuga que se convertía en cenicero, una hoja seca cuyas nervaduras semejaban una mujer desnuda, una herradura que, invertida, era una boca sonriente. Las mujeres de la colonia torcían la nariz al ver la falta de higiene y el desorden, pero cuando volvían a sus casas lustrosas y parejitas, no podían dejar de recordar los ojos-ajos que Sonia había colgado sobre la boca-herradura sonriente, con expresión de talismán de la mala suerte. Ahora, usando al niño lloroso para revisar el aspecto de la vivienda, no hallaron nada de aquel estimulante desorden. La mezcolanza persistía, pero ahora parecía más una ruina que un parque de diversiones. Una vez traspuesta la puerta, el aire se había vuelto más denso y las palabras pesaban tanto en la boca, que lentamente dejaron de pronunciarlas. Hasta Yeshayahu Ron lo notó, y por un momento despegó su mirada de las asentaderas de Jaia Nudelman para entender qué estaba pasando allí.

A pesar de que sus manos eran muy rápidas, tanto para el trabajo del campo como para el amor, la mente de Yeshayahu era bastante lenta. No es que fuera tonto; era definitivamente capaz de hacer cálculos sin los dedos y de pronunciar enardecidos discursos que

tenían bastante predicamento. Fácilmente supo identificar el momento en que dejó de amar a su esposa, por más que su amor siguió dando tumbos antes de silenciarse para siempre, como una gallina decapitada. Pero llegadas las cosas a la geología del alma, a las capas ocultas al nivel superficial, ahí Yeshayahu Ron se sentía perdido como un niño. Cuando desvió la mirada del a todas luces fantástico culo de Jaia Nudelman, no acertó a ver qué era lo que tanto lo oprimía en aquella habitación. Cambiaba de pie con incomodidad, como bestia de montar que adivina el peso que deberá soportar sin entenderlo. Pero el lugar lucía parecido a lo que había sido, de modo que ¿por qué no volver a posar la mirada donde la tenía? ¿Qué es lo que le retenía la mirada clavada en esa habitación y por qué sentía como si estuviera por -de no ser que estaban ahí todos los demás- estallar en llanto?

Yeshayahu Ron conocía la angustia de esa casa, pero su origen estaba más allá de su comprensión. Precisamente porque nada había cambiado, precisamente porque el caparazón de tortuga seguía en su lugar sobre la mesa y la hoja seca se deshacía en el estante y la herradura permanecía en su lugar de siempre, precisamente por eso la casa parecía un cadáver embalsamado. Hasta el día que vio a Zeev Feinberg en el sendero con el ácido en los ojos, Sonia cambiaba a cada rato y la casa cambiaba con ella. A veces se levantaba por la mañana y decidía poner el caparazón de tortuga sobre el árbol del patio, por si a algún pájaro se le daba por usarlo de nido. A veces tomaba la herradura y la colocaba en la habitación de Yair para divertirlo con los relinchos. Y había días que arrojaba todo (todos los adornos de la casa), alzaba a Yair y le decía: “Ven, vamos a renovarnos”. Pero, desde el día que Zeev Feinberg volvió con el escarnio del niño muerto en su haber, Sonia no volvió a salir a buscar tesoros cotidianos, y los tesoros que estaban en la casa se volvieron lo que eran en definitiva: objetos comunes desprovistos de gracia.

Yeshayahu Ron no lo entendió. Zeev Feinberg y Sonia lo percibieron sólo débilmente. En cambio, a Yotam no le preocupó en absoluto la angustia de la casa porque hacía dos horas que lloraba. Le raspaba la garganta, y en el fondo de su corazón le nació un miedo amorfo de seguir así hasta la eternidad, llorando y llorando y llorando, porque de hecho ya había olvidado cómo detenerlo. No recordaba las rosas ni la maravilla roja por la que había salido esa mañana al patio, ni la traición punzante y el rasguño que le dejó en la mano. Ahora lloraba porque Mijael Nudelman lo sostenía extendido hacia adelante, y porque su papá no estaba ahí, y por su mamá, que no estaba ahí en otro sentido, que si bien vio, no entendió de qué se trataba. Pero entonces, entre las lágrimas, detectó algo nuevo y maravilloso: el bigote de Zeev Feinberg. Cuando Zeev Feinberg se acercó para ver al niño, su bigote quedó justo sobre la cara de Yotam. Y a pesar de que

ya había absorbido muchas vicisitudes, incluso se veía descuidado, así y todo el bigote logró lo que todos los demás no pudieron: hacer que Yotam Mandelbaum dejara de llorar. El niño dejó de llorar como si dejara un juguete que había tenido aferrado con todas sus fuerzas hasta que descubrió otro juguete. La mata de pelo negro le serpenteaba delante, tentadora y desafiante. Inmediatamente estiró la mano hacia el bigote de Feinberg y tiró con fuerza.

"¡Aaaay!", gritó Zeev Feinberg. Y en ese mismo momento, de un solo manotazo, se quebró el oscuro embrujo que envolvía la casa. Porque Sonia estalló en una carcajada, inevitable. La cara confundida de Zeev Feinberg cuando el niño le arrancaó la gloria de su machismo la tiró al piso, donde quedó sentada riendo, riendo y riendo. Zeev Feinberg la miró y empezó a reír él también. Y Yotam, que hacía mucho no oía ese dulce sonido, que ya dudaba de que los adultos fueran capaces de emitirlo, volvió a tirar del bigote con sumo placer. Sonia miró a los ojos a su marido y supo que habían ganado la batalla. El azul de sus ojos, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no estaba enrarecido, como una ventana que hubieran limpiado después de muchos meses.

7

Habían transcurrido dos semanas desde el fin de la guerra, y Jacob Markovich aún no había regresado. Tampoco escribía cartas. Cada vez que Bella salía al campo, no podía evitar mirar hacia el camino, por si lo veía volver. Cuantos más días pasaban, más seguidas eran las miradas que dirigía al camino. En cualquier momento llegaría. En cualquier momento vería su imagen encorvada, enclenque, bajando por el sendero que serpenteaba desde la colina. En más de una oportunidad se engañó: una mañana, el andar cansino del anciano cartero le pareció el andar de Markovich y la hizo correr a resguardarse dentro de la casa. Una vez adentro, no supo adónde meterse. Al cabo de un momento, se sentó en la cama, ordenó su respiración, el corazón le latía a tamboril. Qué le diría. Qué le diría. Un buen rato estuvo sopesando una larga lista de posibilidades hasta que llegó el cartero y golpeó a la puerta. Ante su anciano rostro, se turbó, pero otro día volvió a equivocarse al ver a Yeshayahu Ron en el campo con su azadón al hombro, viendo en él a Jacob Markovich volviendo con su fusil al hombro. Esa vez no entró a la casa, sino que se paró firme junto al cerco de piedra, el cuerpo tenso, tratando de devolverle a su mirada el frío desprecio que hacía tanto tiempo no irradiaba. A veces se preguntaba si el fuego eterno del odio puede ceder. Quizás, así como el tiempo apaga grandes pasiones, tampoco el odio deja más que rastros. Pero los días que pasó sola, así como alejaron el recuerdo del pecado que Jacob Markovich cometiera contra ella, también la hicieron paladear el sabor de la libertad. Y ese sabor era tan dulce, tan añorado, que la idea del regreso de Markovich se le volvía insoportable.

Jacob Markovich no abandonó su pasión, no olvidó a su mujer en la colonia. Pero tenía otra obligación, más urgente. Se había prometido que cuando terminara la guerra, ante todo, iría a casa de sus amigos. A las familias del rengo, del ebrio y del apostador. Dado que se demoraba, los nervios de Bella se tensaban más y más. ¿Volverá o no volverá? Y tal como suele suceder en casos de tensión nerviosa, que uno se va acurrucando hacia adentro en un remolino sin fin, fue precisamente la desgracia de otro la que cortó los tormentos de Bella. Cuando Bella Markovich oyó cómo asesinó Abraham

Mandelbaum los rosales y dejó de lado a su hijo, corrió a casa del matarife. Corría sola por el sendero que conducía a la casa. Los vecinos, que hasta aquella mañana se amontonaban a su puerta, ahora se habían encerrado en sus casas y desde allí observaban con rencor la casa del loco. Cuando Rajel Mandelbaum se colgó en la carnicería, intentaron ayudar a su marido con conversaciones banales, lo consolaban con visitas huecas. Ahora él también estaba perdiendo la cordura, la iba perdiendo con negligencia criminal, ya que no se lo podía culpar. Sin embargo, cómo no culpar a una persona que se entrega tan gustosamente al desvarío, lo abraza con las dos manos abiertas provocándose -sí, sí, provocándose a sí mismo- el fin. Si alguien enferma de gripe, la enfermedad es la que atrapa a su cuerpo y él no tiene culpa de nada. Pero si enferma del alma, ahí ya entramos en el terreno de la elección y la culpa, dado que a todos nos golpean las desgracias, pero no todos arrancamos rosales de la tierra con las manos haciendo caso omiso a nuestros hijos que lloran como si se tratara de gatos callejeros; qué digo, hasta con un gato callejero nos comportaríamos mejor. Es cierto, Rajel Mandelbaum murió trágica y repentinamente. Pero todos tenemos nuestras desgracias, en mayor o menor medida, y aun las menores son mayores para quien las sufre, como el día en que murió el cachorro del pequeño Asher Shajar y su llanto sacudió a toda la colonia; también desgracias como esa se respetan aquí, siempre y cuando se mantengan las proporciones.

Desde que los colonos decidieron que Abraham Mandel-baum era culpable de su desgracia, no le guardaron ni una pizca de compasión. Lo marginaron así como -en otra colonia, en otros tiempos- hubieran marginado a un leproso o tullido. La locura de Rajel Mandelbaum era una locura muerta. Pero la de Abraham Mandelbaum estaba vivita y coleando. Y quizás hasta era contagiosa. Los colonos le tenían pavor al contagio. Lo contagioso les robaba toda la empatía y los mantenía a distancia prudencial. En vano se decían que no es lo mismo una enfermedad espiritual que una física. También cuando se trataba de alguien con una enfermedad física grave intentaban culparlo. “Seguramente bebía mucho”, “Vivía una vida pervertida”, “Dicen que casi nunca se lavaba las manos”, “Su casa estaba mugrienta”… De ese modo escarbaban y buscaban (quizás se levantaba tarde, quizás salía demasiado temprano), hasta que daban con algo. Entonces se les pintaba en la cara la sonrisa ganadora, porque desde que encontraban una causa para la caída de su amigo se sentían defendidos. Porque el mundo es, después de todo, un sitio muy ordenado, y nadie cae a un pozo a menos que se lo haya cavado a sí mismo.

Por eso los colonos se encerraron en sus casas, corrieron las cortinas de modo de ya no ver siquiera la casa de Abraham Mandelbaum. Y por eso no olieron, no podían oler, el olor a humo que

subía de su patio. Bella Markovich olió y se apuró atraída por el humo hacia el patio de atrás. Allí encontró a Abraham Mandelbaum quemando todo el patrimonio de Rajel Mandelbaum: cincos vestidos, dos camisones y muchas cortinas que había cosido de su pasado, del guardarropas que había traído de allá.

"¡¿Qué haces?!", exclamó Bella Markovich. Abraham Mandelbaum no se dio vuelta hacia ella. Estaba concentrado en rasgar el camisón de su mujer. Esperaba que la tela se resistiera, que el algodón gritara al rasgarlo. Pero el camisón de Rajel conservó la costumbre del cuerpo que lo vistiera y, como él, cedió a la existencia en el momento en que la presión se hizo demasiado fuerte. Sin dificultad, se partió en dos en manos de Abraham Mandelbaum, y él, furioso ante la sumisión, arrojó los retazos al fuego.

"Por mí. Se ahorcó por mí. Porque no quería que volviera". Las palabras no salían de su boca, y Bella no oyó nada. A pesar de todo, entendió. Extendió su mano para ponerla en el hombro de Abraham Mandelbaum. Lo hizo vacilando, porque él era un hombre de grandes dimensiones, y su ira era mayor aún. Pero al contacto de la mano de Bella Markovich en su hombro, Abraham Mandelbaum se calmó instantáneamente. A veces, todo lo que necesita un hombre quebrado es sentir la mano de otra persona sobre su hombro.

Mientras Abraham Mandelbaum se quedaba en el contacto de su mano, Bella Markovich vio algo que la hizo saltar: en la profundidad del fuego, entre las llamas, había un cuaderno. Chico, con tapas de cuero duro que lo preservaron un momento del fuego. Cuando Bella descubrió el cuaderno, las tapas ya empezaban a rendirse a los lengüetazos de las llamaradas, en un momento más las hojas y las palabras se convertirían en cenizas. "¡Malvado!", exclamó Bella. Abraham Mandelbaum la miró sorprendido. Hacía un instante un ángel había posado su mano redentora en su hombro, y ahora lo castigaba una endiablada mujer, cuyo cabello brillaba a la luz de la fogata y sus ojos echaban chispas.

"¿Quemaste su diario íntimo? ¿Sus palabras? Ella casi no hablaba, esa mujer tan fina, tan introvertida, ¿¡y tú quemas las únicas palabras que nos dejó!?".

"Pero, yo…".

Ella no lo dejó hablar. Un hombre que arroja al fuego las palabras de su mujer muerta no tiene derecho a hablar. Bella se acercó al fuego. Giraba la cabeza, de las llamaradas a Abraham Mandelbaum, de Abraham Mandelbaum a las llamaradas. La compasión que había sentido por el matarife doliente se transformó en candente ira contra ese hombre que había elegido quemar todo recuerdo de la mujer amada, con tal de que no quedara nada de la que no lo había querido.

Antes de tomar conciencia de lo que hacía, metió la mano en el

fuego y sacó el cuaderno. La tapa de cuero ardiente se pegó a su mano dejándole una quemadura profunda, brillante. Pero Bella no soltó el cuaderno hasta que no estuvo fuera de peligro, recién entonces lo tiró al suelo y se tomó con el brazo sano el brazo quemado, profiriendo un grito que le brotó desde el fondo de la garganta. Abraham Mandelbaum se apresuró a tomar a Bella Markovich antes de que cayera. No cayó. Nunca había estado más firme. Estaba de pie como nunca antes lo había estado, sus dos piernas plantadas en el suelo como torres de acero. Bella Markovich se miró la mano que no parecía humana. Si bien los cinco dedos estaban en su lugar, la piel suave, delicada, se le había desprendido y yacía pegada a la tapa del cuaderno sobre el piso. Como se le había desprendido la piel de la mano, ahora se veía desnuda, una mezcla de rojo, violeta y amarillo, y emanaba un olor dulzón y repugnante a carne quemada. La mano de un monstruo. La mano de un monstruo de fuego. ¿Cómo podía reconocerse en ella a la noble, delicada mano, que bastaba que se posara en las teclas del piano para que empezaran a sonar por sí mismas? Los dedos que semejaban pétalos rosados, alargados, tales que si Bella se dormía en el campo las mariposas volaban a posarse en ellos y las abejas zumbaban en derredor buscando el néctar. La mano de un monstruo. Abraham Mandelbaum miró la masa del tejido, se agachó hacia adelante y vomitó. Y Bella seguía observando su mano, con curiosidad, sin horror. Pensó: “Entonces así soy yo, debajo de la piel”; y también, “vale la pena ver cuándo empieza el dolor”, y “ahora ya ningún hombre dirá de mí: ‘perfecta’”.

Una semana después, cuando las quemaduras de la mano dejaron de destilar savia amarilla, Bella Markovich abrió el cuaderno de Rajel Mandelbaum. Lo leyó junto al algarrobo a cuya sombra diera a luz su amiga, a los pies del que fuera su imponente tronco. Desde que Abraham Mandelbaum lo arrancara con sus propias manos, nadie se atrevió a sacarlo del camino ni a partir su cadáver y convertirlo en leña. El árbol truncado siguió acostado a un lado del camino, monumento mudo a la fuerza de Abraham Mandelbaum y a la locura del amor por su mujer. Si alguno de los colonos debía pasar al lado del árbol, apuraba el paso y, recién cuando estaba seguro de que ninguna de sus ramas podría alcanzarlo, murmuraba: “¡Chiflado!”, y seguía su camino. En cambio Bella buscaba la compañía del árbol, como quien pierde un objeto querido y trata de volver al último lugar donde lo vio. Y allí se la había visto últimamente a Rajel Mandelbaum, antes de que se convirtiera en la sombra de sí misma. Por esa razón, Bella se sentó sobre la tierra, con la espalda apoyada sobre el tronco ladeado, y a Zvi lo sentó a su lado, le dio dos algarrobas a modo de maracas y tomó el cuaderno. Bella pasó la mano sana por la tapa de cuero y se estremeció, porque recordó la quemazón de la tapa en su carne.

¿Que habría de encontrar allí, al otro lado de la tapa retorcida por el fuego? De todas las veces que habían conversado las tres -Bella, Rajel y Sonia-, jamás había comentado Rajel que llevara un diario íntimo. La sola idea de que llevara un diario contrastaba con la existencia de Rajel Mandelbaum, tan débil, suspendida en el aire, como aquellas flores de la manzanilla que se convierten en fantasmas blancos con la llegada del verano y, con sólo respirar a su lado, se esfuman a los cuatro vientos. En cambio, las palabras de un diario íntimo pesan, permanecen en su lugar por largos años después de que todo el campo, con todas sus flores, ha sido arado, abonado, abandonado, autorizado y muchos edificios se hayan construido allí. ¿Cómo, entonces, llevaría un diario íntimo Rajel Mandelbaum?

Ella no llevó un diario íntimo. Cuando Bella se atrevió finalmente a quitar la tapa de cuero (su mano sana tembló, su mano quemada acusó de pronto un dolor punzante), vio renglones cortos, ordenados, escritos en alemán. Las poesías de Rajel Mandelbaum. Tres veces tuvo que enjugar las lágrimas de sus ojos antes de empezar a leer. Esa mujer, que desde que llegó al país juró hablar hebreo, y nada más que hebreo, que venía a lo de Bella para ayudarla a dominar la nueva lengua, indómita, para poder utilizarla, que hasta su risa -aunque pocas veces la había visto reír- había adoptado el tono gutural del hebreo a expensas de la abundancia germana, esa mujer escribía en alemán. Poesía. La letra de Rajel Mandelbaum era urgente, angular, como si las palabras huyeran del extremo izquierdo de la página al extremo derecho, apuradas por llegar al punto final antes de ser atrapadas por los interesados en destruirlas: el hebreo, la esposa legal, que no tolera a las amantes; la época, que no permite -entre batallas y declaraciones, entre los parásitos de la plantación que hay que combatir y la ropa que hay que lavar- escribir poesías banales; el pasado, un toro furibundo, para el que toda palabra en alemán es una suerte de bandera roja y sin más trámite te clava los cuernos de la nostalgia.

Por fin, se secaron las lágrimas de Bella Markovich y se dispuso a leer las poesías. Sólo que no habían pasado más que contados minutos y ya volvía a lagrimear. Porque las poesías de Rajel Mandelbaum eran más hermosas que cualquier otra que hubiera leído hasta entonces. Las palabras del poeta de Tel Aviv comparadas con las suyas eran como negra caca de paloma salpicando la hoja. A la manera de los alquimistas, que saben convertir mágicamente lino en oro, tenía el don de depurar con sus palabras el recorrido del día y convertirlo en lágrimas doradas, prístinas. Así estuvo Bella todo aquel día leyendo las poesías de Rajel Mandelbaum, su mano sana sosteniendo el cuaderno, su mano arruinada apoyada en el tronco del árbol. Cuando terminó, tuvo la certeza de que las traduciría. La idea le sobrevino tan calma,

tan clara, como si todo el camino hasta allí hubiera estado destinado a conducirla a sentarse junto al algarrobo para decidir traducir las poesías de Rajel Mandelbaum. Bella levantó la mano quemada del árbol y la pasó por la tapa del cuaderno. Al tomar contacto con la tapa, las heridas volvieron a destilar líquido amarillo. Lo volvería a hacer, se dijo; todo, lo volvería a hacer. Ya que todo estaba destinado, seguramente destinado, a salvar del exterminio las poesías de Rajel Mandelbaum, pequeños diamantes en alemán en las profundidades de una oscura mina, en la cual hay que orientarse cuando la cabeza te da vueltas y las piernas están cansadas.

Zvi dejó caer las algarrobas y miró a su madre con asombro. Hacía ya más de media hora que no lo miraba, y su cuerpo sentía la falta de la mirada acariciadora, como el hambre. Emitió un breve sonido quejumbroso, estudiando el terreno, que sonó a pregunta, ¿estás aquí? Bella se apresuró a cerrar el cuaderno. Estaba ahí, claro que estaba ahí. Las palabras de Rajel Mandelbaum habían esperado tanto, esperarían un poco más. Y Zvi, al volver a sentir la mirada de su madre sobre sí, volvió a tomar los frutos, a hacerlos sonar y golpear uno con otro para anunciarle al mundo con bombos y platillos que todo estaba en orden.

8

Antes de cumplir los treinta, ya eran tres las criaturas llamadas con el nombre del vicepresidente de la Organización. Efraim Yemini nació en el kibutz Nitzanim el 13 de junio de 1948. Entre contracción y contracción, cuando sus gritos eran ahogados por el tronar de las bombas, su madre planeaba llamarlo Ishmael. Pero cuando cumplió los tres días, llegó la orden de desalojar el kibutz. Los egipcios venían en camino. La fatigada madre estalló en llanto y se negaba a levantarse. Todavía no podía caminar, ¿cómo comería el bebé sin ella? Esa noche, los miembros del kibutz pusieron sedantes en los biberones de leche y se los dieron a los más chiquitos. La casa-cuna hervía de gente, porque cada progenitor quería sostener la mano de su hijo, verlo dormido una vez más antes de separarse por un lapso incierto de tiempo. Y los niños, a pesar del sedante, estaban desvelados. ¿Cómo dormirse cuando los padres están a su lado? Generalmente, los padres se iban de la casa-cuna cuando caía la noche, y no había ruego ni llanto, por más desesperado que fuera -esos que suenan a ahogo: "Mami, déjame dormir con ustedes"- que los retuviera allí, y se volvían a sus habitaciones con el corazón oprimido pero con la convicción de cumplir con el deber. Los niños miraban sorprendidos a sus padres, y los padres miraban anhelantes a sus hijos, hasta que el sedante podía más que la incógnita, y los ojos de los niños se cerraban. Entonces, los padres alzaban a sus hijos (tan pequeñitos, tan livianitos) y salían con ellos a la oscuridad de la noche.

Caminaron casi dos horas hasta dar con los soldados que lograron eludir el sitio egipcio. Un último beso, un último abrazo: ¡Shshshsh! ¡Que no se despierten! Aún dormidos pasaron los niños de los brazos de los padres a los de los soldados. Los padres vieron a sus hijos mecidos en brazos musculosos, jóvenes, y se preguntaron si podrían volver a sentir el peso de sus hijos una vez finalizada la guerra. Los soldados sintieron en sus manos el peso de los niños y se preguntaron si alguna vez podrían sentir el peso de sus propios hijos una vez finalizada la guerra. Y sólo el vicepresidente de la Organización se preguntó por qué veía allí sólo veintidós criaturas, si debía haber veintitrés. Cuando se le comunicó que el niño era demasiado pequeño para abandonar a su madre, y su madre demasiado débil para

caminar, dijo: “Entonces yo los llevo a los dos”, y corrió al kibutz. Al cabo de tres horas volvió, la madre sobre sus espaldas y en su regazo el bebé que debió llamarse Ishmael, pero se llamaría Efraim.

Efraim Shárabi nació dos meses después, aunque nadie estaría dispuesto a apostar el día y la hora. Su padre, un eximio francotirador, luchaba por aquellos días en las montañas de Jerusalén. De alguna manera se enteró de que su mujer estaba por parir. Niño o niña o mono alado, no sabía. El vicepresidente de la Organización se enteró y ordenó al padre ir a su casa. Se negó. “Si dentro de cuarenta y ocho horas no te presentas aquí y me informas qué es lo que tiene entre las piernas, te parto la cabeza”. El padre corrió a su casa y descubrió que era varón. Lo llamó Efraim y se apresuró a volver. Dos semanas después, lo mataron.

Efraim Grinberg nació en Tel Aviv un pegajoso día de marzo. Heredó de su madre la nariz bulbosa y el temperamento irascible, y de su padre, la piel irritable y las cejas unidas en línea recta. Era una criatura bastante fea, aunque, definitivamente, había más feos que él. Su madre lo vio blandiendo su pequeño puño hacia arriba y hacia abajo, y supo que algún día haría lo mismo desde un escaño en el Congreso. Por eso le buscó el nombre de un líder ilustre. David estaba ocupado: demasiadas madres en la sección Maternidad querían poner ese nombre. Herzl se oía hasta el hartazgo en patios y balcones. Yehuda Grinberg estaba junto a la cama de su mujer mirando emocionado a su hijo. El niño empezó a llorar, y Fruma le tendió su pecho hinchado. Yehuda vio el imponente pecho y se acordó de los espumosos pechos que tenía Fruma cuando los probó por primera vez, en el barco hacia las costas de Israel. Cuando llegaron al puerto y se tramitó el divorcio, si bien Fruma prefirió recorrer el país y a sus hombres, luego volvió a él y volvieron a casarse. Ahora los pechos cremosos se habían convertido en leche materna. En ese momento, Yehuda Grinberg supo que llamaría a su hijo con el nombre del vicepresidente de la Organización, que fue quien lo destinara a ese operativo en Europa del que volvió casado. El gesto implicaba una dimensión de agradecimiento paralelo a sentimientos de inferioridad, dado que en la misma medida que Yehuda Grinberg quería reconocer que él era responsable de su felicidad, también disfrutaba imaginarse reprendiéndolo: “¡Efraim! ¿Otra vez hiciste caca fuera de la escupidera?”. Al Efraim grande no se atrevía a decirle más que “¡sí, mi comandante!”. Yehuda Grinberg se lo propuso rápidamente a Fruma Grinberg, quien lo sopesó y dijo: “Si bien el hombre no es aún un ilustre dirigente, sin duda va en camino de serlo a paso firme. Está bien, lo llamaremos Efraim”. Y el bebé feúcho, como si entendiera de qué hablaban, expelió una pequeña flatulencia.

El vicepresidente de la Organización no solía hablar de los niños

que llevaban su nombre. De modo que, cada vez que alguno de sus subalternos se hallaba en la encrucijada de elegir un nombre -ya que Herzl estaba trillado, y David gastado… y cuánto se puede rendir homenaje a los tres patriarcas-, de inmediato optaba por llamar a su hijo Efraim, una idea absolutamente original. En medio año le habían anunciado al vicepresidente de la Organización el bautizo con su nombre de otros cuatro recién nacidos, a todos debía abrazar, alzar y acariciar, mientras él añoraba a un solo niño.

A Yair Feinberg jamás lo había visto. Tres meses después del día que se había acostado con Sonia, irrumpió Zeev Feinberg en su oficina con una botella de licor en la mano, la aterrizó sobre la mesa y gritó: "¡Por la vida del niño!".

"¿El niño?".

"Bueno, quizás sea una niña. Habrá que esperar para saber. Dios mío, si es una niña, con el aroma de Sonia, ¡deberé venir a buscar ametralladoras y granadas para defenderla de los muchachos!". Al decirlo, Zeev Feinberg estalló en una sonora carcajada que se oyó en toda la comandancia, pero no llegó a oídos del vicepresidente de la Organización. La palabra "niño" se le atascó en la cabeza, justo al lado del tímpano, impidiendo que penetrara todo otro sonido. Niño. En el cuerpo de Sonia crecía un niño. Después, Zeev Feinberg destapó la botella y ambos bebieron. Zeev Feinberg le contó cómo le había cambiado el sabor a la vagina de Sonia y ahora estaba más dulce que nunca, un durazno, jamás probó algo igual, quizás alguna vez en lo de aquella de Guedera que tenía un ojo azul y el otro verde, a la que medio año después le nacieron mellizos, uno con ojos azules y el otro con ojos verdes. Después empezó Zeev Feinberg a dudar en voz alta: estaría diciendo durazno por durazno, o no, porque también hay ciruela y damasco, y cómo se puede acertar a describir la dulzura y la textura… Y mientras tanto, le brillaba una gota de licor en el bigote erguido, maravilloso, y el vicepresidente de la Organización miraba la gota y en ella se reflejaba una y mil veces la palabra "niño".

Finalmente se levantó Zeev Feinberg y se fue, no sin antes abrazar al vicepresidente de la Organización. El vicepresidente de la Organización se quedó sentado a su escritorio un largo rato antes de levantarse y hacer lo único que sabía hacer: matar árabes. Los mató en Galilea y en Hebrón, en las calles de Jerusalén y en las callejuelas de Jaffa. Cada vez que el conglomerado hebreo requirió tomar represalias o acometer acciones defensivas o -si hemos de ser sinceros y precisos históricamente- alguna iniciativa exitosa, el vicepresidente de la Organización era el primero en dar el ejemplo. Y bautizaron con su nombre a criaturas antes de que cumpliera los treinta.

Tres días después de terminada la guerra, volvió el vicepresidente de la Organización a su casa, hambriento y cansado. Estaba tan

agotado, que no advirtió que Fruma Grinberg corría hacia él desde el otro extremo de la calle, y así fue que lo atrapó sin ningún esfuerzo, como el conejo atrapado por el haz de luz de los faroles del vehículo: "¡Qué milagro, encontrarlo así!".

El vicepresidente de la Organización, para quien la palabra "milagro" se reservaba sólo para casos especiales (como aquel día que cayó una granada en medio del campamento y él la tomó en sus manos y la arrojó de vuelta), sólo asintió para guardar las formas.

"Hoy es el primer cumpleaños de nuestro Efraim. ¡Qué lindo sería que se nos uniera en el festejo!".

El vicepresidente de la Organización comprendió que le habían hecho una emboscada. De nada sirvió que señalara su uniforme manchado de polvo y de sangre ni que dijera que no corresponde que alguien se presente así en ningún festejo. A Fruma le brillaban los ojos con sólo ver las manchas. A su querido esposo, una piedra insolente se le había instalado en el riñón y lo había alejado de todo cargo con algún viso heroico. Por fin alardearía con un militar de pura cepa. Inmediatamente lo tomó del brazo y lo llevó a su casa. Allí lo recibieron todos entusiastas. No es cosa de todos los días codearse con un gran personaje en el camino a llenarse otro vaso de limonada. Le preguntaron acerca de sus hazañas en el norte, inquirieron acerca de sus andanzas en el sur, murmuraron sobre la porción de torta de amapola… "pero ¿es cierto que una noche evadiste el sitio jordano para tocar las piedras del Muro de los Lamentos?". Y no esperaban respuesta porque para ellos había sólo una respuesta posible. El vicepresidente de la Organización sonrió para mantener las formas, dejando que los cuentos se fueran espesando a su alrededor a la manera de aquella montaña rodeada de un velo de nubes que orlaba los platos de porcelana importados de China. Pero la sonrisa formal del vicepresidente de la Organización, lejos de aclararles a los huéspedes que estaban tejiendo leyendas infundadas, cuentos que ni siquiera merecían comentario alguno, no hacía más que convencerlos de la veracidad de sus palabras. Las sonrisas formales tienen la virtud de que cada uno puede encontrar en ellas lo que quiera.

"¡Les demostramos con quién están tratando!", rugió un hombre desconocido a su lado, mojado de transpiración y de limonada. El vicepresidente de la Organización asintió. Es un gesto que no cuesta dinero y alegra a la gente.

"¡Los espantamos de Lod y los hicimos huir de Jaffa. Ahora descansará la tierra cuarenta años!". El vicepresidente de la Organización quedó petrificado en medio de su asentimiento. "No", dijo, "no descansará". Porque a pesar de que sabía asentir muy hábilmente y estaba dispuesto a aceptar fantasías heroicas si era necesario, no podía tolerar tamaño autoengaño. Él había visto los ojos

de los árabes de Lod cuando liaban un par de cosas y salían de sus casas. Había visto el sol implacable. Había visto a una mujer tratando de amamantar a una criatura muerta. Y cuando la miró a los ojos, a los ojos de todos los árabes, fue como si viera sus propios ojos reflejados en el espejo. Porque él conocía esa mirada. Conocía la mirada de quien ha renunciado a lo único que ama. Cuando le respondió al hombre que destilaba sudor y limonada, no veía ante sus ojos los paisajes del país, ni el Mediterráneo, ni el lago Tiberíades. Al responderle, sólo veía los ojos de Sonia, distanciados uno de otro, y la mano de Feinberg acariciando el vientre de miel donde él había apoyado su cabeza. Eso había visto, y dijo: “Cómo es posible que la tierra descanse”.

Sin despedirse de nadie, con la porción de torta de amapola aún en su mano, salió el vicepresidente de la Organización de la casa. Los huéspedes lo siguieron con la mirada y se encogieron de hombros. Qué hombre raro. Sabe matar, pero su capacidad de alternar con gente en una conversación banal no es mayor que la de un reloj de pared. Ellos se servían otro vaso de limonada cuando el vicepresidente de la Organización salió exhalado camino a Jaffa. Tenía que saber la verdad, si es cierto que la mirada del árabe que mira de lejos la tierra es idéntica a la del hombre que mira de lejos a la mujer que amó. Cuando llegó a Jaffa, se vio obligado a recorrer ida y vuelta las calles antes de encontrar a uno de ellos. Lo tomó de la garganta y lo puso contra la pared. Bajo el pálido farol, lo miró largamente a los ojos. Si tan sólo hallara en ellos miedo. Pero el árabe le devolvía otra mirada, la que conocía tan bien, le quitó las manos de encima y lo dejó ir. Ahora sabía que, tal como él, que adonde fuera olería el perfume a naranjas de Sonia, así olerían estas personas sus naranjas, sus cítricos, sus olivos y sus vides, durante generaciones.

Toda la noche deambuló el vicepresidente de la Organi-zación por las calles de Jaffa. La noche era tan larga y las calles tan tortuosas, que de a ratos pensaba que el sol se había puesto para siempre, que eternamente desandaría así por calles estrechas, doblando ora a la derecha ora a la izquierda, descubriendo siempre la misma oscuridad… y al final, otra esquina y vuelta a doblar. Hasta que en una de esas vueltas, se topó de pronto con el sol. Al verlo, supo que la guerra había terminado. Y a pesar de que debió haberse alegrado, se asustó mucho. Por primera vez en su vida, se asustó. El sol iluminó las baldosas, y toda la cuadra se inundó de dorado. Había silencio. Ni una explosión, ni un disparo, el cielo se había silenciado de silbidos de aviones y de alarmas. Los oficiales no aullaban órdenes, los soldados no musitaban oraciones. Y en ese silencio, en ese tremendo y amenazador silencio, pudo oír el vicepresidente de la Organización lo que la guerra había logrado silenciar: a Zeev Feinberg contándole que



Sonia estaba embarazada.

9

Buscando a las familias de sus camaradas muertos, en primer lugar Jacob Markovich llegó a Safed. Pasó unos días con los familiares del rengo, contándoles cómo luchó, teniendo siempre al ángel Uriel en la mira, y cómo murió alabando a Dios. Cuando rezaban, él rezaba con ellos; cuando bendecían la comida, él la bendecía con ellos, y cuando llegó el momento de irse, comprendió cuánto consuelo había obtenido de esas ceremonias y de esas reglas, y que así como él tenía en su casa libros sobre cultivos de cítricos, así ellos tenían libros acerca del cultivo de la persona: cómo comer, qué darle para beber y cómo tratarlo en su dolor.

De allí fue a la casa del comerciante de Jaffa, donde lo recibieron con un vaso que dio contra el dintel de la puerta donde estaba parado. Jacob Markovich pensó: "¿Habrán tirado el vaso para acertarle a él y erraron, o esa era la intención de los dueños de casa, que así saludan a quienes vienen a visitarlos?". Un frasco de aceitunas que le dio directo en el vientre le aclaró que no lo estaban saludando. La mujer del comerciante de Jaffa, una mujer robusta con dedos de acero, le estaba arrojando utensilios de cocina y todo tipo de abarrotes. Antes de que Jacob Markovich alcanzara a abrir la boca, la mujer del comerciante alcanzó a arrojarle casi la mitad de los enseres domésticos; no mezquinó una botella de vino añejo ni un perfumado pastel recién salido del horno.

"¡Largo de aquí! ¡Inmediatamente! ¡O te arrojo también cuchillos!".

Jacob Markovich pensó en retirarse. Había luchado en muchas batallas, pero jamás sintió el peligro tan palpable como cuando la esposa del comerciante tomó la olla de leche hirviendo y la levantó para arrojársela.

"¡Detente! ¡Soy amigo de tu esposo!".

Jacob Markovich alcanzó a saltar hacia un costado antes de que el líquido espumoso lo alcanzara a él. Sobre sus zapatos quedaron unas gotas blancas que chirriaron un instante y luego se enfriaron.

"¿Otro cobrador? ¿O un importador de licores acechando a la presa? ¿O quizás también a ti te prometió alguna de nuestras hijas a

cambio de un buen trago?”.

“Agricultor”, respondió Jacob Markovich, y con eso bastó para que la mujer del comerciante de Jaffa dejara de lado el canasto de huevos que pensaba arrojarle. Detrás del canasto apareció un rostro de facciones angulosas y cabello renegrido.

“¿Cultivas vides?”.

“No”.

“¿Preparas sidra de manzanas?”.

“No”.

“¿Licor de ciruelas?”.

“Señora, jamás le he vendido bebida a su esposo”.

“Entonces ¿le diste gratis?”.

“No. Pero bebí a su memoria”.

Decenas de huevos se rompieron al unísono cuando la mujer del comerciante de Jaffa trastabilló y con sus pies dio vuelta la canasta. Amarillo y blanco se mezclaron en el piso de la casa.

“¿A su memoria?”. Por primera vez se quebró la voz dura y tembló.

Jacob Markovich carraspeó: “¿No se lo habían comuni-
cado?”.

“Vinieron unos tipos, pero cerré la puerta y me negué a abrirles. Pensé que había desertado para conseguir bebida y venían a buscarlo. Les derramé aceite caliente desde el techo”.

La mujer del comerciante de Jaffa se sentó en el piso pringoso. Jacob Markovich dudó un instante, después se acercó y se sentó a su lado.

“Tonto. Qué tonto era”. Redondas lágrimas empezaron a correr por el rostro anguloso.

“Y holgazán. Y mujeriego. ¡¿Reconoce que me ponía los cuernos?!”.

La cara angulosa giró directamente hacia Jacob Markovich, que se movía incómodo y por fin dijo: “Reconozco”.

“Mujeriego y adúltero”. La mujer del comerciante de Jaffa escondió la cabeza entre las manos. Su cabello negro, despeinado, le cubría casi todo el cuerpo.

“Y mentiroso”. Jacob Markovich bajó los ojos, en el piso se mezclaban las lágrimas de la mujer con la leche y los huevos rotos que le había arrojado antes. Cuando levantó los ojos, vio su rostro bañado en lágrimas.

“¿Estás de acuerdo conmigo en que era un cerdo?”.

“Absolutamente”.

“¡Ahhhh!”. La mujer sollozaba ahora con voz aguda y alta. Jacob

Markovich se concentró repentinamente en una pequeña mancha de huevo en sus pantalones. Mojó su dedo con saliva y trató de quitar la mancha. Sin éxito. No sólo la mancha no salió, sino que concentrarse en la mancha no sirvió para desentenderse del llanto que se volvía cada vez más difícil de soportar. Finalmente giró hacia ella y dijo la única frase que se le ocurrió:

"Pero debes saber que murió como un héroe".

La mujer del comerciante de Jaffa dejó de llorar. Con su mano sucia enjugó sus lágrimas y echó hacia atrás los mechones de cabello negro. Una vez descorrido el velo de las lágrimas y el llanto que los separaba, Jacob Markovich percibió hasta qué punto estaba cerca de ella y se alejó levemente. Ella lo miró burlona. "No hay tal muerto como un héroe. Muerto como un muerto". Jacob Markovich no sabía cómo responder a una frase como esa, que a pesar de sonar simple y honesta, encierra la semilla del castigo. Decidió atreverse y decir: "Sin embargo, es distinto".

Al oír eso, la mujer del comerciante se incorporó y fue hacia la cocina. Jacob Markovich fue tras ella. La mayoría de los utensilios y los abarrotes habían sido arrojados de forma indeseable, y sobre el mostrador quedaba sólo un pollo gordinflón.

"Este pollo, que estaba limpiando antes de que llegaras, ¿me dirás que le importa si lo hago en albóndigas o milanesa?".

"No es lo mismo, porque…".

"Y mi hombre", lo interrumpió, "ese tonto, holgazán, mujeriego, adúltero y cerdo mío, ¿le hace alguna diferencia si lo hacen héroe o degenerado?".

Y le arrojó también el pollo.

Confundido y cubierto por desechos de alimentos, Jacob Markovich llegó al Consulado norteamericano para averiguar si había algún pariente de su amigo el apostador de judaísmo dudoso. Tuvo que esperar casi dos horas allí antes de que le comunicaran que su amigo no existía.

"¿Qué quiere decir que no existe?".

"No está en la documentación".

"Entonces busquen en otros documentos".

"No hay otros documentos".

De nada le valieron a Jacob Markovich los relatos acerca del heroísmo del apostador en la fortaleza, ni descripciones impactantes de su honrosa muerte. "El hombre será un héroe", dijo el cónsul corrigiendo la postura de los anteojos sobre su nariz, "pero norteamericano no es". Otras averiguaciones en distintas instituciones arrojaron resultados parecidos, hasta que Jacob Markovich empezó a dudar de la existencia del apostador norteamericano de dudoso origen

judío. Sobre lo que no cabían dudas, era que había sido apostador. ¿Pero norteamericano?

Cuando se desahució por completo de las instituciones oficiales, decidió probar suerte entre la gente. Si bien las instituciones son más ordenadas que la gente, más organizadas, y los hechos de la vida se archivan allí en muchas carpetas por orden alfabético, suele suceder que las carpetas y la organización y el orden desconocen la existencia de fulano, a quien la gente conoce muy bien. No lo recuerdan por el número del documento de identidad, dirección y código postal, sino por el olor de su cuerpo, su forma de hablar, la forma en que estrechaba las manos de sus conocidos o castigaba a sus enemigos. Así que Jacob Markovich dejó de lado a cónsules y empleados, y se dirigió a las cuevas de apuestas. Si alguien conocía al apostador norteamericano de dudoso origen judío, debía estar allí.

Se llamaba André. Había nacido en Francia. Resultó que conocía Estados Unidos por fotos. Jacob Markovich oyó esos datos de boca de un hombre alto con una gabardina raída, que se negó a revelar su nombre. Tres noches pasó en clubes de apuestas antes de dar con la punta de un ovillo. Parecía que los apostadores eran sordos a todo sonido que no fuera el de agitar un dado. Cuando se dirigía a alguno, su mirada era vidriosa, y su boca, sellada. Finalmente, frustrado y enojado, Jacob Markovich saltó sobre una silla enclenque y gritó con toda su voz: “Busco información sobre mi buen amigo, apostador como ustedes. Pensé que era norteamericano. Ya no estoy tan seguro. Dijo llamarse Jacob, Yeikob, pronunciado en inglés. Tampoco estoy seguro de eso”.

Los apostadores lo miraron un instante, para luego volver a sus asuntos. La silla de madera chirriaba bajo el peso de Jacob Markovich, de modo que se bajó. En ese momento le habló el hombre del impermeable gastado. Su rostro se podía definir más por lo que no tenía que por lo que sí: le faltaban tres dientes. Las mejillas hundidas. Los ojos inexpresivos.

“¿Por qué quieres información sobre el apostador americano?”.

La sospecha en la voz del hombre de la gabardina raída le aclaró a Jacob Markovich por qué nadie respondía a sus preguntas. Seguramente creían que era un cruel cobrador de cuentas pendientes que buscaba a su colega. Se apuró a tranquilizar al de la gabardina: “Puede estar tranquilo, mi intención es buena”. El hombre de la gabardina lo miraba dubitativo. Jacob Markovich casi les revela la razón de su visita, pero después de la experiencia con la mujer del comerciante de Jaffa, decidió que esta vez no sería él quien les informaría de su muerte. “Es un buen amigo mío”. Pero esas palabras,

en vez de desechar toda duda, sólo consiguieron alterar al hombre de la gabardina. Se puso totalmente rojo, sus fosas nasales se abrían con cada inspiración. Sin darse cuenta, Jacob Markovich retrocedió.

“¿Un buen amigo? Si son tan amigos, ¿cómo no te dijo de dónde es y cómo se llama?”. El del impermeable examinaba a Jacob Markovich con odio en la mirada. Sus mejillas hundidas se hincharon por la ira. De pronto, Jacob Markovich comprendió que el hombre que tenía frente a él estaba celoso.

“No, no entiendes. Fuimos camaradas de armas. Comba-timos juntos”. Ahora el hombre de la gabardina se veía turbado y alarmado. Antes de que Jacob Markovich comprendiera lo que sucedía, el hombre de la gabardina lo tomó del cuello y lo puso contra la pared. Ninguno de los otros apostadores levantó la vista. Jacob Markovich luchaba para respirar. Los dedos delgados del hombre de la gabardina apretaban su cuello como tenazas. Empezó a ver manchas de color violeta y azul. De repente, más allá de las manchas vio el anillo de oro que tenía el hombre en su dedo anular. Era un anillo grande con una piedra, un rubí romboide. A través de su conciencia obnubilada, Jacob Markovich recordó un anillo idéntico que el apostador norteamericano de judaísmo dudoso llevaba siempre. El hombre de la gabardina pegó su cara a la de Jacob Markovich.

“¿Cómo saber que realmente eres su compañero de armas? ¿Cómo saber que la información que te dé no lo perju-
dicará?”.

Con labios temblorosos, con sus últimas fuerzas, Jacob Markovich susurró: “Ya nada podría perjudicarlo”.

Inmediatamente lo soltó. Una vez que Jacob Markovich logró volver a respirar a ritmo normal, buscó a su alrededor y vio al hombre de las tenazas de hierro llorando amargamente en la mesa vecina. Dudando, se acercó. El hombre de la gabardina echó la silla que estaba a su lado hacia atrás, indicándole que se sentara. Jacob Markovich titubeó, se pasó la mano por el cuello dolorido, pero finalmente se sentó.

“Un ángel inocente”, balbuceaba el hombre de la gabardina, “un ángel puro e inocente”. Jacob Markovich guardó silencio. Si bien apreciaba profundamente al apostador, “ángel puro e inocente” no habría sido lo primero que se le hubiera ocurrido decir de él. “Tan dulce, tan puro”, agregó el hombre. Jacob Markovich lo miró, indeciso. El sentido común y su cuello dolorido le indicaban alejarse del matón doliente lo más rápido que pudiera. Pero su obligación para con su amigo, y la curiosidad natural, le imploraban quedarse. Por fin, reunió coraje y preguntó:

“¿Lo conociste cuando llegó de Estados Unidos?”.

“¿Estados Unidos? ¡La dulce planta de su pie jamás pisó suelo

americano!”.

“Entonces ¿de dónde vino?”.

“De París. André añoraba una buena medialuna cada mañana de nuestra vida en común”.

Jacob Markovich hizo un esfuerzo por tratar de componer las diferentes piezas del rompecabezas, descifrar por sí mismo el enigma del apostador norteamericano, que ahora resultaba que no era norteamericano. Finalmente, abandonó.

“Dime, por favor, si nació en Francia, ¿por qué dijo que era norteamericano?”.

“Para despistar a sus acreedores franceses. ¡Una jauría de lobos acechando a su presa, eso es lo que eran!”.

El hombre de la gabardina raída levantó la cabeza y golpeó furiosamente sobre la mesa. La botella de licor que estaba sobre la mesa cayó y se estrelló contra el piso provocando un ruido que azoró a Jacob Markovich, pero no causó la más mínima impresión en los demás.

“Esos miserables lo persiguieron por toda Europa. Finalmen-te entendió que si quería vivir tenía que abandonar el continente”.

“¿Por qué no huyó a Estados Unidos?”.

“Todos huyen ahí. Por eso se vino a Israel. Sólo un chiflado huiría a Israel”.

“¿Y por qué se presentaba como norteamericano?”.

El hombre sacó una botella de su gabardina y bebió un buen trago. “¿Alguna vez apostaste?”.

“No”.

“¿Alguna vez quisiste algo tanto que no pudiste soltarlo, aunque te costara la vida?”.

“Sí”.

El hombre de la gabardina miró detenidamente a Jacob Markovich y le ofreció la botella.

“Menos de dos horas después de bajar del barco, cuando su mano dejó de temblar por el mal de mar, André se plantó delante de la mesa de juego sosteniendo un dado. Tú sabes lo estrecha que es Palestina. Todos los pecados se juntan acá en una sola miserable calle. En poco tiempo se hubiera corrido la voz de que llegó un apostador francés, los acreedores habrían venido corriendo, y André aparecería colgado en la mezquita de Jaffa con un disparo en la boca”.

“¿Y por eso simuló ser norteamericano?”.

“Antes de caer en las redes de la diosa de la fortuna, había sido profesor de idiomas. Un erudito que prometía. Se especializó en inglés y en griego antiguo. Cuando decidió crearse una coartada, dudó entre la identidad de un apostador norteamericano y la de un filósofo

griego. La decisión fue fácil. André admiraba a Hollywood. Y detestaba la tragedia griega”.

Al hablar, hacía girar el anillo de oro con el rubí en su dedo. Ahora veía Jacob Markovich lo filoso que era el rubí del anillo. Fácilmente hubiera podido abrirle la garganta a cualquiera. Jacob Markovich tragó saliva. Buscaba algo agradable para decirle al hombre a su lado. Por fin lo encontró: “Supongo que la rivalidad de apostadores se convirtió entre ustedes en verdadera amistad”.

El hombre de la gabardina movió su cabeza en señal de negativa.

“Jamás compartí con André una mesa de juego”.

“¿Dónde se conocieron?”.

El hombre señaló la pared a la que previamente había arrojado a Jacob Markovich.

“Ahí, en esa misma pared”.

Siguió hablando, acariciando nostálgico el anillo.

“Antes de la llegada de André, me habían contratado para apurar a un apostador americano que había huido a Israel de sus acreedores. Lo aceché muchos días en clubes de apuestas. Hasta que una noche estaba seguro de haber dado con él: apareció André, se mostró virtuoso con el dado y citó párrafos enteros que había memorizado de las películas de Humphrey Bogart. Cuando se levantó para irse, lo agarré del pescuezo y casi lo mando derechito al mundo donde todos los dados muestran seis. Pero entonces empezó a rogar por su vida en francés. Finalmente me convenció de que no era el que yo buscaba”.

Una lágrima salada rodó por la mejilla del hombre de la gabardina y cayó justo sobre el rubí.

“Obviamente, en otro sentido, sí era el hombre que yo buscaba. Pasamos un año entero juntos. Para su cumpleaños, le encargué un anillo idéntico al mío. Para que lo protegiera en caso de necesidad. ¡El dulce André! Él se reía con ganas y decía que jamás podría abrirle el garguero a nadie con la joya que había recibido de mis manos. Era delicado como una criatura”.

“¿Por qué se fue?”.

En el mismo momento en que terminó de formular la pregunta, Jacob Markovich se dio cuenta de que había sido un error. La curiosidad, pícaro demonio, se apoderó de su lengua, alejó la prudencia y la lógica más sana, que preservaban su existencia. La mano del hombre de la gabardina se paralizó sobre el rubí. Lo miró con visible hostilidad: “No me abandonó. Se vio obligado a huir”.

“Claro, claro”, Jacob Markovich se apuró a acordar con él.

“Un día volví de un viaje que me llevó una semana y encontré el departamento vacío. Mientras yo me ocupaba de un muchacho que se había portado mal y había escapado a Acre, llegaron aquí tres

hombres desde Francia. André se dio cuenta y desapareció. Algunos decían que se había ido del país. Otros, que se había alistado. Pero yo sabía que volvería. Me ocupé de esos malvivientes y fui a buscarlo entre los combatientes”.

“¿Se alistó?”.

“Dios me libre y me guarde. ¿Cambiar el anillo por un fusil? ¿Renunciar a la intimidad, a una muerte artesanal por una línea de producción en serie? No, no. Fui un combatiente *boutique* en una guerra de fabricación industrial. Nadie pronunciará mi nombre cuando se congreguen a otorgar condecoraciones, pero juro que con este anillo maté más árabes que todo otro soldado. Y hasta un oficial que me trató groseramente”.

Entonces empezó Jacob Markovich a contarle al hombre de la gabardina raída las heroicas hazañas de su amado. Cómo atacó la fortaleza y cómo cayó bañado en sangre. El hombre de la chaqueta escuchó con mucha atención acariciando distraídamente el anillo del rubí afilado. Cuando Jacob Markovich dio por terminado su relato, notó los pequeños cortes que el anillo había producido en los dedos del hombre. Diminutas gotas de sangre salpicaron la mesa como hongos. El hombre no le prestó atención a la sangre. Estaba concentrado en el rostro de Jacob Markovich.

“¿Y después de que murieron tus amigos saliste a recorrer el país? ¿Una batería de lloronas de un solo hombre?”.

“Quise asegurarme de que por cada uno de mis camaradas hubiera un par de ojos que lo lloraran”.

“¿Por qué se te ocurre que son importantes las lágrimas para tus amigos? Todos están muertos”.

“Ellas lavan el polvo que cubre sus nombres”.

El hombre se echó hacia atrás en su silla, sacó un cigarrillo de las profundidades de su gabardina.

“¿Y encontraste las lágrimas que buscabas?”.

“Encontré. La madre del rengo de Safed cree que su hijo está sentado junto al ángel Uriel. Alza sus ojos al cielo, pero sus lágrimas caen sobre la tierra; la mujer del ebrio de Jaffa me arrojó cuchillos, huevos y pastel, pero lloró su muerte antes de arrojarme el pollo; tú ibas a cortarme la garganta con ese anillo, pero te apiadaste de mí e hiciste tu duelo por el apostador. Ahora temo que uses el anillo para cortar tu propia carne”.

Él aspiró largamente su cigarrillo. Recién entonces pareció darse cuenta de las gotas de sangre sobre la mesa. “No”, dijo, “no me cortaré la carne. Debo esperar que venga el apostador americano de dudoso judaísmo”.

Por un rato, quedaron los dos en silencio. Como si ya no tuvieran

nada que decirse. Jacob Markovich se dispuso a levantarse, cuando el hombre de la gabardina le clavó la mirada. “Dijiste que también tú, como él, tienes algo que quieres tanto que no dejarías nunca, aunque te cueste la vida”.

Jacob Markovich pensó en Bella y respondió: “Es verdad”.

“Entonces ¿por qué no corriste en busca de eso, una mujer, supongo? La guerra fue tan larga, cada día de demora pierdes algo más”.

Jacob Markovich sonrió amargamente y respondió que nadie puede perder lo que nunca fue suyo. Cuando terminó de decirlo, aun antes de que alcanzara a percatarse de dónde exactamente, el hombre sacó un sobre bien gordo de las profundidades de su gabardina: “Toma”.

Cuando Jacob Markovich abrió el sobre que le extendía el hombre de la gabardina raída, vio lo que habitualmente pone la gente en sobres en las chaquetas: dinero. Pero en general no pone tanto. El sobre que el hombre le había dado estaba repleto de billetes.

“Lo único que yo hubiera querido obtener con estos billetes, ya no me lo devolverán. Quién sabe, quizás puedan devolverte a ti lo que tú deseas”. Y se levantó, indicándole que con eso había terminado la conversación. Así fue que Jacob Markovich volvió a su casa siendo un hombre adinerado.

10

Cuando Jacob Markovich se acercaba a la colonia, Bella estaba parada en el extremo del campo. Es decir, hacía mucho tiempo buscaba una rima hebrea para uno de los versos en alemán que dejara Rajel Mandelbaum. Cuando se topaba con un verso especialmente reticente, Bella se levantaba de la silla en la sala y empezaba a caminar por la habitación. Con el movimiento, la falda se le arremolinaba entre las piernas, y con las inesperadas ráfagas de viento, en más de una ocasión aparecía la rima adecuada. Pero casi siempre el hebreo se mantenía inexpugnable. Entonces Bella abría la puerta y salía de su casa al patio, caminando alrededor del cantero. Generalmente el olor a tierra húmeda reconciliaba las palabras, que accedían a presentarse donde se las requería. Y a veces, tanto el cantero como el olor a tierra defraudaban, y Bella Markovich se veía obligada a trasponer el cerco de piedra y caminar por el campo que se extendía detrás de la casa. Había concomitancia entre la distancia que recorría a pie y la resistencia que oponía el idioma hebreo a la traducción. Sólo en contadas ocasiones debió alejarse hasta el extremo del campo, y una única vez debió llegar hasta el límite de la colonia antes de exclamar: "¡Zozobra!", para volver rauda y entusiasmada sobre sus pasos, directamente a su escritorio.

Pero podía suceder que, en medio de la concentrada persecución tras una rima, Bella se paralizara de repente. Tensa al oír un susurro o al percibir algo con el rabillo del ojo. Su mirada recorría la línea del horizonte, los campos, el sendero que conducía a la casa de piedra. Sólo después de asegurarse de que sus sentidos le habían jugado una mala pasada, que seguía sola, recién entonces volvía lentamente al trabajo poético, la punta de su nariz aún temblaba con suspicacia. Cada vez que Bella giraba la cabeza hacia el sendero, también Zvi lo hacía. Él no sabía qué buscar allí, pero la tensión en los movimientos de su madre, esa cuerda íntima que repentinamente despertaba en ella, llevaba su mirada hacia la colina. Cuando Bella se dejaba absorber por la traducción y él se cansaba de sus juegos, solía mirar hacia el sendero con ojos expectantes. Quizás aparecía aquello que su madre esperaba. Así quedaba él, de pie, esperando sin saber qué. Antes de cumplir los cuatro, ya era un experto en espera. El presente

no era para él sino un corredor que debía atravesar en su verdadero camino hacia lo desconocido. Así, sin tomar conciencia de la incidencia de sus actos, Bella le transmitió a su hijo la misma enfermedad de la espera que la aquejaba desde su mocedad.

El día que Jacob Markovich volvió a su casa, Zvi caminaba unos pasos más rezagado que su madre, mirando con interés a los reptiles del campo. Hacía tiempo había aprendido que en momentos como ese, cuando su madre caminaba de un lado a otro y sus labios se movían sin voz, cuando su linda frente se arrugaba al pensar, en momentos como ese no debía molestarla. Bella estaba parada al extremo del campo tratando de imponerse a las palabras mediante juramentos y conjuros, seduciéndolas con promesas, pero en vano. A través de sus ojos abiertos veía sólo letras, muchas letras, indómitas a rabiar. Pero entre las letras, de pronto, divisó una persona bajando por la colina. Sin más, Bella desvió la mirada de aquella persona. El hombre que venía a lo lejos tenía un andar erguido, de un poderío contenido. Ese no podía ser Jacob Markovich. Bella volvió a su juego de seducción con el hebreo, y al cabo de pocos minutos, cuando comprendió que esta vez no ganaría la puja, se dio vuelta enojada y pateó la tierra. Al hacerlo, desencadenó la ruina sobre un pequeño escarabajo que hasta ese momento había hecho la felicidad máxima de Zvi. Pero el niño no lloró. En lo profundo de su alma, bien sabía que un escarabajo, por más encantador que fuera, no era sino un sustituto débil, un entretenimiento pasajero mientras no estaba pendiente del sendero que bajaba de la colina. Por eso, volvió a mirar al sendero y vio al hombre. Zvi se apresuró a mirar a su madre, pero Bella (frustrada por no dar con lo que buscaba, aunque algo divertida) ya casi llegaba a la casa. Así sea. Ese hombre que bajaba por la colina seguramente no era quien esperaba su madre. Pasaría delante del cerco de piedra y seguiría su camino, tal como hacían todos.

Sin embargo, lo observó acercarse y, con cada paso que daba aquel hombre, era como si se abriera en el pecho de Zvi una ventanita, porque sus pasos le recordaron algo que no podía recordar, y cuando el hombre estaba a pocos metros del cerco de piedra, los ojos de Zvi se llenaron de lágrimas. Porque también ese hombre seguiría su camino, y escarabajos y juguetes seguirían sin tener importancia, sólo la espera y la expectativa, espera y expectativa que ni siquiera conocían su razón de ser, y no obstante lo instaban a mirar diariamente hacia el sendero de la colina, por el que tantos bajaban y ninguno se detenía. Pero entonces, aquel hombre dobló y empezó a caminar hacia la casa, y Zvi se sacudió la parálisis en que había caído y corrió a los sorprendidos brazos de Jacob Markovich.

Desde el interior de la casa, a través de la puerta abierta, Bella oyó el palpitar de la carrera de Zvi. Desde su ubicación, no podía ver qué

había atraído la atención del niño. Seguramente un pájaro. Quizá un gato. De una u otra forma, debía almorzar. Bella fue a la cocina y tomó dos platos, y así estaba con dos platos en sus manos cuando entró Jacob Markovich con su hijo en brazos.

Al cabo de pocos días, el niño ya lo llamaba papá. Jacob Markovich se asombró; jamás había pronunciado esa palabra a oídos del niño, y seguramente Bella tampoco se la había mencionado. ¿De dónde sacaba el niño el mote "papá", que hacía sonreír al mismo Zvi toda vez que lo decía y provocaba olas de calor en el cuerpo de Jacob Markovich? Jacob Markovich le dijo a Bella: "Probablemente haya oído a alguno de los niños de la colonia llamar así a su padre". Bella contuvo el impulso de asentir. Desde que Jacob Markovich había regresado, ella había adoptado una máscara congelada de marfil. Se mantenía así también cuando dormía. En cambio Zvi, cada vez dormía menos. Recién se había acostado y ya se oían sus pasos en el piso yendo al sofá donde dormía Jacob Markovich, para cerciorarse de que aún estaba allí. A veces era medianoche y Jacob Markovich se despertaba por el contacto de dos pequeñas palmas palpando su cara. La cara de Jacob Markovich, una cara sin particularidad alguna, una cara tal que, una vez vista, casi de inmediato se borraba de la memoria, esa cara era para el niño una fuente inagotable de interés y de placer. Revisaba los ojos algo hundidos, las cejas ralas, las hendiduras de las arrugas en las comisuras de los labios, la curva de la frente. Jacob Markovich se entregaba a dicho examen con todo su ser, aun si el niño le pellizcaba la nariz o introducía un dedo imprudente dentro de sus ojos. A veces le parecía que hasta la llegada de Zvi, con sus revisiones, jamás había conocido realmente su cara. Con cada contacto, con cada rasguño o cosquilla, Jacob Markovich sentía que se le ampliaba la visión acerca de su propia existencia.

Desde el dormitorio, Bella escuchaba las investigaciones nocturnas de Zvi. Oía los piecitos yendo al salón y su corazón se encogía. A pesar de que hacía mucho tiempo deseaba que el niño dejara de perturbar su sueño con sus miedos y sus elucubraciones, ahora quería que sus pasos nocturnos lo llevaran a su cama. Quería ver su carita redonda asomando por la puerta, preguntando: "¿Puedo?", y que se zambullera en su cama antes de que ella alcanzara a rechazarlo… pidiendo una canción, un cuento, balbuceando algo sobre un sueño y durmiéndose antes de terminar de contar. El placer que encontraba el niño en recorrer la cara que ella odiaba le despertaba fuertes sensaciones. Pasó mucho tiempo antes de que diera en ponerle nombre. Celos. Estaba celosa de Jacob Markovich. Le sonaba tan absurdo, tan detestable, que desviaba la vista para no verlo siquiera. Jacob Markovich lo notó, pero de todos modos no podía quitarle los ojos de encima, porque ella era -aún lo era- la mujer más hermosa que había visto en su vida. Sin

embargo, no era perfecta. Una gran cicatriz cubría la palma de su mano izquierda, tan espeluznante, que ni siquiera a sus ojos podía tener belleza. Varias veces intentó preguntarle cómo había ocurrido y obtuvo una fría mirada por respuesta. De modo que decidió preguntarle a Feinberg. Pero cuando llegó a casa de su amigo, la encontró cerrada con llave.

Diez días antes se había presentado Sonia en casa del vicepresidente de la Organización. Él estaba precisamente enfrascado en un libro, levantó la vista y la encontró. Como si hubiera estado siempre ahí. Como si no hubiera levantado la vista miles de veces en el pasado con la esperanza de verla, para contentarse luego con la pobreza de la habitación. Tuvo que volver a bajar la vista hacia el libro para volver a levantarla y cerciorarse de que no estaba teniendo visiones. Pero también la segunda vez estaba ahí. Algo más rellena. Muy decidida. Sus ojos grises, tan distanciados uno de otro, lo miraban directamente. Y por un breve instante, el vicepresidente de la Organización pensó que había llegado el día en que se había despegado de su amor por ella. Cuando miró a Sonia al otro lado de su escritorio, no sintió nada más que sorpresa. Su corazón no vibró. La sangre siguió fluyendo lenta por sus venas. La temperatura del cuerpo se mantuvo. Salvo el graznido de los cuervos, no se oía piar a los pájaros de la calle. Es decir, la presencia de Sonia en la habitación le parecía al vicepresidente de la Organización carente de influencia. Pero entonces, como aquellas bombas que había ocultado en la guerra, que la mecha permite algunos instantes antes de que todo arda, la mecha de la presencia de Sonia llegó a su fin. El corazón del vicepresidente de la Organización empezó a oscilar como la hélice oxidada de un avión, la sangre empezó a fluir con fuerza, la temperatura corporal trepó súbitamente, y todos los pájaros de Tel Aviv (gorriones en las calles, palomas en las plazas, tordos sobre el alambrado eléctrico, colibríes en los jardines, gaviotas en el muelle y un loro en un prostíbulo) empezaron a cantar al unísono.

Con el canto de los pájaros ensordeciendo sus oídos, se dirigió el vicepresidente de la Organización a Sonia y le preguntó para qué había venido. Estaba convencido de que el bullicio de los pájaros había confundido las palabras de Sonia cuando le respondió que había venido a pedirle que salvara a su marido.

"¿Salvar? ¿A Feinberg?". De hecho, quiso decirle: ¿Tú me pides que salve a Feinberg? ¿A Feinberg, que duerme contigo por las noches y te abraza por las mañanas y puede acariciar cuando quiera, ¡ahora mismo incluso!, tu mejilla? ¿De qué hay que salvarlo? ¿Qué mal podría amenazarlo?

Sonia se sentó en la silla de madera del otro lado del escritorio e inspiró hondo hasta llenar sus pulmones: "Pues, la cosa es así…".

Entonces le contó al vicepresidente de la Organización lo sucedido a Feinberg en la guerra, cómo se había marchado de su casa erguido y regresado hecho una piltrafa, cómo no lograba conciliar el sueño de noche y andaba intranquilo de día, cómo se había rasqueteado la piel con piedras y esponjas duras, cómo andaba tenso como un perro apaleado ante cada paso y cada murmullo, cómo se torturaba y se atormentaba por un secreto que ella no lograba desentrañar y que no le daba paz ni sosiego. "Cuando llegó el niño, creí que con eso se redimiría", dijo Sonia, y los oídos del vicepresidente de la Organización zumbaron, pero entonces siguió hablando del hijo de unos conocidos que les habían traído después de que su madre se suicidara y su padre hubiera enloquecido de pena. Dijo que durante varios días alimentó la esperanza de que bastaba con la presencia de ese niño para que Feinberg reaccionara y volviera a ser él. Pero el consuelo que había traído aquel niño no había sido duradero, sólo una tregua en medio de las copiosas lluvias, un débil rayo de luz después del cual el invierno pareció recrudecer.

"Ahora tengo dos niños a cargo. No puedo cuidar también a Zevik. Ni sé cómo hacerlo".

El vicepresidente de la Organización la miró a los ojos. Esperaba ver lágrimas, pero en su lugar vio sólo grises rocas de granito, incólumes. "¿Qué quieres que haga?".

"Una vez huyó a tu oficina con Markovich y te pidió que le salvaras la vida. Entonces lo enviaste a Europa. Hazlo una vez más".

"¿A Europa?".

"Aquí la tierra lo envenena".

El vicepresidente de la Organización acotó que la tierra europea no es famosa precisamente por sus bondades, quizás sería mejor enviarlo a una casa de rehabilitación… No, ella no enclaustraría a Feinberg en la compañía de mujeres disecadas y artistas delirantes. Así como no enviaría a un tigre herido a sanarse en una granja agrícola. No por lo que pudiera pasarles a los animales de la granja, sino por el aburrimiento, que podría matar al tigre. "Él necesita una buena cacería. Algo que perseguir. Algo que odiar y algo que amar, y una clara distinción entre ambos".

El vicepresidente de la Organización sopesó un momento esas palabras. Ciertamente, era período de caza y en más de una oportunidad pensó en proponerle a Feinberg unirse a uno de los pelotones que recorrían Europa buscando nazis evadidos. Pero una y otra vez desechó la idea. Bien sabía que no era por venganza del pueblo judío que pretendía mandar a su amigo a los bosques de Alemania, sino por ese par de ojos grises, y el suave aroma a azahares, y un niño cuyo rostro no había visto jamás, pero la sola idea de su existencia le provocaba un torbellino de signos de pregunta. Sin

embargo, ahora la situación era otra. No era él quien quería alejar a Feinberg, sino la misma Sonia. Antes de comprender lo que su boca ejecutaba, dijo: “Con una condición”.

Sonia levantó una ceja sorprendida. La idea de que el vicepresidente de la Organización pusiera condiciones no se le había ocurrido. A él tampoco.

“Ven a trabajar aquí, a Tel Aviv. Necesito una secretaria. Mientras Feinberg esté en Europa, nada te atará a la colonia”.

“Pero la casa…”.

“Te alquilaré un departamento”.

“¿Supongo que te guardarás una llave?”.

“Prometo ni siquiera ir a golpear a la puerta, si es que no me invitas”.

Sonia miró al vicepresidente de la Organización y sonrió.

“Perdón, Efraim. Por un instante pensé que te aprovechabas de mi situación”.

El vicepresidente de la Organización reprendió a Sonia. La condición que había establecido era por su bien no menos que para el suyo propio. No iba a negarlo, él querría verla todos los días a su lado (y sus noches, y en los espacios violáceos entre el día y la noche y entre la noche y el día), pero también ella estaba demasiado cansada como para volver a esperar en la playa a Feinberg, con un crío en cada mano, noches y días. Tenía hijos que alimentar, una rutina que cumplir, y ninguna mujer puede mantenerse sin un sustento digno. Porque convengamos, Sonia, quizás sea posible morirse de amor, pero difícilmente se puede vivir de él.

“Bien”, dijo Sonia, “vendré”.

Pero inmediatamente le previno que no dejaría una piedra sobre otra en esa oficina llena de polvo, donde no entraba ni un rayo de luz y que se parecía más a la cueva de una rata que a una oficina. Con cada palabra suya, se iba ensanchando más y más la sonrisa del vicepresidente de la Organización.

Muchas horas después de que Sonia se hubiera ido, persistía aún el olor a naranjas en la habitación.

11

Cuando Jacob Markovich llegó a casa de Sonia y Zeev Feinberg, ella ya estaba en Tel Aviv, y él, en altamar. El aire salado le hacía bien. El movimiento del barco en el agua le inspiraba serenidad. Para una persona que huye de sus pensamientos, es bueno estar en movimiento perpetuo. Cada vez que la imagen de los cadáveres de la madre y su hijo golpeaban a la ventana del camarote de Zeev Feinberg, se apuraba a arrojarlos desde la cubierta y el barco seguía su curso sobre el mar. Una y otra vez el recuerdo golpeaba a su camarote y Zeev Feinberg lo tomaba y lo arrojaba al mar. Hasta que lentamente empezaron a extenderse los lapsos de tiempo entre una y otra vez, y Zeev Feinberg se sorprendió pasando horas enteras libres de la imagen de la madre muerta abrazando la tierra y su bebé abrazando su espalda. Empezó a salir de su camarote. Primero sólo unos minutos. Miraba el sol, el agua y las caras de las personas, y volvía. Pero muy pronto vio qué lindo era el sol, el agua y sobre todo las personas, y pasaba parte del día fuera del camarote.

Cuando comprendió que efectivamente había vuelto a la sociedad, se preguntó cuándo volvería a hablar. Había pasado tanto tiempo. A veces, cuando oía a algún payaso de cubierta contar un chiste trillado, la lengua le bailoteaba en la boca pujando por romper el muro del silencio. Pero él se resistía. Temía haber olvidado cómo hablar con gente. Hasta que una noche, con la ayuda de varias copas de licor y de dos risueñas jovencitas, cayeron los muros de silencio de Zeev Feinberg. Cayeron de repente. En un momento, escuchando cómo un hombre sentado a su lado en la mesa arruinaba un buen chiste, estalló: "¡Así no! ¡Le sacas todo el jugo!". Entonces volvió a contar el chiste, y las muchachas rieron encantadas, y tan bien lo hizo, que hasta el hombre interrumpido -que al principio echaba chispas- rio a carcajadas. "Como andar en bicicleta", pensó, el cuerpo lo recuerda todo. Y se acostó en su camastro tranquilo y contento, y hasta muchas horas después no soñó con la mujer y su bebé.

Pero cuanto más se acercaban al continente europeo, más intranquilo se tornaba Zeev Feinberg. Temía sentirse seguro mientras navegara y que cuando pisaran tierra firme, cuando dejara de mecerse

en el agua, volvieran todos esos recuerdos arrojados desde la cubierta y lo atacaran mancomunadamente. Al llegar a destino, saltó del barco y empezó a caminar con decisión. Quienes habían venido a recibirlo se vieron obligados a correr tras él. Entre los miembros de ese operativo, era el único que no había estado en Europa durante la guerra. Antes de su arribo pensaron que por esa razón quedaría a la zaga. En acciones de ese tipo, lo más importante es el compromiso personal. Pero muy pronto notaron que, por el contrario, Zeev Feinberg no se detenía ni un instante. En quince días habían recorrido medio país, rastreando aldea por aldea, un poblado tras otro, en movimiento constante. Aun si la caza les era propicia, cuando le ponían las manos encima a algún consabido criminal, Feinberg no los dejaba dormirse en los laureles. "Andando, hay más". Sus colegas alababan su determinación. Nadie sabía que no era la abnegación lo que movía al cazador del bigote, sino el miedo. Zeev Feinberg perseguía porque lo perseguían, y por eso mismo sólo unos pocos se le escaparon.

Los momentos de mayor felicidad eran aquellos en que la persecución se hacía a ritmo de carrera contra el tiempo. Entonces, cuando el pie del acelerador no se levantaba del piso del vehículo, cuando sus compañeros le gritaban que parara, entonces Zeev Feinberg sabía que efectivamente se había librado por un rato de la madre y del niño. El vehículo avanzaba a gran velocidad, y en el lapso de tiempo intermedio, entre el lugar que habían dejado y el lugar al que se dirigían, podía al fin pensar en Sonia. Se preguntaba si también esta vez estaría en la playa maldiciendo su nombre con palabrotas que ruborizaban hasta a las espuma del mar. Trataba de adivinar qué palabras elegiría ella, ese amado demonio, y se le ocurrían insultos y groserías que le hacían cosquillas en el bigote. Zeev Feinberg imaginaba los ojos iracundos de Sonia y sonreía. Pero entonces pensaba lo lejos que estaba el día de volver a ella y se entristecía. Mientras tanto, sus compañeros de pelotón lo miraban con una mezcla de admiración y temor al ver cómo quemaba kilometraje en tierra germana.

Sólo uno de ellos no se asustaba de la velocidad de Feinberg. Ianush era un treintañero delgado y de baja estatura. Lo más parecido a un empleado de banco. No tenía apellido. Cuando se lo preguntaban, respondía que de todos modos los nazis habían asesinado a toda su familia y, no habiendo familia, no tenía nombre de familia. Los demás discutían con él: aun si la familia no está, el nombre perdura. Para la memoria. Entonces Ianush se tomaba del cinturón de sus pantalones y decía: "Para la memoria hago otras cosas". Antes de que Zeev Feinberg se les uniera, ese cinturón ya había alcanzado a ceñirse alrededor del cuello de veinte soldados alemanes. El resto del tiempo, descansaba en su cintura con su camisa abrochada metida por debajo.

Ianush había hecho un trato sencillo con sus superiores: por cada uno que entregara a las autoridades, tenía derecho a ejecutar a otro. De ese modo, el Estado de Israel obtendría su venganza institucional, y él, la suya personal. Obviamente, le aclararon, ese trato queda entre las partes en caso de que lo atrapen. Pero no hizo falta. Con su cuerpo esmirriado, su camisa abrochada y su cinturón desteñido, a lo sumo podían llegar a considerarlo sospechoso de evasión de impuestos.

Los miembros del pelotón evadían su compañía. No bebía, no contaba chistes, no palmeaba el hombro una vez finalizada una cacería coronada por el éxito. Prefería comer solo. Pero a Zeev Feinberg lo trataba como a un príncipe. El mejor cazador diurno, al mejor dicharachero nocturno. Pues cuando culminaba la persecución del día, Zeev Feinberg tenía tanto miedo al freno, que inmediatamente se ponía a bailar. Y arrastraba a todos los demás a teatros en las ciudades, tabernas en las aldeas o cualquier otro sitio donde pudiera mover las piernas y aquietar la mente. Ianush jamás se mostró en esos lugares, pero una vez terminada la velada, cuando los demás compañeros trastabillaban hasta sus lechos o eran cargados hasta ellos, él esperaba a Zeev Feinberg en la puerta de su habitación. Entonces salían juntos a la caminata nocturna de rigor, en silencio, sus pasos retumbaban en las calles vacías. Caminaban largas horas sin pronunciar palabra, cada uno huyendo de sus fantasmas. Zeev Feinberg jamás le preguntó a Ianush sobre los suyos, y Ianush jamás le preguntó nada a Zeev Feinberg.

Una noche, mientras caminaban por una callejuela angosta, de pronto Ianush quedó petrificado en el lugar. Zeev Feinberg lo miró asombrado. Ianush jamás había dejado de caminar antes de las cuatro de la mañana, y aún no eran las dos. Pero entonces vio los ojos de su colega clavados en un hombre que cruzaba la calle empujando un cochecito de bebé.

“Hermann Ungrat”.

Y antes de que Zeev Feinberg dijera nada, Ianush empezó a perseguir al hombre. Feinberg se apresuró a alcanzarlo. Estaban en el centro de la ciudad, sin soporte logístico. Sería un suicidio intentar apresarlo. Lo seguirían juntos esa noche y mañana volverían para atraparlo. Al oír a Feinberg, Ianush se detuvo por un momento, con la mirada encendida y la voz temblorosa: “Prefiero morir con él, aquí, y no dejar que duerma una noche más”. Ianush volvió a seguirle los pasos al hombre que se había alejado, y Feinberg, a su lado. El hombre había alzado al bebé y lo hamacaba en sus brazos, tarareando palabras que Zeev Feinberg no logró descifrar, pero entendía su significado. También él había caminado así con su hijo, muchas noches antes, tratando de convencerlo con ruegos y anatemas de que dejara de llorar y se durmiera. El hombre volvió a cambiar al niño de

posición en sus brazos, y el llanto se calmó un tanto. Entonces lo puso suavemente en el cochecito y siguió caminando. Mientras lo seguían, Ianush contó quién era Hermann Ungrat: “El oficial más amable del gueto. Encantador. Y culto. Le gustaba citar a Goethe. Después del mediodía, cuando el cansancio y el hambre sellaban la boca de la gente, le decía sonriente a quien encontraba en su camino:

En todas las colinas, silencio.
Casi en ninguna copa
hay brisa:
los pequeños pájaros callan en el bosque.
Aguarda, dentro de poco,
también *tú descansarás*.

Mi padre admiraba a Goethe, lo recitaba de memoria. Siempre dijo que el amor a la poesía es el seguro del corazón. Cuando lo oyó recitar Goethe a Hermann Ungrat, creyó que quizás él nos ayudaría”.

Estaban parados a la sombra del castaño, mirando al hombre que fumaba su cigarro bajo el farol, la mano izquierda en el cochecito del bebé. Parecía una estatua, apuesto y erguido.

“Cuando empezaron las acciones, mi padre mandó a Sara a hablar con él. Tenía diez años. Era hermosa como un ángel. Sabía Goethe de memoria. Todos nos veíamos ya tan mal, sabes, pero Sara, no sé cómo, aun en el gueto tenía las mejillas sonrosadas. Quizás por el frío. Y el hambre había acentuado el azul de sus ojos. En serio. Se podía ver el río en ellos. Nadie podía hacerle daño a un ángel como ella. Y menos los amantes de la poesía. Tienen un corazón sensible, suave como la crema”.

Mientras hablaba, Ianush se quitaba el cinturón. Su camisa abrochada quedó algo desprolija, una punta asomaba del pantalón. “La mandamos para que rogara por nuestras vidas. La vestimos con un vestido blanco. Un vestido de ángeles. Volvió al amanecer. Con el vestido ensangrentado. Casi no podía caminar. Mi padre aulló de ira. O de pena. O de culpa. Ella no quiso volver a salir de la cama. Se la llevaron en la acción siguiente”.

De un momento para otro, Ianush saltó desde el castaño y corrió hacia el hombre bajo el farol. Desde donde estaba parado, vio Zeev Feinberg a Hermann Ungrat, medio cuerpo en la sombra y medio en la luz, mirando sorprendido a Ianush. Antes de que Ungrat alcanzara a entender lo que estaba pasando, el cinturón ya rodeaba su cuello. La media cara iluminada cambió de colores, de rosado salud a rojo, de rojo a violáceo y de violeta a gris. Zeev Feinberg abandonó el castaño

para acercarse a Ianush, el esmirriado empleado de banco de baja estatura que ceñía más y más el cinturón hasta parecer que en cualquier momento la cabeza se desprendería del cuerpo. Cuando estaba a pocos pasos de ambos, Zeev Feinberg se detuvo. No debía interferir. Desde esa distancia observó a Hermann Ungrat, amante de Goethe y de niñitas de diez años, doblarse hacia el suelo. Y desde lejos oyó, inmediatamente después, el llanto de un bebé.

En un primer momento, pareció que los oídos de Ianush no percibían el llanto proveniente del cochecito. Quizás estaban entonces inundados por otros llantos. Pero cuando tiró por última vez del cinturón, dejando que el hombre a sus pies cayera pesadamente sobre la vereda, de pronto prestó atención a los sonidos. Un largo rato observó Ianush a la criatura acostada en el cochecito. Entonces, con movimientos mecánicos, quitó el cinturón del cuello de Hermann Ungrat y formó con él un lazo mucho más pequeño.

"¡No!".

Zeev Feinberg saltó y empujó a Ianush a un costado, antes de que rodeara el cuello del bebé.

"¡No extiendas tu mano!".

Zeev Feinberg se apresuró a tender sus brazos hacia el envoltorio acostado, pero Ianush saltó sobre él. Era más menudo y más flaco, y aun así Zeev Feinberg no podía arrancarlo de sí.

"¡Está condenado a morir, Feinberg, no intentes detenerme!".

Zeev Feinberg miró a Ianush a los ojos. No vio allí odio ni venganza, sino pura desesperación. Si dejara viva a la criatura, no volvería a dormir en paz. Así como Zeev Feinberg jamás dormiría en paz si permitiera que Ianush lo matara. Por eso siguieron forcejeando. Zeev Feinberg no sabía cuánto tiempo llevaban peleando bajo el farol, junto al bebé que lloraba y el cadáver cada vez más frío de Hermann Ungrat. Quizás no fueron más que pocos minutos, o una hora. Pero bien sabía que Ianush lo estaba dominando. Ya le había roto tres dientes y lo golpeaba hasta casi desvanecerlo cuando oyó, entre el sordo sonido de los golpes, que unos pasos se acercaban. Desde su lugar en el piso, por sobre el hombro de Ianush sentado sobre él, que le asestaba golpe tras golpe sin compasión, Zeev Feinberg vio un policía alemán que se acercaba a la carrera. Un solo disparo partió la noche. Ianush cayó junto a él.

Zeev Feinberg recuperó la respiración. El policía, regordete, asustado y rubicundo, se paró frente a él.

"¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido aquí?".

Zeev Feinberg echó una rápida mirada a los dos cadáveres.

"Salí a caminar. De pronto vi a este loco ahorcando a ese

muchacho. Intenté separarlos, pero entonces me atacó a mí. Seguramente me habría matado de no ser por su oportuna llegada.”

“¿Y el bebé?”.

“Es mío”.

El regordete y asustado policía se agachó para ver el cadáver de Hermann Ungrat. Mientras hurgaba para encontrar los documentos que le revelaran quién era la víctima, Zeev Feinberg saltó sobre él y lo aturdió de un puñetazo. Por un momento, observó al policía desmayado, al nazi ahorcado y al sobreviviente muerto de un disparo. Entonces alzó al bebé y se fue a paso vivo.

Era una niña. De alrededor de un año y medio. Cabello dorado, ojos azules y una sonrisa que lo hizo lagrimear. A sus compañeros les dijo que era una pariente. Que había ido con Ianush a rescatarla de un orfanato. En el camino de regreso, identificaron a un ex oficial nazi. Ianush cumplió con su deber, pero un policía alemán le disparó. Feinberg luchó contra el policía y huyó. El cuento era difícil de creer, pero Feinberg lo repitió con tanta determinación, que logró silenciar todas las dudas. Por lo menos por un tiempo. El dinero que hasta entonces gastaba en bailes y bebidas, lo reservaba ahora para las nodrizas que contrataba en las aldeas a las que llegaban. Cada vez que bajaban del vehículo en alguna de esas aldeas -techos rojos, plantas podadas-, sostenía bien a la niñita, porque recrudecían las fuerzas que le ordenaban dejarla caer. En silencio, pasaba revista a los campesinos, tratando de adivinar la mano de quién de ellos sostenía la azada añorando el gatillo. Los campesinos le devolvían una mirada ambigua, temerosa, que todo lo que clamaba era: “¡No sabía!”. Pero sí sabían, pensaba Zeev Feinberg mientras limpiaba su revólver, claro que sabían. Y esa niña, la hija del alto oficial del gueto Hermann Ungrat y de una mujer de nombre desconocido, también sabía. Si su padre sabía y su madre sabía, de algún modo también la criatura que habían engendrado sabía, aunque entonces no fuera más que un óvulo y un espermatozoide separados.

A la luz de la lámpara, Zeev Feinberg miraba los rosados bracitos de la niña, por los que fluía sangre aria pura. Y pensaba en todos los brazos que se habían vuelto azules y grises sólo porque no fluía en ellos sangre como esa. Cuando apagaba la lámpara, estaba convencido de que al día siguiente seguiría su ruta sin ella. La dejaría allí. Con su cabello dorado y sus ojos celestes despertaría sin duda la debida compasión en alguno de los aldeanos. Pero al alba, la envolvía bien y la llevaba consigo. Porque jamás se había sentido tan fuerte como cuando alzaba en sus brazos a esa criatura aria huérfana de padre. Ni siquiera liquidar nazis se le asemejaba. Cuando se vengaron de un oficial de las ss en su campo de repollos, la satisfacción le duró pocos

segundos. Segundos en que se vieron reflejados en los ojos del hombre que rogaba por su vida, y se sintieron muy dignos. Pero bien sabían que los ojos de ese oficial habían visto incontables ruegos, y al recordarlo, su memoria se convertía en derrota antes de que se secara la sangre derramada. En cambio, cuando sostenía a la niñita, Zeev Feinberg sentía que lo embargaba una sensación de victoria que no decantaba rápidamente. Ya que ninguna persona se siente más fuerte que cuando hace el bien a aquel de cuyos favores antes dependía.

Ya no salía con sus compañeros de pelotón por las noches, sino que se encerraba en su habitación yendo y viniendo con la niña en brazos, tratando de calmarla. Rápidamente descubrió por qué Hermann Ungrat caminaba tan entrada la noche por la calle oscura: el llanto de la niña se aplacaba sólo cuando se la hamacaba al aire libre. Zeev Feinberg, que acostumbraba salir a caminar muy tarde en la noche junto a Ianush, se hallaba ahora caminando hasta la misma hora con la niñita en brazos. Y si en la oscuridad de alguna calleja distante se le acercaban repentinamente la madre muerta y su hijo, él los enfrentaba con la criatura en brazos, y ellos retrocedían. Esa era su reparación.

12

Durante todo el tiempo que Zeev Feinberg persiguió nazis en las ruinas de Europa, Sonia estuvo en Tel Aviv. Dejaba a los niños al cuidado de Lea Ron, que aceptó -a cambio de una suma irrisoria- alimentarlos, bañarlos y acostarlos, y hasta jugar con ellos un poco. Sonia hubiera preferido dejarlos con Bella, pero su amiga estaba tan sumida en la tarea de la traducción, que era comprensible que las palabras y los niños no podrían convivir. No quiso llevarlos a Tel Aviv. Bien sabía que debería trabajar de sol a sol, ¿por qué dejarlos en manos de extraños? Había otra razón para que Sonia no alejara a los niños de la colonia: Zvi Markovich. Los dientes de Yair y los de Zvi asomaron el mismo día. El mismo día enfermaron de varicela y el mismo día sanaron. Se dormían y despertaban a la misma hora, y si uno de los dos estallaba en llanto en su casa, inmediatamente sabía su madre que muy pronto el llanto haría temblar también la casa del extremo de la calle. Por eso Sonia se trasladó sola a la ciudad, acumulando en su corazón añoranzas y culpa a lo largo de cinco días por semana, y compensándolos con juegos y mimos durante las visitas de viernes y sábados.

La primera semana en Tel Aviv se dedicó a reorganizar la oficina del vicepresidente de la Organización. Limpió, archivó, barrió y se esmeró, y sintió que se moría de aburrimiento. En la colonia, por lo menos había espacios hacia los que se podía elevar la mirada cuando la rutina se hacía insoportable. En cambio allí, hacia donde miraba se topaba con carpetas. Centenares de carpetas. Miles de hojas. Y todas la esperaban sólo a ella. Pero peor aún que las carpetas era el té. Muchos visitaban la oficina del vicepresidente de la Organización, y todos bebían té. Uno más fuerte, el otro más suave, uno con limón, otro con leche, uno en vaso de vidrio y otro sólo en taza de loza. Cuando llegó el trigésimo huésped y le indicó cómo mezclar el azúcar en su vaso de té, ya la superó su lengua:

“Si me permite preguntarle, ¿cuántos vasos de té bebé el señor por día?”.

El hombre frente a Sonia se sorprendió, pensó un momento y respondió: “Cinco, o seis. Depende del estado del tiempo”.

“Y el azúcar, ¿siempre se la revuelven de antemano?”.

“Claro que sí”.

“Supongamos, entonces, que usted representa al hombre promedio en Tel Aviv. Supongamos que hay cincuenta mil hombres, beben cinco vasos de té diarios, que, si no me equivoco, hacen un total de doscientos cincuenta mil vasos de té diarios. El azúcar de esos doscientos cincuenta mil vasos de té lo mezclan secretarias, esposas, hermanas, hijas. Ahora veamos qué sucedería si se lo mezclaran ustedes mismos. Mientras hablan. Al principio seguramente sería difícil, pero se sorprendería al comprobar lo rápido que el cuerpo se acostumbra a ese tipo de cambios. Dígame, ¿cuánta mano de obra ahorraríamos?”.

El hombre miró a Sonia con detenimiento. El vicepresidente de la Organización casi se ahoga preguntándose por qué, por los mil diablos, debía Sonia desarrollar todo ese discurso de los vasos de té justo ante el presidente de la Organización en persona. Pero Sonia no sabía de quién se trataba, y por eso estaba parada frente al presidente de la Organización, calma y asertiva, su mirada firme y sus ojos grises distanciados uno del otro irradiando un brillo divertido. El vicepresidente de la Organización estaba por despachar a Sonia de la habitación con un tono que esperaba sonara con algo de reproche, cuando de pronto notó que el presidente de la Organización miraba a Sonia tan divertido como ella.

“Por todos los diablos, Froike, ¿cómo te atreves a mantener a esta mujer aquí como secretaria?”.

El vicepresidente de la Organización lo oyó y tembló. Su amor por Sonia lo hizo incurrir en un error: no fue diversión lo que vio en los ojos del presidente de la Organización, sino ira por la ofensa propinada. El vicepresidente de la Organización no era de los que se asustan rápidamente y, sin embargo, no le gustaba la idea de tener un conflicto con quien al fin y al cabo era su superior. Aún se debatía buscando una respuesta conciliadora entre su amor a Sonia y su amor al cargo, mientras la autoridad oficial seguía con la diatriba:

“La encierras en la oficina, la obligas a archivar documentos y preparar memos, ¡ocultas un diamante dentro de una hedionda montaña de carpetas!”.

El vicepresidente de la Organización miraba confundido al presidente de la Organización, pero este ya se dirigía directamente a Sonia: “¿Cómo te llamas?”.

“Sonia”.

“¿Sonia qué? No puedo dar orden de poner un membrete a nombre de una tal ‘Sonia’”.

“Sonia Feinberg. ¿De qué membrete está hablando?”.

“De su papel carta. Sonia Feinberg - Encargada de la Inserción Laboral de Mujeres, por obra de la Organización”.

Además de papel con membrete propio, Sonia recibió oficina, secretaria y abono a los periódicos. La oficina estaba siempre vacía, a la secretaria no se la vio nunca y los periódicos se amontonaban en el umbral. Sonia pasaba los días en calles y mercados, conversando con mujeres y con muchachas, haciendo averiguaciones con ancianas y jovencitas. A los lugares que no alcanzaba a visitar, mandaba a la secretaria, con indicaciones de tomar nota sobre qué era lo que las mujeres sabían hacer, qué soñaban hacer y qué hacían. Le entregaban los informes y ella los leía hasta la madrugada, anotando comentarios con letra redonda y trazo tan firme, que en más de una ocasión el papel se rasgaba bajo la presión de su mano.

Por las tardes esperaba al vicepresidente de la Organización a la entrada del edificio de su oficina y salían a caminar juntos por las calles. Sonia exponía sus proyectos y el vicepresidente de la Organización la escuchaba con atención, aunque a veces pensaba que si él cayera a las profundidades de una cloaca, Sonia seguiría caminando y exponiendo sus ideas sin notarlo. Los ojos grises miraban hacia lontananza, donde Sonia divisaba, más allá del humo de los autobuses y la maraña de cables de electricidad, una sociedad israelí igualitaria y justa. Ella lo decía sin una pizca de cinismo, aunque era absolutamente cínica con respecto a todo lo demás: las reuniones le parecían festines para engullir galletas de agua y nada más. Se negaba a preparar memos porque sólo se trataba de “orgías con un montón de hojas de papel y no con la realidad”. Asesorarse largamente con superiores de toda índole la llevaba a bailotear con los pies bajo la mesa, y los golpes de sus tacones se dejaban oír con claridad en la habitación. A pesar de todo, nadie se atrevía a hacerle ningún señalamiento. Los subalternos le temían a su lengua. Los superiores reconocían en ella una calidad evasiva que pocas veces se encuentra en estado tan puro.

Al cabo de dos meses, ya todos conocían su nombre, pero sólo el vicepresidente de la Organización la nombraba en sueños. Ese nombre, que ahora simbolizaba para la gente asertividad sin concesiones, era para él una frazada para envolverse. Ya que, a diferencia de las masas, que conocían a Sonia por sus arengas en las plazas y sus diatribas en las reuniones, él conocía el grito de su garganta durante el acto sexual. Conocía su risa hilarante, mimosa. Una leona ronroneante. Y a pesar de que habían pasado más de tres años desde que se aferrara a ella por última vez, de todos modos era capaz, si sólo se lo pidieran, de reconstruir en su memoria cada instante de aquella noche.

A veces, cuando caminaban juntos al caer la tarde, Sonia sentía la

mirada del vicepresidente de la Organización sobre su cuerpo. Entonces sus piernas la impulsaban a adelantarse y sus mejillas se ruborizaban. No era turbación -un estúpido sentimiento en que se solazaban las mujeres innecesariamente-, sino una repentina llamarada que trataba de ocultar a Efraim. Cuando la mirada del vicepresidente de la Organización se posaba en ella, tan apasionada que casi le dejaba sus huellas digitales impresas, el cuerpo de Sonia se estremecía de placer. Había pasado mucho tiempo desde que un hombre la mirara así. Primero nació Yair, y sus noches se devanaban alrededor de su llanto insistente y del propio sueño intranquilo. Después Zeev Feinberg se fue a la guerra y sus noches fueron solitarias. Entonces volvió Feinberg de la guerra, y a pesar de que llenó su cama, sólo acentuó su soledad. Ahora había viajado a Europa la sombra de quien fuera, y ojalá volviera hecho un hombre. Todo ese tiempo, el cuerpo de Sonia estaba apresado en una soledad constante; casi había olvidado que no era sólo para comer y dormir, no sólo para proyectos, revoluciones y discursos, sino también para el acto de amar. Entonces llegó la mirada del vicepresidente de la Organización y le recordó al cuerpo lo que el trabajo, la desilusión y las añoranzas habían confinado al olvido.

A pesar de que apuró sus pasos, el vicepresidente de la Organización pudo ver, avezado observador como pocos, el rubor extendido en las mejillas de Sonia. Miles de colibríes aletearon en su cuerpo. Pero de inmediato volvió a controlarse: si Sonia llegara a darse cuenta de que él notó el deseo despertado en ella, seguramente se alejaría. Y también él, que tanto tiempo fantaseó con ese momento, no sabía lo que pasaría si sus anhelos cristalizaran. Por eso, Sonia y el vicepresidente de la Organización siguieron caminando por la avenida arbolada mientras los ficus la protegían de la luz de la luna, y la presencia de Zeev Feinberg flotaba sobre ambos como aquellos murciélagos que de pronto asoman de las copas de los ficus, parten la noche con un chillido ciego y desaparecen.

Una de esas noches, mientras caminaban por la avenida, Sonia notó que dos jovencitas se secreteaban mirando al vicepresidente de la Organización. En más de una oportunidad había notado que las mujeres, todas, cambiaban su actitud cuando él pasaba a su lado. Las hazañas heroicas del vicepresidente de la Organización flotaban a su alrededor como los sonidos de una flauta, aun cuando él callaba, y la gente iba detrás de los sonidos como encantada. El hecho de que él mismo no prestara atención alguna a los sentimientos que despertaba sólo acrecentaba dicha influencia. Sonia echó una mirada a las jovencitas que le sonreían al vicepresidente de la Organización. Desde su posición bajo el farol de la calle, pudo detectar cabellos canos que empezaban a perlar su cabeza.

“Dime, Efraim, ¿por qué no te casas?”.

A diferencia de lo acostumbrado, esta vez el vicepresidente de la Organización no se apresuró a mirarla. Casi un minuto siguieron caminando por la avenida, los ojos de Sonia clavados en el vicepresidente de la Organización, los de él clavados en la vereda, hasta que se detuvo y la miró.

“¿Para qué debería casarme?”.

Ante su mirada, Sonia se sorprendió de notarse sacudida.

“¿No necesitas una mujer, un hijo?”.

Un largo rato miró el vicepresidente de la Organización a Sonia. “Tengo mujer. Y un hijo”.

De improviso, antes de que Sonia entendiera lo que hacía, estalló en llanto. El vicepresidente de la Organización se paralizó. Jamás la había visto llorar. Muchas veces había creído que esos ojos, alejados uno de otro un milímetro más que lo que se considera bello, no estaban equipados con lagrimales. Y ahí estaba ella, y el líquido salado fluía sobre sus lindas y amadas mejillas.

“¿Lo sabías?”.

“Adiviné”.

“¿Y no dijiste nada?”.

“¿Qué puedo decir?”.

Ahora el llanto de Sonia era en voz tan alta que varios vecinos de la avenida sacaban la cabeza por la ventana. Así como cuando enfurecía se entregaba por completo a su ira, como cuando amaba se entregaba a su pasión, también al llorar lo hacía con entrega total. Tan total, que uno gritó desde su balcón: “¡Llamen a la policía!”.

El vicepresidente de la Organización la condujo rápidamente fuera de la avenida. Cuando salieron del laberinto de callejuelas y caminos, de pronto entendió que hacía rato no era él quien conducía. A través de sus lágrimas, Sonia había orientado la caminata y ahí estaban ya frente a su departamento. Cuando puso la llave en la cerradura de la puerta, el vicepresidente de la Organización vio que le temblaba la mano. “Está bien”. También él temblaba. El departamento olía suave y dulce. Como si alguien hubiera cercado una plantación entera de cítricos entre las paredes de ese monoambiente. Con pies inseguros saltó sobre una monstruosa montaña de periódicos y ya estaba adentro.

“Siéntate. Traeré fotos”.

Pero antes de que alcanzara a irse, él la tomó de la mano: “No tiene sentido, Sonia. Si no estás dispuesta a mostrarme al niño, qué sentido tiene verlo en fotos. Y si estás dispuesta, si accedes a traerlo aquí, a dejar que mire su rostro, que acaricie su cabeza, tampoco necesito ver fotos”. Cuando terminó de decirlo, seguía tomándole la

mano. Un largo rato tuvo su mano entre las suyas. Y de haberse prolongado más ese momento, quizás habría podido tomar también su otra mano, y quizás más, si no se hubiera oído de pronto que alguien golpeaba a la puerta.

Era la secretaria y traía mucha documentación. Esa mañana Sonia le había dicho que se la trajera cuando terminara de pasar el entusiasta manuscrito a respetable impresión. Y ahí estaba. Le llevó mucho tiempo, pero logró terminarlo dentro de las veinticuatro horas. Las ideas de la encargada de la integración de las mujeres eran realmente inspiradoras, y con inspiración, hasta las manos teclean más rápido en la máquina de escribir. Antes, por ejemplo, había trabajado en el estudio de un abogado bastante famoso. Herencias, legados y de vez en cuando algún negocio inmobiliario. Qué lento tecleaba ella entonces, cuesta creer. Un saludo también al señor vicepresidente de la Organización. Y buenas noches.

La secretaria abandonó el departamento y Sonia estalló en una carcajada. “Es una buena chica”, dijo, “aun si a veces se torna pesada. Y tiene unas piernas increíbles”. El vicepresidente de la Organización asintió distraído, casi no había prestado atención a las piernas de la secretaria.

“Te conviene”, dijo Sonia. “Antes de emplearse como secretaria, modelaba para una firma de *pantys*. Hasta que llegaron las inmigrantes alemanas, sus piernas se consideraban las más largas de Tel Aviv. Medido”.

“Y yo, si me fijara en piernas, me fijaría en las tuyas”.

Sonia se palmeó las piernas y resopló despreciativamente:

“Dos zapallos italianos, Efraim, de alguien con tu capacidad de observación esperaría más”.

Ya estaba por decir algo más y de pronto se paralizó. La mirada del vicepresidente se posó en sus piernas, y sintió que sus mejillas enrojecían repentinamente. Sus piernas ya no eran un miembro para pararse y caminar. De pronto, eran objeto de enorme deseo. Y ante ese deseo, se despertó también el suyo propio, hacía tanto tiempo que Feinberg se había ido. Y a pesar de que recordaba a la perfección su olor, el peso de su cuerpo sobre ella, su dulce susurrar en el oído al momento de penetrarla, con todo, estaba dispuesta a cambiarlo por un cuerpo con otro peso, otro olor y otros sonidos de placer, con tal de que estuviera ahí después de tanto tiempo de hacerlo sola. Sonia extendió su mano al vicepresidente de la Organización y le dijo: “Ven”.

Las sábanas olían levemente a jabón. La frazada era un tanto pesada, por demás. Entre la sábana y la frazada se acostaron Sonia y el vicepresidente de la Organización, desnudos y abrazados. Un largo rato estuvieron así. Culpables para continuar. Excitados para

interrumpir. A pesar de que sus cuerpos estaban muy juntos, ni un alfiler entraba entre ellos, sin embargo los separaba el nombre de Zeev Feinberg, que, aunque nadie lo había pronunciado en voz alta, resonaba en la habitación con cada respiración. Por eso quedaron así, en esa zona de nadie que no era traición ni inocencia, abrazados e inmóviles. El vicepresidente de la Organización pasó revista mentalmente a todo lo que hubiera querido hacerle, si sólo se hubiera atrevido a moverse. Y Sonia pensó en todas las cosas que hubiera querido hacerle a él, si tan sólo se lo hubiera permitido ella misma. Durante horas cada uno pensó en los sueños del otro, hasta que frente a ese prolongado desfile de pensamientos e imágenes, la relación del placer corporal les pareció más corta, más pobre y algo aburrida. Así fue que el alba los encontró agotados de tanta pasión contenida, pero libres de toda concreción.

El viernes, el vicepresidente de la Organización y Sonia salieron hacia la colonia. Hicieron todo el viaje en silencio. Sonia pensaba en la cara de su hijo, y el vicepresidente de la Organización pensaba en la cara de su hijo. En la mente de Sonia había una imagen muy precisa. En la mente del vicepresidente de la Organización había una nebulosa con retazos dispersos. Cuando llegaron al patio de la casa de Lea Ron, el vicepresidente de la Organización vio al niño parado junto al granado. Su corazón desbordaba. A pesar de que la gordura de la niñez aún hacía un tanto ambiguas las facciones del rostro del niño, su mandíbula era inconfundible por lo parecida a la del vicepresidente de la Organización. Y las mejillas, redondeadas y pecosas como las de su madre, derretirían el corazón de quien lo viera. Ya estaba por saltar del auto, cuando Sonia le dijo que el niño junto al granado se llamaba Yotam y era el hijo de Rajel Mandelbaum, que se había suicidado, y de Abraham Mandelbaum, que había enloquecido de pena. Mientras ella lo informaba, salió corriendo de la casa un niño pequeño, con la cara oculta bajo una frondosa mata de rulos ingobernables. "¡Yair!".

En un santiamén estaba Sonia fuera del auto, abrazando con las dos manos al niño bajo la mata de rulos, cuya risa llenaba todo el patio. Enseguida se reprochó a sí misma, dejó a su hijo y corrió a abrazar al otro niño, el mayorcito, que seguía de pie junto al granado y la miraba melancólico. "¡Yotam!". Pero el del cabello rizado no estaba dispuesto a semejante robo y de inmediato se puso a gritar desesperadamente. Entonces Sonia levantó a los dos niños a la vez, su espalda doblada por el peso, su espíritu flotando en el aire por la alegría del encuentro. Lea Ron se paró en la puerta con la boca fruncida. Qué se puede esperar de la Sonia esa que se va a Tel Aviv y deja a sus niños, y al volver les permite chillar así, sin una pizca de respeto, en vez de darles una cachetada y ponerle coto inmediatamente a ese escándalo. Pero cuando Lea Ron distinguió al

hombre sentado en el auto, en su boca se dibujó una amplia sonrisa. El vicepresidente de la Organización. En persona. Qué honor. Qué honor.

Sin embargo, antes de que Lea Ron alcanzara a saludar al personaje, mientras dudaba cuáles serían las palabras adecuadas para la situación, el vicepresidente de la Organización puso en marcha el motor del auto y se fue. A toda velocidad. Lea Ron supuso que estaría apurado. Sonia sabía que huía.

Mientras volvía a Tel Aviv, revisaba la imagen del niño: un par de brazos, un par de piernas y una mata de cabello rizado, debajo de la cual había un rostro, que no vio. No se atrevió a ver. Cuando vio a Sonia alzar al niño, cuando oyó su risa, supo que si se descorría el velo rizado, si llegaba a verle los ojos al niño, no podría irse.

Varios días después de la huida del vicepresidente de la Organización de la colonia, Sonia volvió a Tel Aviv con los dos niños. El tiempo que pasó junto a Lea Ron la convenció de que era preferible arrastrar a los niños con ella que dejarlos con esa mermelada de limón. Contrató una niñera para que los atendiera de día y dejó de compartir caminatas con el vicepresidente de la Organización para estar con ellos por las noches. Ya no se encontraban más que en las reuniones de trabajo. Entonces se sonreían amablemente y cada uno se sentaba en su lugar, lo más lejos posible del otro, para que el vicepresidente no oliera el perfume de naranjas y Sonia no percibiera su desesperanza.

13

Una semana más tarde, cuando el vicepresidente de la Organización volvía a su oficina después de una reunión adormilada, se sorprendió al encontrar en la puerta a Jacob Markovich. Había pasado mucho tiempo desde su último encuentro. Mientras las bocas intercambiaban palabras de salutación, las miradas se examinaban febrilmente: a Jacob Markovich no se le escapó el leve temblor del labio superior del vicepresidente de la Organización, señal de conmoción. El vicepresidente de la Organización registró que los puños de Jacob Markovich permanecieron crispados durante toda la conversación, y eso sólo podía significar: quiero recibir algo y no estoy dispuesto a renunciar a ello. Cuando cada uno de ellos terminó de hacerse la composición de lugar de quien tenía enfrente, se permitieron abandonar el diálogo hueco. Jacob Markovich interrumpió su discurso acerca de los daños producidos por la sequía, apretó un poco más los puños y preguntó:

"¿Has oído algo de Feinberg?".

El leve temblor en el labio del vicepresidente de la Organi-zación se hizo más perceptible.

"Lo destaqué a Europa. Está haciendo buen trabajo".

"¿Y cuando vuelve?".

"Cuando quiera".

Jacob Markovich sopesó la respuesta del vicepresidente de la Organización antes de decir: "No es natural".

La ceja derecha del vicepresidente de la Organización se elevó levemente otorgándole a su rostro una expresión de asombro divertido, mezclado con algo de desprecio. En su juventud, se había entrenado horas frente al espejo levantando la ceja justamente así, como si hubiera adivinado hasta qué punto habría de servirle cuando, años más tarde, pretendiera poner en duda la posición de sus adversarios en una discusión.

"¿No es natural? ¿Que una persona salga a vengar la sangre de sus paisanos no te parece natural?".

Jacob Markovich se encogió en su silla. Contra su voluntad volvió a recordar la primera vez que estuvo en esa misma oficina. Lo

avergonzado que estaba entonces frente al poderío enardecido de Feinberg y del vicepresidente de la Organización, como si su sola existencia infligiera una ofensa a toda la humanidad masculina. Ahora mismo, frente a la ceja levantada del vicepresidente de la Organización, se sintió mísero y desgraciado, un simple agricultor importunando a los más grandes que él con menudencias. Sin embargo, hizo acopio de todas sus fuerzas para seguir hablando. “Encontré a Feinberg el día que estalló la guerra. ¿Sabes de qué me habló? De su hijo, que ya había aprendido a caminar. Del olor de su caca. Lo que oyes: el olor de la caca de su hijo”.

El vicepresidente de la Organización levantó un poco más su ceja y preguntó qué era lo que pretendía Jacob Markovich. Jacob Markovich tragó saliva e insistió: “Una persona así, para la cual la guerra no es más que un ruido de fondo de la melodía cotidiana, no se va apenas termina la guerra a cazar nazis. Se queda en su casa, en su vida cotidiana. Si huyó, seguramente había una causa”.

“Supongamos que había una causa. ¿Y a ti qué?”.

Jacob Markovich se inclinó hacia adelante en su silla.

“Yo soy su amigo. Así como tú lo fuiste alguna vez. No sé qué pasó desde que me fui a la guerra. Las lenguas en la colonia hablan mucho y dicen poco. Pero entiendo que algo pasó. Algo malo. Y ahora, Sonia está aquí, en Tel Aviv, y Feinberg en Europa, y la situación quizás sea muy buena para ti, pero a mí me tiene muy preocupado”.

El vicepresidente de la Organización respiró pesadamente. El temblor de su labio se agravó hasta tal punto, que debió taparse la boca con la mano. Jacob Markovich no le quitaba los ojos de encima. Ya no se sentía tan poca cosa.

“Envíame a Europa para que pueda volver con él”.

“Somos una organización para salvar el país, Markovich, no una agencia de viajes”.

Jacob Markovich se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta. El vicepresidente de la Organización quedó en su sitio. Oyó la puerta cerrarse con fuerza y los pies de Markovich dirigiéndose rápidamente hacia la salida. Un largo rato siguió sentado, acompañando con la imaginación a Jacob Markovich, que había hecho todo el camino desde la colonia hasta Tel Aviv para volverse con las manos vacías. Pero Jacob Markovich no volvió a la colonia. Se dirigió al puerto.

Cuando llegó a los barcos, sacó el sobre que había recibido de manos del hombre de la chaqueta raída y pagó su pasaje a Europa. Ahora el sobre estaba más liviano. Subió corriendo a un barco que estaba por dejar el puerto de un momento a otro. Un instante antes de que zarpara, alcanzó a pagarle a un jovencito que prometió mandarle

un telegrama a Bella: “Viajé. Volveré con Feinberg”.

Desde que pisó tierra europea, Jacob Markovich estaba confundido. Con todo lo que deseaba odiar a ese oscuro continente, no dejaba de tener presente que de esa oscuridad había surgido Bella. Y él mismo. Tenía la esperanza de hallarla quebrada, destrozada, quizás así podría perdonarla. Esperaba encontrar ruinas y encontró carreteras asfaltadas y calles. Y en medio de todo eso, mucha gente. Buscó en sus rostros la impronta de quienes ya no estaban, y no la encontró. Sus pies pisaban calles de piedras pulidas contra las que se habían reventado cráneos humanos, pero no oyó nada fuera de los pasos de niñitas jugando a la rayuela. Al reconocerlo, sintió ira contra esa tierra olvidadiza. Pero también envidia. Juró pasar veinticuatro horas en las calles de Berlín sin pensar ni una sola vez en la guerra. Caminar por las callejuelas de la ciudad un día entero sin cargar sobre sus hombros con seis millones de testigos. Quitarse de encima, aunque fuera por pocas horas, pueblo, nación y pasado. No funcionó. Por más que se esforzó. Se dijo: como si hubiera querido andar un día entero sin despedir olor corporal. Es imposible separarnos de ese olor que ya se ha hecho carne en nosotros, el olor a las víctimas.

En los días subsiguientes se encontró subiendo al transporte público sin pagar. Sin proponérselo de antemano, empezó a meterse en el bolsillo dulces y masas de las tiendas. Varias veces se topó, no sin intención, con transeúntes desprevenidos. Era muy tonto, pero aun así le agradaba. Una vez por día entraba a un tranquilo café y arrojaba de una mesa una encantadora taza de porcelana. Cuando la ofuscada moza se agachaba a su lado, no sentía nada de vergüenza, sino un leve estremecimiento de placer. No por la visión de los pechos a través del escote, sino por el hecho de que tuviera que agacharse frente a él y juntar con los dedos los restos de pastel. Un domingo iba apurado al mercado y en su mente rondaba una idea ambigua acerca de un puesto de objetos de vidrio. Pero cuando llegó junto al puesto, sucedió un milagro: empezaron a caer copos de nieve. Jacob Markovich se apresuró a resguardarse bajo el toldo del puesto. Un área cubierta grande, repleta de cajones: arañas, utensilios, copas y estatuas de cristal, unos sobre otros. Los clientes que se habían atrevido a salir en un día tan frío se paseaban entre los cajones, levantando uno u otro objeto para observarlo. Cada vez que alguien tomaba una copa, un plato o un candelabro de cristal, el objeto sonaba suavemente al topar con otro de los objetos en el cajón. Y dado que eran muchos los que se amontonaban bajo el puesto cubierto esa mañana de nieve, los sonidos se multiplicaban. Nadie hablaba. Sólo los objetos de vidrio dialogaban cantando y la nieve caía suave como blancas bailarinas.

Frente al milagro de la nieve cayendo y el canto de los objetos,

Jacob Markovich desechó su idea. Ya no quiso estrellar las piezas de vidrio con el año de fabricación impreso en el anverso. El hecho de que objetos tan frágiles hubieran sobrevivido a sus dueños ya no lo acuciaba. Ese día Jacob Markovich desistió de su venganza doméstica y volvió a buscar a su amigo. Así se liberó del embrujo de esa Europa, que ya no lo turbaba como en su visita anterior. Tampoco se insolentaba entonces ante ella como en esta oportunidad. La atravesó a lo largo y a lo ancho, sin pasión y sin ira, sólo con un anhelo ingenuo: encontrar nuevamente a Zeev Feinberg.

Cuando Jacob Markovich encontró a Zeev Feinberg, el sobre que recibiera del hombre con la gabardina raída ya estaba mucho más liviano. Nunca antes había notado con qué rapidez se consume el dinero. Quizás porque antes no tenía dinero. Además de los gastos de hospedaje, viaje y comida, tuvo también otros: en la Alemania de posguerra las mujeres eran dolorosamente lindas… y baratas. Todas con la misma expresión mezclada con pena, como si aún no hubieran internalizado por completo su derrota. Jacob Markovich las poseía con suavidad, casi con temor. Siempre dejaba sobre el estante más de lo acordado. Si se sentía culpable, se apresuraba a ahogar la culpa en brazos de otra mujer. También si lo que sentía era enfado. Muy pronto descubrió que todos los sentimientos que embargan a las personas -culpa, ira, tristeza, nostalgia-, todos retroceden ante el ardor del deseo. Cubierto por arriba con una sábana y teniendo por debajo el cuerpo de una mujer, Jacob Markovich lograba acallar por un instante lo que quería olvidar. Jamás había pensado que sus momentos de olvido quedaban hondamente grabados en la memoria de las mujeres mediante las cuales olvidaba. Él les pagaba generosamente.

De a poco empezó a reunir información sobre una célula judía dirigida por un gigante con bigote. Ninguna duda de que se trataba de Feinberg. Pero cuando oyó que, además de revólver, el gigante llevaba también una criatura de cabello dorado, se desdibujó un tanto la certeza de Jacob Markovich. No obstante, siguió averiguando acerca de los miembros de la célula, tanto por la esperanza de que efectivamente se tratara de Feinberg como por el hecho de que no tenía ninguna otra pista.

Finalmente lo ubicó en una pequeña aldea en el límite con Austria, tan remota, que hasta sus habitantes habían olvidado su nombre. Zeev Feinberg y sus camaradas habían llegado allí varios días antes buscando la punta de un ovillo que los condujera a su próximo destino. Pero la aldea era tan pequeña, que enseguida se corrió la voz acerca de la banda de judíos y la niña de dorados cabellos, y los habitantes guardaron silencio. Dado que el aspecto de la niña difería tanto del de los hombres, los aldeanos estaban intrigados con respecto

a su identidad. Nadie estaba dispuesto a aceptar que era la hija del hombre de los bigotes, a pesar de que él lo declaraba a viva voz ante cada una de las mozas del único café. Ya murmuraban algunos que se acercaba la Pascua; quizás los judíos no habían encontrado ningún niño cristiano y se habían visto obligados a conformarse con una niñita. Pero inmediatamente alguien se ocupó de silenciarlos con una fuerte reprimenda: eran otros tiempos. Una banda de judíos andaba por las calles con revólveres asomándoles de los bolsillos. Mejor sería que los aldeanos se ocuparan de sus propios hijos y no anduvieran difundiendo rumores peligrosos acerca de los niños de otros. Los miembros del pelotón registraron las murmuraciones y ya estaban tentados de abandonar la aldea, pero a la niña le había subido la fiebre y debieron quedarse a pernoctar en la aldea varios días más. Durante el día, Feinberg recorría las aldeas vecinas recabando información, husmeando entre la gente para dar con alguna pista, pero por las noches volvía con sus camaradas al albergue, saludaba al dueño reticente y subía a recibir a la pequeña de manos de la nodriza. Entonces Feinberg la envolvía en varias frazadas y salía con ella al paseo nocturno. Las miradas de los aldeanos lo seguían como una bandada de luciérnagas.

La noche que Jacob Markovich llegó a la aldea, Feinberg había salido a su caminata y de pronto sintió que no sólo luciérnagas lo seguían. Otra presencia iba tras él, lejana aún para saber de qué se trataba, pero demasiado cercana para no prestarle atención. Mientras una mano sostenía a la niña con movimientos de vaivén, la otra buscó su revólver. La figura que lo seguía apuró sus pasos. Zeev Feinberg desenfundó el arma y giró sobre su eje, directamente a los brazos extendidos de su viejo amigo Jacob Markovich.

"¡Dios santo, Markovich, casi te acribillo!".

Habían pasado muchos días desde el último encuentro de Zeev Feinberg y Jacob Markovich, antes de la guerra. Se abrazaron largamente. Zeev Feinberg sostenía a la niña con un brazo y abrazaba a Markovich con el otro. Y Markovich, a pesar de su impaciencia por averiguar quién era -por todos los diablos- esa niña, contuvo las preguntas en virtud del acontecimiento. Si bien el sobre que había recibido del hombre de la gabardina raída ya había recibido muchos abrazos en tierra europea, ninguno de esos abrazos lo conmovió tanto como el de Zeev Feinberg. En ese momento tuvo la confirmación de que no había hecho el viaje en vano.

Zeev Feinberg aflojó el abrazo y tomó distancia para observar a Jacob Markovich. "Estás hecho todo un hombre". Ciertamente, el cuerpo de Markovich seguía tan delgado como siempre, y así también sus ojos, acuosos. Sin embargo, el cambio era innegable. Cuándo y

cómo se había producido, Zeev Feinberg no podía saberlo. Pero bien sabía que el hombre parado frente a él hoy en tierra europea era diferente del que había encontrado antes de la guerra. Tan diferente, que por un instante dudó de que se tratara del mismo, pero enseguida desechó la idea, ya que quién como él sabía que ningún hombre es el mismo al volver de una guerra.

"Y tú…", se dirigió Jacob Markovich a su amigo, "…tú, que eras todo un hombre, ¿en qué te has convertido?".

Zeev Feinberg se puso serio al oír la pregunta. Al cabo de un largo rato, respondió: "Me volví nómade".

"¿Nómade? Tienes un hogar. Y una mujer. Y un hijo".

Jacob Markovich no había terminado de decirlo cuando Zeev Feinberg desvió la mirada hacia un punto lejano. Del otro lado de la calle, las viviendas se preparaban para pernoctar. Las luces se iban apagando y las risas se iban silenciando. Los aldeanos empezaban a despedirse del día que había pasado, preparándose para el limbo de los sueños nocturnos. Zeev Feinberg le habló a Jacob Markovich con la mirada puesta en las ventanas de las casas y la voz estremecida.

"No puedo volver allí, Markovich. No puedo. Apagué a Sonia. Nunca imaginé que algo podría apagar a esa mujer. Y resultó que sí: yo. Y el hogar… ya no era hogar. Era una tumba. Y el chico, ¿me creerás si te dijera que días enteros estuvo parado a mi lado sin que yo lo viera? ¿Que lloraba y yo no lo alcé en mis brazos?".

Jacob Markovich insistió: "Pero ahora, ahora te veo bien. ¿Por qué no volver?".

Zeev Feinberg suspiró.

"Apenas deje de moverme, todo volverá a ser como antes".

Sus últimas palabras le llegaron a Jacob Markovich a través de la sangre que palpitaba como tambores en sus oídos. Su mejor amigo, su único amigo, había abandonado la colonia y sus naranjas, a su mujer y a su hijo, a él, para recorrer Europa con un revólver y una niñita inexplicable. Y no tenía intenciones de volver.

"No eres un nómade, Feinberg, eres un sinvergüenza. Te revuelcas en la culpa y en la desgracia como un cerdo en el lodo y dejas a todo el resto sufriendo la mugre y el hedor. ¿Y qué hay de Sonia? ¿Y qué de Yair? ¿Y quién es esta niña, por todos los diablos?".

Zeev Feinberg lo miró anonadado. Jamás había visto a Jacob Markovich tan fuera de sí. Por un momento, pensó que su amigo le pegaría, hasta deseó que lo hiciera, porque entonces dejaría de hablar y el hierro candente de sus palabras dejaría de hostigarlo. Pero Jacob Markovich no levantó la mano contra su amigo, a pesar de que es posible que la idea se le cruzara por la cabeza. Finalmente, Zeev Feinberg no toleró más los gritos de Jacob Markovich. Cuando abrió la

boca, su voz tronó en toda la calle: "¡¿Quién eres tú para juzgarme, Markovich? ¿Tú, que tienes encerrada en tu casa a una mujer que no puede amarte? Yo, cuando comprendí que no era capaz de amar, me levanté y me fui. ¿Qué tiene de malo? ¿Quién eres tú para juzgarme?!".

Algunos aldeanos se asomaron a la ventana para ver a los dos hombres que se gritaban en un idioma ininteligible. Jacob Markovich quiso responder, pero la estridente voz de Zeev Feinberg despertó a la niña, que ahora lloraba amargamente. Tuvieron que subir y bajar por esa calle casi cuatro vueltas hasta que volvió a dormirse. Mientras tanto, guardaron silencio. Cuando por fin se detuvieron, dijo Jacob Markovich: "Me preguntaste cómo puedo yo juzgarte a ti. Créeme, Feinberg, mejor que te juzgue yo y no tú mismo. Porque es eso lo que has hecho, ¿no? Fuiste tu propio fiscal y juez, sin abogado defensor. Te metiste preso, te flagelaste y te condenaste al exilio. No vine hasta aquí para juzgarte. Vine para liberarte. No sé qué es lo que has hecho, pero ningún hecho es tan terrible".

Zeev Feinberg permaneció callado. Siguieron caminando ida y vuelta varias veces antes de volver al único hospedaje de la aldea. Al llegar a la recepción, Zeev Feinberg dijo "buenas noches" y subió a su habitación. Jacob Markovich respondió el saludo a la espalda de Feinberg, que se alejaba, preguntándose si al día siguiente lo volvería a ver, o si al despertar el hospedaje estaría vacío.

A la mañana siguiente, Zeev Feinberg despertó y siguió acostado. Esperaba que el miedo, o la culpa, o la costumbre, lo impulsaran a levantarse y seguir la persecución, el movimiento perpetuo. Pero sus piernas no se movieron. Así siguió acostado hasta el mediodía. Cuando los miembros del pelotón golpearon a su puerta, les dijo que él había terminado, que estaba listo para volver a su casa. Entonces salió de la cama y fue a golpear a la puerta de la habitación de Jacob Markovich: "Voy contigo. Pero la niña viene con nosotros".

Ese mismo día, partieron hacia la ciudad. Con Jacob Markovich a su lado y la niña en brazos, se dirigió Zeev Feinberg a lo de un falsificador de documentos que había colaborado con ellos en varias de las cacerías y le pidió que hiciera los papeles necesarios para poder demostrar la paternidad de la niña. Por sobre sus anteojos, el falsificador lo miró detenidamente. A lo largo de toda la guerra, muchos judíos habían ido a rogarle que hiciera alguna magia, que pusiera algún sello que convirtiera a sus hijos en no judíos. ¿Y ahora venía un judío con una niña que no lo era pidiéndole que hiciera la magia, que pusiera algún sello que la convirtiera en judía? Zeev Feinberg se ofuscó y se salió de sus casillas; hizo temblar su bigote hirviendo de furia. ¿Cómo se le ocurría dudar del judaísmo de la niña? Era huérfana, pero decididamente judía. Y si realmente el falsificador

tenía corazón judío, haría lo que fuera necesario de inmediato para llevarla al Estado de Israel.

“Quien vive de la mentira, señor, sabe identificar a otro mentiroso. Esa niña es tan judía como usted ario”.

Zeev Feinberg suspiró. “Es cierto. Aun así, por mí, haz que sea judía”. El falsificador movió su cabeza en señal de negativa rotunda.

“Las mentiras que dije y los documentos que falsifiqué, todo lo hice para salvar judíos. ¿Qué interés puedo tener en ayudar a una como esa?”.

“De todos modos, si lo haces, estarías salvando a un judío”.

“¿A quién exactamente?”.

“A mí”.

Cuatro días después abandonaron Europa. Los pasajeros del barco coincidían en que jamás habían visto un padre tan preocupado por su hija como Zeev Feinberg por Naamá.

14

Nuevamente Zeev Feinberg y Jacob Markovich navegaban juntos. La primera vez, ambos eran solteros y huían a Europa del cuchillo amenazador de Abraham Mandelbaum. La segunda vez, los dos estaban casados; Zeev Feinberg anhelando divorciarse para volver a Sonia, y en el corazón de Jacob Markovich iba madurando -o quizás se iba pudriendo- la negativa a divorciarse de Bella. La tercera vez, ambos eran padres; Jacob Markovich, de un niño que sabía de otro, y Zeev Feinberg, de un niño que había dejado en Israel y de una niña que traía consigo. Pero en vez de reflexionar acerca de los cambios que el tiempo y la casualidad les habían deparado, en vez de añorar viejos tiempos o preguntarse con respecto al devenir futuro, estaban ambos ocupadísimos. El cuidado de Naamá fue mucho más engorroso que cualquier otro desafío u objetivo previo. Ambos hombres resultaban impotentes ante los ataques de llanto, los vómitos y los pañales de tela que se iban amontonando. La famosa destreza de Zeev Feinberg desapareció después de la cuarta noche sin dormir porque la niña se resistía a confiar en el vaivén del barco y, ni bien empezaba a hamacarse, irrumpía en un llanto desconsolado. También la entereza y la abnegación de Markovich fracasaron en la prueba del llanto de la criatura, que se volvía tan monótono y prolongado que Markovich, una persona generalmente equilibrada en sus reacciones, casi la arroja al mar. Antes de subir al barco, se decían que seguro ahí hallarían alguna nodriza o cuidadora, o simplemente una mujer con sentimientos maternales que la acercaran a la niña. Pero debido a la mala suerte, o a alguna maldición deliberada, nada de eso sucedió. El barco estaba realmente repleto de mujeres, pero ni una nodriza ni una cuidadora. Las madres estaban ocupadas con sus propios hijos, que lloraban, vomitaban y correteaban de aquí para allá y alborotaban de tal manera, que podían sacar de quicio al más cuerdo. Las mujeres jóvenes se comportaban como mujeres jóvenes, es decir, conversaban, reían, mantenían relaciones secretas, o no tanto, y fantaseaban con el país al otro lado del mar. Ninguna quería dejar las conversaciones, las risas, las relaciones sexuales y las fantasías para ocuparse de una niñita chillona.

Zeev Feinberg y Jacob Markovich se repartieron las horas de

atención a la niña, de modo que uno descansaba cuando el otro ajetreaba. Esa división del trabajo les fue muy provechosa, salvo por el hecho de que anuló casi por completo la posibilidad de una buena conversación entre ellos. Alguna vez lograban compartir un rato en la cubierta, al caer la noche, con la niña durmiendo a su lado. Pero generalmente despertaba minutos después de iniciada la conversación, y debían interrumpirla sin más preámbulo. En el cambio de guardia alcanzaban a intercambiar algo de lo acontecido en el turno (cuántas deposiciones, cuándo comió, le sonrió dos veces al marinero con el loro en el hombro…), pero no más que eso. Parecía que nunca llegaría el momento en que Markovich pudiera decir: Cuéntame, Feinberg, ¿por qué huiste hasta aquí? Así como Zeev Feinberg no llegaba a preguntar: Dime, Markovich, ¿cómo te recibió Bella una vez terminada la guerra? Y a pesar de que ambos anhelaban el momento de una buena conversación, algo en su interior agradecía a la niña que se los impidiera. Porque cuando ella dejara de llorar, cada uno de ellos debería exponer sus dolores y sus cuitas para verse las heridas.

Cuanto más se acercaban a las costas israelíes, más intranquilo estaba Jacob Markovich. Por las noches pensaba en Bella. Qué le diría al regresar… si ella le decía algo. Cuántas palabras puede una sola mujer callar. Yacía en su camarote y recordaba la indiferencia con que lo trató cuando volvió de la guerra. No, se corrigió, no era indiferencia. Porque se notaba el esfuerzo que hacía para ignorarlo. Y ese esfuerzo no era indiferencia. Era odio. Esa idea lo consolaba un tanto, porque él sabía que lo diametralmente opuesto al amor no es el odio, sino la indiferencia. Muchos años la gente fue indiferente con él, y de a poco esa indiferencia fue corroyendo su existencia. Pero el odio de Bella no sólo no corroía su existencia, sino que se la hacía presente. Y a pesar de que cuando pensaba en la casa de piedra de la colonia se apoderaban de él el temor y la sospecha, aun así prefería el ardor del odio de Bella a la frialdad y la indiferencia con que lo miraban todos los demás.

Mientras los temores de Jacob Markovich iban en aumento, aumentaba también la emoción de Zeev Feinberg. Dentro de poco volvería a ver a Sonia. Bien sabía dónde habría de encontrarla: en la playa. Maldiciendo y vituperando su nombre con palabras enardecidas y lengua viperina. Cuando se la imaginó allí, combativa y beligerante, sintió por primera vez, desde hacía mucho tiempo, despertar en él el deseo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no hablar de Sonia ante Jacob Markovich, porque no quería lastimar a su amigo con descripciones de encuentros amorosos siendo que Markovich iba hacia un polo cubierto por el hielo. Y Jacob Markovich no mencionó a Sonia delante de Feinberg, porque temía que le preguntara qué hacía su mujer, y él no sabría qué responder. Así viajaron largos días, uno

esperanzado y el otro temeroso, y las esperanzas y los temores se les quedaron atascados en las respectivas gargantas, intercambiando palabras livianas como pompas de jabón: “Qué lindo día hoy”, “quizás convenga ponerle otra blusa”, “dime, ¿ya comió hoy?”, y cosas por el estilo.

Pero antes de arribar a tierra firme, cuando ya se divisaba la línea de la costa en medio de la bruma matinal, Jacob Markovich detuvo a Zeev Feinberg e insistió en que le develara el misterio de la niña. Los otros misterios podían esperar, dado que estaban a buen resguardo en el fondo de los corazones. Pero la criatura, era difícil pasarla por alto. ¿De dónde había salido? ¿Por qué Feinberg la traía consigo? Jacob Markovich no pensó que estaba pecando de curiosidad malsana; después de haberla bañado, lavado, alimentado y vestido, consideró que tenía derecho a saber. Zeev Feinberg trató de eludir la respuesta, se quejó de hambre, de sed y de mareo, pero Jacob Markovich no cejó. Cuando comprendió que no se desharía de él tan fácilmente, improvisó: “Mi prima la tuvo, fruto de un amor prohibido con un joven alemán. Ella murió en el parto. El joven desapareció. Me sentí obligado a traerla conmigo”.

Cuando Zeev Feinberg miró a Jacob Markovich, esperaba verlo enjugando una lágrima de empatía y condolencia. En cambio se encontró con una mirada fría, casi burlona: “Si piensas aferrarte a esa mentira, Feinberg, conviene que sigas ensayándola”.

Jacob Markovich bajó de la cubierta y se acostó en su camarote. Ofendido con su amigo, que no confiaba en él. Fastidiado con la niña a la que durante tanto tiempo le había hecho de medio padre y media madre, sin saber quién era. Enojado con el hecho de que la travesía llegaba a su fin y no tenía sino que volver a su casa como los demás. A sembrar, cosechar y volver a sembrar. Volver a su casa del campo para ver la espalda de la mujer más hermosa que había visto en su vida. Ella no se daría vuelta para mirarlo. No le dirigiría la palabra. Él sembraría, cosecharía y volvería a sembrar. Quizás plantaría una higuera. O una vid. Y le convidaría sus frutos, tan dulces, pero aun si llegara a comerlos, no le hablaría. Y él sembraría, cosecharía y volvería a sembrar. La higuera crecería. La vid también. Ciertos días anhelaría volver a oír el silbido de los proyectiles en el cielo, otra guerra, algo que escindiera el silencio entre ambos. Pero el silbido no llegaría. Él sólo sembraría, cosecharía y volvería a sembrar. Y en las tardes veraniegas se sentaría solo, bajo su vid, bajo su higuera y bajo el peso de su culpa.

Jacob Markovich estaba sumido en sus pensamientos y, como suele suceder, sus profundas reflexiones se convirtieron en un sueño intranquilo. Despertó con fuertes golpes a su puerta. Hacía rato que el barco había anclado. Ya habían descendido todos los pasajeros.

¿Tendría a bien abandonar el camarote? Turbado y conmocionado, bajó al puerto, buscando con la mirada a Zeev Feinberg, deteniéndose en cada hombre con la esperanza de detectar un grueso bigote, o un rizo dorado del cabello de Naamá. En vano. De pronto reconoció a una señora entrada en carnes con cuatro hijos que venía con ellos en el barco; Feinberg y él la habían admirado al ver con qué serenidad manejaba hábilmente a sus cuatro jinetes del apocalipsis. Se dirigió a ella para preguntarle si había visto a su amigo.

"¿El grandote con la niña? Claro. Cómo no verlo. Fue el primero en pisar tierra firme. Se adelantó a todos. Pero tenía una buena razón. Su mujer, seguramente usted ya sabe… Dijo que su mujer lo esperaba desde hacía largos meses. Tan romántico. Lo dejamos pasar".

Jacob Markovich sonrió. No le guardaba rencor a Zeev Feinberg, a pesar de haber desaparecido sin esperarlo. A ese hombre extrañaba. A ese Feinberg quería ver. Cuando lo había encontrado en Europa era una sombra de quien fuera, y sólo anhelaba que llegara el momento en que su amigo volviera a ser el de antes: ciento veinte kilos de vitalidad. A pesar de que lo preocupaba que descubriera la enorme diferencia entre lo que esperaba y la realidad, la preocupación se desvanecía ante el alivio: Zeev Feinberg volvía a manejarse en el mundo como una flecha disparada. Ni por un momento dudó de que, de no haber sido por la niña, Feinberg habría saltado del barco frente a la colonia y nadado hasta la playa movido por la fiebre de sus añoranzas a Sonia.

15

Jamás el tiempo pareció avanzar tan lentamente como el día en que Zeev Feinberg bajó del barco y su corazón palpitaba agitado por Sonia. Los minutos pegoteados unos a otros, gomosos como la cera. Los neumáticos del autobús se deslizaban por la carretera asfaltada sólo por la mitad, con tal lentitud, que dos veces sopesó Feinberg la posibilidad de saltar de esa mula enclenque motorizada y caminar hasta la colonia. A cada rato miraba su reloj, y lo que veía allí le ocasionaba tanta desazón, que desviaba la vista disgustado, como quien se enfada con su amigo porque no coopera. Mientras tanto, Naamá observaba el nuevo terruño con ojos muy abiertos. Si Zeev Feinberg hubiera puesto atención, habría notado que desde que el barco ancló en el puerto, la niña había dejado de llorar por completo. Pero Zeev Feinberg estaba ansioso por otras cosas, de modo que la niña estaba colgada de su cuello con la mirada absorta en la ventanilla del autobús, y los demás pasajeros, embelesados con esa criatura, que era realmente muy linda.

Finalmente el autobús llegó a las inmediaciones de la playa donde Zeev Feinberg había encontrado a Sonia la vez anterior que volvió de Europa. A pesar de que aún faltaba más de una hora para arribar al poblado, Zeev Feinberg saltó de su asiento. Ante las miradas atónitas de los demás pasajeros y las preguntas del conductor, se bajó de esa enervante bestia de carga. Con la niña en un brazo y la mochila en el otro, caminó por las dunas hacia la franja azul de mar en lontananza. Con cada paso que daba, se ensanchaba la franja azul, y con cada paso crecía el entusiasmo de Zeev Feinberg. Cuanto más cerca de la costa, mayor era el zumbido del viento en sus oídos. De pronto imaginó oír la voz y los insultos de Sonia. Empezó a correr. Con el ruido de las olas, estaba convencido de oír su risa, hilarante y gutural. Enseguida la vería. Enseguida la vería parada allí. Diosa cananea, de sólidos muslos y orgulloso mentón erguido. Y la boca, lo que más extrañaba era su boca. Pimienta y chocolate. Sus imprecaciones salpicando el agua, piedras redondas, perfectas. Y ella sin saber que él ya estaba ahí, que se iba acercando. De pie, de cara al mar, no adivinaba que esta vez habría de llegar por tierra, no adivinaba que sus brazos la rodearían por detrás, para tomarla de improviso, para cortar el flujo

de las maldiciones con un beso. Cuánto se sorprendería. Cuánto se alegraría. Y también se enfurecería y él volvería a arrodillarse, como entonces, y le permitiría arrojarle una lluvia de maldiciones y de insultos, lluvia de bendiciones sobre la tierra reseca.

Pero cuando Zeev Feinberg llegó a la playa, la encontró vacía. Las gaviotas levantaban vuelo. Los cangrejos huían a sus cuevas. Un largo rato estuvo Zeev Feinberg en silencio sobre la línea del mar; pero luego dio media vuelta y emprendió el regreso por donde había venido. Qué imbécil había sido al pensar que Sonia lo esperaría allí. Ya no era una muchacha sino la madre de un niño, y los niños no pueden esperar así en la playa días enteros. Tienen que comer, jugar, bañarse y dormir. Cuanto más lo pensaba, más cuenta se daba de su error. No la encontraría en la playa, sino en su casa. En la casa de ambos. La cocina olería a pan quemado y mermelada cocida para disimularlo. Las sábanas olerían a naranjas. Y Yair… cuánto habría crecido. Debería tener la precaución de no abrazarlo demasiado fuerte. Ante esa imagen, empezó a correr, tanta impaciencia tenía por llegar.

Pero al llegar a su casa, la encontró cerrada con llave. Largos minutos estuvo parado frente a la puerta cerrada, hasta que Jaia Nudelman lo vio desde su casa, frente a la suya.

"¡Feinberg! ¡Volviste! ¡Zehava, ven a ver quién está aquí!".

Zeev Feinberg suspiró. Estaba tan esperanzado de que la primera cara que vería en la colonia sería la de su amada Sonia, y en cambio tuvo que vérselas con el ejército de vecinas chismosas. Antes de alcanzar a plantear una estrategia de evasión, se encontró rodeado de mujeres. Parecía que todas las puertas de la colonia se hubieran abierto salvo la propia. Jaia Nudelman, Zehava Tamir y Lea Ron, todas querían saludar al viajero. Y al ver a la criatura en sus brazos, la amistosa curiosidad se convirtió en un verdadero ataque. "¿Quién es?", "¿cómo se llama?", "¿de dónde viene?". Desde que Markovich lo reprendiera, Feinberg había tenido tiempo de limar y pulir su relato, y ahora respondía a las preguntas de las mujeres con total seguridad: había encontrado a la niña en un orfanato de Alemania. De padres judíos. No pudo dejarla ahí. Esta vez la explicación despertó el eco esperado, quizás porque sonó más creíble o porque las mujeres vieron satisfecha su curiosidad y les daba lo mismo si era auténtica o no. Cuando Feinberg terminó de responder a sus preguntas, se atrevió finalmente a plantear la suya: "¿Dónde está Sonia?".

Las murmuraciones cesaron de inmediato. Ni por un momento se les pasó por la cabeza que Zeev Feinberg no supiera de las andanzas de su mujer desde que él había abandonado la casa. "¿No te contó que se mudó a Tel Aviv?", preguntó Jaia Nudelman, disfrutando la primicia. "¿No te enteraste de que la nombraron directora?", saboreó

Zehava Tamir. “¡Es la mano derecha del jefe de la Organización!”, pasó al frente Rivka Shajam. Zeev Feinberg se apresuró a argüir que las obligaciones de su función le habían impedido mantenerse en contacto con su familia, y las mujeres asintieron con afectada comprensión. “Pero ahora que tú has vuelto, seguro también ella volverá”, dijo Jaia Nudelman. Las otras mujeres asintieron enfáticamente. Se lo deseaban a Feinberg no menos que a sí mismas. La sola idea de que una mujer pudiera levantarse un buen día y convertirse en tan distinguida ejecutiva les desvelaba el sueño. Que volviera Sonia a quemar hogazas de pan, a recocer estofados y a olvidar ropa interior en la soga. Quizás entonces volara a otra parte ese pájaro carpintero que llegó cuando ella se fue, que incesantemente golpeaba en los corazones de las mujeres obligándolas a preguntarse si también sus vidas habrían podido verse como la de Sonia.

Sonia puso en su lugar al empleado del correo hasta que sus orejas se ruborizaron: “Las cartas, mi querido amigo, están para ser leídas. Una carta que no llega a destino, jamás ha sido enviada. Me pregunto cuántas de las cartas que despaché esta semana efectivamente han llegado a destino y cuántas quedaron enterradas para siempre en ese bolso tuyo”.

El empleado miró a Sonia con recelo. Era cierto que a veces demoraba un poco la entrega de la correspondencia por impedimentos climáticos o por publicaciones especialmente atractivas que llegaban al kiosco de la vecindad. ¿Pero que una mujer lo reprendiera así? Eso sí que no. Todavía le daba vueltas a la respuesta que le daría a esa bruja de ojos grises, cuando se oyó golpear a la puerta de la oficina. El empleado del correo respiró aliviado. La encargada de la inserción de mujeres por fin se ocuparía de asuntos de mujeres y él podría volver a los suyos (que, a juzgar por la nueva publicación que acababa de comprar y de guardar en el fondo de su saco, también tocaba el tema de las mujeres, pero de otra forma).

Sonia quedó de pie dando la espalda a la puerta, con la mirada fija en el ineficiente empleado. Sin darse vuelta, dio las indicaciones: “Deja los informes sobre la mesa, los revisaré antes de la reunión de esta noche”. La puerta de la oficina se abrió. Sonia seguía instruyendo al empleado. “Si tomamos en cuenta la demora acumulada, pues…”. De pronto dejó de hablar porque el sonido de los pasos tras ella no era para nada el de los tacones altos de su secretaria. Con tres pasos le bastó. No era extraño, ya que Sonia tenía un oído musical fuera de lo común, genial. Su abuelo por parte de padre era un afinador de pianos con un oído tan preciso, que con un solo acorde reconocía el año de fabricación del piano, y con tres, la última obra interpretada en él. Sin duda, Sonia había heredado parte de esa sensibilidad, ya que de lo

contrario sería inexplicable que, con sólo tres pasos, supiera que Zeev Feinberg estaba parado detrás.

No se dio vuelta de inmediato. Temía descubrir el rostro del hombre parado en la habitación. Los pasos eran los mismos, y eso la calmaba bastante. ¿Pero los ojos? ¿El bigote? Mientras le diera la espalda, podía conservar en su mente la imagen de Zeev Feinberg tal como quería recordarlo, imponente estatua de bronce que ella había pulido y limpiado de las manchas de los meses anteriores a su partida. Si se daba vuelta, debía verlo tal cual estaba. Y eso quedaba fuera de su control. Por eso demoró un instante más, y quizás se habría demorado más aún, si Zeev Feinberg no hubiera dado otros tres pasos para tocarle el hombro.

El suspiro de Sonia se oyó claramente en todo el edificio. Secretarias dejaron de archivar y levantaron la cabeza. Directores dejaron de hablar y pararon las orejas. Empleados de limpieza se paralizaron con el estropajo o con el secador en mano. El reprendido empleado del correo olvidó por un momento la revista en su saco. Un suspiro como ese, conjunción de alivio, deseo, culpa y añoranzas…, jamás habían oído un suspiro así. Porque en el preciso momento en que Zeev Feinberg le tocó el hombro, Sonia supo que había vuelto a ella, vuelto de verdad. No el fantasma del hombre que amaba, sino él mismo, de carne, hueso y manos fuertes. Los grandes y cálidos dedos de Zeev Feinberg y su vigoroso modo de tomarla. Con esos dedos la tomó la primera noche y ellos reían y hurgaban. Con esos dedos la tomó todas las noches subsiguientes. Con esos dedos la tomó aun cuando ella lo rasguñaba después de enterarse de que, a pesar de todas sus promesas, había vuelto a las andanzas con mujerzuelas y se había acostado con Rajel Mandelbaum, y a pesar de que su piel manaba sangre de los arañazos, la tomó y prometió volver a tomarla una vez que el matarife se calmara y él pudiera volver a la colonia. Entonces, él volvió a ella. Ella lo esperó en la playa y él volvió a ella. Y ahora, cuando ya había dejado de esperarlo, cuando el anillo en el dedo era ya una costumbre, sólo un viejo recuerdo, volvía nuevamente.

Por fin giró Sonia y se puso cara a cara con Zeev Feinberg. Sus ojos más azules que nunca y su bigote insolente. Y bajo el bigote, los mismos labios carnosos, bien delineados. Era casi una afrenta pensar que labios tan sensuales pertenecían a un hombre, quizás por eso Zeev Feinberg los ocultaba bajo un bigote hirsuto. Ahora esos labios le sonreían a Sonia con picardía. “Aquí estoy”.

Antes de que Zeev Feinberg terminara de pronunciar su declaración, ya el cuerpo de Sonia se apretaba contra el suyo, la cabeza se refregaba en su bigote, en sus labios, en su cuello, él aspiraba su olor y ella mordía el lóbulo de su oreja. El empleado del

correo llamado al orden miraba absorto un buen rato antes de darse cuenta de que mejor aprovechaba y salía discretamente de la oficina de la encargada principal de asuntos de mujeres. Por cierto, las mujeres de la revista que llevaba en el saco no se igualaban a la demostración de ardor pasional de Sonia, pero esas mujeres están acostumbradas a las miradas, sus sonrisas dibujadas invitan a todos, en cambio la encargada de asuntos de mujeres podía llegar a no sonreír para nada si detectaba su presencia.

Zeev Feinberg y Sonia quedaron solos en la oficina, palpándose y husmeándose un buen rato, hasta que repentinamente Sonia tomó distancia y gritó: "¡Por Dios, Feinberg, llego tarde a las cuatro!". Cuando ella se encaminaba hacia la puerta, Feinberg la tomó del brazo (un brazo robusto, saludable, como la trenza sabática dulce y sus pecas, las pasas de uva): "Sonichka, ¿cómo puedes irte ahora? Diles que hagan la reunión sin ti". Pero Sonia se deshizo de su brazo y le dijo con una sonrisa: "¿Cómo pueden hacer la reunión sin mí si yo soy la directora?". Y antes de que él pudiera decir algo, ya su falda acariciaba la puerta en señal de despedida, y él quedó solo en la amplia oficina de la encargada de la integración laboral de mujeres.

Al cabo de pocos minutos, entró la secretaria con una taza de café en la mano. "Dijo la señora que usted lo bebe hirviendo hasta que queme la lengua". Zeev Feinberg probó el café y se lo devolvió a la secretaria. "No lo tomes a mal. Nadie quema el café como Sonia". La secretaria se encogió de hombros. "La señora dijo también que cuando termine su café puede ir a ver a su hijo y al otro niño y liberar a la cuidadora en Trumpeldor 48. Ella se les unirá cuando termine la reunión". Las últimas palabras las dijo a la espalda de Zeev Feinberg, que se alejaba a la carrera y bajó corriendo los tres tramos de escaleras, casi se llevó por delante al empleado del correo que estaba hojeando su revista, le agradeció a la secretaria que entretuvo a Naamá en la planta baja, y salió con la pequeña sentada sobre su hombro al encuentro de su hijo.

16

La niñera contratada por Sonia midió a Zeev Feinberg con mirada avezada.

"¿Y quién es usted?" (preguntó con tanta sequedad, que daba lo mismo que la respuesta fuera "el rey de Inglaterra" o "el Santo Rabí Itzjak Luria").

"Zeev Feinberg, marido de Sonia".

"¿Ah, sí?".

La mirada de la niñera pasó de Zeev Feinberg a la niña de los cabellos dorados en sus brazos. Zeev Feinberg juntó las cejas fastidiado. La niñera lo miró conservando la calma. Demasiados años llevaba cuidando niños iracundos como para que un extraño ofuscado pudiera perturbar su calma. Tenía facciones pequeñas y arrugadas, y sobre el labio superior ondeaba un bigote que no tenía nada que envidiarle ni al del mismo Feinberg. Nunca se había casado y nunca lamentó no haberlo hecho. Los hombres le parecían una máquina de engendrar niños y nada más. Dado que siempre andaba rodeada de niños, no tenía necesidad alguna de utilizar esa máquina. Amaba a los bebés mucho más que a los adultos, y por eso prefería cuidar niños hasta la edad de hacerse responsables de sus actos antes de fabricar uno propio, que seguramente sería muy lindo al principio, pero tarde o temprano perdería su dulzura y se convertiría en un hombre, de manos grandes, pies hediondos y boca para burlarse de las mujeres con bigote.

"¡Vine a buscar a mi hijo!".

"¿Ah, sí?".

Zeev Feinberg pataleó con impaciencia. "Mira, tía, soy el esposo de Sonia Feinberg. Volví de Alemania. Sé que mi hijo está aquí, en el departamento. ¡Déjame verlo!".

La niñera, impertérrita. "¿Cómo sé que usted es el padre del niño?".

La voz de Zeev Feinberg tronó en las escaleras de todo el edificio: "¡Claro que lo soy! ¿Qué se te ocurre, que así porque sí ando por las calles juntando niños?".

Mientras Zeev gritaba, la niñera miraba a Naamá. "¿Y quién es

esa? Esa no puede ser hija de Sonia".

Zeev Feinberg dudó un instante antes de responder. Fue suficiente para que la niñera cerrara rápidamente la puerta y le echara cerrojo. Zeev Feinberg golpeó a la puerta con tal fuerza, que parecía querer derribar el edificio entero. La niñera abrió una rendija.

"Tía, es una larga historia, pero créeme, soy el padre del niño. Si lo traes, me reconocerá enseguida".

Todavía se seguía explicando cuando vio a su hijo al final del pasillo corriendo tras una pelota que se le había escapado. "¡Yair! ¡Yair!". Al oír su nombre, el niño levantó la vista. Al fondo del pasillo, del otro lado de la puerta, vio un hombre con bigote, la cara roja de furia, la mirada desesperada, gritando su nombre a viva voz. Yair olvidó la pelota y empezó a llorar de miedo. La bigotuda niñera abrazó al niño con su brazo derecho y con la mano izquierda le cerró la puerta en la cara a Zeev Feinberg.

Antes de entrar a su casa, Jacob Markovich se puso el abrigo. Estaba convencido de que el frío de Bella era más gélido que las ventiscas invernales. Pero cuando traspuso el umbral, descubrió que la casa estaba calefaccionada y cálida. Pasaron unos minutos hasta que entendió que el calor de la casa no era natural. Exagerado. Bella hervía de furia y las paredes de la casa hervían con ella. Esta vez, para variar, su ira nada tenía que ver con él.

"Lo rechazaron. Sin excepción. Todos lo rechazaron".

Estaba sentada en una banqueta en el extremo de la habitación. Los ojos húmedos, la frente surcada por arrugas de frustración. El regreso de Jacob Markovich después de dos meses de andanzas no cambió nada en ella, salvo que ahora lo miraba al hablarle y antes recitaba elocuentes monólogos a la cómoda de pino.

"¿Cómo es posible que lo hayan rechazado? Cerdos, si les dieran la oportunidad, rechazarían también el oro puro".

Jacob Markovich escuchó unos minutos más la diatriba de Bella a los cerdos, perros y reptiles que rechazaban oro, diamantes y perlas antes de atreverse a preguntar de qué estaba hablando.

"Las poesías de Rajel, Markovich, no las quieren. Nadie las quiere".

Entonces Jacob Markovich comprendió qué era lo que Bella traducía cuando él volvió de la guerra, y lo que no había entendido ella se apresuró a aclarárselo. La ofensa del rechazo la sublevaba tanto, que olvidó su promesa de marginar a Markovich de su vida y responder con un silencio iracundo a todos sus intentos.

"Los traduje noche y día. Créeme, una belleza tal aún no has visto. Hasta ellos lo dijeron, los de las editoriales. Reconocieron que nunca habían visto poesías como estas".

“Entonces ¿por qué no las publican?”, preguntó Jacob Markovich. Bella saltó de la banqueta.

“¿Por qué no las publican, preguntas? ¿Por qué realmente?”.

Jacob Markovich dudaba de si estaría esperando una repuesta cuando Bella dijo: “¡Porque ella no es un ejemplo a seguir!”.

“¿Qué significa eso?”.

Bella no respondió. Sus piernas daban vueltas en la habitación como una polilla irrefrenable, de la cómoda a la mesa, de la mesa a la ventana. Su temor era que, si se detenía, el suelo bajo sus pies ardiera en llamas, tanta era su furia.

“Dijeron que una mujer así, que se suicida precisamente el día que el pueblo judío adquiere su patria, que escribe en el idioma de los no judíos, que deja un niño de corta edad huérfano por egoísmo y debilidad, una mujer así no es buen ejemplo”.

En ese momento Bella se encontraba a centímetros de Jacob Markovich. Sus ojos ardían.

“No los publicarán”.

Y de improviso, estalló en llanto. Jacob Markovich quiso cobijarla en sus brazos, pero no se atrevió. Ella estaba de pie frente a él, llorando con grandes lagrimones, sollozando ruidosamente y diciendo: “Esas basuras no la publicarán”. Jacob Markovich se consumía en su ambigüedad, y Bella se enjugó las lágrimas con su mano izquierda. Jacob Markovich se sacudió al ver las cicatrices pero no dijo nada. Conservaba fresca en su memoria la negativa de Bella a contarle cómo se las había hecho, a contarle nada en realidad. Bella percibió su mirada y sonrió con una sonrisa quebrada.

“Con esta mano saqué sus poesías del fuego. Abraham las quería quemar. No pude tolerar la idea de que se perdieran para siempre”. Cuando hablaba, Bella se pasaba la mano sana por la de las cicatrices. “Pero igual se perdieron. Una poesía que nadie lee se convierte en polvo. Si le hubiera permitido a Abraham Mandelbaum que las quemara, por lo menos la gente habría visto el humo”.

Jacob Markovich llevó su mano al bolsillo del abrigo. Entre los pliegues del paño estaba el sobre que había recibido de manos del amante del apostador. Estaba muy menoscabado, pero aun así, lleno de billetes.

“Toma”. Jacob Markovich sacó el sobre y se lo extendió a Bella, que cuando miró su contenido, abrió los ojos asombrada.

“Si las editoriales no publican las poesías de Rajel, las publicaremos nosotros”.

Cuando Jacob Markovich pronunció la palabra “nosotros”, sintió una agradable ola de calor recorriendo todo su cuerpo, que se ruborizó. Bella dejó el sobre en la cómoda de pino y tomó el brazo de

Jacob Markovich entre sus dos manos, la sana y la cubierta de cicatrices. Así estuvieron largo rato hasta que entró Zvi a la carrera del campo, vio a Jacob Markovich y exclamó: “¡Papá!”.

Las semanas siguientes fueron las más hermosas en la vida de Jacob Markovich. Desde que combatiera con sus camaradas en la fortaleza, no se sentía tan pleno. Y que la plenitud se diera con Bella, ni se había atrevido a anhelarlo.

Juntos editaron las poesías de Rajel Mandelbaum por temas. Juntos se debatieron entre las poesías para decidir con cuál empezar y con cuál terminar. Juntos viajaron a la ciudad a elegir imprenta. Siempre acompañados por Zvi, mirando alternadamente a su madre y al hombre al que llamaba papá, y de ese hombre otra vez a su mamá, como si temiera que, si dejaba de hacerlo, alguno de ellos aprovecharía la oportunidad para desaparecer. Su temor era vano: ninguno de los dos pensaba desaparecer. Bella Markovich nunca sintió más cerca la posibilidad de publicar las poesías de Rajel Mandelbaum. Y Jacob Markovich jamás se sintió tan cerca de Bella. Seguía prefiriendo los libros de botánica a los de poesía, y no cabe duda de que lo conmovía más un injerto de granadas que una acertada metáfora, pero las rimas de Rajel eran caras a su corazón. Ellas lo conectaron con la mano que las había traducido, una mano con cicatrices en un cuerpo perfecto.

Pronto descubrieron que necesitaban más dinero. La edición resultó un asunto caro. Bella propuso que se lo plantearan a Sonia. La encargada de la integración de mujeres a las fuerzas laborales seguramente se alegraría de poder contribuir a la publicación de las poesías de una mujer innovadora como Rajel Mandelbaum. De modo que viajaron a Tel Aviv. Sonia los recibió cariñosamente y con lindas palabras, pero les aclaró que no podría ayudarlos. “Ella se ahorcó mientras su hijo jugaba en el patio. Realmente, Bella, tú no consideras que el Departamento de Inserción Laboral de Mujeres pueda convertir a una mujer así en un símbolo”.

Bella miró a Sonia atónita. ¿Acaso había olvidado los días que pasaron las tres, Rajel, Sonia y Bella, en el arroyo junto a la higuera? ¿El olor de los panes que horneaba Rajel, uno para comerlo a la orilla del arroyo y el otro para dárselo a Sonia, que siempre se quejaba que de su horno salían ladrillos de cemento?

Los ojos grises de Sonia le devolvieron una mirada severa.

“Dios mío, ¿hasta cuándo seguirán pensando que el mayor logro de una mujer es hornear pan? Yo trato de convertirlas en maestras, médicas, quizás hasta ingenieras, ¡y tú vienes a pedir que subsidie poesía!”.

“¡Pero qué poesía, Sonia, si tan sólo la leyeras!”.

“Seguramente versos tiernos. Dulces. Y muy muy tristes. Y al final una gran soledad, o esterilidad, o suicidio. Así son nuestras poetisas. Si por lo menos castigaran un poco a otros y no sólo a sí mismas”.

Bella Markovich abría y cerraba la boca alternadamente, sin pronunciar palabra. Estaba tan impactada del cambio producido en su amiga. ¿Acaso era la misma Sonia que había protegido sus pasos desde el día en que llegara a la colonia? Cuando Bella encontró su voz, descubrió que le temblaba. En vano intentó explicarle a Sonia que la poesía también es combativa. Que una mujer como Rajel, que termina de limpiar la sangre de la carnicería y se sienta a escribir, que toma el lápiz con las manos callosas de costura, lavado y limpieza, que logra sacar de su alma una buena poesía a través del zumbido incesante de canciones de cuna a un niño que llora, una mujer así es una mujer luchadora.

Sonia negó con la cabeza. “Yo no preparo a mis mujeres para ese tipo de lucha”. Las mujeres se miraron mutuamente, ojos grises a ojos grises. Al cabo de un momento, Bella se incorporó con parsimonia real. Jacob Markovich se apuró a ponerse de pie también él. Hacía rato escuchaba la amarga discusión entre Sonia y Bella, una discusión que él no terminaba de entender y prefería observar en silencio. Pero también sin ahondar demasiado comprendió que esas dos mujeres, que al principio del encuentro se abrazaron como hermanas, ya no lo serían más.

Antes de abandonar la habitación, Jacob Markovich se atrevió a preguntarle a Sonia dónde podría encontrar a Feinberg. No se le movió un músculo de la cara al responder que lo encontraría en Trumpeldor 48.

17

A cincuenta metros de distancia del edificio, ya sabían Jacob Markovich y Bella a qué departamento debían dirigirse. Los gritos de Feinberg retumbaban a lo largo de toda la calle. “¡Soy un pirata cruel! ¡Soy un pirata terrible!”. Los chillidos de placer y temor de los niños dibujaron una sonrisa en la cara de Jacob Markovich cuando golpeó a la puerta. Tuvo que volver a golpear varias veces antes de que Zeev Feinberg interrumpiera el juego y despotricara: “¡Un momento, ya voy a abrir!”. Pero cuando finalmente abrió y vio la cara de los huéspedes, el disgusto se convirtió en júbilo. “¡Markovich! ¡Bella! ¡Qué grata sorpresa!”.

Bella ensayó una sonrisa tenue, aún sumida en la negativa de Sonia. En cambio, Jacob Markovich sonrió ampliamente al ver que su buen amigo llevaba en andas no a uno ni a dos, sino a tres niños. En su hombro derecho llevaba a Naamá, el cabello dorado recogido con una cinta. En su hombro izquierdo, a Yotam Mandelbaum, sus ojos castaños como los de Rajel y su cabello negro como el de Abraham, pero la sonrisa no era de su madre ni de su padre. Y sobre la nuca, con las manitos tomadas del cabello de Zeev Feinberg como riendas, venía sentado Yair y gritaba: “¡Arre!”.

Zeev Feinberg mandó a los niños a jugar a la sala. Le indicó a Yotam que cuidara a Yair. A Yair que cuidara a Naamá. Y a Naamá -que vaya uno a saber si entendió- que cuidara a la muñeca de trapo que no se veía mucho más pequeña que ella misma. Entonces se dispuso a hervir agua, pero su mirada iba del hervidor a los niños, de los niños al hervidor. Jacob Markovich esperó hasta que Bella se dirigió a la sala, y entonces le dijo al oído a su amigo: “Dime, ¿cómo recibió Sonia a la niñita?”. Zeev Feinberg se encogió de hombros. “Ya conoces el corazón de Sonia, ancho desde aquí hasta Petaj Tikva. Cuando comprobó que era lo que yo quería, la recibió sin chistar”.

Zeev Feinberg no era de los que faltaban a la verdad. Su conexión con la realidad solía ser fidedigna. Tampoco en esta oportunidad había mentido. La imagen que le presentó a Jacob Markovich era como el vidrio de una ventana cubierto de vapor, de modo que la realidad exterior quedaba oculta por la densidad interior.

Efectivamente, Sonia no lo había atormentado con averiguaciones acerca de la niña. No exigió saber de dónde era ni insistió en que le confesara por qué la había traído. Pero precisamente esa indiferencia con respecto a la criatura fue la que instauró la duda en el corazón de Zeev Feinberg. El hecho de que no haya exigido, que no haya insistido, por todos los diablos… ni siquiera preguntó, fue lo que lo inquietó. Porque con todo lo que ansiaba estando en Europa que Sonia aceptara de buen grado la presencia de la niña sin presionarlo con demasiadas averiguaciones, con las pocas ganas que tenía de revivir aquella noche sobre el puente, sin embargo, en las profundidades de su alma, tenía la esperanza de que ella le sonsacara el secreto. En lo más hondo de sí, Zeev Feinberg quería poder revelarle a Sonia por qué había huido del país y por qué había vuelto, apoyar la cabeza en su regazo y hablar de la criatura muerta y de la criatura a la que había salvado de la muerte.

Pero Sonia no preguntó, a pesar de que la curiosidad la carcomía. Temía que sus preguntas quebraran el equilibrio inestable que le había permitido a Zeev Feinberg regresar a su hogar. Muy pronto se convenció de que no importaba de dónde había llegado la niña mientras fueran los brazos de Feinberg los que la trajeran. Y cuando despertaba en medio de la noche por el llanto casi imperceptible de la niña y se paraba sola frente a ella, preguntándose quién era esa niña a la que ella cambiaba los pañales, se respondía que también Zeev Feinberg atendía a un niño cuyo origen desconocía. Así es la vida. Así se conduce la gente que pretende manejarse con el mundo, atravesar con éxito el campo minado entre la verdad y la mentira.

Sólo muy esporádicamente estaba Sonia en medio de la noche parada frente a la cuna de la niña. En general, su sueño era profundo después del largo día de luchas y reuniones. Zeev Feinberg era el que se despertaba cuando alguno lloraba, se incorporaba somnoliento del colchón abrigado y se dirigía a la sala, que de noche se convertía en dormitorio infantil. Allí cambiaba a Naamá, calmaba a Yair, que se despertaba por el ruido y empezaba a llorar también él, agradeciendo en su corazón a Yotam por seguir acostado con los ojos cerrados y la respiración regular a pesar del bullicio. Las primeras semanas después de su regreso, Zeev Feinberg disfrutaba esas andanzas nocturnas con una rara sensación de placer. Estaba convencido de que recuperaba el cariño de su hijo. Efectivamente, al cabo de una semana, Yair ya no lloraba en su presencia y su suspicacia se restringía a una mirada cargada de duda y de sospecha. Tras la segunda semana de rodaje, el niño tuvo a bien sonreírle a Feinberg. Cumplidas las tres semanas, el niño se desvivía por su padre tanto como el padre por su hijo.

Cuando Jacob Markovich y Bella golpearon a la puerta del departamento, Zeev Feinberg era un hombre feliz. Era un pirata

gigante desde antes de las diez de la mañana. Pero desde que abrió la puerta a sus amigos, sintió que algo lo incomodaba, sin saber qué. Sólo cuando le sirvió el té a Bella y percibió su mirada, comprendió que se sentía turbado.

“Entonces, Feinberg, ¿Sonia dirige el mundo y tú cuidas a los niños?”.

Zeev Feinberg no sabía nada acerca de la conversación entre Sonia y Bella, de modo que no sabía que era contra ella su comentario y no contra él.

“Temporariamente”, respondió.

Bebieron té, comieron masitas y se despidieron con cálidos abrazos. Cuando la puerta se cerró tras la partida de Jacob Markovich y Bella, los niños corrieron a Zeev Feinberg y le pidieron seguir jugando, pero él los miró serio. Ya no se sentía ni pirata ni asaltante de caminos, sino alguien al que habían despojado de algo. Se preguntaba por todas las noches que Sonia dormía y él atendía a las criaturas sollozantes. Cuando nació Yair, ni se le ocurría abandonar la frazada, tan claro era -para él como para Sonia- que la atención nocturna le estaba reservada a ella, así como el sustento diario era su competencia. De pronto, Zeev Feinberg olvidó el placer que le deparaba el juego con los niños, lo agradable del contacto con la piel suave cuando los bañaba, la serenidad que sentía cuando lograba dormir a todos y volvía satisfecho a la cama. Las paredes lo oprimían. Quiso salir. Pelear, o beber, ver muchos ojos pendientes de él, muchas bocas murmurando: ¡Ese es un hombre! Quería, pero no podía, ya que el mismo día que llegó había despachado a la niñera, en el momento en que Sonia volvió a su casa para confirmar que él era él. Cuando Yair lloraba ante el extraño que había llegado a la casa, Zeev Feinberg le avisó a Sonia que de ahí en adelante él se quedaría con los niños. Él solo. Y ella estuvo de acuerdo. Sin más, despachó a la niñera. ¿Por qué habría de negarse?

Cuando Sonia regresó ese día de su trabajo, encontró sus pertenencias empacadas. Zeev Feinberg estaba sentado en el sofá, rodeado de valijas, y cuando ella abrió la puerta, se incorporó. “Ha llegado el momento de volver a la colonia”. Sonia lo miró asombrada.

“¿Ahora?”.

“No, los chicos duermen. Nos iremos mañana por la mañana. Temprano”.

Zeev Feinberg hablaba en voz baja y determinante. En la oscuridad ambiente brillaban sus ojos mirando a Sonia como los ojos de una pantera. Pantera que había vuelto de Europa, se había instalado en su departamento y ahora amenazaba con tragarse todo lo que había construido. Sonia demoró un poco antes de responder. Recorrió con la mirada las tres valijas.

“No puedo irme mañana por la mañana”.

Zeev Feinberg no se inmutó.

“Entonces te nos unirás al mediodía”.

“Tampoco al mediodía. Tengo trabajo, Zevik, y eso no se puede meter en una valija”.

Finalmente, llegaron a una solución consensuada; ambos la aceptaban y la odiaban en la misma medida. Zeev Feinberg volvió a la colonia y al campo. Sus músculos volvieron a henchirse con el trabajo físico. Sus discursos se tornaron más vehementes de un congreso de agricultores a otro. De nuevo era un hombre entre hombres, salvo porque su casa permanecía vacía la mitad de la semana. Sin una comida caliente que lo esperara al volver del campo, sin olor a mujer y sin risas infantiles. Tres días por semana pasaba Sonia en Tel Aviv, dejando a los niños al cuidado abnegado de la niñera del bigote. Tres días que ella maldecía a Zeev Feinberg por su terquedad, y él a ella por la suya. La encargada de los asuntos de la mujer dirigía, organizaba y planificaba a altos niveles, mientras añoraba el contacto físico de la mano del gigante del bigote. Esa mano se aferraba al azadón y pegaba con muchos bríos, mientras añoraba un hombro pecoso. Los miércoles, cuando Sonia volvía a la colonia con los niños, Zeev Feinberg se mantenía distante y ofuscado, y Sonia, orgullosa y decidida. El frío entre ellos se iba entibiando progresivamente durante la noche, y la luz del día jueves los encontraba abrazados o fatigados de placer. El viernes todavía reinaban la ternura y el gozo, pero el sábado ya se adivinaba la despedida, irritables y cascarrabias. Los niños aprendieron rápidamente que los sábados por la tarde convenía jugar en el patio porque la sala estaba plagada de riñas, gritos y hasta volaban uno o dos platos por el aire. Comprar platos nuevos también era motivo de discusión, dado que Zeev Feinberg insistía en que Sonia los comprara en Tel Aviv, y Sonia aducía que no tenía un minuto libre allí intentando imputar a su marido la responsabilidad, hasta que terminaron comiendo del mismo plato por haber destrozado todos los que tenían. La comida era desabrida, porque Sonia recocía todos los estofados y Zeev Feinberg se negaba a probar suerte en la cocina. A pesar de ellos, se amaban muchísimo.

Del libro de poesías de Rajel Mandelbaum se imprimieron setecientos ejemplares con tapas blandas en una pequeña imprenta de Tel Aviv. Jacob Markovich le entregó al dueño de la imprenta el sobre de dinero que había recibido de manos del hombre de la gabardina raída y algunos billetes más que guardaba para algún imprevisto. Bella acarició cada uno de los setecientos ejemplares antes de dejarlos en las librerías. Al cabo de dos meses, agotadas las esperanzas y las

posibilidades, los llamaron a recogerlos de las tiendas, de lo contrario los arrojarían a la basura. Setecientos ejemplares de tapa blanda que nadie abrió jamás. Nadie compró el libro de poesías de Rajel Mandelbaum. Un día después de haber completado la recolección de los libros, estaba Jacob Markovich trabajando en el campo cuando divisó grandes llamaradas de fuego provenientes de su casa. Dejó todo y salió a la carrera. Cuando llegó a su casa, vio a Bella parada junto a una hoguera de quema de libros. Setecientos ejemplares con tapa blanda, y las poesías ascendían al cielo en una nube de humo negro. El fuego ardió más de una hora, y durante todo ese tiempo Jacob Markovich y Bella estuvieron parados uno al lado del otro, observando cómo se consumía el papel. Jacob Markovich quiso extender su mano para tocar la de Bella, pero ella tenía la mano en su mejilla; las lágrimas saladas cayendo sobre los dedos con las cicatrices. Cuando se consumió el fuego, Bella se dio vuelta y entró a la casa. No le dijo una palabra a Jacob Markovich. Un largo rato siguió parado frente a las brasas ardientes. Las brasas chasqueaban: hemos consumido setecientos ejemplares de tapa blanda y un incipiente “nosotros”. Ese “juntos” alimentado, regado y cultivado, que brotó y reverdeció a lo largo de tres meses de gracia, ese “juntos” se quemó irreversiblemente.

Jacob Markovich entró a la casa. Bella estaba sentada junto a la mesa de la cocina. Ella no levantó la vista. Nuevamente, cada uno por su lado.

*

Se podía creer que nunca envejecerían. Incluso se lo podía exigir. Uno supone que gente como ellos no envejece. Cada vez que el tiempo extiende su huesuda y destructiva mano, la mitología se apresura a contrarrestar el golpe. A ellos no. A ellos no podría destruirlos. Jacob Markovich sostendría su amor y su pecado hasta el final de los días, y el amor y el pecado seguirían frescos como el día en que nacieron. Bella seguiría siendo la mujer más hermosa que vio en su vida, y su odio a Jacob Markovich, tan ferviente como siempre. Zeev Feinberg y Sonia seguirían peleándose a gritos y amándose a gritos más potentes. El vicepresidente de la Organización seguiría siendo eternamente el vicepresidente de la Organización, jamás ascendería a presidente ni a vicepresidente honorario de la Organización.

Sí, decididamente se podía pensar que nunca envejecerían. Sin embargo, fueron envejeciendo. No sucedió de inmediato. Jamás sucede de inmediato, ese es su secreto. Una persona presta atención a asuntos de poca monta: criar hijos, trabajo que dé sustento, una o dos buenas comidas, y de pronto levanta la vista y es un viejo. Por eso

sería muy difícil señalar una fecha exacta en que la gente que pasaba dejó de darse vuelta para mirar a Bella, o registrar el día en que el vicepresidente de la Organización pasó doce horas enteras sin pensar ni una sola vez en Sonia. Los historiadores, que se desviven por encontrar documentos, jamás podrían definir si fue en primavera o en invierno cuando Jacob Markovich entendió por primera vez que iba aflojando su fuerza de retención de Bella.

A pesar de que efectivamente todo eso sucedió, no nos apresuramos a hacernos conscientes de ello. Por todos los demonios, si esa gente había atrapado dragones por sus alas, cabalgado sobre unicornios, galopado sobre leones. Más de mil veces hicieron imposibles, hasta que lo imposible se les hizo rutina. Resulta tentador, demasiado tentador decir que la declinación empezó con el final de la guerra. Como si hubiera habido en eso, en el anhelo de patria, una energía vivificante y nutriente que se desvaneció una vez que el deseo se satisfizo y se cristalizó. Como si una pasión no concretada se mantuviera eternamente. De hecho, los años pasaron, y los sentimientos, los deseos y los pensamientos se fueron con ellos. Las células murieron y fueron sustituidas por otras. El cabello se cayó y no siempre fue sustituido por otro. Y a pesar de ello, la gente se siguió comportando como de costumbre. Como si las células y el cabello -por no hablar de los sentimientos, las pasiones y los pensamientos-, todos siguieran intactos. Porque de lo contrario hubieran sentido que los días los llevan consigo de horizonte en horizonte, impotentes, como una fila de hormigas negras cargando un insecto de espaldas hacia su amargo fin. Y dado que dentro de pocos minutos aparecerá la hoja blanca y al otro lado continuará el relato después de diez años, es preciso presentar varios acontecimientos fundamentales que sucedieron a lo largo de esos diez años. Primero, debido al respeto que merecen los personajes, para que no se sientan de pronto como una suerte de títeres movidos de un lado a otro descuidadamente. Una vivencia tal puede resultar muy desestabilizadora desde el punto de vista psicológico. Segundo, porque la obligación de saltear diez años no resuelve la incomodidad ocasionada por los pasajes abruptos, porque, en verdad, cómo puede una página en blanco contener diez años enteros, como si hubieran enviado a una persona de un mundo a otro con una máquina mágica. Finalmente, detenerse en acontecimientos sucedidos en los diez años salteados es especialmente vital para precisar la distinción entre acontecimientos basales y acontecimientos intrascendentes, una diferenciación que si los seres humanos fueran más hábiles para establecer, su vida sería muy distinta, hasta mejor.

Así, por ejemplo, no hay ninguna razón para detenerse en el día que Jacob Markovich volvió a su casa más temprano que de

costumbre y encontró a Bella montada sobre un campesino de una colonia vecina. Ya que tanto la cabalgata como seguro el campesino eran totalmente intrascendentes. Peones sin importancia en la guerra declarada por Bella el día que notó que ya no la miraban cuando andaba por la calle. Esa guerra le insumía la mayor parte del tiempo, y a veces era más feroz que la declarada contra Markovich. Lo único que superaba el fragor de dicha guerra era su falta de sentido. En esa falta de sentido vale la pena detenerse, dado que jamás se había sentido Bella tan hueca como cuando el campesino la penetraba.

Otros sucesos basales dignos de mención son:

a. Una fría mañana de enero, Abraham Mandelbaum golpeó a la puerta de Sonia y Zeev Feinberg aduciendo que quería llevarse a su hijo. En una mano traía un ramo de rosas, y en la otra, un certificado de la Casa de Recuperación que avalaba por escrito su cordura. Sonia recibió las rosas, se negó a leer el certificado y llamó a Yotam. Abraham Mandelbaum se llevó al niño a una de las granjas colectivas de la Aravá, la zona desértica del sur del país, lejos de la colonia y de sus murmuraciones. Al cabo de tres años perdió su mano izquierda cuando su auto pisó por error una mina. A pesar de ello, aún era capaz de faenar una oveja con una sola mano.

b. Una tórrida noche de agosto, Jacob Markovich salió de su cama, miró largamente el rostro de Bella dormida y se preguntó qué era lo que pretendía de ella. No tenía dudas de que si despertara y lo abrazara, él huiría de la casa. Tanto tiempo la situación era la que era, que no sabía qué haría en caso de que la situación fuera otra.

c. Una tórrida noche de agosto, estaba Bella acostada en su cama cuando sintió la mirada de Jacob Markovich sobre ella y siguió pretendiendo estar dormida. Si hubiera abierto los ojos y mirado directamente a su anodina cara diciendo “libérame”, sin duda él habría accedido.

d. La primera tarde que Sonia y el vicepresidente de la Organización se cruzaron y no se saludaron. Sonia volvió a su departamento de Trumpeldor y se echó a llorar. El vicepresidente de la Organización se desveló y no durmió en toda la noche.

e. La primera tarde que Sonia y el vicepresidente de la Organización se cruzaron en la calle sin saludarse y sin lamentarlo. Sonia siguió su camino, comió una porción de pastel en un café con una amiga y se acordó del vicepresidente de la Organización recién cuando su amiga se fue por un momento al *toilette*. El vicepresidente de la Organización siguió su camino, comió tarta en casa de una amiga y se acordó de Sonia recién cuando su amiga se durmió con la cabeza apoyada en su brazo.

f. Varios atardeceres extraordinarios. Una tormenta eléctrica. Los

cumpleaños de Jacob Markovich festejados en absoluta soledad. Una noche de borrachera que Zeev Feinberg pasó en el regazo de Lea Ron cuando Sonia estaba en Tel Aviv y Yeshayahu Ron en Tiberíades. La tarde que Zeev Feinberg trató de contarle a Markovich la noche que pasó en el regazo de Lea Ron y no lo logró. Dientes de leche que cayeron en el piso de la casa de Jacob Markovich y en el piso de la casa de Zeev Feinberg. Las idas y venidas de los pies de los niños se iban incrementando mientras las de los adultos iban decreciendo.

DESPUÉS

1

Desde muy joven la piel de Yair Feinberg olía a duraznos. No hacía falta ser un gran biólogo para entender que el aroma no era sino una variante genérica del perfume a naranjas de su madre, así como sus ojos azules no eran sino un híbrido producto del gris de los ojos de Sonia y las profundidades marinas del vicepresidente de la Organización. Pero a diferencia del color de ojos, que se reconoce en el momento del nacimiento o un poco después, el aroma a duraznos no se detectó de inmediato. Al principio era casi imperceptible, a pesar de que despertaba una sonrisa a su paso. Miraban al niño y sonreían sin saber por qué. Cuando creció un poco, la fragancia se acentuó y la gente miraba a su derecha y a su izquierda cuando hablaba con él, buscando el fruto que seguramente estaba en las inmediaciones. Llegado a la edad escolar, ya toda la colonia sabía que la plantación de duraznos residía en los poros de la piel del niño, no hacía falta buscarla sobre la tierra. Todos lo querían. Sobre todo cuando escaseaban los duraznos. Con su delicado perfume y sus mejillas sonrosadas, Yair Feinberg parecía inocente como un ángel. Pero como no era un ángel sino un niño, supo aprovechar su aspecto para ardides y travesuras.

Adonde fuera Yair Feinberg, ahí estaba también Zvi Markovich. Eran tan unidos, que los colonos los llamaban “hermanos siameses”, a pesar de que no eran hermanos y no se parecían en nada. Yair era hermoso, el candidato perfecto para un póster de la historia de la colonia o alguna publicidad de talco. En cambio Zvi Markovich, a pesar de que era el hijo de la mujer más hermosa de la colonia, no logró escapar a la media común, que arruinó sus facciones hasta convertirlo en terriblemente medio. A veces Bella sospechaba que las facciones de su hijo se parecían a las de Jacob Markovich mucho más que a las del poeta, su padre. Casos como ese, a pesar de ser imposibles, son muy frecuentes.

Mientras el aroma y la dulzura de los rasgos de Yair Feinberg lo protegían de todo mal, las sospechas de los maestros se le pegaban al rostro de Zvi Markovich como se pegan los dedos a un panal de miel. Cuando una mano anónima ató a la cabra de Shejter en el aula vacía,

sometieron a Zvi Markovich a una investigación cruzada mientras Yair Feinberg lo esperaba en el campo. Y cuando alguien cubrió con mermelada de ciruelas el umbral de la casa de la maestra, le tocó a Zvi Markovich limpiar hasta la última gota mientras no cesaban los sermones en sus oídos, y Yair Feinberg le agitaba la mano a prudente distancia. Pero un día volvió Yair Feinberg de una visita a su madre en Tel Aviv y no halló a su compañero en el aula. Cuando se dirigió a la maestra para preguntar por su amigo, ella le respondió que esta vez había superado todos los límites. Un barril entero de crema había desaparecido del tambo de Strenger, y eso era imperdonable. Las sonrosadas mejillas de Yair enrojecieron cuando respondió: “Qué haría alguien con un barril entero de crema, de todos modos se le agriaría en poco tiempo”.

La maestra negó con la cabeza. “Tiene una mente endemoniada el Markovich ese. Después de varias palizas de Strenger, confesó que arrastró el barril al manantial para enfriarlo en el agua fresca y evitar que se agriara. Dios sabe de dónde sacó la fuerza para hacerlo”.

Entonces la cara de Yair ya ardía al rojo vivo. “¿Strenger le pegó? ¡Si fue idea mía! ¡Lo arrastramos juntos!”.

Largo rato intentó Yair convencer a la maestra de que estaba confesando un crimen que realmente habían pergeñado juntos. Fue enseguida al tambo de Strenger y le explicó lo sucedido, y se veía tan puro e inmaculado con sus mejillas ruborizadas, su perfume aduraznado y sus lágrimas de arrepentimiento, que inmediatamente recibió de manos de Strenger una consoladora jarra de crema. Yair Feinberg fue a casa de Zvi Markovich y la saborearon juntos.

Poco tiempo después de finalizado el incidente de la crema, también llegó a su fin la etapa de travesuras de Yair Feinberg. El hecho de haber sido atrapado en una de sus jugarretas no fue la causa, porque todos los involucrados concluyeron que había sido un desliz pasajero en la conducta de un jovencito tan dulce y correcto. Fue el olor a duraznos lo que confinó a Yair en su casa. El olor se había vuelto tan penetrante, que delataba a su portador en medio de la noche. Ya no podía escabullirse protegido por la oscuridad. El aroma de su cuerpo lo anunciaba con bombos y platillos y se extendía tras él como un silbido prolongado. Zeev Feinberg oyó el silbido y se consternó. El olor a duraznos que despedía su hijo lo desveló. Era antinatural. Algo no andaba bien. Que de una mujer emanara aroma a naranjas, a canela o hasta a clavel, todo muy lindo, alegre y seductor. Pero ¿quién ha oído que la piel de un hombre destile duraznos? Mientras Yair era un niño, Zeev Feinberg se convencía de que cuando creciera se evaporaría, como los dientes de leche, o la gordura infantil, o la fe en un dios bonachón, cosas de las que uno se va desprendiendo

sin mirar atrás. Pero al cabo de unos meses cumpliría trece años. ¿Cómo podía ser que siguiera oliendo a pastel frutado? Ese tipo de cosas había que cortarlas por lo sano. Zeev Feinberg se levantó de la cama, despertó al muchacho y lo mandó a bañarse. Seguramente cosas como esa no hubieran pasado de haber estado Sonia en su casa, pero Sonia estaba en Tel Aviv y, por ende, no pudo decir nada cuando Zeev Feinberg restregó a su hijo hasta enrojecerle la piel. Ya era mucho más que la medianoche cuando se dio por vencido. "Vete a dormir", le dijo a Yair, "seguiremos mañana".

Y al día siguiente, otra vez. Y también el subsiguiente. Cuando Sonia volvió a la colonia, la piel del muchacho estaba dolorida de baños y de ungüentos. El olor no había cambiado.

"¡¿Qué diablos haces?!", exclamó Sonia cuando vio a su hijo cubierto de pies a cabeza con un polvo verde que una anciana árabe de Furadis sostenía que quitaba todo, desde un aroma indeseable hasta un recuerdo perturbador.

Antes de que Yair alcanzara a responder, lo hizo Zeev Feinberg con tono drástico: "Se lo estamos sacando".

"¿Qué cosa?".

"Esto".

Sonia miró a su marido. Desde que repartía su tiempo (tres días en Tel Aviv, cuatro en la colonia), había aprendido muy bien el significado de esa mirada. Una mirada que decía: me enoja que no estés aquí. Una mirada tal, que con sólo escarbar más allá de la superficie se hallaba un tesoro arqueológico totalmente cubierto por una gruesa capa de polvo: sus añoranzas a Sonia. Pero, añoranzas aparte, su hijo estaba cubierto por un polvo verde y pegajoso que urgía quitarle de encima. Enseguida, Sonia y Zeev Feinberg empezaron a gritarse mutuamente; ella inculpándolo de loco y él de haberle transmitido a su hijo la maldición del olor. Yair aprovechó para salir de la habitación y huir al manantial.

Un largo rato estuvo en el agua para quitarse el polvo verde del cuerpo y después quedó allí desnudo, metido en el agua hasta las rodillas, pensativo. "Olor antinatural", había dicho el padre. "Olor a mujer". Por eso volvió a hundirse en el manantial, dejando que el agua cubriera todo su cuerpo, inundara todos sus poros. Hasta que sus pulmones no dieron más, y volvió a emerger. Por un instante, un dulce instante, no olió más que el musgo del manantial y la inmadurez de los frutos de la higuera que pendían sobre él. Entonces sus pulmones requirieron más aire, y volvió a aspirar profundamente, y supo que había fracasado, porque el olor a duraznos volvió a golpear sin compasión. Yair salió del agua, se secó con su camisa y volvió derrotado a su casa.

Un largo rato estuvo silencioso el manantial. Las aguas le

devolvieron a la luna una imagen sonriente. Las brevas se hamacaban en la rama, absorbiendo el néctar de esa noche y de las subsiguientes. Entonces volvieron a temblar las aguas ahora al contacto del cuerpo de Naamá. Mientras Yair se bañaba, Naamá había estado ahí a buen resguardo entre las plantas, viendo sin dejarse ver, mirando al hermano amado, tan bello. Cuando él salió de la casa, ella lo había seguido silenciosa, pisando donde él había pisado. Hábil, muy hábil. No dudó ni por un momento. No se preguntó cómo reaccionarían sus padres si revisaban su cama y la encontraban vacía. Bien sabía que no la revisarían. A él lo querían más, ella lo sabía. No es que no la abrazaran. La abrazaban. Mucho. Pero a Yair lo esperaban con los brazos abiertos, siempre abiertos. Y a Naamá la abrazaban cuando ella se los pedía. La abrazaban cuando lloraba. La abrazaban cuando abrazaba. Naamá extraía los abrazos de la roca, en cambio a Yair los abrazos siempre lo estaban esperando. Un inagotable tesoro de ternura que él tomaba distraído. Naamá hubiera querido odiarlo, mucho. Sus mejillas redondas, su cabeza rizada y ese olor que no daba tregua. Sin embargo, jamás lo había logrado. No de corazón. Mientras una mitad suya estaba dispuesta a matarlo, su otra mitad estaba dispuesta a morir por él. Y con eso bastaba para que siguiera con vida.

Poco tiempo después de que Yair saliera del manantial y volviera a su casa, Naamá se quitó el camisón y se metió al agua. Quizás sucediera el milagro y se adhiriera a ella algo de ese ansiado perfume a duraznos. Estaba dispuesta a transar por cualquier otro perfume, desde el damasco hasta la ciruela, con tal de que su piel dejara de tener esa insulsa condición y se asemejara por fin a la de Yair y Sonia. Porque estaba claro que lo de Yair no era sino la impronta de Sonia. En cambio, Naamá no tenía ninguna perfumada particularidad. En vano restregaba su piel con cáscaras de cítricos varios. En vano desechó durante una semana entera toda otra comida que no fuera naranjas. Su piel no cambió. Una y otra vez se sumergió en las frías aguas, aspiró aire y volvió a hundirse en las profundidades tal como había hecho Yair poco tiempo antes, hasta que la presión de sus pulmones superó a su voluntad y volvió a salir del agua. Por un instante, por un dulce instante, pensó que el olor a la higuera que la envolvía se desprendía de su cuerpo. Entonces requirieron sus pulmones otra bocanada de aire, ella volvió a inspirar profundo, y supo que había fracasado, porque el aroma de la higuera les pertenecía a las brevas que pendían sobre ella, y no a ella.

Sin embargo, Sonia trató de amarla en la misma medida. Realmente lo intentó. Así como un niño que usa anteojos se promete que jamás se reirá de los miopes, como una niña gorda jura que si alguna vez se convierte en cisne jamás se reirá de los patitos feos. Sonia misma, mucho antes de ser Sonia, cuando aún era Sonichka y

tenía seis años, había jurado que siempre, siempre, amaría a sus hijos por igual. Su madre había traído al mundo tres vigorosos varones y una niña feúcha, que jugaba a juegos de varones y tenía inquietantes ojos grises distanciados uno de otro. Recordaba muy bien lo sorprendente que le había resultado descubrir que, efectivamente, existía la posibilidad de querer a un hijo más que a otro. Siendo que ella siempre se había aferrado a la mentira aceptada por todos: se los quiere a todos, a cada uno diferente. Finalmente comprendió que si bien todos salieron del mismo útero, hay algunos cuyo cordón umbilical nunca se corta. Y su madre, que supuestamente debía repartir su amor en cuatro porciones iguales, amaba más a su hijo mayor. Después, a los otros dos varones. Y por último, a ella. Y ahora era madre. Y amaba más a Yair. Jamás lo había confesado en voz alta. Ni siquiera dejó que resonara en su espacio mental, por temor a que se oyera. A pesar de ello, todos lo sabían. Lo sabía Naamá. Lo sabía Zeev Feinberg. Lo sabía también Yair.

2

En la víspera de la festividad de Shavuot, cuando tenía catorce años, Zvi Markovich descubrió que Jacob Markovich no era su padre. Iba detrás de uno de los carros cargados de mieses que desfilaban por la calle principal de la colonia. Sostenía en sus manos una gran canasta de frutillas que sólo por milagro lograron, su padre y él, llenarla de frutas. Jacob Markovich era el único de los agricultores de la colonia que persistía en la creencia de que la tierra del lugar era buena para cultivar frutillas. Le habían dicho que no lo lograría. Y aun si lo lograba, la cantidad no lo justificaría. Y aun si la cantidad era suficiente, seguramente no serían lo suficientemente dulces. “Nuestra tierra”, le decían, “es demasiado dura para dar frutos tan dulces. Naranjas, sí. Duraznos, sí. Pero demandan esfuerzo, nacen de un tronco de árbol duro y elevado. Y las frutillas no tienen ramas ni tronco. Sólo esa dulzura roja, exuberante, a pocos centímetros de la tierra. Para cultivar frutillas, la tierra tiene que estar loca por su dueño, seductora. Como en América. En California, crecen frutillas a montones, cómo no. Allí todo crece en abundancia. Una orgía de frutas, recursos naturales y billetes. Pero nuestra tierra no es tan prodigiosa. Hay que trabajar mucho para obtener una pizca de dulzor”.

Jacob Markovich escuchó con atención y entonces fue y sembró frutillas a lo largo de toda la parcela norte; su hijo iba tras él alcanzándole plantón tras plantón de la carretilla. Sus vecinos creyeron que se había vuelto loco. Zeev Feinberg fue para hacerlo desistir: “Cultívalas en tu jardín, Markovich. En los canteros, si prefieres. Pero ¿por qué en el campo?”. Jacob Markovich escuchó a su amigo y arrojó unas cuantas migas de pan a las palomas. Habían transcurrido diez años, de modo que las palomas ya eran otras, más jóvenes. A pesar de todo, aún seguían tras las migas de pan en general y tras Jacob Markovich en particular. Las palomas se aglomeraban a sus pies, y a Zeev Feinberg se le ocurrió que en ese momento su amigo parecía uno de esos santos que los seres vivos admiran y reverencian.

“Yo quiero frutillas, Feinberg. Quiero que esta tierra me dé frutillas. Y ella las dará”.

“Y si no las da, condenas a la miseria a todos los habitantes de esta casa”.

Pero el resto de los habitantes de la casa se mostraban indiferentes a esa posibilidad. Bella jamás le preguntó a Markovich qué ponía en sus campos, y esta vez no fue diferente. Cuando las mujeres de la colonia le preguntaron qué hacía para medirse con las excentricidades de su marido, eludió la respuesta. No porque confiara en que Jacob Markovich manejaría todo satisfactoriamente, sino todo lo contrario. A veces se preguntaba si todo el asunto de las frutillas no era un castigo deliberado contra ella. Pero si se ponía a discutir con él, qué plantaba y qué sembraba, rápidamente pasarían a qué cosechaba y qué recolectaba, y de ahí al sabor de las frutas, a los precios de las compras y de las ventas, y algo de política, algo de cultura y ¡hop!, ya serían marido y mujer. Y no estaba dispuesta a aceptar eso. Su belleza la estaba abandonando, se le diluía en el sueño. No había vuelto a leer poesía desde aquel día que arrojó al fuego las poesías que alguna vez había rescatado de otro fuego. Su odio a Jacob Markovich, a pesar de haberse desteñido, era lo único que conservaba del ardor de su juventud.

En cambio Zvi Markovich depositaba toda su confianza en su padre. Si Jacob Markovich hubiera podido observarse a sí mismo a través de los ojos de su hijo, seguramente se asombraría de su propia belleza. De mirada confiada. Nariz gallarda. Mentón erguido y frente decidida. Sus manos, que tantas veces no sabía qué hacer con ellas, tomaban el azadón como un combatiente su rifle. Tan maravillosa era la imagen paterna en la mente de su hijo, que lo único de temer era la reacción de Zvi Markovich el día que debiera enfrentarse a su padre tal cual era y no como él quería que fuera. Pero ese momento aún estaba lejos y por eso, cuando Zvi Markovich oyó las burlas de sus amigos por el desvarío de las frutillas de su padre, los golpeó con todas sus fuerzas y seguramente habría vuelto a su casa sin uno o dos dientes de no haber sido porque Yair Feinberg se puso de su lado con los puños cerrados.

Bella se equivocó al pensar que el asunto de las frutillas era un castigo de Markovich a ella, un arma contra su hostilidad. Las personas viven una al lado de la otra largo tiempo, se miran recíprocamente noche y día, y aun así permanecen ciegas en las tinieblas. De lo contrario, cómo se explica que no entendiera, siendo una mujer inteligente, que las frutillas no eran sino otro sucedáneo que Markovich abrazaba para reemplazarla a ella. Porque ciertamente llega el momento en que las grandes pasiones son reemplazadas por otras un poco menos grandes, luego por otras pequeñas y luego desaparecen. Y Jacob Markovich, que amaba a Bella desde hacía más de diez años, había empezado a cansarse. Un primer testimonio de ello

es que renovó sus incursiones a Haifa para visitar a aquella mujer. Habían pasado más de diez años, pero la mujer de Haifa se mantenía en la misma edad y profería los mismos ayes y suspiros. Obviamente, su nombre no era el mismo. Cuando se iba, lo convidó con una frutilla, regalo del cliente anterior. Jacob Markovich mordió la fruta y se le iluminaron los ojos. El sabor rancio de la mujer en su boca se trastocó en un fuerte dulzor, vivificante. Todo el camino de regreso a la colonia degustó el fruto rojo. “Frutilla”. Dijo la palabra en voz alta y notó que los labios se cerraban alrededor de la primera sílaba como en un beso. Decidió cultivarla en su campo. Se veía a sí mismo en medio de aquella alfombra roja, aterciopelada, cortando frutillas hasta el hartazgo.

Por las noches, Jacob Markovich solía salir de su cama para ver cómo estaban los plantones. A pesar de que era un hombre tranquilo, ahora estaba dispuesto a partirle las entrañas a todo roedor que se atreviera a perjudicar su parcela. Durante largas horas caminaba por el campo de punta a punta y, tal como sucede en más de una oportunidad cuando un hombre anda solo por la noche, empezaba también a hablar. Les contaba a los plantones de frutillas sobre su infancia y sus padres. Sobre lo yermo de su existencia. Sobre el momento de inflexión, cuando vio el rostro de Bella en la sala repleta de la ciudad congelada. Y una vez que empezaba a hablar de Bella ya era imparable, se desahogaba de toda la historia de su amor frustrado. Alababa su piel, ensalzaba sus ojos, loaba su cabello y hasta describía sus pechos. Los plantones de frutillas escuchaban en silencio, y Jacob Markovich no necesitaba más. Con ojos brillantes hablaba de la dignidad de su paso, la forma imperial de llevar la cabeza, el remilgo de su nariz. Las horas pasaban y Jacob Markovich seguía hablando, y cuando ya no podía caminar más, se acostaba de espaldas sobre la tierra, cuidando no aplastar los plantones, para susurrarle a la tierra todo lo demás. Le susurraba acerca del maravilloso triángulo del sexo de Bella, que había llegado a ver en un instante de gracia. Acerca de su vientre. De la suavidad de sus miembros. Así se dormía antes del alba, destilando su pasión a la tierra; las hojas de las frutillas lo protegían del sol.

Poco tiempo después, ya se conocían las rondas nocturnas de Jacob Markovich en toda la colonia. Es verdad que muchos colonos conversaban alguna vez con sus mieses o se divertían con las vacas, pero ninguno de ellos las convirtió en un programa fijo de todas las noches. En cambio, Jacob Markovich, desde que las frutillas prendieron en su tierra, no durmió en su cama ni una sola noche. Se decía que les leía a las frutillas los periódicos vespertinos. Se decía que les engarzaba rimas libidinosas. Algunos murmuraban que vertía su semen en la tierra, hechizo para la buena cosecha. Jacob Markovich

hizo oídos sordos a todas esas habladurías. Tantos años en la colonia bloquearon sus sentidos a las diatribas de la gente. Ya no prestaba atención a sus movimientos de cabeza ni a los chasquidos de sus lenguas. No así Zvi Markovich. Sus ojos veían, y sus oídos oían, razón por la cual estaba todo magullado. Casi a diario se trenzaba en alguna pelea por su padre. Casi a diario podía sumar a sus brazos y piernas por lo menos cinco moretones. Los ostentaba con orgullo, como un soldado ostenta sus galardones, y se juró no revelarle el origen a su padre.

Sesenta días después de cortejarla, la tierra sucumbió a los encantos de Jacob Markovich. Los plantones de frutilla, que noche a noche oían los sueños eróticos del empedernido campesino, no osaron rechazarlo también ellas. Sesenta noches anduvo Jacob Markovich entre ellas, las abrazaba dormido, se acurrucaba en la tierra con su deseo insatisfecho, y ahora llegaba la compensación. El fruto rojo surgía de la tierra como un gemido de placer tras un prolongado juego amoroso. Jacob Markovich veía y no creía, porque en lo más hondo de su corazón temía que también la tierra se le negara. Y hete aquí que en vez de negarse, toda ella era un "sí". Sí, sí y más sí, una frutilla, otra y otra más, hasta que todo el campo emergió en un solo suspiro rojo, prolongado. Era la época de la festividad de las primicias, Shavuot, y el suspiro de placer de la tierra de Jacob Markovich se oyó en toda la colonia. Todos prestaron atención con curiosidad y envidia a la vez, como quien oye el coito de sus vecinos.

Zvi Markovich caminaba por las calles con una sonrisa victoriosa en el rostro. Ahora todos reconocerían la grandeza de su padre. La víspera de la festividad llenó una canasta con los mejores frutos, tan dulces que no lograban salir de la casa. Bella arrebataba una y otra frutilla, Jacob Markovich tendía una mano glotona, y Zvi se veía obligado a volver a llenar una y otra vez la canasta antes de salir a desfilar. "Extraordinarias", decía Bella, y Jacob Markovich asentía. Y Zvi, que no recordaba haber visto a su padre y a su madre tratarse con tanta liviandad, se apresuró a salir de la casa antes de que el momento se evanesciera.

Ahora caminaba junto a los demás jovencitos por la calle principal de la colonia, cada uno sosteniendo en sus manos un canasto repleto de bondades. Naamá Feinberg caminaba a su lado, su cabello dorado recogido. Del otro lado, Yair Feinberg con el semblante adusto empujaba una carretilla llena de zapallos. Se había empecinado en no poner entre los frutos un durazno y, hasta ese momento, se había visto obligado a alejar a no pocos aldeanos bienintencionados que intentaron hacerlo. Zvi Markovich caminaba entre su mejor amigo y la preciosa hermanita menor con una canasta rebosante de frutillas y en su corazón un sentimiento nuevo: no querría cambiar nada de ese

momento. Ni siquiera la voz gangosa de Zehava Tamir y Rivka Shajam detrás de ellos podía menoscabar la perfección del momento.

“Fíjate qué bellos los niños de Feinberg, para una revista. Lástima que el feo de Markovich está metido entre los dos”.

“Por lo menos las frutillas de su canasto se ven espléndidas”.

“Era hora de que Jacob Markovich hiciera algo bueno. Si tu mujer te odia y crías a un hijo que no es tuyo, por lo menos que aciertes a sustentarte”.

No fue automática la caída del canasto con las frutillas de manos de Zvi Markovich. Cinco minutos completos logró seguir caminando con él, sus dos piernas convertidas en un bloque de masa, como las masitas de niños que su mamá le horneaba cuando estaba de buen talante. Y él las pisaba y sentía cómo una pierna se le enredaba en sí misma, un niño de masa que se quemaba, se chamuscaba y ennegrecía. Y durante todo ese tiempo, Yair Feinberg con su carretilla de zapallos y Naamá Feinberg con sus naranjas seguían caminando a su lado mirándolo de reojo para ver si había oído. Justo cuando se convencían de que no había oído, justo cuando se tranquilizaban porque las palabras habían resbalado sobre su cabeza ya que habían transcurrido cinco minutos enteros y la cara de Zvi Markovich seguía imperturbable, justo entonces se detuvo Zvi Markovich de improviso y dejó caer la canasta de frutillas. Los frutos rojos se revolcaron en el suelo para terminar aplastados por los pies de los festejantes. Alguien comentó algo acerca de la torpeza del muchacho. Otro exclamó “señal del destino”. Zvi Markovich no los oía. Dentro de él rugía el derrumbe atronador, columnas de piedra y ladrillos de mármol se desmoronaban uno tras otro, pedregullo, arena y piedras molidos al caer estrepitosamente. Una nube de polvo se alzó y cubrió el templo que Zvi Markovich le había erigido mentalmente a su padre, y se pulverizó.

Naamá Feinberg se apuró a recoger las frutillas. Yair se arrodilló a su lado. Zvi Markovich quedó de pie, con la mirada perdida. Se le juntaban retazos de frases oídas en su casa, rumores de vecinos, miradas de maestros. Y de pronto, la conciencia tan clara, como si hubiera estado siempre ahí. En ese momento, supo que estaba por vomitar.

Se dio vuelta y empezó a correr. Lejos de las carrozas cargadas con las primicias de todos los frutos del lugar. Lejos de los zapallos, de las naranjas, de los duraznos. Lejos de las frutillas. Al cabo de unos instantes, vomitó en medio del camino. Un vómito rojo, espeso, todas las frutillas que había comido desde la mañana. La masa roja sobre el suelo semejaba las entrañas de un animal. Se sentía atragantado por un sabor empalagosamente relajante. Vomitó más. Y más. Vomitó

mucho después de que la náusea había pasado. Vomitó mucho después de no tener ya nada para vomitar. Y con todo, se hundió el dedo en la boca y vomitó otra vez, y se obligó a vomitar más porque no sabía qué hacer en caso de que dejara de vomitar. Vomitó más y más, pero por más que vomitaba no lograba extirpar las palabras de Rivka Shajam, que se le habían estancado en el estómago y envolvían sus entrañas con dedos atenazadores. Hasta que vinieron otros dedos y le tomaron la mano, y Naamá Feinberg dijo: “Basta”.

Zvi Markovich se deshizo de su mano y volvió a introducir un dedo en su garganta. Pero antes de volver a las arcadas, Naamá volvió a tomarle la mano diciendo: “Basta”.

Esta vez no se sacudió la mano de encima. “Ven”, dijo Naamá, y lo arrastró. Él fue tras ella. Los primeros festejantes se veían al otro lado de la curva y Naamá Feinberg apuró el paso. Recién cuando llegaron al otro lado de la avenida arbolada con cipreses, siguió caminando más lentamente. Siguió tomándolo de la mano todo el camino hacia el manantial. Lo sostuvo también cuando se sentaron sobre la tierra húmeda, embarrando sus blancos atuendos festivos.

“Ahora pide”.

“¿Qué?”.

“Pídele al manantial lo que quieras. Él cumple deseos. Me lo dijo mi mamá”.

“Lo dices por decir”.

“A mí me dio resultado”.

“¿Pediste algo y lo obtuviste?”.

“Pedí dos cosas. Obtuve una. Eso te da un cincuenta por ciento de probabilidades”.

“¿Qué pediste?”.

Naamá Feinberg lo miró antes de responder.

“Algo que no sucedió y algo que sí. Te diré lo que sí: pedí que maduraran los frutos de la higuera”.

Zvi Markovich resopló despectivamente. “Pero maduran igual”.

La mano de Naamá Feinberg se contrajo dentro de la suya. “No digas eso”.

Entonces no lo dijo. Se quedó sentado en silencio sosteniendo la mano de Naamá Feinberg y pensando que un manantial que cumple deseos era lo más tonto que había oído en su vida. Y que los adultos eran las personas más malvadas que había encontrado en su vida. Y que la mano de Naamá era lo más agradable que había sostenido en su vida.

Desde ese día, Zvi Markovich no volvió a sostener la mano de Naamá Feinberg. Cuando el sol se puso sobre el manantial, se

levantaron y se fueron cada uno a su casa. Zvi Markovich, a su casa vacía (porque Jacob Markovich había salido al campo y andaba como ebrio entre las frutillas, y Bella se había hartado de frutillas, horas enteras había hablado Jacob Markovich sólo de las frutillas, y había salido a paliar el ahogo de la casa en los senderos de la colonia), y Naamá Feinberg, a su casa llena (porque Sonia había adelantado su regreso de Tel Aviv con motivo de la festividad y ya estaba discutiendo con Zeev Feinberg de quién era la responsabilidad de que hubiera una torta de queso sobre la mesa; él sostenía que de ella, y ella, que de él, cuando ella asió el pote de queso que estaba sobre la mesa de la cocina -que supuestamente debió convertirse en torta, pero no quedaba claro por acción de quién- y arrojó un poco de queso a la cara de Feinberg, y él, con gotas de queso cayendo de su bigote, se abalanzó sobre ella en un embate de risa y furia). Así estaban Zeev Feinberg y Sonia, así que fue Yair quien encaró a su hermana exigiendo saber adónde habían ido, porque en un momento se había agachado junto a su hermana para recoger las frutillas y al siguiente se había encontrado solo. Zvi Markovich había desaparecido. Su hermana había desaparecido. Los había buscado durante casi dos horas. Había preguntado a toda la colonia. Y ahora entraba la niña como si tal cosa, su vestido blanco cubierto de lodo. Rubor en sus mejillas.

Naamá miró a su hermano y le anunció que no le debía informe alguno. Sin embargo, la conmocionó que le exigiera rendición de cuentas, que hubiera prestado atención al vestido sucio, a su tardanza, a todo lo que Zeev Feinberg y Sonia no habían notado por sobre el pote de queso. Ante la respuesta de su hermana, Yair frunció el entrecejo y se fue a su habitación. Naamá corrió tras él, decidida a aplacarlo. Le propuso leer un libro, o jugar a los naipes que en una oportunidad él le había confiscado al asqueroso hijo de Yeshayahu Ron por haberle tirado del pelo a su hermana.

“Vete a jugar con él, si quieres”, dijo Yair Feinberg y azotó la puerta.

Naamá quedó parada un largo rato en la tierra de nadie entre la puerta cerrada de Yair y la gresca entre sus padres. Se oía la discusión en tono dicharachero en la cocina. A través de la puerta de la habitación de Yair se propagaba un penetrante olor a duraznos, lo cual indicaba que se había quitado la ropa. Naamá inspiró profundamente. El olor a duraznos aparecía mezclado con el olor a naranjas que rezumaba toda la casa en presencia de su madre. Durazno y naranja. Naranja y durazno. Y el manantial, que su madre le había dicho que cristalizaba todos los deseos. El fruto de la higuera maduró. Su piel siguió insulsa. De pronto supo que no resistiría que la puerta de Yair quedara cerrada. Si también el olor a duraznos la abandonaba.

Entonces decidió que jamás, de ningún modo, volvería a tomar la mano de Zvi Markovich.

3

Jacob Markovich vendió sus frutillas con buen margen. Por primera vez en la vida supo negociar, dado que separarse de la fruta representaba para él la separación de una amada. Con el dinero que ganó por la venta de las frutillas, le compró a Bella un chal de seda roja. A los pocos días Jacob Markovich comprobó que el chal se había convertido en paño de cocina. Pero en vez de encogerse de hombros y volver a mecerse entre las frutillas, sintió que volvía a despertar en él el deseo por su mujer. Qué extraño: la sumisión de la fruta a sus desvelos incrementó su decisión de retener a Bella. Como si la anuencia de la primera fuera prueba de que, si perseveraba lo suficiente, se le entregaría también la segunda. Por eso volvió a cortejarla como al principio, cuando recién la introdujo a su casa. Bella, en cambio, cuanto más sentía la calidez que le prodigaba, más se enfriaba. Así rondaron por las habitaciones de la casa varios días, él acercándose, ella alejándose, y estaban tan embebidos, él en su deseo, ella en su rencor, que recién dos semanas después de Shavuot notó Jacob Markovich que su hijo había dejado de llamarlo “papá”.

Durante dos semanas, Zvi Markovich observó a sus padres, los miraba puntillosamente, como un investigador haciendo el seguimiento del comportamiento de seres vivos en un acuario. Veía el baile de cortejo de Jacob Markovich y las garras de Bella desenvainadas contra él. Veía el veneno que destilaba ella y los obsequios con que él la engalanaba. Finalmente no había ninguna diferencia entre el pulpo y el pez-león que había visto cuando su curso visitó los laboratorios del Technión en Haifa. Él tratando de envolverla con sus ocho brazos, y ella venenosa y escurridiza. Pero a diferencia del pulpo y el pez-león, que pueden hacer círculos en derredor por siempre, sea en las profundidades del mar o frente a los asombrados ojos de cuarenta alumnos, Jacob Markovich y Bella empezaron a notar las miradas pendientes de sus movimientos. Lentamente frenaron el vértigo de sus respectivos avances y retrocesos, preocupados por esa nueva presencia. El hijo jamás los había mirado así. Al principio, no supieron explicarse de qué modo su mirada los paralizaba. Hasta que al fin entendieron, cada uno por su lado, el cambio producido en el muchacho: el vaciamiento. Zvi Markovich miraba a sus padres con

una mirada desprovista de ilusiones. Jacob Markovich ya no brillaba con luces destellantes. Bella ya no estaba envuelta en un aura suavemente dorada. Los veía tal cual eran, y por eso debieron verse tal cual eran. Y fue doloroso.

Al poco tiempo de que Jacob Markovich se percatara de ello, notó también que su hijo había dejado de llamarlo “papá”. A pesar de que no habló de eso con Bella, sabía que ella también lo había notado. Se volvió más prudente, ya no rechazaba a Markovich con la misma rudeza desembozada de otrora. Como si temiera que si se desvinculaba de él, el hijo también lo haría. Porque no era su padre. En eso se equivocó, porque sí lo era: él calmó sus pesadillas cuando tenía cuatro años y le acondicionó la bicicleta cuando tenía cinco. Corroboró sus primeras palabras. Él desinfectó cada herida y cada rasguño. El amor de Markovich por el muchacho seguía intacto, independientemente del amor a su madre. La distancia interpuesta entre ambos le preocupaba no menos que a Bella. A pesar de todo, no le preguntó al muchacho qué había pasado. Cada vez que lo veía, tenía las palabras en la punta de la lengua, pesadas y renuentes. Jamás antes había necesitado palabras en su relación con el niño. Quizás por eso la relación era tan buena. Libres de palabras, sus transpirados cuerpos compartían el trabajo diario en el campo. Libres de palabras, intercambiaban una sonrisa de comprensión en medio del nacimiento de algún animal. Libres de palabras, se encontraban sus miradas cuando Jacob Markovich se afanaba en desinfectar las heridas de su hijo con sus hábiles dedos, y sólo el temblor de su labio delataba su enojo por el daño ocasionado al muchacho. Pero hacía semanas no le pedía Zvi Markovich a su padre que le vendara ninguna herida sangrante. De un día para otro cesaron las peleas. Ya no peleaba con otros muchachos. Ahora se peleaba consigo mismo. Cuando aparecían, crecían desde la piel hacia adentro, no veían la luz del sol. Sin embargo, Naamá las notó.

“¿Por qué se pelean?”, le preguntó en el patio de la escuela en un mediodía tórrido hasta el desvanecimiento.

“¿Quién pelea?”.

“Tú y tú”. Farfulló algo displicente y se dio vuelta para alejarse, pero Naamá, que ya era avezada lectora de olores, sabía por su respiración que estaba en lo cierto, y supo de la ofensa por la mano que no volvió a tomarlo. Zvi Markovich se alejó de ella y volvió a su casa y a sus observaciones.

Varias veces estuvo Jacob Markovich junto a la puerta de la habitación del muchacho con la mano en alto para golpear. Todas esas veces, finalmente había dejado caer la mano y se había ido. El silencio se iba entretejiendo alrededor de la casa como telaraña.

Un día, cuando Naamá, Zvi y Yair estaban recostados a la sombra de los cipreses, por fin abrió la boca Zvi Markovich y dijo en voz alta lo que durante semanas había meditado para sí: “Me quiero ir. Dejar este lugar”. El día era caluroso. La tierra ardía. La sombra de los cipreses no era más que un leve bosquejo oscuro en el suelo. Yair Feinberg giró la cabeza hacia su amigo con relativa curiosidad. Sus negros rizos sobre la cara, sus sonrosados labios, aduraznados, semiabiertos: “¿Adónde?”.

Zvi Markovich dudó. Le había dado incontables vueltas a la idea de marcharse, pero hasta ese momento no se había preguntado adónde. Peor aún: le pareció detectar un dejo burlón en los ojos de su amigo, como si Yair Feinberg hallara divertida la posibilidad de que alguien estuviera tan decidido a abandonar su lugar sin tener la más mínima idea de adónde ir. De hecho, para ponerse en camino basta que uno tenga un punto para abandonar. ¿Por qué, entonces, esa mirada escéptica de Yair?

Pero la mirada de Yair no estaba dirigida a Zvi Markovich sino a Naamá, cuyos ojos brillaron desde el momento que Zvi dijo lo que dijo. Levantarse e irse. Cómo no se les había ocurrido. Podrían huir los tres, quizás esa misma noche. Si caminaban a buen ritmo, en una semana llegarían al lago Tiberíades. Comerían pescado y dátiles. Nadarían en el lago. Nadie sabría quiénes eran. Nadie sabría que a Yair lo querían más. Pero cuando ella formuló la idea del lago Tiberíades en voz alta, Yair estalló en una carcajada.

“¡Nos morimos de insolación en menos de dos horas!”.

“Entonces nos vamos de noche”.

“Quizás podamos viajar”, propuso Zvi.

“¿Viajar?… ¿Cómo?”.

“Nos escondemos en uno de los camiones de cereales. Bajamos donde sea. No importa demasiado. Y no volvemos más a la colonia”.

Al oírlo, se apagó la chispa en los ojos de Naamá. ¿Nunca más? Detrás de la fila de cipreses dormía la colonia su siesta reparadora, sin sospechar la traición en ciernes. Las gallinas cacareaban a lo lejos, la tierra respiraba pesadamente.

“No”, dijo Naamá, “no podemos abandonar la colonia. Nadie lo ha hecho. Salvo Abraham Mandelbaum, que todos dicen que estaba loco, y algunos pioneros asustados por la malaria, y hasta hoy se burlan de ellos en las clases de consolidación grupal”.

En ese momento, aflojó finalmente la cuerda que tensaba la espalda de Yair Feinberg. Volvió a girar sobre su espalda, mirando al cielo. Qué lindo y qué bueno. Su hermana se quedaba ahí. Pero Zvi Markovich no cejó, se puso de pie y exigió: “Pero ¿por qué no?”.

Yair y Naamá Feinberg siguieron acostados en el suelo.

“Porque un campesino no abandona su colonia”, espetó Yair, “de lo contrario seremos como esos”.

4

El desprecio por "esos" era algo que Zeev Feinberg había transmitido a sus hijos con mucho celo. Con Tel Aviv tenía una cuenta personal. Desde que Sonia convirtiera a la gran ciudad en su segundo hogar, Zeev Feinberg ya no la soportaba. Casi había olvidado que él mismo, cuando recién había llegado a las costas de Palestina, dudó antes de decidirse por la vida de campesino. El tiempo transcurrido había borrado los signos de pregunta, de modo que las disyuntivas en las intersecciones de caminos se veían a la distancia como senderos rectos que había acometido con decisión.

"Una sarta de empleados, secretarios y comerciantes. En toda esa ciudad no hay siquiera un hombre de verdad".

"¿Ni uno solo?". La voz de Sonia sonaba divertida, las cejas dubitativas.

Desde su regreso a la colonia la noche anterior, ella y Feinberg se enredaban sucesivamente en peleas y reconciliaciones. A la hora de la cena sabática del viernes a la noche, Sonia ya estaba de buen ánimo como para reconocer que la reticencia de Feinberg no era sino un reflejo de su amor a ella.

"En serio, Sonia, ¡si hasta este muchachito tiene más fuerza que esos!".

Cuando Yair Feinberg lo oyó, se le iluminó la cara. Desde que Feinberg le había declarado la muerte al olor a duraznos, no había alabado al muchacho. Le ordenaba hacer largos baños de inmersión y persistía en no cerrar las ventanas para que el aroma no se asentara en las habitaciones. Recibir un cumplido así de parte de su padre, aunque hubiera sido al pasar, valía mucho. Zeev Feinberg no notó la alegría de su hijo y siguió desarrollando su idea: "Te lo firmo, Sonia. No hay un solo hombre cabal en esa ciudad tuya. Salvo Froike". Cuando Zeev Feinberg mencionó al vicepresidente de la Organización, el rostro de Sonia se ensombreció por un instante. Zeev Feinberg no lo notó porque estaba sumido en sus pensamientos acerca de su amigo. Yair Feinberg no lo notó porque estaba sumido en sus esfuerzos por satisfacer a su padre. Pero Naamá, siempre pendiente de los restos de cariño con que Sonia pudiera salpicarla, notó la sombra que obnubiló

a su madre y la guardó en su corazón.

“Sí”, insistió Zeev Feinberg, “Froike es bien macho”.

“¿Por qué?”, preguntó Yair Feinberg, decidido a averiguar qué era lo que conviertía a alguien en un verdadero macho, elevándolo de la existencia cotidiana a la maravillosa esfera de la gente que su padre valoraba tanto. Entonces Zeev Feinberg le contó las hazañas del vicepresidente de la Organización, y mientras él iba entusiasmándose en el panegírico, Sonia iba apocándose en su silla. Entusiasmado como estaba, Zeev Feinberg pasó por alto los años que hacía que no veía a su amigo, que rechazaba con diferentes excusas las invitaciones a visitarlos. Esas son pequeñeces. Lo esencial era esa mezcla de aceite de rifle y lodo, olor a sangre y dinamita, que es lo que caracteriza a un verdadero macho.

“¿Entiendes, hijo? Un tipo como Froike era capaz de aplastarle la nariz a un gendarme británico con una mano y tocar su armónica con la otra. Cualquier otro combatiente habría salido corriendo después de eso, pero Froike seguía tocando la melodía hasta el final, y recién entonces se levantaba y se iba. Lentamente, como un señor. Sin dejar huellas. Jamás lo atraparon. No como tú, con ese olor a compota, en medio minuto una división entera da contigo”.

Al oír las últimas palabras de Zeev Feinberg, Sonia le dirigió una mirada de reprobación, que dio en sus ojos vidriosos y siguió su curso. Porque Zeev Feinberg ya hacía rato había salido del espacio doméstico. En vez de la mesa de madera, tenía ahora delante de él una trinchera donde muchos años atrás se habían ocultado él y el vicepresidente de la Organización cuando el objetivo era hacer explotar los muros de la prisión de los inmigrantes ilegales. El cinturón de dinamita abrazaba sus cinturas como una amada apasionada. La cercanía de la muerte les aguzaba los sentidos y el mundo les parecía maravillosamente bello. Jamás habían brillado tanto las estrellas como aquella noche, con cincuenta kilos de dinamita rozándoles la piel a cada paso. Sin darse cuenta, Zeev Feinberg se tocó el desteñido cinturón de cuero que llevaba ahora, al que no hacía mucho había tenido que agregar otro ojal para poder ceñirlo a su cintura. Con qué facilidad cambiaría la caldeada habitación hogareña por una silenciosa reptada nocturna. Pero los días de las reptadas habían pasado para no volver. Ahora había cuentas que pagar, arados que recomponer y niños a los que quitarles olores raros. Por primera vez desde aquella noche que había matado involuntariamente a la madre y su criatura, sintió que añoraba la guerra. Y tal como suele suceder, esa nostalgia cobró forma: la del vicepresidente de la Organización. Porque mientras Zeev Feinberg se había cargado de hijos y de trabajo en el campo, Efraim seguía siendo lo que era: un combatiente. No tenía descendientes colgados de su

hombro, sino el arma. Dedicaba su tiempo a programas estratégicos de vital importancia. Zeev Feinberg seguía añorando la imagen de Efraim y sus hazañas compartidas y Yair Feinberg escuchaba y las grababa a fuego en su corazón. Ahora sabía qué era lo que debía hacer, cómo se libraría de una vez por todas de la decepción en los ojos de su padre. Un viernes por la tarde de fines de agosto, ante un plato de papas chamuscadas, Yair Feinberg decidió que sería un combatiente.

El campo de entrenamiento se levantó en el extremo más alejado de la cañada y su existencia se mantuvo en absoluto secreto. Zvi Markovich y Naamá Feinberg eran los únicos iniciados y ellos juraron fidelidad absoluta en una compleja ceremonia que incluyó mutuo intercambio de sangre y el degüelle de un saltamontes. Se entrenaban en carreras y saltos, acechanzas y estratagemas. Sobre todo se entrenaron en el resquemor a "esos". Noches enteras pasaban hablando despectivamente de los jóvenes que en ese momento dormían plácidamente en sus camas, que no sabían orientarse por las estrellas ni borrar huellas. Jóvenes que en la primera salida a fabricar un cepo serían atrapados apenas empezada la tarea. De manera tácita, quedaba prohibido mencionar las probabilidades del mismo Yair Feinberg de ser atrapado, cuyo perfume a duraznos exquisitamente dulce, cumplidos los trece años, se había intensificado aún más. A veces, cuando los tres se acurrucaban tras la saliente de una roca al acecho de un terrorista que jamás llegaba, el brazo de Zvi Markovich rozaba por error la mano de Naamá. Esos momentos, jamás mencionados, valían para él todas aquellas noches de vigilia.

Cuando llegó el invierno, Zvi Markovich tenía la esperanza de que suplantaran los entrenamientos por otras ocupaciones. Muy pronto descubrió que estaba equivocado. Yair Feinberg veía en el frío y la lluvia oportunidades irrepetibles, herramientas para consolidar su resistencia y su valor inquebrantable. Ni siquiera la neumonía que se pescaron los tres, cuando los obligó a cruzar a nado el agua acumulada, lo hizo desistir. Antes de que le bajara la fiebre, ya se escabullía de la cama para cumplir con el entrenamiento matinal. En cambio, Zvi Markovich se quedó en la cama mucho después que sus camaradas se repusieran, tosiendo y esputando, hasta que el médico dijo que no se trataba de una pulmonía, sino de asma severa. Yair Feinberg oyó la noticia y empalideció. Sabía que el asma severa anulaba las posibilidades de incluir a su amigo en puestos combativos y lo relegaba a la categoría de "esos".

Cuando Zvi Markovich se levantó de su lecho de enfermo, ninguno volvió a mencionar la palabra asma, así como no mencionaban el olor a duraznos de Yair ni la femineidad de Naamá. Esas eran las cosas que los separaban de lo que debían ser, y no había ninguna necesidad de

hablar de ello.

Hacia la primavera, cuando las noches se entibiaron, volvieron a la cañada y a los acechos. Pero rápidamente descubrieron que habían perdido el interés. El encanto del riesgo era cosa del pasado y ahora sentían el amargo sabor del tedio. Ya no estaban alertas a cada ruido leve. Bien sabían que se trataba de un animal nocturno, o cuando mucho, una pareja buscando un lugar solitario. Buscando un nuevo centro de interés, se alejaron hasta el otro lado de la cañada, en la ladera ascendente de la montaña, en las ruinas de una aldea árabe que había quedado abandonada después de la guerra. Allí volvió el rubor a colorear las mejillas de Naamá y la chispa a los ojos de Yair. "Debemos defender este lugar", explicó, excitado, "para el caso de que los árabes quieran volver". Zvi Markovich asintió. En cualquier momento, la aldea podía llegar a colmarse de árabes malhechores que se parapetaran tras los muros de piedra y acribillaran a balazos los cuerpos de los combatientes judíos. Aunque tres era un número terriblemente reducido para defender un patrimonio estratégico tan importante, pero desde siempre habían sido los hebreos una pequeña minoría, pocos contra muchos, y los tres -a pesar de que no eran sino jovencitos- estaban muy bien entrenados y decididos. Diariamente esperaban impacientes el fin de las horas de clases para correr a la cañada. Cuando se acercaban a la aldea, bastaba con un movimiento de cabeza para que se agazaparan de modo de evitar ser avistados por el enemigo. Los últimos cincuenta metros, entre el cerco de cactus y la primera casa de la aldea, los recorrían casi siempre reptando, y si alguno de ellos emitía el más leve sonido porque se le clavaba alguna espina o alguna piedra, los otros dos lo miraban de tal modo, que de inmediato callaba avergonzado. Una vez que llegaban a la primera casa, se apuraban a tomar posiciones entre los derruidos muros para observar desde allí al resto de los edificios. Recién cuando se cercioraban de que ningún factor extraño había aprovechado el tiempo que ellos estudiaban matemáticas, literatura y geografía para colarse en la aldea, salían de sus guaridas. En las horas que quedaban hasta el ocaso, recolectaban tunas y exploraban las casas. Cuanto las sombras más se alargaban, los invadía esa incomodidad que sobreviene cuando alguien deambula por una aldea abandonada y en ruinas, imaginando oír a una madre llamando a sus hijos a cenar, o ver a un hombre volviendo del campo. Sin embargo, se obligaban a custodiarla hasta que la oscuridad lo cubriera todo, por si emergieran entonces las fuerzas del mal. Alrededor de las siete y media, cuando consideraban que toda otra demora llevaría a una ronda de averiguaciones innecesarias alrededor de la mesa, iniciaban la carrera de retirada en dirección a la colonia. Junto al cerco de cipreses se despedían con un apretón de manos que consideraban adecuado a la

finalización de las acciones de ese tipo. Yair y Naamá se dirigían a su casa, y Zvi Markovich, a la suya, a pesar de que se hacía a la idea de que seguía caminando junto a sus amigos, una mano sobre el hombro de Yair en son de camaradería de combatientes, y la otra sosteniendo la mano de Naamá en son de una camaradería que aún no se atrevía a precisar. Incluso sentado a la mesa junto a sus padres seguía pensando en sus amigos, fuera porque le placía evocarlos o porque se le hacía intolerable la compañía de Bella y Jacob Markovich. Hacía ya largos meses que establecía muy poco contacto con ellos, y ellos, en vez de obligarlo a decir lo que sentía, también se cobijaban en su silencio.

Mientras que en casa de Jacob Markovich y Bella reinaba el silencio, la de Zeev Feinberg y Sonia ensordecía a palabras. Desde que despertara en Zeev Feinberg la nostalgia de las luchas y las acciones belicosas, ponderaba en todo momento sus hazañas y las del vicepresidente de la Organización, regodeándose en el recuerdo como quien recuerda a una amada añorada de su pasado. Yair Feinberg escuchaba embelesado el relato de cómo habían echado a las bárbaras tribus beduinas del límite sur, era todo oídos cuando detallaba las espeluznantes batallas en los montes de Jerusalén. Pero una noche, cuando Zeev Feinberg contaba acerca de la apertura del camino a los poblados de la Galilea y actos de heroísmo en la llanura costera, las facciones del muchacho se nublaron. De pronto comprendió que todo estaba hecho. Las fuerzas enemigas repelidas fuera de las fronteras del país. No quedaba ni un solo árabe al que reducir con sus propias manos. Si bien hasta hacía poco tiempo los soldados habían arriesgado sus vidas luchando contra los fedayines, esa guerra había terminado sin que él participara en ella. Al día siguiente, iba ofuscado hacia la aldea abandonada. Cuando cruzaron el cerco de cactus, Naamá y Zvi corrieron a tirarse cuerpo a tierra, y Yair quedó de pie.

“No tiene sentido”, les dijo a sus anonadados camaradas, “aquí no hay nadie. Ni lo habrá. Ningún árabe ha de volver aquí”.

La magia se esfumó como por encanto. El autoengaño cómplice que los unía y se había prolongado durante varias semanas en que compartieron placer, miedo y secreto se había hecho añicos. La peligrosa zona enemiga no era sino un montón de ruinas. Fuera del cerco de cactus, nada de lo que allí había podía causarles daño. Confundidos, Naamá y Zvi se levantaron del suelo. Con dedos indecisos se sacudieron la arena y el polvo. Miraron a Yair con ojos inquisitivos e inculpadores: Y ahora, ¿qué?

Yair se desentendió de la pregunta y se sentó en el suelo; su cuerpo laxo declaraba que estaba seguro de que no había en el lugar ningún ser vivo fuera de ellos. Naamá y Zvi se sentaron a su lado. Durante largo rato ninguno pronunció palabra alguna. En el silencio abrumador casi se podía oír a la tierra burlándose de ellos: ¿qué

utilidad pueden tener un joven enfermo de asma, un diablillo que huele a duraznos y una niña a la que ya le asoma la turgencia de los pechos bajo la blusa por más esfuerzos que haga por ocultarlos? Grandes guerras exigen grandes combatientes, que llegaron, se coronaron de gloria y no dejaron nada para Yair, para Naamá y para Zvi.

Yair Feinberg recogió una flor amarilla de senecio y empezó a desmembrarla en un montón de pedacitos. Su padre jamás lo miraría con la ansiada aprobación. Seguiría hablando eternamente de las hazañas del pasado con mirada vidriosa. Zvi Markovich arrancó una oca azul y empezó a cortarla en pedacitos. Se acabó. Esa noche regresaría cada uno a su casa y no volverían a trepar por los senderos de la cañada. La colonia volvería a ser el centro de su mundo, con sus chismes, sus rumores y sus miradas, y su casa, ahí metida como una herida abierta. Había empezado a querer tanto a esa aldea, en ruinas y abandonada, tan aislada que nada lograba trasponer el cerco de cactus.

Naamá miró a los dos jovencitos desquitándose con las flores silvestres, dos combatientes derrotados y desencantados. ¿Cómo podía permitir que Yair se entregara a tanto desánimo, que intensificaba su olor más que nunca, como el fruto un momento antes de pudrirse? Enseguida se puso de pie y habló con tono serio y decidido, imitando lo mejor posible el tono de Yair cuando los azuzaba a encarar otra acción: “Aunque todo ya esté hecho aquí, dentro del país, hay otros lugares para el heroísmo y la intrepidez”. Y empezó a hablar sobre el palacio en la roca en el interior del desierto jordano, recolectando datos de lo que recordaba haber leído en el periódico, completando con su imaginación otros detalles necesarios. Ciertamente, algunos ya se habían internado hasta allí, pero no muchos. Sería una empresa difícil, pero ellos podrían lograrlo. Y cuando volvieran, todos se enterarían del valor inconmensurable de la juventud israelí.

Zvi y Yair miraban a Naamá con la boca abierta. Conocían muy bien las leyendas: un reino rojo oculto en el corazón del desierto, del otro lado de la frontera. Un reino que pocos se habían atrevido a visitar, y eran menos aún los que habían vuelto. ¿Acaso la blonda damisela proponía que tomaran las leyendas y las convirtieran en plan de vida? Sí, era exactamente lo que proponía, y la propuesta aparecía más atractiva, más verosímil, de un momento a otro. Estaban bien entrenados en caminatas de largo aliento, en camuflarse, en orientarse y en pertrecharse para el camino. Después de todos los cepos y las acciones, de las pruebas de valor y de consecución de objetivos, no era posible volver así como así a la colonia, a una existencia que no era sino una rutina gris. Yair Feinberg ya empezó a imaginar el día que volvieran de su hazaña. Su madre lloraría en su hombro y su padre

exigiría saber dónde había estado. Él no respondería, sólo miraría a su padre guardando el gallardo silencio de los combatientes. Entonces sacaría de su bolsillo una piedra de color rojo sangre (o quizás una cornisa del palacio, si no era muy pesada), la colocaría sobre la mesa del comedor y se iría. Zeev Feinberg reconocería de inmediato la procedencia de la piedra -¿en qué otro lugar podría una persona conseguir semejantes piedras rojas?- y se apresuraría a ir tras su hijo. Con una sonrisa en los labios, Yair fantaseaba con su padre rogándole que le contara más detalles del intrépido operativo y cómo, al final, él accedería a relatar la campaña con voz medida y serena. Una vez que su padre hubiera oído la saga heroica, correría a sacar de su escondite sobre la cómoda la botella de licor y serviría dos copas, una para cada uno. Yair detestaba el sabor a licor, que le revolvía el estómago toda vez que se animaba a robarle un trago a la botella. Pero estaba seguro de que después de completada su hazaña, cuando regresara cornisa en mano, se convertiría en un verdadero macho y paladearía el licor como los demás machos.

Zvi Markovich dejó de torturar a la oca azul y también él se sumió en hondas cavilaciones. La idea de atravesar el desierto le daba escalofríos. Recordaba muy bien el ataque de tos que le había dado cuando los colonos salieron a pasear a las montañas de Eilat, a causa del polvo del camino y el esfuerzo por ser el primero en alcanzar la cima y agitar desde allí la mano a Naamá. Pero por mucho que le temiera a esa aventura, más temor le inspiraba rechazarla. Porque Naamá y Yair saldrían sin él, la mirada soñadora de ambos no dejaba lugar a dudas. Si decidía quedarse, se irían sin él, y él se quedaría solo en la colonia, con su padre y su madre y los plantones de frutillas. La mano de Naamá se alejaría y, cuando volviera, no lo dejaría tomársela. ¿Por qué querría una muchacha que había superado tantas peripecias tomar la mano de un cobarde? Sabía que no podía negarse. Debía ir con ellos.

Ese día abandonaron la aldea en ruinas mucho antes del atardecer. Erguidos, caminando con tranquilidad, como si nunca lo hubieran dejado con sofisticadas estratagemas. Al bajar por la ladera del cañadón, Zvi se dio vuelta, hacia el cerco de cactus manchado de frutos anaranjados. Su color se pondrá más intenso, pensó, primero color naranja subido, después rojo y después se pudrirán porque nadie vendrá a comerlos. Del otro lado del cerco lo observaban las casas de la aldea por las ventanas desbastadas y las puertas derribadas. Y por un momento pensó que el antiguo miedo, el infantil, le volvía. Pero la aldea en ruinas ya no lo amedrentaba, era imposible que lo amedrentara. Por el contrario, casi empezaba a añorarla. Zvi Markovich dejó la aldea abandonada y tomó el sendero que serpenteaba por la ladera de la cañada, consciente de que había


dejado de ser un niño.

5

Una mañana, se levantaron Jacob y Bella Markovich y descubrieron que su hijo no estaba. Esa mañana despertó Zeev Feinberg y encontró las dos camas de sus hijos vacías. Hasta el atardecer, Jacob Markovich y Bella suponían que el niño estaba en lo de sus amigos. Zeev Feinberg supuso lo mismo. Sólo cuando Bella llegó a casa de Feinberg quejándose de que se enfriaba la cena reconocieron todos el error en que estaban.

“¿Habrán huido a Tel Aviv a visitar a Sonia en su trabajo?”, sugirió Markovich.

“¡¿Sin avisar a nadie?!”, se ofuscó Bella.

“Seguramente pensaron que alcanzarían a volver en el día”, dijo Feinberg.

“Sonia los debe haber reprendido como corresponde”.

Pero Sonia, cuando por fin contestó al teléfono de su oficina, estaba segura de que se trataba de una broma “Muy gracioso, Zevik. ¿Ya puedo volver a la reunión?”.

“¿No están contigo?”.

“Claro que no. ¿Por qué vendrían aquí? ¿Estás seguro de que no es un invento tuyo para hacerme volver a ti un día antes?”.

“Sonia, los chicos no están”.

Los buscaron toda la noche. Zeev Feinberg y Jacob Markovich reclutaron a los muchachos de la colonia y salieron a registrar los campos palmo a palmo mientras Sonia desandaba las calles de la ciudad, por si de todos modos habían viajado hasta allí. Al amanecer, todos tenían los ojos enrojecidos por falta de sueño y por alguna lágrima enjugada en secreto. A las diez de la mañana, cuando Jacob Markovich, Bella y Zeev Feinberg estaban sentados planeando los pasos a dar, entró Sonia como una tromba a la casa en la colonia: “Dime que los encontraron”. Zeev Feinberg no tuvo que responder, con verle los ojos alcanzaba. A las once, los colonos se dividieron en grupos organizados de búsqueda y volvieron a registrar las inmediaciones de la colonia. De tarde se les unieron fuerzas policiales y voluntarios de los poblados vecinos. Se sumergieron en las aguas del manantial, subieron y bajaron por la cañada, traspusieron el cerco de

cactus y revisaron las casas de la aldea abandonada, miraron el horizonte desde la playa con el entrecejo fruncido. De vez en cuando miraban de reojo a alguno de los padres para ver si aún resistían. La piel de Bella había empalidecido, sus ojos estaban vacíos. Cuando vino uno de los voluntarios a mostrarle una camisa que había sacado del mar, se desplomó. "¿Es de uno de ellos?". Bella movió la cabeza en señal de negativa. Pero no se levantó. El hecho de que la camisa podía haber sido de su hijo bastaba para paralizarla por completo.

Mientras Bella estaba sentada en la playa como muerta, Jacob Markovich se mostraba enérgico como nunca, la sangre fluía rauda por sus venas y lo movía de un lado a otro; los demás voluntarios corrían tras él sin lograr darle alcance. Al cabo de cierto tiempo, los voluntarios concluyeron que no tenía sentido seguir buscando de modo tan caótico, dejaron de correr tras Jacob Markovich y volvieron al rastreo sistemático. Jacob Markovich siguió corriendo en círculos, llamando una y otra vez a su hijo por el nombre, hasta que se topó con Bella sentada en la playa. "Ven", le dijo, "seguiremos buscando". Bella siguió sentada, la mirada fija en el mar. "¿Y si está allí?", dijo señalando con la cabeza las oscuras aguas. Jacob Markovich se arrodilló a su lado y tomó su linda cabeza entre sus manos. "No está allí, está en algún otro lado y lo encontraremos. Te prometo que lo encontraremos". Lo dijo con tanta certeza, y tan infundadamente, que Bella estalló en llanto. Jacob Markovich tomó a su mujer en sus brazos para consolarla.

En ese momento, Sonia estaba negociando con Dios. A pesar de que en el trabajo la consideraban enemiga acérrima de la negociación, ahora prometía todo, sin excepción, con tal de que los niños volvieran. También Zeev Feinberg, que de ordinario no dejaba de desayunar con una rebanada de fiambre sobre el pan con manteca, redescubrió al Dios de los judíos. Rezaban y buscaban, buscaban y rezaban hasta que divisaron las luces de un vehículo que se dirigía hacia la colonia. Dado que ya había anochecido y no eran muchas las personas que llegaban a la colonia a esas horas, Zeev Feinberg y Sonia corrieron a ver si era portador de buenas noticias. Las luces del auto los encandilaron, razón por la cual Sonia tardó en comprender que estaba mirando directamente el rostro demudado del vicepresidente de la Organización.

Zeev Feinberg abrazó a su buen amigo. Sonia quedó petrificada. "Entremos", dijo el vicepresidente de la Organización, "lo que quiero decirles es preferible que no lo oiga nadie más". Desde que abrieron la puerta de la casa, era imposible no percibir el olor a durazno. Hacía casi cuarenta y ocho horas que Yair Feinberg había salido de la casa, pero el aroma de su cuerpo persistía. Contra su voluntad, giró el vicepresidente de la Organización hacia Sonia, visiblemente

asombrado. Conocía el olor a naranja de la mujer que amaba, pero no esperaba el aroma a duraznos. Sonia evitó su mirada y fue a preparar el té, mientras Zeev Feinberg inspiró hondo y se apresuró a cerrar las ventanas de la casa.

"Oí en la radio lo de los chicos", dijo el vicepresidente de la Organización, "movilicé a todos los que pude. Hace tres horas me devolvió el llamado un muchacho de Yotvata. Van camino a Petra".

"¡¿Qué?!".

"Ese muchacho, uno de los mejores combatientes que tuve bajo mi mando, volvió hace poco de una excursión a la roca roja. Saben cómo es eso. Se corrió la voz, y otros jóvenes acudieron en masa a escuchar sus vivencias. Hace un mes recibió una carta de tres jóvenes de esta colonia, todos recién egresados de unidades de comando especiales, interesados en obtener detalles del camino. Él se los dio y adjuntó un mapa de su puño y letra deseándoles éxito en la empresa".

El vicepresidente de la Organización dejó de hablar por un momento, suficiente para que Sonia estallara iracunda:

"¡¿Qué tiene que ver?! ¡¿No hay suficientes jóvenes en la colonia que puedan estar interesados en una pavada como esa?!".

El vicepresidente de la Organización le respondió sin levantar la vista de la mesa de madera.

"Anoche llegaron a su kibutz tres jovencitos, dos varones y una mujercita. Pidieron cargar agua y dijeron que iban a las montañas de Eilat. Esta mañana, cuando empezaron a hablar en la radio, mi muchacho se preocupó. Salió tras ellos. Las huellas conducían hacia el este".

El vicepresidente de la Organización levantó la vista y miró directamente a Zeev Feinberg.

"Propongo que vayamos a buscarlos. Sin ejército y sin policía, sin nada que ponga nerviosos a los jordanos".

Zeev Feinberg se levantó de la silla y empezó a caminar como un león encerrado en la sala de su casa. Recordaba las largas noches que había relatado a Yair sus heroicas andanzas condimentadas con cierto reproche. Ahora el niño había salido a buscar las propias, y vaya uno a saber si volvería. Sonia elevó un par de ojos grises a Zeev Feinberg. Por un momento, se le pasó por la cabeza la misma idea que atormentaba a Feinberg: su culpa, toda esa locura era culpa suya… pero de inmediato desechó ese pensamiento y se levantó para abrazar a su marido. Sonia acogió a ese hombre grande entre sus brazos, su bigote le arañaba el cuello, su respiración cálida, doliente, en su nuca. El vicepresidente de la Organización desvió la mirada. Sólo por casualidad estaba ahí, en la intimidad de marido y mujer, entre el hombre con quien jugara al ajedrez en un destartalado bote de

inmigrantes ilegales y la mujer cuyo perfume sería capaz de identificar con los ojos cerrados. Después de un momento, Zeev Feinberg se desprendió del abrazo de su mujer, se acercó al vicepresidente de la Organización y le palmeó el hombro: “Ven, llamemos a Markovich”.

Viajaron en silencio largas horas. Zeev Feinberg sumido en sus pensamientos, y el vicepresidente de la Organización en los suyos. Frente a dichos pensamientos, las palabras empequeñecían y, por ende, callaban. También Jacob Markovich callaba. Dentro de algunas horas llegarían a Yotvata y de allí saldrían sigilosamente hacia el otro lado de la frontera. Era exactamente el tipo de aventuras de su mocedad que evocaba melancólico junto a la mesa del comedor. Pero ahora, sentado al lado de su amigo en el vehículo a gran velocidad, no sentía más que la aspereza de la lengua dentro de su boca.

Una vez que dejaron la ciudad de Beer Sheva, Jacob Markovich quedó profundamente dormido en el asiento trasero, aunque con un sueño muy intranquilo. Entonces el vicepresidente de la Organización le dijo a Zeev Feinberg: “Cuéntame del muchacho”. Zeev Feinberg se sorprendió sintiéndose agradecido a su amigo por pedírselo. Hacía ya rato que el silencio empezaba a ponerse denso alrededor de sus piernas, como las arenas movedizas del desierto. Si hablaba del niño, quizás se aliviara un tanto el peso de su lengua. Por eso empezó a hablar de la agilidad de Yair. “¡Nadie de la colonia lo alcanza! ¡Ni los perros!”; de la picardía con que había hecho desaparecer un barril de crema del tambo, la sagacidad con que descubría una y otra vez el escondite de los dulces. El vicepresidente de la Organización escuchaba silencioso, su cara impertérrita, fuera de ese leve temblor involuntario en el labio superior, que le empezó desde el mismo momento en que Zeev Feinberg abrió la boca.

“Sabes”, agregó Feinberg, “antes de que naciera, yo… pensé que quizás había algún problema con la cuestión”.

El vicepresidente de la Organización se afirmó más al volante y siguió mirando el camino.

“La culpaba a Sonia. La verdad es que fui bastante desconsiderado. Tampoco contribuía el embarazo de Bella. Entonces llegó Yair, y todo volvió a su sitio”.

Zeev Feinberg dudó antes de seguir. Por primera vez en su vida decía en voz alta cosas que antes no se había atrevido siquiera a formularse a sí mismo. Temía importunar al vicepresidente de la Organización con sus confesiones, y por eso dio vuelta la cabeza y miró a su interlocutor. De inmediato pegó un grito, porque el vicepresidente de la Organización manejaba con los ojos cerrados con fuerza, mordiéndose los labios, con las manos clavadas en el volante como garras de animal.

"¡Froike!".

El vicepresidente de la Organización abrió los ojos.

"¿Qué pasa? ¿Qué te duele?".

"Nada, nada. Ya pasó".

"¿Quieres que maneje yo?". El vicepresidente de la Organización negó con la cabeza. "¿Estás seguro de que te sientes bien?".

Por un momento, el vicepresidente de la Organización pensó en toda la gama de respuestas que podía dar a esa pregunta, pero finalmente se limitó a un "sí".

Unos minutos más viajaron en silencio. Entonces pidió el vicepresidente de la Organización con voz contenida: "Cuéntame más". Zeev Feinberg no necesitaba más. Enseguida empezó a contar del nacimiento del niño, que todos decían que era el bebé más hermoso de la colonia, que había gateado primero hacia atrás y recién después hacia adelante. Zeev Feinberg contó y contó, y el vicepresidente de la Organización lo registró en su memoria, cubriéndose el labio superior con la mano. De tanto en tanto, acotaba una pregunta que sorprendía a Feinberg, como por ejemplo: "¿Lloraba cuando se le quedaba trancado algún diente de leche rebelde?" o "¿de qué se disfrazó el año pasado?".

Zeev Feinberg respondía con creces. Cuando amaneció, el vicepresidente de la Organización ya era un experto en la historia de Yair Feinberg, desde el reprobado en Biblia hasta la predilección por la mermelada de dátiles.

6

Yair Feinberg sabía exactamente cuándo fue que empezaron a errar el camino. Fue en aquel codo del río, cuando luego aparecía bifurcado en dos brazos, no lejos de la acacia. Él sostenía que debían seguir el de la izquierda, y Naamá se empecinó en que debían seguir el de la derecha, y Zvi la apoyó. Si ella hubiera propuesto que cavaran un camino subterráneo, también la habría apoyado. Por un instante, Yair pensó retroceder y echárselo en cara a Zvi Markovich, pero tenía la garganta demasiado seca para hablar de más. Por eso siguió arrastrando los pies y formulando mentalmente ofensas fundamentadas que iban acompañadas de latidos en las sienes. Debajo de las ofensas y del pulso acelerado, iba surgiendo el pánico. Y el pánico hacía lo suyo: lo paralizaba y lo amenazaba con derribarlo al suelo. Yair Feinberg luchaba contra él lo mejor que podía, pero el pánico que aumentaba de hora en hora opacaba el entendimiento como una gangrena. En un momento, no resistió a la tentación de mirar atrás, y enseguida enderezó la cabeza. El horror en la cara de Naamá y de Zvi era inequívoco. Y contagioso. Todos sabían que si se miraban, no tendrían fuerzas para seguir caminando, y por eso sólo miraban hacia adelante, tratando de marchar lo mejor que podían. Nadie propuso volver atrás. Recordaban perfectamente la nada desértica hasta llegar a Yotvata. Sabían que más adelante los esperaba un manantial, por lo menos eso era lo que decía el mapa. Si tan sólo seguían caminando, darían con él. Pero cada vez se hacía más difícil avanzar. Los latidos en las sienes de Yair iban en aumento y la garganta le dolía de sed. Jamás se le había ocurrido pensar que la sed dolía. Con sólo pensar en ello, el pánico trepó más y más por su espalda como si se tratara de decenas de pequeñas serpientes. Yair Feinberg lo combatía ocupando su mente en complejos cálculos matemáticos: 9 litros de agua divididos 31 horas de caminata, implicaba que estarían sustentándose con 0,290 litros de agua para los tres, que eran 0,96 litros de agua por persona por hora de caminata. Pero el cálculo no era correcto, dado que las últimas ocho horas las estaban haciendo sin una gota de agua, y por eso habría que dividir todo por 23 horas, y quizás agregarle el agua bebida antes de salir. Esos cálculos eran muy útiles a la hora de conjurar el pánico, de modo

que Yair Feinberg no flaqueaba y persistía en hacerlos, y tenía la cabeza tan atiborrada de cálculos de horas, litros y kilómetros, que al principio no oyó el repentino desplome de Zvi Markovich y el grito de Naamá.

Cuando se dio vuelta, vio a su amigo acostado de boca al suelo y a su hermana sacudiéndolo. Enseguida volvió sobre sus pasos, lo dio vuelta y le palmeó suavemente las mejillas. Los ojos de Zvi Markovich abrían una estrecha grieta. De su boca salía un sordo ronquido, inconfundible: "Agua…". Con sus últimas fuerzas, Yair y Naamá arrastraron a Zvi hasta la pobre sombra de una acacia solitaria. El esfuerzo les cobró una intensa agitación que agudizó aún más el dolor de garganta. El pánico se había desbocado irremisiblemente y galopaba entre Yair y Naamá, pisoteando todo esbozo de pensamiento racional.

"Volvamos", dijo Naamá.

"¿Treinta horas más sin agua? Es mejor seguir".

"Pero Zvi no puede".

"Lo cargaré sobre mis hombros".

"¿Y te desmayarás, y después yo los cargaré a los dos?".

"¿Tienes una idea mejor?".

Naamá calló por un instante, y después susurró:

"¿Y si gritamos pidiendo ayuda?".

"No lo dices en serio. Los jordanos nos acribillarán".

"A lo mejor no", dijo Naamá, "después de todo no somos más que niños". Una vez dicho, callaron ambos.

De pronto la aventura pareció tan tonta e improvisada, una campaña de chiquilines. Yair Feinberg sintió que el dolor acuciante en su garganta se minimizaba ante la ira que lo dominaba. ¿Acaso era sólo eso, un niño aparentando ser un hombre?

"Tú te quedarás aquí, con Zvi. Yo iré a traer agua".

"¿Te volviste loco? No debemos dividir fuerzas. Es lo que tú mismo decías en todos los entrenamientos".

"Esto no es un entrenamiento, Naamá. Es cualquier cosa menos un entrenamiento. Necesitamos agua. Zvi no puede caminar, y no cabe imaginar que lo dejaremos aquí. El manantial debe estar cerca. Voy corriendo y vuelvo".

Ella tenía la garganta demasiado irritada como para hablar, y por eso sólo movió la cabeza en señal de negativa. Yair se irguió. Naamá movía la cabeza con más énfasis.

"Un silbido en caso de peligro. Dos si encuentro agua. ¿Te acordarás?".

Naamá siguió negando con la cabeza, pero bien sabía que se acordaría. Ella era quien le había enseñado a silbar, quien lo había

torturado con infinitas repeticiones hasta que logró obtener un sonido potente, homogéneo. Cómo se enojaba porque a ella le resultaba tan fácil mientras él fracasaba una y otra vez… Y cuánta satisfacción le dio descubrir que había algo en lo que ella superaba a su hermano. Un silbido en caso de peligro y dos ante algo bueno. Era lo que hacían para advertirse de la cercanía del director del colegio, al dar con algo apreciado que se les había perdido, al reconocer que era el momento adecuado para profanar el escondite de la confitura de dátiles.

Yair Feinberg empezó a caminar sintiendo en sus espaldas la mirada fija de Naamá, hasta que giró siguiendo la curva del lecho del río. De ahí en más, no podía verlo. Ahora caminaba solo. Una ola de emoción sacudió sus miembros. Solo en el desierto. Como en los relatos de su padre sobre Froike, que cruzó solo las dunas para rescatar a los apresados en Nitzanim. La sed había mermado un tanto, apuró el paso. Se sentía más fuerte que antes, a pesar de que si alguien hubiera podido verlo se habría espantado de su cara abrasada por el sol y sus ojos delirantes. Yair Feinberg sabía exactamente adónde se dirigía; si cortaba camino trepando el atajo de la colina, llegaría rápidamente al cruce de los brazos del río donde había empezado su error, y de allí a la izquierda, el manantial del mapa. Aguas claras y dulces esperaban por él allí. La idea del agua aceleró aún más sus pasos, imaginando que corría brioso al manantial, salteando montañas, brincando sobre colinas. De hecho, se arrastró algunos centenares de metros, trastabillando y serpenteando, con las piernas que casi no lo sostenían. Pero más allá de la siguiente curva, ahí ya olía el manantial. Ya oía el movimiento de las aguas. Yair Feinberg se metió dos dedos en la boca, dispuesto a un doble silbido.

Jacob Markovich fue el primero en divisarlos. Dos niños desvanecidos de sed y de calor a la sombra de la acacia. El grito de alegría que le brotó de la garganta fue el primer sonido emitido por alguno de ellos en largas horas. Desde que salieron, habían estado pendientes de las huellas dejadas por los chicos en la arena siguiendo el mapa recibido de manos del joven de Yotvata, un mapa idéntico -según dijo- al que había enviado en su momento a los chicos. Pero más que nada se basaban en ese leve aroma, casi sensual, a duraznos. La distancia que separaba a padres e hijos era de veinticuatro horas, pero la tierra caliente había absorbido la transpiración de Yair, y el aire detenido preservó su olor. Cuando los invadía la duda, frenaban, se agachaban y husmeaban la tierra. Generalmente era Zeev Feinberg el primero en incorporarse señalando con la cabeza cuál era el rumbo a tomar. Era él quien olía a su hijo al salir del baño, inquieto ante cualquier indicio duraznero en sus poros. Jacob Markovich se apresuraba a seguirlo para avanzar en la dirección correcta, mientras

el vicepresidente de la Organización se demoraba un momento más sobre el suelo, con los ojos cerrados, para aspirar la impronta de la presencia del niño.

Cuando Jacob Markovich divisó las figuras echadas bajo la sombra de la acacia, empezó a correr hacia ellas, y Zeev Feinberg y el vicepresidente de la Organización fueron tras él. Estaban convencidos de que detrás del árbol encontrarían también a la tercera figura, pero al llegar a la acacia comprobaron que Yair no estaba. Dieron agua de beber a Naamá y a Zvi y les palmearon las caras hasta que abrieron los ojos. Estaban sumamente debilitados, deshidratados, pero la permanencia a la sombra del árbol los había protegido del calor mortífero del sol. Una y otra vez intentaron Zeev Feinberg y el vicepresidente de la Organización sonsacarles a Naamá y a Zvi hacia dónde había ido Yair, pero ambos estaban muy débiles para poder hablar. Al cabo de unos minutos, decidieron dividirse: Jacob Markovich se quedaría allí, con los niños, mientras Zeev Feinberg y el vicepresidente de la Organización seguirían buscando al faltante. Lo primero que hicieron fue agacharse y aspirar hondo. Enseguida se levantaron como un solo hombre y empezaron a correr hacia el codo del río, y de allí por el atajo de la colina. Ahora las huellas en la arena eran inconfundibles. Pero mientras las huellas eran evidentes y claras, el olor a duraznos se iba debilitando. Zeev Feinberg lo notó, también el vicepresidente de la Organización, y se miraron mutuamente con temor, a la vez que le imprimían mayor velocidad a su carrera en pos de las huellas. Zeev Feinberg y el vicepresidente aspiraban todo el aire que les permitían sus pulmones, expectantes por captar el olor a duraznos. Pero cada vez era más difícil percibirlo. Un momento antes de la curva volvieron a inspirar con fuerza, con terquedad. Precisamente cuando renunciaron al olor, sus pies traspusieron la curva y al otro lado descubrieron el cuerpo de Yair Feinberg.

El eco del grito desgarrador de Zeev Feinberg reverberó durante horas entre las colinas después de que salieran todos de regreso hacia la frontera, con los niños al hombro. Jacob Markovich iba último, con su hijo al hombro entre desvanecido y despierto. El sol implacable y el peso del muchacho no le molestaban, porque al tomarlo en sus brazos bajo la acacia, había sonreído débilmente y susurrado: “Papá”. Con esa palabra bastó para mantenerse en pie, a pesar de todo. Zeev Feinberg caminaba cerca de él cargando a Naamá. Estaba convencido de que ella estaba inconsciente a lo largo de toda la caminata, pero no. Desde que Jacob Markovich le había hecho beber más agua junto a la acacia, había empezado a reaccionar, pero los gritos de dolor que le habían llegado desde el otro lado de la curva del camino la habían paralizado por completo. Cuando vio volver a la carrera a Zeev Feinberg, al vicepresidente de la Organización y a Yair con ellos, cerró

los ojos para no ver.

“¡Pronto!”, gritó el vicepresidente de la Organización, “¡Hacia la frontera! Quizás todavía sea posible salvarlo”. En contados minutos, ya estaban los tres hombres volviendo, cada uno con un chico al hombro. Durante todas las horas transcurridas desde aquel momento, Naamá siguió con los ojos cerrados, y el grito del vicepresidente de la Organización llenaba todo su espacio mental: quizás todavía fuera posible salvarlo. Anhelaba volver a sumirse en la inconciencia de antes de que los encontraran, después de Dios sabe cuántas horas de espera a la sombra de la acacia. Pero cada vez se sentía más despierta, más consciente, y por eso no podía dejar de percibir el fuerte temblor de los hombros de Zeev Feinberg ni los resoplidos de su nariz. Aun sin verle la cara, Naamá sabía que el hombre que la transportaba a su casa lloraba todo el camino hacia la frontera.

Cincuenta metros delante de Zeev Feinberg y de Jacob Markovich iba el vicepresidente de la Organización, con el cuerpo inerte de Yair sobre su hombro y su mano abrazando la cintura del muchacho. El próximo verano cumpliría cuarenta y un años. En el cajón de su escritorio en Tel Aviv había tres galardones en reconocimiento a su heroísmo y una carta de agradecimiento del Primer Ministro, cuyo contenido no se puede develar. Por lo menos siete niños llevan su nombre. Por lo menos cincuenta hombres murieron al enfrentarse con él. Se acostó con once mujeres. Amaba a una. Y todo eso lo daría, sin pestañear, para que el niño que cargaba volviera a respirar. Detrás oía el dolor de Zeev Feinberg, aunque él no había abierto la boca. Ni una sola palabra. Ni una lágrima. Sólo caminaba urgido, sin parar, hacia la frontera. Mientras pudiera seguir caminando, mientras lograra traducir la angustia a hechos concretos, la tormenta seguiría bajo control.

7

Zvi Markovich no supo decir cuánto tiempo pasó desde que los soldados del ejército de defensa de Israel corrieron a su encuentro hasta que despertó entre las sábanas almidonadas del hospital. No sabía cuándo había llegado su madre ni en qué momento habían traído a su habitación la cama de Naamá Feinberg. Cuando abrió los ojos, creyó que había pasado mucho tiempo, quizás años, porque su madre le pareció de pronto muy anciana. Bella Markovich besaba el rostro de su hijo una y otra vez. Después se acercó a Jacob Markovich, le tomó la mano y también la besó. Zvi Markovich se conturbó y desvió la vista de sus padres hacia Naamá. Los ojos de la jovencita estaban cerrados, pero Zvi Markovich supo de inmediato que no dormía. Tenía los párpados apretados con fuerza, lo cual indicaba el esfuerzo que le demandaba mantener los ojos cerrados. De abrirlos, quizás descubriera que su viejo sueño, inconfesable, se había cristalizado y ella era hija única. Naamá Feinberg se negaba a abrir los ojos, y Zvi Markovich no tenía la más mínima intención de obligarla a hacerlo. En cambio, extendió el brazo e hizo lo que quería hacer desde hacía largos meses: le tomó la mano.

Jacob Markovich y Bella salieron de la habitación y se unieron al vicepresidente de la Organización, a Zeev Feinberg y a Sonia en la sala de espera. Cuando se acercó el médico, todos se incorporaron para recibirlo, menos Sonia, que siguió sentada con los ojos fijos en el linóleum del piso. “Hay pocas probabilidades”, dijo. “El muchacho está seriamente deshidratado. Seguro fueron muchas horas allí bajo el sol implacable”.

“Pero quizás se produzca un milagro”, intervino Jacob Markovich.

“Sí”, dijo Bella, “quizás se produzca un milagro”.

“Quizás se produzca un milagro”, acordó el médico. Siempre acordaba cuando se hablaba de milagros.

En el silencio creado después de las palabras del médico, todos miraron a Feinberg y a Sonia. Pero fue el vicepresidente de la Organización quien irrumpió en un llanto incontrolable. Trece desaprovechados años de espera salieron de su garganta en angustiosos y desesperanzados sollozos. Zeev Feinberg observó al

vicepresidente de la Organización con el rostro sorprendido, que se fue ensombreciendo más y más. Jacob Markovich miró a Zeev Feinberg y comprendió que su amigo empezaba a sospechar lo que él había adivinado hacía mucho tiempo. Con el ceño fruncido, evocó Feinberg las preguntas que el vicepresidente le había formulado una tras otra en el viaje hacia el sur, su insistencia en dejar que él cargara al chico todo el camino de regreso, la palidez de Sonia cuando estalló en llanto. De improviso, Feinberg salió hecho una tromba de la sala de espera; Jacob Markovich corrió tras él. En el corredor pasaron frente a una mujer encinta, un joven con las piernas quebradas y cuatro ancianos quejándose, sin prestar atención a ninguno de ellos. La puerta de entrada, que separaba el mundo de los enfermos del de los sanos, trepidó cuando Zeev Feinberg la empujó con enorme fuerza y salió a la calle.

Jacob Markovich siguió a su amigo a prudente distancia. Dudaba entre acercarse a Zeev Feinberg en medio de su furia o dejarlo ser, y no eligió ni lo uno ni lo otro. Lo siguió manteniendo la distancia de cortesía que le permitió a Zeev Feinberg darse vuelta y preguntarle algunos minutos más tarde con la cara distorsionada por la duda:

"¿Tú crees que es así?".

"No sé".

"No te pregunté qué es lo que sabes. Pregunté qué crees".

"Yo creo que sí".

"Pero ¿por qué haría ella algo así?".

Zeev Feinberg hizo la pregunta pero no se atrevió a pensar en la respuesta que empezaba a armar en su mente. También Jacob Markovich se cuidó de formular en voz alta lo que mejor era callar.

"La gente hace diversas cosas por diversos motivos".

"Y yo", preguntó Feinberg, "¿qué haré?".

Jacob Markovich guardó silencio. Al rato dijo: "¿Cómo podría aconsejarte yo, Feinberg? Un amor como el de ustedes, sólo puedo observarlo de costado, como quien mira una vidriera".

"¡¿De qué vidriera me hablas?!", rugió Zeev Feinberg. "¡¿Así te imaginas tú el amor?!".

"Sí", respondió Jacob Markovich, con firmeza y tranquilidad, "exactamente así veo el amor. Créeme, quien vive sin amor sabe reconocerlo desde lejos".

Zeev Feinberg no respondió. La humillación y la ira le sacudían todo el cuerpo. Los transeúntes los miraban recelosos. Zeev Feinberg miraba en derredor con ojos encendidos buscando qué desarmar con sus propias manos. A pesar de haber detectado varios candidatos que decididamente lo merecían -un banco de madera, un joven con cara de malvado, un cartel mal instalado-, no se inmutó, quedó con las manos

crispadas. Bien sabía que, aunque partiera a toda la ciudad y la reventara por completo, nada cambiaría en su lucidez.

Jacob Markovich miró a su amigo unos instantes. Después volvió al hospital con paso cansino.

Cuando Jacob Markovich entró a la sala de espera, Sonia levantó la mirada esperanzada, pero al ver que volvía solo, se tapó la cabeza con las manos. Jacob Markovich se sentó a su lado, dubitativo. Las palabras, siempre traicioneras, escaparon todas. No atinaba a decirle nada a la leona de duelo. Finalmente, levantó la mano para ponerla sobre su hombro. Pero antes de que alcanzara a hacerlo, se le adelantó otra mano, grande y cálida. La mano de Zeev Feinberg.

Sin decir palabra, se incorporó Jacob Markovich y cedió el lugar a su amigo. Zeev Feinberg se sentó en silencio junto a su mujer. Su rostro seguía ensombrecido. Su bigote, iracundo. Pero entonces se desarmó por completo y susurró: "Sonichka". Sonia levantó la cabeza y ocultó su rostro en el pecho de su marido. A través de la tela de la camisa, del vello lleno de polvo, de la piel transpirada, latía fuertemente el corazón de Zeev Feinberg en las mejillas de Sonia.

La imagen era tan tierna, que todo aquel que entraba a la sala de espera bajaba rápidamente la vista. Demasiado íntima. Todos, menos Jacob Markovich. Él miraba a Zeev Feinberg con ojos desorbitados. Un instante antes rugía fuera del hospital, aferrado a su humillación con los dientes apretados. De un momento a otro había aflojado, dejando atrás la podredumbre, para consolar a su mujer. En cambio, él, Jacob Markovich, pataleaba en el fango de su humillación durante años, aferrado a la amada que se le negaba, y negándose a aflojar. Frente a la conducta de Feinberg, el carácter de su presión sobre Bella se veía tan desgraciado, tan carente de sentido. Tanto tiempo atándola a él, contra la voluntad de Bella. Reteniendo el ruedo de su vestido con el puño cerrado, sin ceder. Al ver la mano de Zeev Feinberg abierta sobre el hombro de Sonia, de pronto recordó la gracia de los dedos extendidos. Se preguntó si sería capaz de extender los dedos de esa manera. Pero enseguida se asustó de sólo pensarlo. ¿Aflojar? ¿Soltar a Bella? ¿Cómo? Tantos años de puños crispados, que la mano ya no servía para nada. Negarse se había convertido en su modo de vivir la vida.

Durante todo el recorrido en el auto del vicepresidente de la Organización hasta la colonia, Jacob Markovich observaba a Bella con mirada asombrada, como si la viera por primera vez. El vicepresidente de la Organización y Bella se esforzaban por mantener una conversación intrascendente, como si el hijo de él y el de ella no estuvieran internados en el hospital a la espera del veredicto del tiempo y la casualidad. En cambio, Jacob Markovich se hundió en el asiento trasero observando el perfil de su mujer, que decía algo acerca

de los higos, que este año tardaban en madurar. Todavía conservaba el halo de su belleza pasada, imperial. Pero sus ojos ya estaban enmarcados por esa sutil red de fina telaraña que precedía a las futuras arrugas, las que ya aparecían en la comisura de sus labios. Suaves arrugas, a modo de bosquejo hecho a lápiz un momento antes de que el artista los refrende con un movimiento decidido que se fije en la tela. A pesar de la frescura que aún destellaba su rostro, ya se podía prever cómo se vería cuando envejeciera. El tiempo desdibujaría el delineamiento de sus labios y urdiría en su frente nuevas líneas. Pero por más que garabateara y borroneara, por más que reescribiese las facciones de Bella Markovich, jamás borraría la expresión de negativa que era ya su segunda piel.

Porque las arrugas existentes y las futuras no le importaban a Jacob Markovich. Bien sabía que siempre la desearía, joven o anciana, floreciente o marchita. No era el sello del paso del tiempo el responsable de que se encogiera cada vez más en el asiento trasero, sino esa negativa en el rostro de Bella, expresión indeleble aún avanzada la noche dentro del vehículo a oscuras. Oculta entre las cejas, integrada a las mejillas, diluida en el celeste de sus ojos como ponzoña en la copa. Aun cuando en un rapto de agradecimiento Bella tomó entre las suyas las manos de Jacob Markovich, aun entonces había negativa en su rostro. Por primera vez se preguntó si pasaría el resto de su vida mirando a esa mujer que, siendo la más hermosa que había visto en su vida, cada músculo de su cara le decía “no”.

El auto seguía avanzando veloz en la noche oscura, la fogata de la conversación entre Bella y el vicepresidente de la Organización se encendía de tanto en tanto con una o dos frases por obra de alguna brisa, pero enseguida volvía a apagarse. Y en el asiento trasero iba Jacob Markovich preguntándose si el puño cerrado podría volver a abrirse en mano, con tanta arbitrariedad, por decisión de un instante. Las luces nocturnas le respondieron a la distancia: así como una noche lejana nació en ti el “no”, también el “sí” podría nacer esa noche. Y esa posibilidad, de que un “no” tan definitivo pudiera una mañana convertirse en “sí”, esa posibilidad impactó de tal manera en Jacob Markovich, que casi no se dio cuenta de que ya habían llegado a la colonia, y recién cuando Bella abrió la puerta del auto y le agradeció al vicepresidente de la Organización el favor de haberlos llevado hasta allí, se acordó de balbucear algo y abrir la puerta de su lado. Ahora estaban en la entrada de su casa, Bella comentando las cosas que debían organizar para volver al día siguiente al hospital, y Jacob Markovich observándola en silencio, y ya estaban en la sala, el pie más hermoso que vio en su vida haciéndole luces cuando Bella se quitó los zapatos y volvió a desaparecer dentro de las pantuflas de tela. Jacob Markovich pensaba en la mano de Zeev Feinberg,

extendida sobre el hombro de su mujer. Jacob Markovich pensaba en la negativa eterna en el rostro de Bella. Jacob Markovich pensaba en la manera asombrosa, milagrosa, en que el "no" podía madurar y convertirse en "sí". Finalmente, dejó de pensar y empezó a hablar.

Primero, Bella Markovich creyó que las voces nocturnas le estaban jugando una mala pasada. Afuera el viento rozaba la buganvilia aparentando humanidad, un chacal ululaba con voz humana. Jacob Markovich se vio obligado a repetirlo dos veces para que Bella oyera, pero aun entonces ella no creyó que era eso lo que decía. Jacob Markovich vio que su mujer se inclinaba hacia adelante para oírlo mejor, y lo repitió por tercera vez: "Te daré el divorcio, si es lo que quieres".

El pánico de Bella la dejó impávida, salvo un leve parpadeo como un pájaro que aletea cuando de pronto se abre la puerta de la jaula pero no se mueve. Porque ella seguía de pie allí, inmóvil, aun cuando Jacob Markovich estaba seguro de que esta vez ella lo había oído. Más tiempo pasaba y su mujer seguía parada, y Jacob Markovich empezó a preguntarse si lo imposible se estaría tornando posible en ese mismo momento. Que la paja se hubiera trocado en oro. Que el lobo y la oveja se lamieran cariñosa y mutuamente. Que un millón de huesos secos bailaran por las callejuelas de Jerusalén en un gran operativo revitalizador. En síntesis, ¿sería posible que Bella Markovich, un ser tan elevado y majestuoso mantenido hasta ahora con cadenas de hierro, siguiera de pie en el umbral de su casa una vez quitado el candado? Quién sabe, quizás Bella Markovich hubiera seguido parada eternamente en el umbral de la casa si Jacob Markovich no hubiera decidido comunicarle que era su intención seguir manteniendo al niño, sea cual fuera la decisión que ella tomara. Entonces, por fin se movió Bella de su lugar en el umbral. Pero, en vez de salir, sus piernas la condujeron adentro, internándose en la casa. Pasó delante de Jacob Markovich y entró al dormitorio.Él ya estaba por suspirar agradecido cuando oyó que Bella lo llamaba desde el interior porque no acertaba a dar con la valija.

Jacob Markovich sacó la valija del closet y se acostó en el sofá de la sala. Tantos años había pernoctado en la sala, que se preguntaba cómo reaccionaría su espalda al contacto del colchón del dormitorio, que desde el día siguiente quedaría a su disposición. Se oían los movimientos de Bella en la habitación juntando sus pertenencias. Muy pronto se silenciaron los sonidos. ¿Tan poco tenía aquí, se preguntaba él, que había empacado todo en media hora? Se iría al amanecer. Durante un tiempo, seguiría su cuerpo asido a la casa: un dorado cabello sobre el colchón, un calcetín olvidado, huellas digitales en un plato mal secado. Lentamente desaparecería también eso hasta que la casa quedara completamente vacía, y Jacob Markovich adentro.

Debería abandonar la colonia. Sin duda. De lo contrario, la casa vacía lo volvería loco. Vendería su parcela y se buscaría otra. O no. Quizás seguiría a las palomas hacia la gran ciudad. En sus últimas visitas a Tel Aviv, las palomas le ululaban con tentadora ternura. Pero ¿qué sería de los plantones de frutillas? Jacob Markovich ansiaba levantarse del sofá, dar los cuatro pasos que lo separaban del dormitorio de Bella y rogar por su vida. En cambio, se quedó en su lugar, el cuerpo recogido bajo la frazada hecho un ovillo de tendones, músculos y pensamientos. Mañana ya no estaría. ¿Debería acompañarla de madrugada hasta la puerta? ¿Estrechar su mano? ¿O salir más temprano al campo y golpear la tierra sin compasión a la hora en que una figura delgada y alta se alejara por el sendero? De pronto, Jacob Markovich se paralizó. Desde el dormitorio se oía un ruido de arrastre de la valija. Quizás tenía la intención de irse en ese mismo momento. Sin más. Antes del alba. Embriagada de libertad, preferiría caminar sola por los senderos de la colonia en la gélida noche y no pasar más horas tristes bajo un mismo techo con él. Jacob Markovich se atrevió a entreabrir los ojos. La mujer más bella que vio en su vida estaba de pie a la entrada del dormitorio. Se apuró a volver a cerrarlos para no verla salir.

De pronto, Jacob Markovich sintió que le quitaban la frazada de encima y Bella Markovich se acostaba junto a él en el sofá. Sus manos -una perfecta, la otra con cicatrices- encontraron las suyas estremecidas.

“Una noche, Markovich. Una noche dormiremos juntos como marido y mujer”.

Jacob Markovich no respondió. A esa gracia que le concedía, no tenía con qué responder.

8

Toda la noche estuvo la mano de Sonia en la de Zeev Feinberg, entre sus grandes dedos, cálidos, que rodeaban la suya ovillada. Y toda la noche transpiró de tanto en tanto la mano de Zeev Feinberg, que a veces cubría de salada humedad la mano de Sonia, de a ratos repentinamente seca. Si Sonia notó que la mano sollozaba, no dijo nada.

Su mano descansaba inerte, indiferente a los ciclos de pleamar y bajamar del sudor de Zeev Feinberg.

Zeev Feinberg lloraba por las manos, y las manos de Sonia permanecían inertes. Esa mujer invencible se había encerrado en un sótano interno y había echado llave a la puerta. El huracán se había acercado a su puerta. El viento rugía en sus oídos. No tenía sino que esperar que pasara, esperar en silencio, sin moverse, en las profundidades del sótano. Cuando todo terminara, cuando el ulular de la tormenta se hubiera alejado para golpear a otras puertas, abriría la suya sigilosamente y vería qué le había dejado la tormenta y qué se había llevado.

Alrededor de las tres y cuarenta de la madrugada, cuando Bella Markovich se metió entre las sábanas de su marido, Sonia Feinberg le rogaba al sol que demorara su salida. En el corredor del hospital brillaban los fluorescentes con su sempiterna luz, pero Sonia miró de reojo, temerosa, a la oscuridad que iba diluyéndose por la ventana. Pronto amanecería y traería consigo las buenas nuevas de un nuevo día. Estaba segura de que el niño no moriría de noche. Pero por la mañana debería abrir la puerta del sótano y comprobar si la casa seguía en pie sobre él, o si había sido arrancada de cuajo dejándola a ella entre las ruinas. Por eso le hablaba al sol sin voz, en el idioma de las estrellas… y le decía más despacio, por favor, más despacio. A esa misma hora yacía también Jacob Markovich en su cama, que por primera vez era también la cama de Bella Markovich, en un mismo ruego… Más despacio, por favor, más despacio. Y el sol, a pesar de que científicos ignorantes insisten en que no es sino un cúmulo de hidrógeno y helio, no pudo desentenderse de un ruego así. Porque el sol -digan lo que digan los científicos- ama a la gente, con todo el

amor que permite la distancia. De lo contrario no estaría girándolos noche y día con tanta preocupación, con abnegación de madre. Y aun si los científicos ignorantes dicen que no es él quien gira a la gente sino ellos a él, y peor todavía, que ese girar no tiene nada que ver con el amor ni con la preocupación y que toda su razón de ser son leyes de la física, de todos modos no refuta lo que el ojo ve y el corazón siente.

De hecho, los repartidores de diarios miraban al horizonte sellado sin comprender. Los panaderos levantaban la cabeza y observaban la ventana oscura incrédulos. Los gallos pataleaban y contenían el canto en el pico. Los campesinos se daban vuelta en la cama con el consuelo de un sueño más. Porque el sol, a pesar de los tormentos que ello le ocasionaba y afectaba enormemente los horarios, escuchó el ruego de Sonia Feinberg y de Jacob Markovich y les otorgó veinte minutos completos.

Durante esos veinte minutos, Jacob Markovich permaneció con los ojos abiertos aspirando el aliento de la respiración de la mujer acostada a su lado. Durante esos veinte minutos, Sonia Feinberg permaneció sentada bien erguida, su mano dentro de la mano de Zeev Feinberg, sin moverse. Pero cuando el vigésimo minuto llegó a su fin, el sol decidió que no podía demorar más. Por más compasión que le inspirara el hombre acostado en su cama y la madre que temía por la vida de su hijo, había otros millones de personas que tenían que trabajar y amar y comer y procurar y reír y muchas cosas más que la salida del sol propicia. Por eso fue que a las seis y veinte, veinte minutos más tarde de lo esperado, el primer rayo de sol alumbró la colonia y el valle, las plantaciones de cítricos y los campos de cemento de la ciudad, la casa vacía de Sonia y Zeev Feinberg y la casa de Jacob y Bella Markovich, que jamás había estado tan plena.

Entre las tres y cuarenta y las seis y veinte, Jacob Markovich y Bella Markovich estuvieron abrazados en el sofá. Jacob Markovich aspiraba el perfume de Bella Markovich, rozaba con su mejilla la tersura de su hombro, escuchaba su respiración. Sus manos no dejaban de temblar. Fue la noche más hermosa de su vida. A las seis y veinte, Bella Markovich se levantó del sofá, besó a Jacob Markovich en la mejilla y abandonó la casa.

A las seis y veinte, volvieron también los repartidores de diarios a arrojar las novedades del día con mano segura a las puertas de las casas. Los panaderos se apresuraron a amontonar hogazas de pan. Los gallos liberaron por fin el canto esperado. Los campesinos abrieron los ojos. Y mientras todos ellos se desperezaban, se vestían y ponían agua a hervir para el primer té, el médico se acercó a Sonia y a Zeev Feinberg y les comunicó que el niño había muerto.

Sonia comprendió inmediatamente que se había equivocado. Al abrir la puerta del sótano, no halló ruinas de la casa sino su propio fin.

El viento rugió en sus oídos, le partió el cuerpo desde adentro con un gran tornado. Gritara cuanto gritara, la tormenta rugía más fuerte que ella. La voz del destino se elevó por encima de ella, mucho más alta que la suya. La gente corría. Le hablaba. Una mano enguantada la cacheteó. Otra mano enguantada le dio una pastilla y exigió que la tragara. Pero a Sonia se la tragaba el rugido huracanado, la tormenta hacía añicos todo lo que había a su paso. La levantaba de cuajo, con una fuerza desconocida a su alrededor, casas, árboles y vacas, y ella veía desde arriba todo lo que se había perdido, deseando tocar el suelo con un golpe que, no importaba cuánto doliera, jamás se equipararía al dolor que sentía. Pero en todo ese lapso de tiempo, mientras a ella la revoleaban, la arrojaban al aire y la azotaban contra el suelo y se partía, todo ese tiempo sentía a lo lejos, en los confines de su cuerpo, la mano de Zeev Feinberg que no la abandonaba. Zeev Feinberg no permitió que la tormenta se llevara a su mujer. Suficiente con que se llevara al niño. Siguió sosteniéndole la mano toda esa mañana. Y todas las mañanas subsiguientes.

Mientras Jacob Markovich oía en silencio el ruido de la puerta que se cerraba para siempre detrás de Bella, mientras Zeev Feinberg sostenía la mano de su mujer frente a la tormenta, el vicepresidente de la Organización miraba el sol naciente con la mirada perdida. No le dio importancia a su demora en alumbrar. No había ido hasta allí para fijarse en pequeñeces. Estaba sentado fuera de su auto, sobre una colina calcárea de las arenas del norte de Tel Aviv. Llegaría el día en que se oirían allí las sirenas de los trenes de la estación cercana y el clamor insidioso de los conductores en los principales carriles, siempre congestionados. Pero por ahora se oía sólo el rumor de los arbustos al roce de una liebre desorientada o de una perdiz indecisa.

La primera brisa levantó de su lecho decenas de granitos de arena, arrastrándolos por toda la colina, con el sólo propósito de dejarlos caer del otro lado. Si el vicepresidente de la Organización hubiera podido oír el espíritu del lugar, quizás habría captado los reproches de los estudiantes trepando desde la estación de trenes que se levantaría a los pies de la colina, hacia la Universidad, que se levantaría en su cima. Pero ¿cómo puede alguien escuchar el espíritu del lugar si vientos internos sacuden su alma de un lado a otro, como si se tratara de un bote de inmigrantes ilegales en noche de tormenta? Y si lo oyera, ¿qué? Toda persona sabe que han vivido antes que él y vivirán después de él. Esa conciencia sobre el pasado y el futuro, a pesar de ser muy interesante desde el punto de vista intelectual, no sirve para aplacar el dolor de muelas en el presente. Y menos aún el dolor de corazón. Un dolor así sólo puede cubrirlo otro dolor, más grande. Por eso, el vicepresidente de la Organización estaba ahí sentado a la

espera de que alumbrara el sol, para mirarlo de frente.

La bola de fuego empezó a asomar detrás de las colinas al este, y el vicepresidente de la Organización inspiró profundamente, preparándose. El nuevo día habría de surgir, y él lo miraría sin parpadear, lo miraría sin ceder, como miraba a sus subalternos cuando cometían algún error hasta hacerlos llorar, como solía mirar a los prisioneros árabes hasta hacerlos hablar. El sol y él se mirarían mutuamente y para siempre, y si sus ojos dejaran de ver la luz por enfrentarse a la gran luz, que así fuera. Hay momentos en que es preferible ser ciego. Ya que a Sonia y al niño no los volvería a ver jamás.

La bola de fuego ya lucía toda su majestuosidad sobre las colinas. También el vicepresidente de la Organización se levantó, centró su vista en la gran luminaria, ordenándose fijarse en ella aun si la incomodidad se convertía en dolor, que se convertía en tormento, que se convertía en tortura, que se convertía en pupilas quemadas, que se convertían en un telón negro, impenetrable.

Y sin embargo lo designaron Ministro de Transporte. Los anteojos oscuros que tuvo que llevar desde esa mañana hasta el día de su muerte no menoscabaron su imagen. Al contrario. Le confirieron un aire distante que se sumó a su vigor natural. Las madres y los padres que bautizaron a sus hijos con su nombre cuando no era más que el vicepresidente de la Organización podían ahora asentir con satisfacción. Efectivamente, Efraim Grinberg creció bien. A los dos años y un mes se destetó de los cremosos pechos de su madre, a pesar de que siguió observándolos con nostalgia hasta que cumplió los cuatro años. De adulto fue tasador de inmuebles, de los más exitosos del país. Efraim Sharabi recibió sus galardones de oficial en una ceremonia festiva casi en Año Nuevo y murió el primer día de la Guerra de Yom Kipur, diez días después. Efraim Yemini abandonó el kibutz y se trasladó a la ciudad, donde obtuvo gran placer espiando a mujeres en departamentos de la planta baja, hasta que lo atraparon, lo encarcelaron, lo liberaron y se volvió observante, asomándose sólo a las páginas de la Guemará. Otras criaturas que llevaron su nombre crecieron y se convirtieron en hombres llamados Efraim, algunos cariñosamente y otros rencorosamente, algunos con ternura y otros con todos los honores. El vicepresidente de la Organización, actual Ministro de Transporte, los veía muy de vez en cuando y se interesaba poco en ellos. En sus ratos de ocio jugaba al ajedrez por correo contra jugadores aficionados en todas partes del mundo. Le gustaba jugar especialmente contra un exiliado jordano residente en París, a quien enviaba cartas con jugadas brillantes y pulidas imprecaciones. Finalmente contrajo matrimonio con una mujer llamada Edna, aunque hubiera podido llamarse Jana o Tzila sin que eso incidiera en nada. Él

la trató con respeto y ella le dio a cambio un par de mellizas. Cuando iba con ellas por la calle, cada una de sus manos tomando una mano pequeña, confiada, sentía algo que bien podría llamarse felicidad. Si algún sábado salían de paseo y por casualidad pasaban cerca de una plantación de cítricos, inmediatamente ordenaba que cerraran las ventanas del auto. Después de muerto, varias veces se propuso su nombre para denominar nuevas calles, pero siempre era dejado de lado por algún alto militar, un insigne poeta o un activista sionista.

Es difícil saber qué se puede aprender del destino del vicepresidente de la Organización a partir de una descripción tan lacónica, dado que los simples datos de la vida no pueden sustituir a la vida de carne y hueso. Pero la verdad histórica obliga a reconocer que desde el día que dejó a Sonia y al muchacho en el hospital y salió a mirar el sol, el vicepresidente de la Organización se encerró en sí mismo como una tumba. En su entierro, colmado de honores y motivo de notas necrológicas en los vespertinos, su esposa contó que jamás lo había visto llorar.

DESPUÉS DE DESPUÉS

“La shivá[1] se llevará a cabo en casa del difunto”. Largos minutos estuvo Yehudá Grinberg ante el aviso fúnebre, extrayendo a Jacob Markovich de las profundidades, evocando su imagen etérea, liviana, día a día más desleída, mes a mes, como un cuaderno que se hojea rápidamente y los dibujos inanimados en la punta inferior de cada página se convierten en una persona viva. Porque a pesar de que Jacob Markovich siempre había sido viejo, de que siempre había lucido esa imagen inanimada de piel enjuta y ojos hundidos, a pesar de eso parecía que un día estaba más viejo que otro, de lo contrario cómo se explicaba que un día fuera lo suficientemente viejo como para morir, a diferencia de unos días antes.

Entre el almacén del barrio y el jardín de infantes, exigía modesta satisfacción otro aviso fúnebre de Jacob Markovich. Yehuda Grinberg casi lo había olvidado. Sólo a diez pasos del aviso anterior, ya la lista de compras, la abultada cuenta de electricidad que tenía que pagar y un atisbo de pensamiento sobre sexo se truncaban confundidos frente a ese aviso fúnebre enmarcado con líneas negras. Porque cómo se podía pensar en los pechos de Fruma, pendiendo como un suicida sobre su ombligo, la piel tan clara, los delicados pezones, cuando Jacob Markovich se iba encogiendo, pasando del hoy al entonces, y vaya uno a saber cuándo había tocado Jacob Markovich por última vez un par de tetas, si es que lo había hecho alguna vez.

No era correcto pensar así de Jacob Markovich, pero tampoco correspondía pegar tantos avisos fúnebres, alevosamente, en una sola cuadra. Alguien había hecho horas extra allí. De pronto, se le encogió el corazón: quizás fuera obra de los nietos de Jacob Markovich, si es que los había tenido. Quizás ellos, perseguidos por la culpa, habían ido y habían llenado la calle rebosante de vida con su abuelo muerto. En vida, jamás habían caminado con él un kilómetro de eternidad desde su casa hasta el parque, y ahora habían hecho ese mismo itinerario levantando monumentos de papel y cinta engomada metro a metro. Frente al siguiente aviso, Yehuda Grinberg leyó detenidamente: tres nietos de Jacob Markovich. Sin embargo, no habían sido ellos los de la pegatina. Era muy aburrido para los jóvenes, muy engorroso para sus padres. Algún cadete, de mirada inescrutable, apurado por terminar, había llenado de avisos la calle de Jacob Markovich y sintió que había cumplido su misión.

Para cerciorarse, bastaba con pasar por las calles aledañas. Efectivamente, los cercos de las casas eran inocentes del recuerdo de Jacob Markovich, y en las esquinas, en la cartelera correspondiente,

sólo se mencionaba el ofrecimiento de una chica de doce para cuidar niños, y el club del barrio anunciaba la apertura de un curso de bailes folclóricos. El estruendo de la motoneta del cadete ensordeció a Yehuda Grinberg, enfilando hacia otro barrio, con otro atado de avisos en la cajuela. Ante el ruido del motor, a Yehuda Grinberg no le quedó más que aferrarse temeroso a las tetas de Fruma, a sus delicados pezones, dulce olor a transpiración y a perfume bajo el cual acecha otro olor, el del cuerpo que se consume.

Ese temor de Yehuda Grinberg quizás habría mermado un tanto de haber sabido que la mañana de su muerte Jacob Markovich despertó radiante de poesía. Su nariz adivinaba el olor a pan mientras bajaba por las escaleras, o en el ascensor que por fin instalaron, y desde allí en subida otros tres edificios más hasta la proveeduría. A pesar del reuma y del piso congelado, se había levantado de la cama, aleluya, y se había empezado a vestir. Se cepilló los dientes, cuidando de no verse en el espejo. En el ascensor, bajando, Jacob Markovich se sintió agradecido por ese milagro: un pequeño cubículo lo envolvía como una matriz, y helo ahí a Jacob Markovich colgando en el aire mientras cables de hierro lo arriaban suavemente hasta la planta baja.

Ya en la calle: “Está más cálido que ayer”. En invierno es imposible equivocarse, pero el verano es más huidizo. Jacob Markovich subió por la vereda, otros dos edificios y llegaría, y en el camino se acordó de una frase que recortó en una oportunidad de un periódico sabatino: “El cerezo en flor no simboliza la primavera, el cerezo en flor es la primavera”. A pesar de no acertar a comprender, la pegó con un imán sobre la puerta del refrigerador.

La puerta del refrigerador era la parte de la casa que más le gustaba. Había pegado allí perlitas inteligentes, palabras extraídas trabajosamente de libros enteros, de suplementos de los diarios, de discursos de próceres. Las palabras escritas que no se leen pierden sentido; un árbol en medio del bosque se va pudriendo porque nadie lo ve. Pero un refrigerador… qué frescura, qué rubor de un baile sin fin: al sacar la leche para el café de la mañana, al guardar las compras y al robar otra cucharadita de mermelada antes del almuerzo. Cada vez el ojo quedaba atrapado en algún renglón. A veces, era Ben Gurión; a veces, Weizmann; otras, uno se terminaba un frasco entero de pepinos en escabeche frente a la iracundia de Jabotinsky.

Finalmente, llegó al almacén. La radio lo recibió con un saludo amable. Atrás, el vendedor descargaba cajones. A pesar de que sabía lo que había ido a comprar, miró a su alrededor. Las coloridas envolturas de los dulces lo rodeaban. Rojo, verde, amarillo y azul alegres hasta el absurdo. Sólo el pan, de color tan sencillo, su aroma. Una hogaza de pan, ahí estaba. Para eso había ido hasta allí. Lo encontró. A 4,70 en el mostrador. Aleluya.

A la salida del almacén, una mujer y su hija. A la mujer se le iluminó el rostro y le sonrió. “Jacob, cómo está” (ella y su hijo habían sido amigos alguna vez). Él la miró, buscando algo conocido en su semblante. Pero la cara no le decía nada. El cabello teñido, los rizos, que vaya uno a saber si eran verdaderos o no, los anteojos oscuros. Pero esos labios debajo del *rouge*. Sí, Jacob, entró por ahí. Miró los labios y rescató de la nebulosa de su memoria el mohín de llanto cuando dormía en el hospital en la cama paralela a la de su hijo. Y él, Jacob, se sentó a su lado y le contó de tierras lejanas y princesas cercanas. Y cuando concilió el sueño, la arropó en la frazada y se alegró y se entristeció un poco, ya que hubiera podido contarle más.

Esa era la mujer que ahora le besaba el cuello e indicaba a la niña darle un beso al abuelo Jacob. Él, notando su resistencia, se apresuró a decir “no es necesario, no es necesario”. Ya lo sabía: olía a viejo. Los niños lo perciben. Los adultos también. Sólo que ellos no pueden demostrarlo. Le disgustó tanto la resistencia de la niña como los modales de la madre. Tomó su hogaza de pan y se fue.

Camino al parque, llevaba el pan en una bolsita ruidosa contra su muslo. Pasaban padres llevando a sus hijos al jardín de infantes, madres y padres yendo a sus respectivos trabajos, apurados, todos apurados. Lo rodeaban palabras dichas al pasar: no olvides el sándwich, vuelvo al mediodía, pero por qué, basta de discutir, yo le pago a la empleada. Jacob Markovich los oía como a una canción conocida en la radio, casi era capaz de musitar el estribillo. Entonces después hablamos, nos vemos al mediodía, te llamo a la noche. Todo un presente que hablaba del futuro. Y sólo Jacob ahí. Ya iba llegando al cerco del jardín de infantes, miró adentro y pasó de largo. Adentro alcanzó a ver algo que lo colmó de placer: dos niños observando con suma atención una tortuga.

Otro anciano se cruzó con Jacob Markovich y lo saludó con la cabeza. Él le respondió el gesto. No recordaba el nombre del anciano, quizás nunca lo supo, pero un año atrás, cuando intempestivamente dejó de verlo en la esquina, se entristeció como quien hubiera perdido un amigo. Al cabo de varios días, volvió el anciano y Jacob Markovich casi le habló, casi rompió diez años de entrañables silencios, pero por fortuna se contuvo. Las palomas estaban esperando. Ciertamente, allí estaban las palomas a la entrada del parque, emitiendo ese sonido opaco de suave monotonía diciendo de hambre, de exigencia y de agradecimiento.

Después del piso frío, el milagro del ascensor, la colorida diversidad del almacén, el estribillo callejero, Jacob Markovich se sentó en un banco húmedo. Las palomas, bien entrenadas, formaron un semicírculo a su alrededor, niños disciplinados frente al rabino. Y él remedaba sus sonidos con palabras, rezongando un poco por lo

temprano de la hora, otro poco contándoles acerca del camino hasta allí y saludándolas, por cortesía. Cualquiera que pasara por allí -en caso de que sucediera- se hubiera llenado de compasión por ese anciano conversando con pájaros en hebreo y en ídish. Qué desperdicio de compasión. Afortunadamente el parque estaba vacío. Pasaría por lo menos una hora más hasta que llegaran los niños, enfundados en sus uniformes de gimnasia para la carrera matinal. Disfrutaba verlos por las mañanas, tratando de atrapar el momento preciso en que se produjera el cambio: la mirada coagulara, la máscara de yeso solidificara, el niño se convirtiera en muchacho. Una y otra vez se le escapaba, como quien mira un espectáculo de magia y siempre fracasa al querer descubrir el momento del truco: "Si antes había un pájaro, te lo juro, cómo puede ser que haya desaparecido dentro del sombrero". Jamás supo poner el dedo justo ahí, siempre lo descubría a posteriori. El niño pecoso que un día dejaba de intentar hamacarse en la rama del pino, o el gordito que a principio de año todos admiraban por sus inventos, y ahora todos despreciaban.

Una primera paloma se atrevió a salir del círculo a sus pies para pararse directamente sobre el banco. Sus amigas la miraron anonadadas. Jacob Markovich sonrió ante tamaña valentía y la convidó con una miga especialmente grande. Otra paloma aterrizó en el banco. Y otra. El roce de sus alas colmaba el parque en general y a Jacob Markovich en particular. Se arrepintió de no haber traído otra hogaza de pan. Así todos los días, arrepentido de no haber traído más pan. Pero de improviso todas las palomas emprendieron vuelo, y él quedó solo en el banco mirando a su alrededor quién había conjurado la magia ese día. Eran cuatro. Tres hombres, una novia. Uno de los hombres sostenía una filmadora de video; otro, una filmadora fija; el tercero, la mano de la novia. Y de inmediato empezaron su compleja coreografía: los dos hombres con las filmadoras danzando alrededor del novio y de la novia, y ellos por su parte danzando uno alrededor del otro, y ninguno de ellos advirtió el pan, las palomas ni a Jacob Markovich.

Jacob Markovich deshizo la masa entre sus manos, escarbó más y más en la hogaza herida, quizás el panadero había ocultado allí algún milagro para él. Una paloma solitaria aterrizó en el banco. Jacob reconoció en ella a la valiente de antes y le aseguró que habría de tener una larga dinastía de valientes palomas dispuestas a todo. Un grito agudo hizo huir a la paloma e interrumpió su profecía. El vestido de la novia se había manchado con savia, seguramente fue cuando se fotografió abrazando a uno de los pinos. Los hombres intentaron palabras de consuelo, pero ella se rehusó; sólo el alquiler le había costado cinco mil shekel, Dios sabe cuánto pedirían por el daño. Jacob Markovich se preguntó cuántos panes se podían comprar con cinco

mil shekel. Seguía calculando cuando uno de los fotógrafos se dirigió a él, si hacía el favor de correrse, sólo un par de minutos, la última sesión de fotografías en el banco. Jacob quiso decirles: Cómo no, si hay lugar, siéntense y tomen todas las fotos que quieran. Pero no lo dijo. Por qué mancillar con su vejez el día de su festejo. De pronto entendió: dos más dos son cuatro. El sol se pone por el oeste. Pronto moriría.

Jacob Markovich se sintió más solo que nunca, se levantó del banco, amasando los restos de miga entre sus manos. El parque estaba en silencio y Jacob Markovich se permitió estar ofuscado. La ira de Jacob era tremenda, la tierra amenazaba partirse. Después, Jacob Markovich se permitió envidiar. La piel rosada y agradable de la novia y la envidia lo quemaban. Por último, se permitió amar. El cielo no se tiñó de azul, pero sus ojos estaban húmedos. Quizás por eso en un principio no distinguió a las palomas. Azules, violáceas, grises, rojizas. Todas arrullaban al unísono. Jacob Markovich cortó un poco de pan y extendió la mano. La paloma valiente vino y se paró en su brazo. No comió la miga sino que picoteó la carne de Jacob. Jacob Markovich tenía una miga menos. Vino otra paloma. Y otra. Y otra. Jacob Markovich pensó en la puerta del refrigerador, después en Jabotinsky y en la savia del vestido de novia, después en la mujer más hermosa que había visto en su vida. Finalmente, ya no pensaba. La banda de palomas terminó su tarea y emprendió vuelo como una sola paloma. Jacob Markovich subió en torbellino al cielo. Aleluya.

AGRADECIMIENTOS

A Eshkol Nevó, por *Las cuatro estaciones del año.*

A Yigal Swartz, él mismo un personaje mítico de un libro.

A Neta Galanski-Galili y Esti Halperin-Maimón, por sus agudos comentarios.

A Dorit Ravinian, que enseñó cómo borrar.

NOTAS

[1] Siete, los siete días de duelo a partir del entierro en que los deudos permanecen en la casa sentados en el piso o en asientos bajos, recordando al difunto y realizando juntos las plegarias diarias.